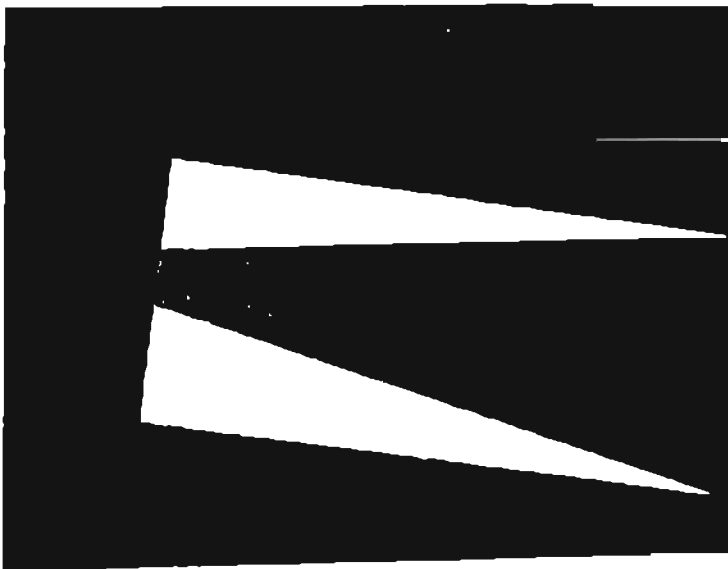


problemas de lingüística general I émile benveniste

19a edición


siglo
veintiuno



El extraordinario auge de la lingüística en las últimas décadas es un fenómeno afortunado que merece la mayor atención. No sólo se multiplica el caudal de datos disponible, continuando los esfuerzos fundadores del siglo pasado, sino que la agudeza de los análisis y reinterpretaciones y la magnitud de las visiones sintéticas han dilatado el ámbito de la lingüística hasta ponerlo en contacto fecundo con otras disciplinas.

El profesor Benveniste ha estado siempre atento a las tendencias e interpretaciones de la lingüística general y en numerosos artículos las ha sometido a juicios certeros. La presente obra recoge una selección de trabajos en los más diversos rumbos de la lingüística, y al lado de libros más sistemáticos ayudará a adquirir idea justa del estado actual de esta ciencia. Ya se trate de resumir el logro clásico de F. de Saussure, de indagar hasta dónde puede hablarse de lenguaje en los animales, de interpretar la forma verbal del perfecto, de seguir el rastro a la palabra "civilización", de examinar las pretensiones de alguna "filosofía del lenguaje" o de desmenuzar una incursión freudiana por el campo de la lengua, el profesor Benveniste luce una erudición, una sobriedad y una claridad rigurosa que cualquier lector serio puede disfrutar y a las que la lingüística actual debe mucho, hoy que ha llegado a ser la más madura de las llamadas ciencias del hombre.


siglo
veintiuno
editores
MEXICO
ESPAÑA
ARGENTINA
COLOMBIA

400

B478



52071



siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.

CENTRO DE LAGUNA 248 DELEGACION COYOACÁN 04310 MÉXICO D.F.

siglo veintiuno de españa editores, s.a.

C.A.T.E. PLAZA D. 28043 MADRID ESPAÑA

portada de anheló hernández

primera edición en español, 1971
decimonovena edición en español, 1997
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 968-23-0029-0 (obra completa)
isbn 968-23-0030-4 (vol. 1)

primera edición en francés, 1966
© éditions gallimard, paris, francia
título original: *problèmes de linguistique générale*

derechos reservados conforme a la ley
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

INDICE

Prefacio	1
I TRANSFORMACIONES DE LA LENGÜÍSTICA	
I Tendencias recientes en lingüística general	5
II Ojeada al desenvolvimiento de la lingüística	20
III Saussure después de medio siglo	33
II LA COMUNICACIÓN	
IV Naturaleza del signo lingüístico	49
V Comunicación animal y lenguaje humano	56
VI Categorías de pensamiento y categorías de lengua	63
VII Observaciones sobre la función del lenguaje en el descubrimiento freudiano	75
III ESTRUCTURAS Y ANÁLISIS	
VIII "Estructura" en lingüística	91
IX La clasificación de las lenguas	99
X Los niveles del análisis lingüístico	118
IV FUNCIONES SINTÁCTICAS	
XI La construcción pasiva del perfecto transitivo	133
XII La frase relativa, problema de sintaxis general	144
V EL HOMBRE EN LA LENGUA	
XIII Estructura de las relaciones de persona en el verbo	161
XIV La naturaleza de los pronombres	172
XV De la subjetividad en el lenguaje	179
XVI La filosofía analítica y el lenguaje	188
XVII Los verbos delocutivos	198
VI LÉXICO Y CULTURA	
XVIII Civilización. Contribución a la historia de la palabra	209

PREFACIO

Los estudios reunidos en esta obra han sido elegidos entre otros muchos, más técnicos, que el autor ha publicado en los últimos años. Si aquí los presentamos como “problemas”, es porque en conjunto, y cada uno por su lado, aportan sendas contribuciones a la gran problemática del lenguaje, que es enunciada en los principales temas tratados: son consideradas las relaciones entre lo biológico y lo cultural, entre la subjetividad y la socialidad, entre el signo y el objeto, entre el símbolo y el pensamiento, y también los problemas del análisis intralingüístico. Quienes descubran en otros dominios la importancia del lenguaje verán así cómo aborda un lingüista algunas de las cuestiones que se plantean y acaso advertirán que la configuración del lenguaje determina todos los sistemas semióticos.

A aquéllos habrá páginas que les podrán parecer difíciles. Que se convenczan de que el lenguaje es por cierto un objeto difícil y de que el análisis del dato lingüístico se consume por vías arduas. Como las demás ciencias, la lingüística progresa en razón directa de la *complejidad* que reconoce en las cosas; las etapas de su desarrollo son las de esta toma de conciencia. Por lo demás, habrá que penetrarse de esta verdad: que la reflexión acerca del lenguaje sólo es fructuosa si apunta ante todo a las lenguas reales. El estudio de estos organismos empíricos, históricos, que son las lenguas, sigue siendo el único acceso posible a la comprensión de los mecanismos generales y del funcionamiento del lenguaje.

En los primeros capítulos hemos esbozado un panorama de las indagaciones recientes sobre la teoría del lenguaje y de las perspectivas que abren. Pasamos en seguida al problema central de la comunicación y a sus modalidades: naturaleza del signo lingüístico, caracteres diferenciales del lenguaje humano; correlaciones entre las categorías lingüísticas y las del pensamiento; papel del lenguaje en la exploración del inconsciente. La noción de estructura y la de función son objeto de los ensayos siguientes, que se ocupan sucesivamente de las variaciones de estructura en las lenguas y de las manifestaciones intralingüísticas de algunas funciones; en particular las relaciones de la forma y del sentido son vinculadas con los niveles del análisis.

[1]

Consagramos una serie distinta a fenómenos de sintaxis: buscamos constantes sintácticas a través de tipos lingüísticos muy variados, y planteamos modelos específicos de ciertos tipos de frases por reconocer como universales: frase nominal, frase relativa. “El hombre en el lenguaje” es el título de la parte siguiente; es la impronta del hombre en el lenguaje, definida por las formas lingüísticas de la “subjetividad” y las categorías de la persona, de los pronombres y del tiempo. En compensación, en los últimos capítulos es el papel de la significación y de la cultura el que es realzado; estudiamos los métodos de la reconstrucción semántica, así como la génesis de algunos términos importantes de la cultura moderna.

La unidad y la coherencia del conjunto se desprenden de este panorama. A propósito nos hemos abstenido de toda intervención retrospectiva en la presentación como en las conclusiones de los distintos capítulos. De otra suerte hubiéramos tenido que añadir a cada uno un *post-scriptum* a menudo dilatado: ya en lo tocante a la documentación, para señalar por ejemplo los más recientes desenvolvimientos de las investigaciones teóricas; ya a título de historiadores de nuestra propia indagación, para exponer la acogida que mereció cada uno de estos textos, e indicar que la “Naturaleza del signo lingüístico” (p. 49) provocó vivas controversias e hizo surgir una prolongada serie de artículos, que nuestras páginas sobre el tiempo en el verbo francés han sido prolongadas y confirmadas por las estadísticas de H. Yvon sobre el empleo de los tiempos por los escritores modernos, etc. Pero así habríamos iniciado otras tantas investigaciones nuevas. Ya habrá otras ocasiones de volver sobre estas importantes cuestiones y tratarlas de nuevo.

Los señores P. Verstraeten y N. Ruwet han tenido la amabilidad de desear la publicación de esta compilación. Reciban aquí nuestro agradecimiento por haber ayudado a constituir la.

É. B.

I

Transformaciones de la lingüística

CAPÍTULO I

TENDENCIAS RECIENTES EN LINGÜÍSTICA GENERAL¹

En el transcurso de las últimas décadas, la lingüística ha conocido un desenvolvimiento tan rápido y extendido tan lejos de su dominio, que un resumen, aun esbozado, de los problemas que aborda tomaría proporciones de libro o se desecaría en una enumeración de trabajos. Con sólo querer resumir lo avcriguado, se llenarían páginas en las que acaso faltara lo esencial. El acrecentamiento cuantitativo de la producción lingüística es tal, que no basta un grueso volumen de bibliografía anual para inventariarla. Hoy día los principales países tienen sus órganos propios, sus colecciones y también sus métodos. El esfuerzo descriptivo ha sido llevado adelante y extendido al mundo entero: la reciente reedición de las *Langues du monde* da idea del trabajo cumplido y del que falta por realizar, mucho más considerable. Los atlas lingüísticos, los diccionarios, se han multiplicado. En todos los sectores la acumulación de los datos produce obras cada vez más voluminosas: una descripción del lenguaje infantil en cuatro volúmenes (W. F. Leopold), una descripción del francés en siete volúmenes (Damourette y Pichon) son apenas ejemplos. Hoy por hoy, una revista importante puede consagrarse exclusivamente al estudio de las lenguas indígenas de América. En África, en Australia, en Oceanía se emprenden indagaciones que enriquecen considerablemente el inventario de las formas lingüísticas. Paralelamente, el pasado lingüístico de la humanidad es explorado sistemáticamente. Todo un grupo de antiguas lenguas de Asia Menor ha sido ligado al mundo indoeuropeo, modificando su teoría. La restitución progresiva del protochino, del malayo-polinesio común, de ciertos prototipos amerindios, permitirá quizá nuevas agrupaciones genéticas. Pero aun si pudiéramos dar de estas investigaciones una lista más detallada, resultaría claro que el trabajo procede muy desigualmente: por aquí se prolongan estudios que habrían sido iguales en 1910; por allá se llega a rechazar el nombre de "lingüística"

¹ *Journal de Psychologie*, P.U.F., París, enero-junio de 1954.

por anticuado; por otra parte se consagran volúmenes enteros a la sola noción de "fonema". Es que la multiplicación de los trabajos no revela inmediatamente, antes enmascara, las transformaciones profundas que sufren desde hace algunos decenios el método y el espíritu de la lingüística, y los conflictos que hoy la desgarran. Cuando se han abierto los ojos a la importancia de lo que está en juego y a las consecuencias que los debates presentes pueden tener para otras disciplinas también, se siente uno tentado a pensar que las discusiones sobre las cuestiones de método en lingüística acaso no fueran sino el precludio de una revisión que englobaría por último todas las ciencias del hombre. De ahí que insistamos sobre todo, en términos no técnicos, en los problemas que hoy ocupan el centro de las investigaciones de lingüística general, en la idea que los lingüistas se hacen de su objeto y en el rumbo que siguen sus exploraciones.

Por lo demás, la recopilación publicada en 1933 por el *Journal de Psychologie* con el título de "Psychologie du langage" manifestaba ya una espléndida renovación de los puntos de vista teóricos y de las afirmaciones doctrinales. Allí constaban las primeras exposiciones de principios que, así los de la "fonología", han penetrado ampliamente hoy día en la enseñanza. También asomaban conflictos que de entonces acá han conducido a reorganizaciones, tal la distinción entre sincronía y diacronía, entre fonética y fonología, abolida al ser mejor definidos los términos en cuestión. Ciertas convergencias acercaban teorías independientes. Cuando, por ejemplo, Sapir sacaba a luz la realidad psicológica de los fonemas, hallaba por su cuenta una noción que Troubetzkoy y Jakobson se dedicaban a instaurar por su lado. Pero entonces no era posible prever que, en un sector cada vez más vasto de la lingüística, las indagaciones se endejarían, al menos en apariencia, opuestamente a las metas que la lingüística persiguiera hasta entonces.

A menudo ha sido subrayado el carácter exclusivamente histórico que daba su carácter a la lingüística durante todo el siglo xix y principios del xx. La historia como perspectiva necesaria y la sucesividad como principio de explicación, la fragmentación de la lengua en elementos aislados y la búsqueda de leyes de evolución propias de cada uno: tales eran los caracteres dominantes de la doctrina lingüística. Se reconocían, sí, principios de muy otra naturaleza, como el factor analógico, que puede trastornar la regularidad de la evolución, pero en la práctica ordinaria la gramática de una lengua consistía en una tabla del origen de cada sonido y de cada forma.

Era consecuencia, a la vez, de la inspiración evolucionista que penetraba en aquel entonces todas las disciplinas, y de las condiciones en que la lingüística nació. La novedad del punto de vista saussuriano, uno de los que más nondamente han actuado, fue adquirir conciencia de que el lenguaje en sí mismo no incluye ninguna dimensión histórica, que es sincronía y estructura, y que no funciona sino en virtud de su naturaleza simbólica. No es tanto la consideración histórica la que es por ello condenada, sino cierta manera de "atomizar" la lengua y mecanizar la historia. El tiempo no es el factor de la evolución; es nada más el marco. La razón del cambio que afecta a tal o cual elemento de la lengua está por una parte en la naturaleza de los elementos que la componen en un momento dado, por otra en las relaciones de estructura que hay entre dichos elementos. La verificación bruta del cambio y la fórmula de correspondencia que la resumen ceden el lugar a un análisis comparado de dos estados sucesivos y de los arreglos diferentes que los caracterizan. La diacronía queda entonces restablecida en su legitimidad, en tanto que sucesión de sincronías. Esto pone ya de relieve la importancia primordial de la noción de sistemas y de la solidaridad restaurada entre todos los elementos de una lengua.

Estas visiones son ya antiguas, se pueden presentir en la obra entera de Meillet, y aunque no siempre sean aplicadas, ya no se encontraría quien las discutiera. Si a partir de esto se deseara caracterizar en una palabra el sentido en que la lingüística parece prolongarlas hoy, podría decirse que señalan el comienzo de una lingüística concebida como *ciencia*, por su coherencia, su autonomía y las orientaciones que se le asignan.

Esta tendencia se distingue ante todo porque se dejan a un lado algunos tipos de problemas. Ya nadie plantea seriamente la cuestión de la monogénesis o la poligénesis de las lenguas, ni, de manera general, la de los comienzos absolutos. Ya no se cede tan fácilmente como en otros tiempos a la tentación de erigir en propiedades universales del lenguaje las particularidades de una lengua o un tipo lingüístico. Es que el horizonte de los lingüistas se ha ampliado. Todos los tipos de lenguas adquieren títulos iguales como representaciones del lenguaje. En ningún momento del pasado, en ninguna forma del presente, se alcanza nada que sea "original". La exploración de las más antiguas lenguas que estén atestiguadas las muestra tan completas y no menos complejas que las de hoy; el análisis de las lenguas "primitivas" revela una organización altamente diferen-

ciada y sistemática. Lejos de constituir una norma, el tipo indoeuropeo aparece más bien como excepcional. Con razón tanto mayor se dejan las investigaciones dedicadas a una categoría elegida en el conjunto de las lenguas y tenida por ilustrativa de una misma disposición del "espíritu humano", luego de haber visto cuán difícil es describir el sistema completo de una sola lengua y lo falaces que son ciertas analogías de estructura descritas por medio de los mismos términos. Hay que otorgar gran importancia a esta experiencia siempre creciente de las variedades lingüísticas del mundo. Se han extraído varias lecciones. Ha resultado primero que las condiciones de evolución no difieren por fuerza según los niveles de cultura, y que es posible aplicar a la comparación de las lenguas no escritas los métodos y criterios válidos para las lenguas con tradición escrita. Desde otro punto de vista, se advirtió que la descripción de algunos tipos lingüísticos, en especial las lenguas amerindias, planteaba problemas que los métodos tradicionales no pueden resolver. Ha resultado una renovación de los procedimientos de descripción que, de rechazo, se ha extendido a las lenguas que se creían descritas para siempre y que han adquirido nuevo aire. Otra consecuencia: se comienza a ver que el repertorio de las categorías morfológicas, por variado que parezca, no es ilimitado. Puede entonces imaginarse una suerte de clasificación lógica de estas categorías que mostrara su disposición y leyes de transformación. Por último, y aquí tocamos cuestiones cuyo alcance va más allá de la lingüística, se discierne que las "categorías mentales" y las "leyes del pensamiento" no hacen, en gran medida, sino reflejar la organización y la distribución de las categorías lingüísticas. Pensamos un universo que primero nuestra lengua modeló. Las variedades de la experiencia filosófica o espiritual caen bajo la dependencia inconsciente de una clasificación que la lengua opera por el mero hecho de ser lengua y simbolizar. He aquí algunos de los temas que descubre una reflexión familiarizada con la diversidad de los tipos lingüísticos, pero a decir verdad, ninguno ha sido aún explorado a fondo.

Decir que la lingüística tiende a hacerse científica, no es sólo insistir en la necesidad de rigor que es común a todas las disciplinas. Se trata ante todo de un cambio de actitud hacia el objeto, que se definiría por un esfuerzo de formalizarlo. En el origen de esta tendencia es reconocible una influencia doble: la de Saussure en Europa, la de Bloomfield en América. Por lo demás, las vías de sus influencias respectivas son tan diferentes como las obras de que

emanan. Es difícil imaginar contraste más marcado que entre estas dos obras: el *Cours de linguistique générale* de Saussure (1916), libro póstumo redactado según notas de discípulos, conjunto de resúmenes geniales, cada uno de los cuales pide una exégesis y alguno alimenta todavía controversias, que proyecta la lengua en el plano de una semiología universal, que abre panoramas a los que el pensamiento filosófico de hoy apenas empiece a despertar; *Language* de Bloomfield (1933), vuelto vademécum de los lingüistas estadounidenses, *textbook* enteramente acabado y madurado, notable tanto por su decisión de despojo filosófico como por su rigor técnico. No obstante, Bloomfield, aunque no se refiera a Saussure, ciertamente hubiera suscrito el principio saussuriano de que "la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua considerada en sí misma y por sí misma". Este principio explica las tendencias que muestra por doquier la lingüística, aunque no justifique aún las razones por las que se quiere autónoma y los fines que con ello persigue.

A través de las diferencias de escuela, entre los lingüistas que tratan de sistematizar sus itinerarios, aparecen las mismas preocupaciones, formulables en tres cuestiones fundamentales: 1] ¿Cuál es la tarea del lingüista, a qué accede y qué describirá bajo el nombre de lengua? Es el objeto mismo de la lingüística lo que es puesto en tela de juicio. 2] ¿Cómo será descrito este objeto? Hay que forjar instrumentos que permitan aprehender el conjunto de los rasgos de una lengua en el conjunto de las lenguas manifestadas y describirlos en términos idénticos. ¿Cuál será entonces el principio de estos procedimientos y estas definiciones? Esto muestra la importancia que adquiere la técnica lingüística. 3] Para el sentimiento ingenuo del hablante, como para el lingüista, el lenguaje tiene por función "decir alguna cosa". ¿Qué es exactamente esa "cosa", en vista de la cual el lenguaje es articulado, y cómo deslindarla con respecto al lenguaje mismo? Queda planteado el problema de la significación.

El solo enunciado de estas cuestiones muestra que el lingüista quiere deshacerse de los apoyos o nexos que hallaba en marcos ya establecidos o en disciplinas vecinas. Rechaza toda visión *a priori* de la lengua para construir sus nociones directamente sobre el objeto. Esta actitud debe acabar con la dependencia, consciente o no, en que se hallaba la lingüística con respecto a la historia por una parte, a cierta psicología por otra. Si la ciencia del lenguaje tiene que elegirse modelos, será en las disciplinas matemáticas o deductivas que racionalizan por completo su objeto reduciéndolo a un

conjunto de propiedades objetivas provistas de definiciones constantes. Es decir, se tornará más y más "formal", al menos en el sentido de que el lenguaje consistirá en la totalidad de sus "formas" observables.

Partiendo de la expresión lingüística nativa, se procede por vía analítica a una descomposición estricta de cada enunciado en sus elementos, y luego por análisis sucesivos a una descomposición de cada elemento en unidades cada vez más sencillas. Esta operación tendrá por fin deslindar las unidades *distintivas* de la lengua, y ya hay aquí un cambio radical del método. En tanto que otrora la objetividad consistía en la aceptación íntegra de lo dado, lo cual acarrea a la vez la admisión de la norma gráfica para las lenguas escritas y el registro minucioso de todos los detalles articulatorios en lo tocante a textos orales, hoy en día se aspira a identificar los elementos en tanto que distintivos en todos los niveles del análisis. Para reconocerlos, lo cual en ningún caso es faena fácil, se aprovecha el principio de que en una lengua no hay más que diferencias, que la lengua hace funcionar un conjunto de procedimientos discriminatorios. Sólo son desgajados los rasgos dotados de valor significativo, apartando, luego de especificarlos, los que no representan sino variantes. Se opera entonces una gran simplificación y se hace posible así reconocer la organización interna y las leyes de ajuste de tales rasgos formales. Cada fonema o morfema se vuelve relativo a cada uno de los demás, por ser a la vez diferente y solidario; cada uno delimita a los otros, que a su vez lo delimitan, siendo distintividad y solidaridad condiciones conexas. Estos elementos se ordenan en series y muestran en cada lengua disposiciones particulares. Es una estructura, cada una de cuyas piezas recibe su razón de ser del conjunto que sirve para componer.

Estructura es uno de los términos esenciales de la lingüística moderna, uno de los que tienen todavía valor programático. Para quienes la emplean con conocimiento de causa, y no sólo para no desentonar con el gusto del día, puede significar dos cosas bastante diferentes. Se entiende por estructura, particularmente en Europa, la disposición de un todo en partes y la solidaridad demostrada entre las partes del todo que se condicionan mutuamente; para la mayoría de los lingüistas estadounidenses será la repartición de los elementos tal como se verifica, y su capacidad de asociación o de sustitución. La expresión de lingüística estructural recibe interpretaciones diferentes, bastante diferentes, en todo caso, para que las operaciones

de ella desprendidas no tengan el mismo sentido. Con el nombre de estructura, un "bloomfieldiano" describirá un arreglo fáctico, que segmentará en elementos constituyentes, y definirá cada uno de éstos por el lugar que ocupe en el todo y por las variaciones y las sustituciones posibles en ese mismo lugar. Rechazará por maculada de teleología la noción de equilibrio y de tendencia que Troubetzkoy agrega a la de estructura y que, no obstante, se ha revelado fecunda. Inclusive es el único principio que hace comprender la evolución de los sistemas lingüísticos. Un estado de lengua es ante todo resultado de cierto equilibrio entre las partes de una estructura, equilibrio que no desemboca jamás, sin embargo, en una simetría completa, probablemente porque la disimetría está inscrita en el principio mismo de la lengua en virtud de la asimetría de los órganos fonadores. La solidaridad de todos los elementos hace que todo lo que afecte a un punto comprometa el conjunto de las relaciones y produzca tarde o temprano una nueva disposición. En adelante el análisis diacrónico consiste en plantear dos estructuras sucesivas y deslindar sus relaciones, mostrando qué partes del sistema anterior eran afectadas o amenazadas y cómo se preparaba la solución realizada en el sistema ulterior. De esta suerte se resuelve el conflicto tan vivamente afirmado por Saussure entre diacronía y sincronía. Esta concepción de la estructura organizada en totalidad se completa por la noción de jerarquía entre los elementos de la estructura. Encontramos una notable ilustración en el análisis hecho por R. Jakobson de la adquisición y la pérdida de los sonidos del lenguaje por el niño y el afásico, respectivamente: los sonidos adquiridos en último término por el niño son los primeros que pierde el afásico, y los que el afásico pierde al final son los que el niño articula primero, por ser inverso el orden de desaparición al de adquisición.

En cualquier caso, un análisis así concebido sólo es posible si el lingüista está en condiciones de observar íntegramente, controlar o hacer variar a su gusto el juego de la lengua que describe. Solamente las lenguas vivas, escritas o no, ofrecen un campo bastante vasto y hechos bastante seguros para realizar la investigación con rigor exhaustivo. Se concede preponderancia a las lenguas habladas. Esta condición se ha impuesto a algunos lingüistas por razones empíricas. Para otros, en América, ha sido ante todo la necesidad de notar y analizar lenguas indias, difíciles y variadas, lo que ha sido precisamente el punto de partida de una revisión de los métodos descriptivos, y luego de la doctrina general. Pero poco a poco la renovación se extiende

a la descripción de las lenguas antiguas. Incluso se torna posible reinterpretar, a la luz de las nuevas teorías, los datos suministrados por el método comparativo. Trabajos como los de J. Kuriłowicz sobre la reconstrucción de las fases indoeuropeas muestran cuánto se puede esperar de un análisis orientado así. Un maestro de la lingüística histórica, J. Vendryes, habla asimismo a favor de una lingüística "estática", que sería un inventario comparativo de los recursos que las diversas lenguas ofrecen a iguales necesidades de expresión.

Se comprende que el tipo de estudio que predomina en estos últimos años sea la descripción sistemática, parcial o total, de una lengua particular, con un escrúpulo técnico que nunca fue tan minucioso. Pues el lingüista se siente obligado a justificar sus procedimientos de cabo a rabo. Adelanta un aparato de definiciones que debe legitimar el estatuto que confiera a cada uno de los elementos definidos, y las operaciones son presentadas explícitamente de manera que continúen siendo verificables en todas las etapas del procedimiento. Resulta una refundición de la terminología. Los términos empleados son tan específicos que el lingüista enterado logra reconocer desde las primeras líneas la índole de la inspiración de un estudio, y hay discusiones que no son inteligibles para quienes sustenten un método más que si son traspuestas antes a su propia nomenclatura. Se exige a la descripción que sea explícita y coherente y que el análisis sea conducido sin consideración de la significación, únicamente en virtud de criterios formales. Es sobre todo en los Estados Unidos donde han sido afirmados estos principios, y han sido motivo de prolongadas discusiones. En un libro reciente, *Methods in structural linguistics* (1951), Z. S. Harris los ha reducido a una especie de codificación. Su obra detalla paso a paso los procedimientos que deslindan los fonemas y los morfemas según las condiciones formales de su arreglo: distribución, alrededores, sustitución, complementaridad, segmentación, correlación, etc., ilustrada cada una de las operaciones por problemas particulares tratados con un aparato cuasimatemático de signos gráficos. Parece difícil ir más lejos por este camino. ¿Se logra al menos establecer un método único y constante? El autor es el primero en convenir que son posibles otros procedimientos, y que algunos incluso serían más económicos, en particular cuando se hace intervenir la significación, de modo que acaba uno preguntándose si no tendrá algo de gratuito semejante despliegue de exigencias metodológicas. Mas se observará sobre todo que el trabajo del lingüista apunta de hecho al discurso, asi-

milado implícitamente a la lengua. Este punto, fundamental, debiera ser discutido a la par con la concepción particular de la estructura admitida por los partidarios de este método. Esquemas de distribución, por rigurosamente establecidos que estén, no constituyen una estructura, ni más ni menos que inventarios de fonemas y morfemas, definidos por segmentación en cadenas de discurso, no representan tampoco la descripción de una lengua. Lo que recibimos es, de hecho, un método de transcripción y de descomposición material aplicada a una lengua que sería representada por un conjunto de textos orales, cuya significación el lingüista pasaría por ignorar.

Subrayemos bien esta característica que, más aún que el tecnicismo particular de las operaciones, es propia del método: queda admitido, por principio, que el análisis lingüístico, para ser científico, debe abstraerse de la significación y vincularse únicamente a la definición y a la distribución de los elementos. Las condiciones de rigor impuestas al procedimiento exigen que se elimine este elemento inaprehensible, subjetivo, inclasificable, que es la significación o el sentido. Lo único que se podrá hacer será cerciorarse de que tal enunciado conviene a tal situación objetiva y, si la recurrencia de la situación provoca el mismo enunciado, se los correlacionará. La relación entre la forma y el sentido es reducida, pues, a la relación entre la expresión lingüística y la situación, en los términos de la doctrina conductista, y así la expresión podrá ser a la vez respuesta y estímulo. La significación se reduce prácticamente a cierto condicionamiento lingüístico. En cuanto a la relación entre la expresión y el mundo, es un problema que se deja a los especialistas en el universo físico. "El sentido (*meaning*) de una forma lingüística —dice Bloomfield— se define como la situación en que el hablante la enuncia y la respuesta por ella evocada en el oyente" (*Language*, p. 139). Y Harris insiste en la dificultad de analizar las situaciones: "Hoy por hoy, no hay ningún método para medir las situaciones sociales y para identificar únicamente las situaciones sociales como compuestas de partes constituyentes, de manera que podamos dividir el enunciado lingüístico que sobreviene en dicha situación social, o que a ella corresponde, en segmentos correspondientes a las partes constituyentes de la situación. De manera general no podemos, hoy por hoy, confiar en alguna subdivisión natural o científicamente controlable del campo semántico de la cultura local, porque no existe por el momento técnica para semejante análisis completo de la cultura

en elementos discretos; al contrario, es el lenguaje el que es una de nuestras fuentes principales de conocimiento sobre la cultura (o sobre 'el mundo de la significación') de un pueblo y sobre las distinciones o divisiones que en ella se practican" (*op. cit.*, p. 188). Es de temerse que, de generalizarse este método, la lingüística no pueda nunca entrar en contacto con ninguna de las demás ciencias del hombre ni de la cultura. La segmentación del enunciado en elementos discretos no conduce más a un análisis de la lengua que la segmentación del universo físico o una teoría del mundo físico. Esta manera de formalizar las partes del enunciado corre el riesgo de parar en una nueva atomización de la lengua, pues la lengua empírica es el resultado de un proceso de simbolización de varios niveles, cuyo análisis ni siquiera se ha intentado aún; lo "dado" lingüístico no es, considerado así, un dato primero, del cual no habría más que disociar las partes constituyentes; es ya un complejo cuyos valores resultan, unos, de las propiedades particulares de cada elemento, otros de su disposición, otros más de la situación objetiva. Son concebibles, pues, varios tipos de descripción y varios tipos de formalización, pero todos deben suponer necesariamente que su objeto, la lengua, está informado de significación, que merced a esto se halla estructurado, y que esta condición es esencial para el funcionamiento de la lengua entre los otros sistemas de signos. Es difícil concebir qué daría una segmentación de la cultura en elementos discretos. En una cultura, como en una lengua, hay un conjunto de símbolos cuyas relaciones se trata de definir. Hasta aquí la ciencia de las culturas se mantiene vigorosa y deliberadamente "sustancial". ¿Podrán deslindarse en el aparato de la cultura estructuras formales del tipo de las introducidas por Lévi-Strauss en los sistemas de parentesco? Problema del porvenir. En todo caso, se advierte cuán necesario sería, para las ciencias, en conjunto, que operan con formas simbólicas, una investigación de las propiedades del símbolo. Las investigaciones iniciadas por Peirce han quedado en el aire, y es gran lástima. Es del progreso en el análisis de los símbolos de donde podría esperarse normalmente una comprensión mejor de los procesos complejos de la significación en la lengua, y también probablemente fuera de ella. Y como este funcionamiento es inconsciente, como inconsciente es la estructura de los comportamientos, psicólogos, sociólogos y lingüistas asociarían con provecho sus esfuerzos en tal indagación.

La orientación que acabamos de caracterizar no es la única que

merezca hacerse constar. Se han afirmado otras concepciones, igualmente sistemáticas. En la psicolingüística de G. Guillaume, la estructura lingüística es planteada como inmanente a la lengua realizada, y la estructura sistemática va descubriéndose a partir de los hechos de empleo que la explicitan. La teoría que L. Hjelmslev, en Dinamarca, promueve con el nombre de "glosemática" es construcción de un "modelo" lógico de lengua y un cuerpo de definiciones más que un instrumento de exploración del universo lingüístico. La idea central es aquí, a grandes rasgos, la del "signo" saussuriano, donde la expresión y el contenido (que responden al "significante" y al "significado" saussurianos) se plantean como dos planos correlativos, cada uno de los cuales tiene una "forma" y una "sustancia". Aquí el camino va de la lingüística hacia la lógica. Y a este respecto se advierte lo que pudiera ser una convergencia entre disciplinas que todavía se desconocen no poco. En el momento en que lingüistas deseosos de rigor intentan apropiarse las vías y aun el aparato de lógica simbólica para sus operaciones formales, resulta que los lógicos empiezan a atender a la "significación" lingüística y, a la zaga de Russell o Wittgenstein, se interesan cada vez más en el problema de la lengua. Sus caminos se cruzan, más que se encuentran, y los lógicos preocupados por el lenguaje no siempre hallan a quién hablar. A decir verdad, los lingüistas que quisieran garantizar al estudio del lenguaje un estatuto científico se vuelven de preferencia hacia las matemáticas, buscan procedimientos de transcripción antes que un método axiomático, ceden con facilidad acaso excesiva al atractivo de ciertas técnicas recientes, como la teoría cibernética o la de la información. Más fructuosa tarea sería reflexionar acerca de los modos de aplicar en lingüística algunas de las operaciones de la lógica simbólica. El lógico escruta las condiciones de verdad que deben satisfacer los enunciados en que la ciencia cobra cuerpo. Recusa por equívoco el lenguaje "ordinario", por incierto y flotante, y anhela forjarse una lengua enteramente simbólica. Mas el objeto del lingüista es precisamente este "lenguaje ordinario" que toma como dado y cuya estructura entera explora. Sería interesante utilizar provisionalmente, en el análisis de las clases lingüísticas de todo orden que determina, los instrumentos elaborados por la lógica de los conjuntos, para ver si entre estas clases se pueden plantear relaciones tales que sean justiciables de simbolización lógica. Al menos se tendría así alguna idea del tipo de lógica que subyace en la organización de una lengua, se vería si hay una diferencia de naturaleza entre los

tipos de relaciones propios del lenguaje ordinario y los que caracterizan el lenguaje de la descripción científica, o, en otros términos, cómo el lenguaje de la acción y el de la inteligencia se comportan uno hacia el otro. No basta verificar que el uno se deja transcribir a una notación simbólica y el otro no, o no inmediatamente; sigue en pie el hecho de que uno y otro proceden de la misma fuente y que comprenden exactamente los mismos elementos básicos. Es la lengua misma la que propone este problema.

Estas consideraciones nos alejan mucho en apariencia de los temas de investigación que la lingüística se imponía hace unas décadas. Pero estos problemas son de todo tiempo, aunque sea hoy cuando empiecen a ser abordados. Por el contrario, en los nexos que los lingüistas buscaban entonces con otros dominios, hallamos hoy día dificultades que apenas sospecharon. Meillet escribía en 1906: "Habrá que determinar a qué estructura social responde una estructura lingüística dada y cómo, de una manera general, los cambios de estructura social se traducen por cambios de estructura lingüística." Pese a algunas tentativas (Sommerfelt), este programa no ha sido cumplido, pues, precisamente a medida que se pretendía comparar de modo sistemático lengua y sociedad, aparecían discordancias. Se averiguó que la correspondencia entre una y otra era sin cesar turbada por el hecho considerable de la difusión, así en la lengua como en la estructura social, de suerte que sociedades de igual cultura pueden tener lenguas heterogéneas, como lenguas muy vecinas pueden servir de expresión a culturas enteramente desemejantes. Llevando más lejos la reflexión, se han encontrado los problemas inherentes al análisis de la lengua por una parte, de la cultura por otra, y los de la "significación" que les son comunes —en una palabra, los mismos que trajimos a cuento antes. Esto no quiere decir que el plan de estudios indicado por Meillet sea irrealizable. El problema será más bien descubrir la base común a la lengua y a la sociedad, los principios que rigen las dos estructuras, definiendo primero las unidades que, en una y en otra, se prestarían a ser comparadas, y poner de relieve su interdependencia.

Hay naturalmente maneras más fáciles de abordar la cuestión, pero que en realidad la transforman; por ejemplo el estudio de la impronta cultural en la lengua. En la práctica, no se sale del léxico. No se trata entonces ya de la lengua, sino de la composición de su vocabulario. Se trata, por lo demás, de un material muy rico y, contra las apariencias, bastante poco explotado. Disponemos ahora de reper-

torios amplios que alimentarán numerosos trabajos, en particular el diccionario comparativo de J. Pokorny, o el de las nociones, por C. D. Buck, en el dominio indoeuropeo. El estudio de las variaciones en las significaciones históricas es otro campo prometedor. Han sido consagradas importantes obras a la "semántica" del vocabulario en sus aspectos teóricos así como sociales o históricos (Stern, Ullmann). La dificultad es desgajar de una masa creciente de datos empíricos las constantes que permitirían construir una teoría de la significación léxica. Estos hechos parecen retar sin cesar a cualquier previsibilidad. Desde otro punto de vista, la acción de las "creencias" sobre la expresión propone numerosas cuestiones, algunas de las cuales han sido estudiadas: la importancia del tabú lingüístico (Meillet, Havers), las modificaciones de las formas lingüísticas para señalar la actitud del hablante hacia las cosas de que habla (Sapir), la jerarquía ceremonial de las expresiones, sacan a la luz la acción compleja de los comportamientos sociales y de los condicionamientos psicológicos en el empleo de la lengua.

Tocamos aquí los problemas del "estilo" en todas sus acepciones. En los últimos años se han ocupado de los procedimientos del estilo estudios de tendencias harto diferentes, pero igualmente notables (Bally, Cressot, Marouzeau, Spitzer, Vossler). En la medida en que una indagación de este género pone en juego, conscientemente o no, criterios a la vez estéticos, lingüísticos y psicológicos, hace intervenir a la vez la estructura de la lengua, su poder de estimulación y las reacciones que provoca. Si los criterios son aún con demasiada frecuencia "impresivos", hay por lo menos el empeño de precisar el método aplicable a estos contenidos afectivos, a la intención que los suscita tanto como a la lengua que proporciona el instrumento. Se toma el rumbo de los estudios sobre el orden de las palabras, sobre la calidad de los sonidos, sobre los ritmos y la prosodia no menos que los recursos léxicos y gramaticales de la lengua. También aquí la psicología tiene mucho que contribuir, no sólo en virtud de los valores de sentimiento que el análisis implica sin cesar, sino también por las técnicas destinadas a objetivarlos, tests de evocación, investigaciones acerca de la audición coloreada, sobre los timbres vocales, etc. Es todo un simbolismo que lentamente vamos aprendiendo a descifrar.

Así se aprecia por doquier un esfuerzo por someter la lingüística a métodos rigurosos, para desterrar el poco más o menos, las construcciones subjetivas, el apriorismo filosófico. Los estudios lingüísticos se vuelven sin cesar más difíciles, por el hecho mismo de estas exigen-

cias y porque los lingüistas descubren que la lengua es un complejo de propiedades específicas que han de describirse mediante métodos que deben ser forjados. Tan particulares son las condiciones propias del lenguaje, que de hecho es posible afirmar que no existe una estructura de la lengua sino varias, cada una de las cuales sería ocasión de una lingüística completa. Adquirir conciencia de esto tal vez ayude a ver claro en los conflictos actuales. Ante todo, el lenguaje tiene de eminentemente distintivo el establecerse siempre en dos planos, *significante* y *significado*. El solo estudio de esta propiedad constitutiva del lenguaje y de las relaciones de regularidad o de *desarmonía* que acarrea, de las tensiones y de las transformaciones que resultan en toda lengua particular, pudiera servir de fundamento a una lingüística.

Pero el lenguaje es también hecho humano; es, en el hombre, el lugar de interacción de la vida mental y de la vida cultural y, a la vez, el instrumento de esta interacción. Otra lingüística podría establecerse sobre los términos de este trinomio: *lengua*, *cultura*, *personalidad*. El lenguaje puede también ser considerado como encerrado en un cuerpo de emisiones sonoras articuladas que constituirán la materia de un estudio estrictamente objetivo. De este modo la lengua será objeto de una descripción exhaustiva que procederá por segmentación de lo dado observable. Por el contrario, puede considerarse que este lenguaje realizado en enunciaciones registrables es manifestación contingente de una infraestructura oculta. Es entonces la búsqueda y el esclarecimiento de este mecanismo latente lo que sería objeto de la lingüística. El lenguaje admite asimismo ser constituido en estructura de "juego", como un conjunto de "figuras" producidas por las relaciones intrínsecas de elementos constantes. La lingüística se volverá entonces la teoría de las combinaciones posibles entre estos elementos y de las leyes universales que las gobiernan. También parece posible un estudio del lenguaje, en tanto que rama de la semiótica general, que cubriría a la vez la vida mental y la social. El lingüista tendrá entonces que definir la naturaleza propia de los símbolos lingüísticos con ayuda de una formalización rigurosa y de una metalengua distinta.

Esta enumeración no es exhaustiva ni puede serlo. Acaso vean el día otras concepciones. Solamente deseamos mostrar que, detrás de las discusiones y las afirmaciones de principio que acabamos de resumir, hay a menudo, sin que todos los lingüistas lo vean claro, una opción previa que determina la posición del objeto y la natura-

leza del método. Es probable que estas diversas teorías coexistan, aunque en uno u otro punto de su desenvolvimiento tengan por fuerza que encontrarse, hasta el momento en que se imponga el estatuto de la lingüística como ciencia —no ciencia de los hechos empíricos sino ciencia de las relaciones y de las deducciones—, recuperando la unidad del plan en la infinita diversidad de los fenómenos lingüísticos.

CAPÍTULO II

OJEADA AL DESARROLLO DE LA LINGÜÍSTICA¹

I

En el curso de los últimos años, en los estudios tocantes al lenguaje y a las lenguas han ocurrido cambios considerables y cuyo alcance rebasa incluso el horizonte, vastísimo y todo, de la lingüística. Estos cambios no son comprensibles en bloque; se escabullen en su manifestación misma; a la larga han tomado mucho más engorroso el acceso a los trabajos originales, que se erizan de una terminología cada vez más técnica. Es un hecho: se tropieza con gran dificultad al leer los estudios de los lingüistas, pero aún más para comprender sus preocupaciones. ¿A qué tienden, y qué hacen con lo que es bien de todos los hombres y no deja de atraer su curiosidad: el lenguaje? Da la impresión de que, para los lingüistas de hoy, los hechos del lenguaje se trasmutan en abstracciones, se vuelven los materiales inhumanos de construcciones algébricas o sirven de argumentos para áridas discusiones de método; que la lingüística se alceja de las realidades del lenguaje y se aísla de las demás ciencias humanas. Pues bien, es todo lo contrario. Se aprecia al mismo tiempo que estos métodos nuevos de la lingüística adquieren valor de ejemplo y aun de modelo para otras disciplinas, que los problemas del lenguaje interesan ahora a especialidades muy diversas y cada día más numerosas, y que una corriente de indagaciones arrastra a las ciencias del hombre hacia el trabajo con el mismo ánimo que inspira a los lingüistas.

De ahí que acaso sea útil exponer, tan sencillamente como se pueda en este campo difícil, cómo y por qué la lingüística se ha transformado de esta manera, a partir de sus principios.

Comencemos por observar que la lingüística tiene un doble objeto, es ciencia del lenguaje y ciencia de las lenguas. Esta distinción, no siempre establecida, es necesaria: el lenguaje, facultad hu-

mana, característica universal e inmutable del hombre, es otra cosa que las lenguas, siempre particulares y variables, en las cuales se realiza. Es de las lenguas de lo que se ocupa el lingüista, y la lingüística es ante todo la teoría de las lenguas. Pero, situándonos como lo hacemos aquí, veremos que estas vías diferentes se entrelazan con frecuencia y por fin se confunden, ya que los problemas infinitamente diversos de las lenguas tienen en común poner siempre en cuestión, alcanzado cierto grado de generalidad, el lenguaje.

Todos saben que la lingüística occidental nace en la filosofía griega. Todo proclama tal filiación. Nuestra terminología lingüística está constituida en gran parte por términos griegos adoptados directamente o en su traducción latina. Pero el interés que los pensadores griegos concedieron bien pronto al lenguaje era exclusivamente filosófico. Razonaban sobre su condición original —el lenguaje, ¿es natural o convencional?—, mucho más que estudiaban su funcionamiento. Las categorías que instauraron (nombre, verbo, género gramatical, etc.) descansan siempre sobre fundamentos lógicos o filosóficos.

Durante siglos, de los presocráticos a los estoicos y alejandrinos, y luego en el renacimiento aristotélico que prolonga el pensamiento griego hasta el fin de la Edad Media latina, la lengua sigue siendo objeto de especulación, no de observación. Nadie se ha cuidado entonces de estudiar y de describir una lengua por sí misma, ni de verificar si las categorías fundadas en gramática griega o latina tenían validez general. Semeciente actitud no cambió nada hasta el siglo xviii.

Al principio del siglo xix se abre una fase nueva con el descubrimiento del sánscrito. Se descubre a la vez que existe una relación de parentesco entre las lenguas llamadas en adelante indoeuropeas. La lingüística se elabora en los marcos de la gramática comparada, con métodos que se hacen cada vez más rigurosos a medida que hallazgos o desciframientos favorecen esta ciencia nueva con confirmaciones de principio y acrecentamientos de dominio. La labor cumplida en el curso de un siglo es amplia y bella. El método puesto a prueba en el dominio indoeuropeo se ha tornado ejemplar. Renovado hoy, conoce nuevos éxitos. Pero hay que ver que, hasta los primeros decenios de nuestro siglo, la lingüística consistía esencialmente en una genética de las lenguas. Se fijaba por tarea estudiar la evolución de las formas lingüísticas. Se planteaba como ciencia histórica, y su objeto era por doquier y siempre una fase de la historia de las lenguas.

¹ C. R. Académie des Inscriptions et belles-Lettres, Librairie C. Klincksieck, Paris, 1963.

No obstante, en medio de estos éxitos, algunas cabezas se inquietaban: ¿cuál es la naturaleza del hecho lingüístico?, ¿cuál es la realidad de la lengua?, ¿es verdad que no consiste más que en el cambio?, pero ¿cómo, cambiando, sigue siendo ella misma?, ¿cómo funciona entonces y cuál es la relación entre sonidos y sentido? La lingüística histórica no ofrecía ninguna respuesta a estas cuestiones, por no haber tenido nunca que plantearlas. Al mismo tiempo se preparaban dificultades de orden muy diferente, pero igualmente temibles. Los lingüistas comenzaban a interesarse por las lenguas no escritas y sin historia, en particular por las lenguas indígenas de América, y descubrían que los marcos tradicionales empleados para las lenguas indoeuropeas no resultaban aplicables aquí. Se trataba de categorías absolutamente diferentes que, al escapar a una descripción histórica, obligaban a elaborar un nuevo aparato de definiciones y un nuevo método de análisis.

Poco a poco, a través de más de un debate teórico y bajo la inspiración del *Cours de linguistique générale* de Ferdinand de Saussure (1916), se precisa una noción nueva de la lengua. Los lingüistas adquieren conciencia de la faena que les incumbe: estudiar y describir mediante una técnica adecuada la realidad lingüística actual, no mezclar ningún presupuesto teórico o histórico a la descripción, que deberá ser sincrónica, y analizar la lengua en sus elementos formales propios.

La lingüística entra entonces en su tercera fase, la de hoy. Toma por objeto no la filosofía del lenguaje ni la evolución de las formas lingüísticas, sino ante todo la realidad intrínseca de la lengua, y tiende a constituirse como ciencia, formal, rigurosa, sistemática.

Con ello vuelven a ponerse en tela de juicio la consideración histórica y los marcos instaurados para las lenguas indoeuropeas. Tornándose descriptiva, la lingüística concede igual interés a todos los tipos de lenguas, escritas o no, y a ello debe adaptar sus métodos. Se trata en efecto de saber en qué consiste una lengua y cómo funciona.

Cuando los lingüistas comenzaron, a la zaga de F. de Saussure, a considerar la lengua en sí misma y por sí misma, reconocieron este principio que llegaría a ser el principio fundamental de la lingüística moderna: que la lengua forma un sistema. Esto es válido para toda lengua, sea cual fuere la cultura en que sea empleada, o el estado histórico en que la tomemos. De la base a la cúspide, desde los sonidos hasta las formas de expresión más complejas, la lengua

es una disposición sistemática de partes. Se compone de elementos formales articulados en combinaciones variables, según ciertos principios de estructura. He aquí el segundo término clave de la lingüística, la estructura. Por ello se entiende en primer término la estructura del sistema lingüístico, descubierta progresivamente a partir de esta observación: que una lengua no comprende jamás sino un número reducido de elementos básicos, pero que dichos elementos en sí mismos se prestan a gran cantidad de combinaciones. Ni siquiera se llega a ellos si no es en el seno de tales combinaciones. Ahora, el análisis metódico lleva a reconocer que una lengua no se queda más que con una parte pequeña de las combinaciones, harto numerosas en teoría, que resultarían de estos elementos mínimos libremente acoplados. Esta restricción perfila ciertas configuraciones específicas variables según los sistemas lingüísticos considerados. Es esto ante todo lo que se entiende por estructura: tipos particulares de relaciones que articulan las unidades de determinado nivel.

Cada una de las unidades de un sistema se define así por el conjunto de las relaciones que sostiene con las otras unidades, y por las oposiciones en que participa; es una entidad relativa y opositiva, decía Saussure. Se abandona pues la idea de que los datos de la lengua valen por sí mismos y son "hechos" objetivos, magnitudes absolutas susceptibles de ser consideradas aisladamente. En realidad las entidades lingüísticas no se dejan determinar más que en el interior del sistema que las organiza y las domina, y las unas en relación con las otras. No valen sino en tanto que elementos de una estructura. Es primero que nada el sistema el que hay que delimitar y describir. Se elabora así una teoría de la lengua como sistema de signos y como arreglo de unidades jerarquizadas.

Parcería que una representación tan abstracta nos alejase de lo que se llama realidad. Muy al contrario, corresponde a la experiencia lingüística más concreta. Las distinciones obtenidas por el análisis concuerdan con las que practica instintivamente el locutor. Se ha podido mostrar experimentalmente que los fonemas, es decir los sonidos distintivos de la lengua, son realidades psicológicas de las cuales se logra bastante fácilmente que tome conciencia el locutor, pues oyendo sonidos en realidad identifica fonemas; reconoce como variantes del mismo fonema sonidos a veces bastante diferentes, y también como participantes de fonemas diferentes sonidos que se dirían próximos.

Ya aquí se ve cuánto difiere esta concepción de la lingüística de la que imperaba antes. La noción positivista del *hecho* lingüístico es sustituida por la de *relación*. En lugar de considerar cada elemento en sí y de buscar la "causa" en un estado más antiguo, se considera como parte de un conjunto sincrónico; el "atomismo" deja el sitio al "estructuralismo". Aislado en lo dado lingüístico segmentos de naturaleza y extensión variables, se apartan unidades de varios tipos; hay que caracterizarlas por niveles distintos, cada uno de los cuales hay que describir en términos adecuados. De ahí un gran desenvolvimiento de la técnica de análisis, pues todos los itinerarios deben ser explícitos.

En efecto, las unidades de la lengua participan de dos planos: *sintagmático*, cuando se las considera en su relación de sucesión material en el seno de la cadena hablada; *paradigmático*, cuando son planteadas en relación de sustitución posible, cada una en su nivel y en su clase formal. Describir estas relaciones, definir estos planos, es referirse a la estructura formal de la lengua; y formalizar así la descripción es —sin paradoja— hacerla más y más concreta, reduciendo la lengua a los elementos significativos de que se constituye únicamente y definiendo estos elementos por su mutua relevancia. En lugar de una serie de "acontecimientos" singulares, innumerables, contingentes, obtenemos un número finito de unidades y podemos caracterizar una estructura lingüística por su repartición y sus combinaciones posibles.

Se ve claramente, al proceder al análisis de sistemas diferentes, que una forma lingüística constituye una estructura definida: 1] es una unidad de globalidad que envuelve partes; 2] esas partes están en una disposición formal que obedece a determinados principios constantes; 3] lo que da a la forma el carácter de una estructura es que las partes constituyentes cumplen una *función*; 4] por último, estas partes constituyentes son unidades de cierto *nivel*, de suerte que cada unidad de un nivel definido se hace subunidad del nivel superior.

Todos los momentos esenciales de la lengua tienen carácter discontinuo y hacen intervenir unidades discretas. Puede decirse que la lengua se caracteriza menos por lo que expresa que por lo que distingue en todos los niveles:

— Distinción de los *lexemas* que permite establecer el inventario de las nociones designadas.

— Distinción de los *morfemas* que suministra el inventario de las clases y subclases formales.

— Distinción de los fonemas que da el inventario de las distinciones fonológicas no significativas.

— Distinción de los "merismas" o rasgos que ordenan los fonemas en clases.

Esto es lo que hace que la lengua sea un sistema donde nada significa en sí y por vocación natural, sino donde todo significa en función del conjunto; la estructura confiere su "significación" o su función a las partes. Es también lo que permite la comunicación indefinida: por estar la lengua organizada sistemáticamente y por funcionar según las reglas de un código, el que habla puede, a partir de un número muy restringido de elementos básicos, constituir signos, luego grupos de signos y, finalmente, una variedad indefinida de enunciados, todos identificables por quien los percibe, puesto que en él se halla depositado el mismo sistema.

Se ve cómo las nociones de sistema, de distinción, de oposición, se sostienen apretadamente y traen, por necesidad lógica, las de dependencia y solidaridad. Hay una solidaridad de los miembros de una oposición, de suerte que si uno de ellos es afectado, el estatuto del otro se resiente y como consecuencia el equilibrio del sistema sufre, lo cual puede conducir a reequilibrarlo creando una oposición nueva en otro punto. Cada lengua ofrece a este respecto una situación particular, en cada momento de su historia. Esta consideración reintroduce hoy en lingüística la noción de evolución, especificando la diacronía como la relación entre sistemas sucesivos.

El enfoque descriptivo, la conciencia del sistema, el afán de llevar el análisis hasta las unidades elementales, la elección explícita de los procedimientos, son otros tantos rasgos que caracterizan los trabajos lingüísticos modernos. Ciertamente que en la práctica hay numerosas divergencias, conflictos de escuelas, pero nos atenemos aquí a los principios más generales, y los principios son siempre más interesantes que las escuelas.

Se descubre al presente que esta concepción del lenguaje tuvo sus precursores. Estaba implícita en quien los descriptivistas modernos reconocen como primer antepasado, el gramático hindú Pāṇini, que a mediados del siglo IV antes de nuestra era codificó la lengua védica en fórmulas de ejemplar densidad: descripción formal, completa, rigurosa, sin mancha de ninguna interpretación especulativa o mística. Pero también hay que hacer justicia a precursores que no eran gramáticos y cuya obra subsiste, generalmente anónima, fundamental y sin reconocimiento, tan presente en todos los instantes

de nuestra vida que ni se nota: quiero hablar de los inventores de nuestros alfabetos modernos. Que haya podido ser inventado un alfabeto, que con un número escaso de signos gráficos se pueda poner por escrito todo lo que se pronuncia, esto sin más demuestra ya la estructura articulada del lenguaje. El alfabeto latino, el alfabeto armenio, son ejemplos admirables de notación que llamaríamos fonemática. Un analista moderno casi no tendría nada que cambiarles: las distinciones reales están reconocidas, cada letra corresponde siempre a un fonema, y cada fonema es reproducido por una letra siempre igual. La escritura alfabética difiere así en su principio de la escritura china, que es morfemática, o de la cuneiforme, que es silábica. Quienes han combinado tales alfabetos para notar los sonidos de su lengua han reconocido por instinto —fonematistas *avant la lettre*— que los sonidos variados pronunciados se reducían a un número bastante limitado de unidades distintivas. Los lingüistas modernos no operan de otro modo cuando tienen que notar las lenguas de tradición oral. Tenemos en estos alfabetos los más antiguos modelos de análisis: las unidades gráficas del alfabeto, y sus combinaciones en gran número de agrupamientos específicos, dan la imagen más cercana de la estructura de las formas lingüísticas que reproducen.

II

No es sólo la *forma* lingüística la que participa de este análisis; hay que considerar paralelamente la *función* del lenguaje.

La lengua *re-produce* la realidad. Esto hay que entenderlo de la manera más literal: la realidad es producida de nuevo por mediación del lenguaje. El que habla hace renacer por su discurso el acontecimiento y su experiencia del acontecimiento. El que oye capta primero el discurso y a través de este discurso el acontecimiento reproducido. Así la situación inherente al ejercicio del lenguaje, que es la del intercambio y del diálogo, confiere al acto del discurso una función doble: para el locutor, representa la realidad; para el oyente, recrea esta realidad. Esto hace del lenguaje el instrumento mismo de la comunicación intersubjetiva. Surgen aquí en el acto graves problemas, que dejaremos a los filósofos, en especial el de la adecuación del espíritu a la "realidad". Por su parte, el lingüista estima que no podría existir pensamiento sin lenguaje, y que en con-

secuencia el conocimiento del mundo está determinado por la expresión que recibe. El lenguaje reproduce el mundo, pero sometándolo a su organización propia. Es *logos*, discurso y razón al tiempo, como vieron los griegos. Lo es por el hecho mismo de ser lenguaje articulado, consistente en una disposición orgánica de partes, en una clasificación formal de los objetos y de los procesos. El contenido por transmitir (o, si se quiere, el "pensamiento") es descompuesto así según un esquema lingüístico. La "forma" del pensamiento es configurada por la estructura de la lengua. Y la lengua a su vez revela en el sistema de sus categorías su función mediadora. Cada locutor no puede ponerse como sujeto sino implicando al otro, a su pareja, que, dotado de la misma lengua, comparte el mismo repertorio de formas, la misma sintaxis de enunciación y la misma manera de organizar el contenido. A partir de la función lingüística, y en virtud de la polaridad yo:tú, individuo y sociedad no son ya términos contradictorios sino términos complementarios.

Es, en efecto, en y por la lengua como individuo y sociedad se determinan mutuamente. El hombre ha sentido siempre —y los poetas a menudo cantado— el poder fundador del lenguaje, que inaugura una realidad imaginaria, anula las cosas inertes, hace ver lo que aún no es, devuelve aquí lo desaparecido. Por eso tantas mitologías, al tener que explicar que en la aurora de los tiempos haya podido nacer alguna cosa de nada, planteen como principio creador del mundo esta esencia inmaterial y soberana, la Palabra. No hay, por cierto, poder más elevado, y todos los poderes del hombre, sin excepción —piénsese bien—, proceden de éste. La sociedad no es posible más que por la lengua; y por la lengua también el individuo. El despertar de la conciencia en el niño coincide siempre con el aprendizaje del lenguaje, que lo introduce poco a poco como individuo en la sociedad.

Pero ¿cuál es, pues, la fuente de este poder misterioso que reside en la lengua? ¿Por qué el individuo y la sociedad están, juntos y por igual necesidad, *fundados* en la lengua?

Porque el lenguaje representa la forma más alta de una facultad que es inherente a la condición humana, la facultad de *simbolizar*.

Entendamos por esto, muy ampliamente, la facultad de *representar* lo real por un "signo" y de comprender el "signo" como representante de lo real; así, de establecer una relación de "significación" entre una cosa y algo otro.

Considerémosla primero en su forma más general y fuera del

lenguaje. Emplear un símbolo es esta capacidad de retener de un objeto su estructura característica y de identificarla en conjuntos diferentes. Lo que es propio del hombre, y que hace de él un ser racional, es esto. La facultad simbolizadora permite en efecto la formación del concepto como distinto del objeto concreto, que no es sino un ejemplar. Aquí está el fundamento de la abstracción, al mismo tiempo que el principio de la imaginación creadora. Ahora bien, esta capacidad representativa de esencia simbólica que está en la base de las funciones conceptuales, no aparece más que en el hombre. Se despierta muy pronto en el niño, antes que el lenguaje, en el alba de su vida consciente. Pero falta en el animal.

Hagamos, no obstante, una excepción gloriosa a favor de las abejas. Según las observaciones memorables de K. von Frisch, cuando una abeja exploradora ha descubierto en su vuelo solitario una fuente de alimento, retorna a la colmena a anunciar su hallazgo bailando sobre los alveolos una danza particular, bulliciosa, y describiendo ciertas figuras, que se han podido analizar; indica así a las otras abejas, que corretean tras ella, a qué distancia y en qué dirección está el alimento. Éstas echan entonces a volar y sin falta llegan a la meta, a veces muy alejada de la colmena. Observación del mayor alcance, que parece sugerir que las abejas se comunican entre sí por un simbolismo particular y se transmiten verdaderos mensajes. ¿Debemos vincular este sistema de comunicación con el funcionamiento tan notable de la colmena? La vida de los insectos sociales ¿supone determinado nivel de las relaciones simbólicas? Ya es mucho el mero hecho de poder plantear la cuestión. Quedamos, vacilantes y fascinados, en las lindes de un inmenso problema: ¿podrá el hombre, por primera vez, venciendo la barrera biológica, echar un vistazo al interior de una sociedad animal y descubrir el principio que la organiza?

Hecha esta reserva, es posible mostrar con mayor precisión dónde está la diferencia que separa al hombre del animal. Cuidemos mucho, primero, de distinguir dos nociones que muy a menudo se confunden cuando se habla del "lenguaje animal": la señal y el símbolo.

Una señal es un hecho físico vinculado a otro hecho físico por un nexo natural o convencional: relámpago que anuncia tormenta; campana que anuncia la comida; grito que anuncia el peligro. El animal percibe la señal y es capaz de reaccionar a ella adecuadamente. Puede enseñársele a identificar señales variadas, es decir a

unir dos sensaciones por la relación de la señal. Los famosos reflejos condicionados de Pavlov lo muestran bien. El hombre también, en tanto que animal, reacciona a una señal. Pero utiliza además el *símbolo* que es *instituido* por el hombre; hay que aprender el sentido del símbolo, hay que ser capaz de interpretarlo en su función significativa y no solamente de percibirlo como impresión sensorial, pues el símbolo no tiene relación natural con lo que simboliza. El hombre inventa y comprende símbolos; el animal no. Todo sale de esto. El desconocimiento de esta distinción acarrea toda clase de confusiones o de falsos problemas. A menudo se dice que el animal "enseñado" comprende la palabra humana. En realidad el animal obedece a la palabra porque se le ha enseñado a reconocerla como señal; pero jamás sabrá interpretarla como símbolo. Por la misma razón, el animal *expresa* sus emociones, no puede *nombrarlas*. No puede hallarse comienzo o aproximación al lenguaje en los medios de expresión empleados por los animales. Entre la función sensoriomotriz y la función representativa, hay un umbral que sólo la humanidad ha franqueado.

Pues el hombre no ha sido creado dos veces, una sin lenguaje, otra con él. La emergencia de *Homo* en la serie animal puede haber sido favorecida por su estructura corporal o su organización nerviosa; se debe ante todo a su facultad de representación simbólica, fuente común del pensamiento, del lenguaje y de la sociedad.

Esta capacidad simbólica está en el fundamento de las funciones conceptuales. El pensamiento no es otra cosa que este poder de construir representaciones de las cosas y de operar sobre dichas representaciones. Es por esencia simbólico.² La transformación simbólica de los elementos de la realidad o de la experiencia en *conceptos* es el proceso por el cual se consume el poder racionalizante del espíritu. El pensamiento no es un simple reflejo del mundo; categoriza la realidad, y en esta función organizadora está tan estrechamente

² "El pensamiento simbólico es el pensamiento a secas. El juicio crea los símbolos. Todo pensamiento es simbólico. Todo pensamiento construye signos al mismo tiempo que cosas. El pensamiento, haciéndose, desemboca inevitablemente en el símbolo, puesto que su formulación es, en bloque, simbólica, puesto que las imágenes con que constituye los grupos de cosas son sus símbolos, puesto que opera siempre sobre símbolos, no siendo en el fondo sino símbolos las cosas sobre las que opera, aun cuando tenga el aire de operar directamente sobre las cosas. Y estos símbolos los ordena en un mundo de símbolos, en un sistema de signos, según relaciones y leyes." H. Delacroix, *Le langage et la pensée*, p. 602.

asociado al lenguaje que se puede sentir la tentación de identificar pensamiento y lenguaje desde este punto de vista.

En efecto, la facultad simbólica en el hombre alcanza su realización suprema en el lenguaje, que es la expresión simbólica por excelencia; todos los demás sistemas de comunicaciones, gráficos, de gestos, visuales, etc., derivan de aquél y lo suponen. Pero el lenguaje es un sistema simbólico particular, organizado en dos planos. Por una parte es un hecho físico: aprovecha la mediación del aparato vocal para producirse, del aparato auditivo para ser percibido. Bajo este aspecto material se presta a la observación, a la descripción y al registro. Por otro lado, es estructura inmaterial, comunicación de significados, que remplacea los acontecimientos o las experiencias por su "evocación". Tal es el lenguaje, una entidad de doble faz. Por eso el símbolo lingüístico es mediatizante. Organiza el pensamiento y se realiza en una forma específica, torna la experiencia interior de un sujeto accesible a otro en una expresión articulada y representativa, y no por una señal como un grito modulado; se realiza en una lengua determinada, propia de una sociedad distinta, no en una emisión vocal común a la especie entera.

El lenguaje ofrece el modelo de una estructura relacional, en el sentido más literal y comprensivo al mismo tiempo. Relaciona en el discurso palabras y conceptos, y produce así, en representación de objetos y de situaciones, *signos*, distintos de sus referentes materiales. Instituye esas transferencias analógicas de denominaciones que llamados metáforas, factor tan poderoso del enriquecimiento conceptual. Encadena las proposiciones en el razonamiento y se convierte en útil del pensamiento discursivo.

Por último, el lenguaje es el simbolismo más económico. A diferencia de otros sistemas representativos, no solicita ningún esfuerzo muscular, no acarrea traslación corporal, no impone manipulación laboriosa. Imaginemos qué tarea sería representar a los ojos una "creación del mundo", si fuera posible figurarla en imágenes pintadas, esculpidas o de otro género, a costa de un trabajo insensato; veamos entonces en qué se convierte la misma historia cuando se realiza en el relato, sucesión de ruiditos vocales que se desvanecen no bien emitidos, no bien percibidos, pero toda el alma se exalta, y las generaciones los repiten, y cuanta vez la palabra despliega el acontecimiento, vuelve a comenzar el mundo. Ningún poder igualará nunca a éste, que hace tanto con tan poco.

La existencia de tal sistema de símbolos nos descubre uno de

los datos esenciales, acaso el más profundo, de la condición humana: no hay relación natural, inmediata y directa entre el hombre y el mundo, ni entre el hombre y el hombre. Hace falta un intermediario, este aparato simbólico, que ha hecho posibles el pensamiento y el lenguaje. Fuera de la esfera biológica, la capacidad simbólica es la capacidad más específica del ser humano.

Sólo falta extraer la consecuencia de estas reflexiones. Al plantear al hombre en su relación con la naturaleza o en su relación con el hombre, por mediación del lenguaje, planteamos la sociedad. No es coincidencia histórica sino encadenamiento necesario. Pues el lenguaje se realiza siempre en una *lengua*, en una estructura lingüística definida y particular, inseparable de una sociedad definida y particular. Lengua y sociedad no se conciben una sin la otra. Una y otra son *dadas*. Pero asimismo una y otra son *aprendidas* por el ser humano, que no tiene de ellas conocimiento innato. El niño nace y se desarrolla en la sociedad de los hombres. Son seres humanos adultos, sus padres, los que le inculcan el uso de la palabra. La adquisición del lenguaje es una experiencia que va a la par en el niño con la formación del símbolo y la construcción del objeto. Aprende las cosas por su nombre; descubre que todo tiene un nombre y que aprender los nombres le da la disposición de las cosas. Pero descubre también que él mismo tiene un nombre y que merced a él se comunica con sus alrededores. Así se despierta en él la conciencia del medio social en que está inmerso y que conformará poco a poco su espíritu por mediación del lenguaje.

A medida que se vuelve capaz de operaciones intelectuales más complejas, queda integrado a la *cultura* que lo circunda. Llamo cultura al *medio humano*, todo lo que, más allá del cumplimiento de las funciones biológicas, da a la vida y a la actividad humana forma, sentido y contenido. La cultura es inherente a la sociedad de los hombres, sea el que fuere su nivel de civilización. Consiste en una multitud de nociones y prescripciones, también en *prohibiciones* específicas; lo que una cultura prohíbe la caracteriza al menos tanto como lo que prescribe. El mundo animal no conoce prohibición alguna. Ahora, este fenómeno humano, la cultura, es un fenómeno enteramente simbólico. La cultura se define como un conjunto muy complejo de representaciones, organizadas por un código de relaciones y de valores: tradiciones, religión, leyes, política, ética, artes, todo aquello que, nazca donde nazca, impregnará al hombre en su conciencia más honda, y que dirigirá su comportamiento en todas las

formas de su actividad —¿qué es pues si no un universo de símbolos integrados en una estructura específica y que el lenguaje manifiesta y trasmite? Merced a la lengua el hombre asimila la cultura, la perpetúa o la transforma. Ahora bien, como cada lengua, cada cultura hace funcionar un aparato específico de símbolos en el cual se identifica cada sociedad. La diversidad de las lenguas, la diversidad de las culturas, sus cambios, hacen asomar la naturaleza convencional del simbolismo que las articula. Es en definitiva el símbolo el que ata este vínculo vivo entre el hombre, la lengua y la cultura.

He aquí, a grandes rasgos, la perspectiva que abre el desenvolvimiento reciente de los estudios de lingüística. Ahondando en la naturaleza del lenguaje, descubriendo sus relaciones con la inteligencia como con el comportamiento humano o los fundamentos de la cultura, esta investigación empieza a esclarecer el funcionamiento profundo del espíritu en sus recorridos operatorios. Las ciencias vecinas siguen este progreso y cooperan en él por su cuenta inspirándose en los métodos y a veces en la terminología de la lingüística. Todo permite prever que estas indagaciones paralelas engendrarán nuevas disciplinas y concurrirán en una verdadera ciencia de la cultura que fundará la teoría de las actividades simbólicas del hombre. Por lo demás, se sabe que las descripciones formales de las lenguas tienen utilidad directa para la construcción de las máquinas lógicas capaces de efectuar traducciones, y a la inversa puede esperarse de las teorías de la información alguna claridad acerca del modo como el pensamiento es codificado en el lenguaje. En el desarrollo de estas investigaciones y técnicas, que darán su impronta a nuestra época, discernimos el resultado de simbolizaciones sucesivas, cada vez más abstractas, con fundamento primero y necesario en el simbolismo lingüístico. Esta formalización creciente del pensamiento nos encamina acaso hacia una realidad más grande. Pero ni siquiera podríamos concebir semejantes representaciones si la estructura del lenguaje no contuviese su modelo inicial y como su lejano presentimiento.

CAPÍTULO III

SAUSSURE DESPUES DE MEDIO SIGLO ¹

Ferdinand de Saussure murió el 22 de febrero de 1913. Hemos aquí reunidos cincuenta años después, el mismo día, 22 de febrero de 1963, para una conmemoración solemne, en su ciudad, en su universidad.² Aquella figura adquiere ahora sus rasgos auténticos y se nos presenta en su verdadera grandeza. No hay hoy lingüista que no le deba algo. No hay teoría general que no mencione su nombre. Cierta misterio rodea su vida humana, pronto recogida en el silencio. Es de la obra de lo que nos ocuparemos. A una obra tal, conviene sólo el elogio que la explica en su génesis y hace comprender su irradiación.

Vemos hoy a Saussure muy distinto de como sus contemporáneos podían verlo. Toda una parte de sí, la más importante sin duda, no fue conocida hasta después de su muerte. La ciencia del lenguaje ha sido por ella transformada poco a poco. ¿Qué es lo que Saussure ha aportado a la lingüística de su tiempo, y en qué ha actuado sobre la nuestra?

Para responder a esta pregunta pudiéramos ir de uno a otro de sus escritos, analizar, comparar, discutir. Sin duda sería necesario tal inventario crítico. La bella e importante obra de R. Godol³ contribuye ya en gran medida. Mas no es ésta nuestra intención. Dejando a otros el cuidado de describir en detalle esta obra, trataremos de recuperar su principio en una exigencia que la anima y aun la constituye.

¹ *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 20 (1963), Librairie Droz, Ginebra.

² Estas páginas reproducen lo esencial de una conferencia pronunciada en Ginebra el 22 de febrero de 1963, por invitación de la Universidad, para conmemorar el cincuentenario de la muerte de Ferdinand de Saussure. Se han suprimido unas cuantas frases liminares, enteramente personales. No deberá olvidarse que esta exposición fue proyectada para un público más amplio que el de los lingüistas, y que la circunstancia excluía toda discusión y aun cualquier enunciado demasiado técnico.

³ *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de Ferdinand de Saussure*, 1957.

En todo creador hay cierta exigencia, oculta, permanente, que lo sostiene y lo devora, que guía sus pensamientos, le impone tarea, lo estimula en sus desfallecimientos y no le da tregua si trata de escabullirse. No siempre es fácil reconocerla en los recorridos diversos, a veces vacilantes, que emprende la reflexión de Saussure. Pero una vez discernida, aclara el sentido de su esfuerzo, y lo sitúa frente a sus antecesores así como frente a nosotros.

Saussure es ante todo y siempre el hombre de los fundamentos. Por instinto se dirige a los caracteres primordiales, que gobiernan la diversidad de lo dado empíricamente. En lo que pertenece a la lengua presiente algunas propiedades que en ninguna otra parte se encuentran. Compárese con lo que sea, la lengua no deja de aparecer como cosa diferente. Pero ¿en qué difiere? Considerando esta actividad, el lenguaje, donde están asociados tantos factores, biológicos, físicos y psíquicos, individuales y sociales, históricos, estéticos, pragmáticos, se pregunta: ¿dónde está propiamente la lengua?

Podría darse a esta interrogación forma más precisa reduciéndola a los dos siguientes problemas, que colocamos en el centro de la doctrina saussuriana:

1] ¿Cuáles son los datos básicos sobre los que se fundará la lingüística y cómo podemos alcanzarlos?

2] ¿De qué naturaleza son las nociones del lenguaje y merced a qué modo de relación se articulan?

Discernimos esta preocupación en Saussure desde que entra en la ciencia, con su *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*, publicado cuando tenía veintiún años y que sigue siendo uno de sus títulos de gloria. El genial principiante ataca uno de los problemas más difíciles de la gramática comparada, una cuestión que a decir verdad ni existía antes y que fue el primero en formular en términos propios. ¿Por qué, en un dominio tan vasto y prometedor, eligió un objeto tan arduo? Releamos el prefacio. Expone que su intención era estudiar las formas múltiples de *a* indoeuropea, pero que se vio conducido a considerar “el sistema de las vocales en su conjunto”. Esto le hace tratar “una serie de problemas de fonética y de morfología, unos que esperan todavía solución, algunos que ni siquiera han sido planteados”. Y como para disculparse de haber tenido que “atravesar las regiones más incultas de la lingüística indoeuropea”, agrega esta justificación tan esclarecedora:

“Si a pesar de todo nos aventuramos, bien convencidos de antemano de que nuestra inexperiencia se extraviará más de una vez en el

dédalo, es porque, para quienquiera que se ocupe de estos estudios, enfrentarse a semejantes cuestiones no es una temeridad, como tantas veces se dice, sino una necesidad; es la primera escuela por la que hay que pasar; pues no se trata aquí de especulaciones de orden trascendente sino de la búsqueda de datos elementales sin los que todo queda en el aire, todo es arbitrariedad e incertidumbre.”

Estas últimas líneas pudieran servir de epígrafe a su obra entera. Contienen el programa de su investigación venidera, presagian su orientación y fin. Hasta el término de su vida, y con insistencia creciente, dolorosamente pudiera decirse, conforme avanza más en su reflexión, va en pos de los “datos elementales” que constituyen el lenguaje, apartándose poco a poco de la ciencia de su tiempo, en la cual sólo ve “arbitrariedad e incertidumbre” —en una época, no obstante, en que la lingüística indoeuropea proseguía con creciente éxito la empresa comparativa.

Son ciertamente los datos elementales los que se trata de descubrir y aun (quisiéramos escribir “sobre todo”) si nos proponemos remontarnos de un estado de lengua histórico a uno prehistórico. De otro modo no puede fundarse en razón el devenir histórico, pues si hay historia, ¿de qué lo es? ¿Qué es lo que cambia y qué es lo que permanece? ¿Cómo podemos decir de un dato lingüístico tomado en dos momentos de la evolución que es el *mismo* dato? ¿En qué reside esta identidad y, ya que es planteada por el lingüista entre dos objetos, cómo lo definiremos? Hace falta un cuerpo de definiciones. Hay que enunciar las relaciones lógicas que establecemos entre los datos, los rasgos o los puntos de vista desde los cuales los aprehendemos. Así ir a los fundamentos es el solo medio —pero el seguro— de explicar el hecho concreto y contingente. Para alcanzar lo concreto histórico, para volver a colocar lo contingente en su necesidad propia, debemos situar cada elemento en la red de relaciones que lo determina, y plantear explícitamente que el hecho sólo existe en virtud de la definición que le atribuimos. Tal es la evidencia que desde el comienzo se impone a Saussure, a quien no bastará su vida entera para introducirla en la teoría lingüística.

Pero aun si hubiese podido formular entonces lo que no enseñaría hasta más tarde, sólo habría incrementado la incomprensión o la hostilidad con que tropezaron sus primeros ensayos. Los maestros de entonces, seguros en su verdad, no querían escuchar aquel llamado riguroso, y la dificultad misma del *Mémoire* bastaba para repeler a la mayoría. Saussure acaso fuera a descorazonarse. Hizo

falta una nueva generación para que lentamente sus ideas se abriesen camino. Fue un destino favorable el que lo condujo entonces a París. Recuperó alguna confianza en sí mismo gracias a aquella coyuntura excepcional que le permitió hallar a la vez un tutor benévolo, Bréal, y un grupo de jóvenes lingüistas —así A. Meillet y M. Grammont— en quienes su enseñanza dejaría profunda impronta. Una nueva fase de la gramática comparada data de estos años en que Saussure inculca su doctrina, al tiempo que la madura, a algunos de quienes la desenvolverán. Por eso recordamos —no sólo para medir la influencia personal de Saussure, sino para estimar el progreso de las ideas que anuncian— los términos de la dedicatoria que dirigía Meillet a su maestro Saussure en 1903 a la cabeza de su *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes*: “en ocasión de los veinticinco años transcurridos desde la publicación del *Mémoire... (1878-1903)*”. Si sólo de Meillet hubiese dependido, el acontecimiento habría quedado señalado con claridad mayor aún: una carta inédita de Saussure nos informa que Meillet quiso poner primero: “para el aniversario de la publicación...” —de lo cual Saussure lo disuadió amistosamente.

Pero aun en 1903, es decir veinticinco años después, todavía no podía saberse cuántas intuiciones clarividentes contenía el *Mémoire* de 1878. He aquí un espléndido ejemplo. Saussure discernió que el sistema vocálico del indoeuropeo contenía varias *a*. En lo tocante al conocimiento puro, las distintas *a* del indoeuropeo son objetos tan importantes como las partículas fundamentales en física nuclear. Ahora bien, una de estas *a* tenía la singular propiedad de comportarse distintamente que sus dos congéneres vocálicas. No pocos descubrimientos han comenzado con una observación parecida, un desacuerdo en un sistema, una perturbación en un campo, un movimiento anormal en una órbita. Saussure caracteriza esta *a* por dos rasgos específicos. Por una parte, no es pariente ni de *e* ni de *o*; por otra, es coeficiente sonántico, es decir, es susceptible de desempeñar el mismo papel doble, vocálico y consonántico, que las nasales o las líquidas, y se combina con vocales. Notemos que Saussure habla de ella como de un fonema, y no como de un sonido o una articulación. No nos dice cómo se pronunciaba este fonema, a qué sonido pudiera parecerse en tal o cual sistema observable; ni siquiera si se trataba de una vocal o de una consonante. La sustancia fónica no es considerada. Estamos en presencia de una unidad algebrica, un término del sistema, lo que denominaré más

tarde una unidad distintiva y opositiva. No podría decirse que ni siquiera veinticinco años después de propuesta esta observación hubiera despertado gran interés. Otros veinticinco años faltaban para que se impusiera, en circunstancias que la imaginación más audaz no hubiera concebido. En 1927, J. Kuryłowicz, en una lengua histórica, el hitita, recién descifrada por aquel entonces, con la forma del sonido que se representa *h*, daba con el fonema definido cincuenta años antes por Saussure como fonema sonántico indoeuropeo. Esta hermosa observación hacía penetrar en la realidad la entidad teórica postulada por el razonamiento en 1878.

Por supuesto, la realización fonética de esta entidad como *h* en hitita aportaba al debate un elemento nuevo, pero de naturaleza diferente. A partir de ahí se han manifestado dos orientaciones en la investigación. Para unos era cosa ante todo de adelantar más la investigación teórica, de sacar a luz particularmente en la morfología indoeuropea los efectos y las combinaciones de este “coeficiente sonántico”. Resulta hoy día que este fonema no es único, que representa una clase entera de fonemas, desigualmente representados en las lenguas históricas, y que se llaman “laringales”. Otros lingüistas insisten por el contrario en el análisis descriptivo de estos sonidos; procuran definir la realidad fonética; y como el número de estas laringales es todavía motivo de discusión, de año en año se ven multiplicarse las interpretaciones, que originan nuevas controversias. Este problema ocupa hoy el centro de la teoría del indoeuropeo; apasiona a los diacronistas tanto como a los descriptivistas. Todo lo cual atestigua la fecundidad de los puntos de vista introducidos por Saussure, y que no han alcanzado su plenitud hasta estos últimos decenios, medio siglo después de haber sido publicadas. Incluso los lingüistas que ni han leído el *Mémoire* no dejan de serle tributarios.

He aquí, pues, a Saussure adelantándose, muy joven, en su carrera, estrella en la frente. Acogido favorablemente en la *École des Hautes Études*, donde encuentra en el acto discípulos a quienes su pensamiento encanta e inspira, en la *Société de Linguistique*, donde Bréal lo designa pronto secretario adjunto, se abre ante él un fácil camino, y todo parece anunciar una larga serie de hallazgos. Las esperanzas no se frustran. Recordemos tan sólo sus artículos fundamentales sobre la entonación báltica, que muestran la profundidad de sus análisis y siguen siendo modelos para quien se dedique a iguales indagaciones. Sin embargo, es un hecho señalado —y deplorado— por quienes hablan de Saussure en estos años que bien pronto

su producción disminuye. Se restringe a algunos artículos, cada vez más espaciados, y que por lo demás sólo concede al solicitárselo sus amigos. Regresado a Ginebra para ocupar una cátedra en la Universidad, deja de escribir casi por completo. No obstante, nunca dejó de trabajar. ¿Qué es, entonces, lo que le impedía publicar? Empezamos a saberlo. Este silencio esconde un drama que debió de ser doloroso, se agravó con los años y no llegó a encontrar salida. Toca por un lado a circunstancias personales, acerca de las cuales los testimonios de sus familiares y amigos pudieran dar algunas luces. Era sobre todo un drama del pensamiento. Saussure se alejaba de su época en la medida misma en que se iba haciendo amo de su propia verdad, ya que esta verdad le hacía rechazar todo lo que por entonces se enseñaba a propósito del lenguaje. Pero, al mismo tiempo que vacilaba ante aquella revisión radical que sentía necesaria, no podía decidirse a publicar la menor nota sin haber asegurado antes los fundamentos de la teoría. Con qué hondura sufría tal turbación y en qué medida estaba a veces a punto de desanimarse, lo revela un documento singular, un pasaje de una carta a Meillet (4 de enero de 1894), donde, a propósito de sus estudios sobre la entonación báltica, le confía:

"Pero estoy muy harto de todo esto y de la dificultad que hay, en general, para escribir diez líneas con sentido común en materia de hechos del lenguaje. Preocupado sobre todo desde hace mucho por la clasificación lógica de estos hechos, por la clasificación de los puntos de vista desde los cuales los tratamos, veo cada vez más la inmensidad del trabajo que sería preciso para mostrar al lingüista *lo que hace*; reduciendo cada operación a su categoría prevista; y al mismo tiempo la no poca vanidad de todo lo que a fin de cuentas puede hacerse en lingüística.

"Es en último análisis tan sólo el lado pintoresco de una lengua lo que hace que difiera de todas las demás como pertenecientes a determinado pueblo con determinados orígenes, es este lado casi etnográfico el que conserva interés para mí: y precisamente ya no tengo el gusto de poderme entregar a este estudio sin segunda intención, y disfrutar del hecho particular atendido a un medio particular.

"Sin cesar, la ineptia absoluta de la terminología ordinaria, la necesidad de reformarla, y de mostrar para ello qué clase de objeto es la lengua en general, me estropea el placer histórico, aunque no tenga anhelo mayor que no deber ocuparme de la lengua en general.

"A mi pesar, esto acabará en un libro donde, sin entusiasmo ni

pasión, explicaré por qué no hay un solo término empleado en lingüística al que conceda yo un sentido cualquiera. Y confieso que no será hasta entonces cuando pueda reanudar mi trabajo en el punto en que lo dejé.

"He aquí una disposición tal vez estúpida, que explicaría a Duvau por qué, por ejemplo, he dado largas más de un año a la publicación de un artículo que materialmente no ofrecía ninguna dificultad —y sin conseguir por lo demás evitar las expresiones lógicamente odiosas, ya que para eso sería precisa una reforma decididamente radical."⁴

Se ve en qué debate está encerrado Saussure. Más ahonda en la naturaleza del lenguaje, menos lo satisfacen las nociones recibidas. Busca entonces entretenimiento en estudios de tipología etnolingüística, pero vuelve siempre a su obsesión primera. Quizá también por escapar se lanzará más tarde a una inmensa búsqueda de anagramas... Pero hoy vemos qué estaba en juego: el drama de Saussure iba a transformar la lingüística. Las dificultades con que choca su reflexión van a obligarlo a forjar las nuevas dimensiones que ordenarán los hechos del lenguaje.

A partir de este momento, en efecto, Saussure ha visto que estudiar una lengua conduce inevitablemente a estudiar el lenguaje. Creemos poder alcanzar directamente el hecho de lengua como una realidad objetiva. La verdad es que no lo captamos sino desde determinado punto de vista, que hay que empezar por definir. Dejemos de creer que en la lengua es aprehendido un objeto simple, existente por sí mismo y susceptible de aprehensión total. La primera tarea es mostrarle al lingüista "lo que hace", a qué operaciones previas se entrega inconscientemente al abordar los datos lingüísticos.

Nada estaba más alejado de su tiempo que estas preocupaciones lógicas. Los lingüistas andaban por aquel entonces absorbidos en un gran esfuerzo de investigación histórica, preparando materiales de comparación y elaborando repertorios etimológicos. Estas grandes empresas —muy útiles, por lo demás— no dejaban lugar a los cuidados teóricos. Y Saussure se quedaba solo con sus problemas. La inmensidad de la faena por realizar, el carácter radical de la reforma necesaria, podían hacerlo vacilar, desanimarlo por momentos.

⁴ Este texto ha sido citado por Godel, *op. cit.*, p. 31, pero ateniéndose a una copia defectuosa que hay que corregir en varios lugares. El pasaje lo reproducimos aquí siguiendo el original. [1965] Ver ahora E. Benveniste, "Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet", *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21 (1964), pp. 92-135.

No obstante, no renuncia. Piensa en un libro en que dirá estas cosas, en donde presentará sus opiniones y emprenderá la refundición completa de la teoría.

Tal libro no será escrito jamás, pero quedan esbozos, en forma de notas preparatorias, de observaciones anotadas rápidamente, de borradores, y cuando tenga Saussure, para cumplir obligaciones universitarias, que impartir un curso de lingüística general, volverá a los mismos temas y los prolongará hasta el punto en que los conocemos.

Encontramos, en efecto, en el lingüista de 1910 el mismo propósito que guiaba al principiante de 1880: asegurar los fundamentos de la lingüística. Rechaza los marcos y las nociones que ve emplear por doquier, ya que le parecen ajenos a la naturaleza propia del lenguaje. ¿Cuál es esta naturaleza? Se explica brevemente en notas de éstas, fragmentos de una reflexión que no puede ni cejar ni fijarse por completo:

“Por lo demás hay cosas, objetos dados, que somos libres de considerar luego desde distintos puntos de vista. Hay aquí ante todo puntos de vista, justos o falsos, pero sólo puntos de vista, con ayuda de los cuales son *creadas* secundariamente las cosas. Resulta que estas creaciones corresponden a realidades cuando el punto de partida es atinado, o que no corresponden en caso contrario; pero en ambos casos ninguna cosa, ningún objeto es dado un solo instante en sí. Ni siquiera cuando se trata del hecho más material, más evidentemente definido en sí en apariencia, como pasaría con una serie de sonidos vocales.”⁵

“He aquí nuestra profesión de fe en materia lingüística: en otros dominios puede hablarse de las cosas *desde tal o cual punto de vista*, con la certeza que se tiene de hallar terreno firme en el objeto mismo. En lingüística negamos en principio que haya objetos dados, que haya cosas que continúen existiendo cuando se pase de un orden de ideas a otro, y que se pueda uno por consiguiente permitir considerar ‘cosas’ en varios órdenes, como si fueran dadas por sí mismas.”⁶

Estas reflexiones explican por qué Saussure juzgaba tan importante mostrar al lingüista “lo que hace”. Deseaba hacer comprender el error en que se ha metido la lingüística desde que estudia el lenguaje como una cosa, como un organismo viviente o como una

⁵ C.F.S., 12 (1954), pp. 57 y 58.

⁶ *Ibid.*, p. 58.

materia por analizar mediante una técnica instrumental, si no es que como una libre e incesante creación de la imaginación humana. Hay que volver a los fundamentos, descubrir este objeto que es el lenguaje, al cual no podría compararse nada.

¿Qué es pues este objeto, que Saussure erige sobre la tabla rasa de todas las nociones recibidas? Tocamos aquí lo que hay de primordial en la doctrina saussuriana, un principio que presume una intuición total del lenguaje, total porque contiene el conjunto de su teoría y porque abarca la totalidad de su objeto. Este principio es que *el lenguaje*, se estudie desde el punto de vista que sea, es siempre un objeto doble, formado por dos partes, cada una de las cuales no vale sino por la otra.

Aquí está, me parece, el meollo de la doctrina, el principio de donde procede todo el aparato de nociones y de distinciones que constituirá el *Cours* publicado. En efecto, todo en el lenguaje ha de definirse en términos dobles; todo lleva la impronta y el sello de la dualidad opositiva:

—Dualidad articulatoria/acústica.

—Dualidad del sonido y del sentido.

—Dualidad del individuo y de la sociedad.

—Dualidad de la lengua y de la palabra.

—Dualidad de lo material y de lo insustancial.

—Dualidad de lo “memorial” (paradigmático) y de lo sintagmático.

—Dualidad de la identidad y de la oposición.

—Dualidad de lo sincrónico y de lo diacrónico, etc.

Y, una vez más, ninguno de los términos así opuestos vale por sí mismo ni remite a una realidad sustancial; cada uno extrae su valor del hecho de oponerse al otro:

“La ley enteramente final del lenguaje es, por lo que nos atrevemos a decir, que nunca hay nada que pueda residir en un término, por consecuencia directa de que los símbolos lingüísticos carezcan de relación con lo que deben designar, así que *a* es impotente para designar nada sin el socorro de *b*, a éste le pasa lo mismo sin el auxilio de *a*, o que ninguno de los dos vale más que por su recíproca diferencia, o que ninguno vale, ni aun por una parte cualquiera de sí (supongo ‘la raíz’, etc.) de otro modo que por este mismo plexo de diferencias eternamente negativas.”⁷

⁷ *Ibid.*, p. 63.

“Como el lenguaje no ofrece en ninguna de sus manifestaciones una sustancia, sino solamente *acciones* combinadas o aisladas de fuerzas fisiológicas, psicológicas, mentales; y como no obstante todas nuestras distinciones, toda nuestra terminología, todas nuestras maneras de hablar están moldeadas por esta suposición involuntaria de una sustancia, no es posible negarse, ante todo, a reconocer que la teoría del lenguaje tendrá por tarea más esencial desenmarañar qué es de nuestras distinciones primeras. Nos es imposible conceder que se tenga derecho de elevar una teoría pasando por alto este trabajo de definición, pese a que tal manera cómoda haya satisfecho hasta el presente al público lingüístico.”⁸

Cierto: puede tomarse como objeto del análisis lingüístico un hecho material, por ejemplo un segmento de enunciado al que no sería vinculada ninguna significación considerándolo como simple producción del aparato vocal, o aun una vocal aislada. Creer que nos aferramos a una sustancia en tal caso es ilusorio: precisamente no es sino merced a una operación de abstracción y de generalización como podemos delimitar semejante objeto de estudio. Saussure insiste: sólo el punto de vista crea esta sustancia. Todos los aspectos del lenguaje que tenemos por dados son resultado de operaciones lógicas que practicamos inconscientemente. Adquiramos conciencia, pues. Abramos los ojos a la verdad de que no hay un solo aspecto del lenguaje que sea dado aparte de los otros y que se pueda anteponer a los otros como anterior y primordial. De donde esta verificación:

“A medida que se ahonda en la materia propuesta al estudio lingüístico, se convence uno cada vez más de esta verdad, que da —sería inútil disimularlo— singularmente que pensar: que el nexo que se establece entre las cosas preexiste, en este dominio, a las cosas mismas, y sirve para determinarlas.”⁹

Tesis de aire paradójico, que todavía hoy puede sorprender. Hay lingüistas que reprochan a Saussure complacerse en subrayar paradojas en el funcionamiento del lenguaje. Pero en verdad es el lenguaje lo más paradójico que hay en el mundo, y pobres de quienes no lo noten. Mientras más se adelante, más se sentirá este contraste entre la unicidad como categoría de nuestra apercepción de los objetos y la dualidad cuyo modelo impone el lenguaje a nuestra reflexión.

⁸ *Ibid.*, pp. 55 y 56.

⁹ *Ibid.*, p. 57.

Mientras más se penetra en el mecanismo de la significación, mejor se verá que las cosas no significan en razón de su ser-esto sustancial, sino en virtud de rasgos formales que las distinguen de las otras cosas de la misma clase y que nos incumbe deslindar.

De estas opiniones procede la doctrina a la que los discípulos de Saussure han dado forma y publicado. Hoy día, exegetas escrupulosos se dedican a la tarea necesaria de restaurar en su exacto tenor las lecciones de Saussure, ayudándose de todos los materiales que han conseguido recuperar. Gracias a sus cuidados dispondremos de una edición crítica del *Cours de linguistique générale*, la cual no sólo nos proporcionará una imagen fiel de esta enseñanza transmitida en su forma oral, sino que permitirá fijar con rigor la terminología saussuriana.

Esta doctrina informa, en efecto, de una u otra manera, toda la lingüística teórica de nuestro tiempo. La acción que ha ejercido se acrecienta por efecto de convergencias entre las ideas saussurianas y las de otros teóricos. Así, en Rusia, Baudoin de Courtenay y su discípulo Kruszewski proponían, de manera independiente, una nueva concepción del fonema. Distinguían la función lingüística del fonema de su realización articuladora. Esta enseñanza paraba, en suma, aunque en escala más pequeña, en la distinción saussuriana entre lengua y habla, y asignaba al fonema un valor diferencial. Era el primer germen de lo que ha llegado a ser una disciplina nueva, la fonología, teoría de las funciones distintivas de los fonemas, teoría de las estructuras de sus relaciones. Cuando la fundaron, N. Trubetskoi y R. Jakobson reconocieron expresamente sus precursores en Saussure como en Baudoin de Courtenay.

La tendencia estructuralista que se afirma desde 1928 y que luego habría de ser puesta en primer plano, tiene así sus orígenes en Saussure. Aunque éste nunca haya usado en sentido doctrinal el término “estructura” (el cual, además, por haber servido de lema a movimientos muy diferentes, ha acabado por perder todo contenido preciso), la filiación es indudable, de Saussure a todos los que buscan en la relación de los fonemas entre sí el modelo de la estructura general de los sistemas lingüísticos.

Acaso sea útil situar a este respecto una de las escuelas estructuralistas, la más caracterizada nacionalmente, la escuela estadounidense, en tanto que se tiene por descendiente de Bloomfield. No es lo bastante sabido que Bloomfield escribió del *Cours de linguistique générale* una reseña muy elogiosa, donde, anotando a favor de

Saussure la distinción entre *lengua* y *habla*, concluía: "He has given us the theoretical basis for a science of human speech."¹⁰ Por mucho que haya cambiado la lingüística estadounidense, no deja de estar ligada a Saussure.

Como todos los pensamientos fecundos, la concepción saussuriana de la lengua acarrea consecuencias que no se notaron de momento. Incluso hay una parte de su enseñanza que ha permanecido casi inerte e improductiva durante largo tiempo. Es la que toca a la lengua como sistema de signos, y el análisis del signo en su significado y significante. Había ahí un principio nuevo, el de la unidad de doble faz. Estos últimos años, la noción de signo ha sido discutida entre los lingüistas: hasta qué punto ambas fases se corresponden, cómo se mantiene la unidad o se disocia a través de la diacronía, etc. No pocos puntos de la teoría están aún por examinar. En particular, será cosa de preguntarse si la noción de signo puede valer como principio de análisis en todos los niveles. Hemos indicado en otro lugar que la frase como tal no admite la segmentación en unidades del tipo del signo.

Pero lo que deseamos subrayar aquí es el alcance de este principio del signo instaurado como unidad de la lengua. Resulta que la lengua se torna un sistema semiótico: "la tarea del lingüista —dice Saussure— es definir lo que hace de la lengua un sistema especial en el conjunto de los hechos semiológicos... Para nosotros el problema lingüístico es ante todo semiológico."¹¹ Ahora bien, vemos hoy día que este principio se propaga fuera de las disciplinas lingüísticas y penetra en las ciencias del hombre, que adquieren conciencia de su propia semiótica. Lejos de que la lengua quede abolida en la sociedad, es la sociedad la que comienza a reconocerse como "lengua". Hay analistas de la sociedad que se preguntan si determinadas estructuras sociales o, en otro plano, esos discursos complejos que son los mitos, no habrían de considerarse como significantes cuyos significados debieran ser buscados. Estas investigaciones innovadoras hacen pensar que el carácter esencial de la lengua, estar compuesta de signos, podría ser común al conjunto de los fenómenos sociales que constituyen la *cultura*.

Nos parece que deberá establecerse una distinción fundamental entre dos órdenes de fenómenos: por una parte los datos físicos y

¹⁰ *Modern Language Journal*, 8 (1924), p. 319.

¹¹ *Cours de linguistique générale*, 1a. ed., pp. 34 y 35.

biológicos, que ofrecen una naturaleza "simple" (sea cual fuere su complejidad), por mantenerse por entero en el campo en que se manifiestan y formarse y diversificarse todas sus estructuras en niveles sucesivamente alcanzados en el orden de las mismas relaciones; y por otra parte los fenómenos propios del medio interhumano que tienen la característica de no poder ser tomados jamás como datos simples ni definirse en el orden de su propia naturaleza, sino tener siempre que ser recibidos como dobles, en virtud de estar vinculados a otra cosa, sea cual sea su "referente". Un hecho cultural no es tal sino en cuanto que remite a alguna otra cosa. El día en que cobra forma una ciencia de la cultura, se fundará probablemente en este carácter primordial, y elaborará sus dualidades propias a partir del modelo dado por Saussure para la lengua, sin conformarse a él necesariamente. No escapará ninguna ciencia del hombre a esta reflexión sobre su objeto y sobre su lugar en el seno de una ciencia general de la cultura, ya que el hombre no nace en la naturaleza sino en la cultura.

Qué extraño destino el de las ideas, y cómo a veces parecen tener vida propia, revivando o desmintiendo o recreando la imagen de su creador. Puede reflexionarse mucho acerca de este contraste: la vida temporal de Saussure comparada con la fortuna de sus ideas. Un hombre solo en su pensamiento durante casi toda la vida, imposibilitado para enseñar lo que juzga falso o ilusorio, sintiendo que hay que refundirlo todo, o por lo menos que intentar hacerlo, y por fin, después de no pocos escauceos que no logran arrancarlo del tormento de su verdad personal, comunicando a algunos oyentes ideas sobre la naturaleza del lenguaje que nunca le parecen bastante maduras para ser publicadas. Muere en 1913, poco conocido fuera del círculo restringido de sus discípulos y de unos cuantos amigos, ya casi olvidado por sus contemporáneos. Meillet, en la hermosa nota necrológica que le consagra entonces, deplora que tal vida concluya con una obra incompleta: "Después de más de treinta años, las ideas que expresaba Ferdinand de Saussure en su trabajo inicial no han agotado su fecundidad. Y con todo, sus discípulos tienen el sentimiento de que, ni con mucho, tuvo en la lingüística de su tiempo el puesto que debiera merecer por sus dotes geniales..."¹² Y concluía con este pesar hondo: "Produjo el libro de gramática comparada más bello que se haya escrito, sembró ideas y adelantó

¹² *Linguistique historique et linguistique générale*, II, p. 174.

firmer teorías, dejó su impronta en numerosos alumnos, y no obstante no consumó todo su destino.”¹³

Tres años después de la muerte de Saussure aparecía el *Cours de linguistique générale*, redactado por Bally y Séchehaye según notas tomadas por estudiantes. En 1916, entre el estruendo de las armas, ¿a quién podía importar una obra de lingüística? Jamás fue más cierta la expresión de Nietzsche: que los grandes acontecimientos llegan en las patas de las palomas.

Hoy en día, cincuenta años han transcurrido desde la muerte de Saussure, dos generaciones nos separan de él, ¿y qué vemos? La lingüística se ha convertido en una ciencia principal entre las que se ocupan del hombre y de la sociedad, una de las más activas en la investigación teórica y también en los desenvolvimientos técnicos. Pues bien, esta lingüística renovada tiene su origen en Saussure, es en Saussure donde se reconoce y se compendia. En todas las corrientes que la atraviesan, en todas las escuelas en que se reparte, es proclamado el papel iniciador de Saussure. Esta simiente de claridad, recogida por algunos discípulos, se ha vuelto gran luz, que alumbra un paisaje lleno de su presencia.

Decíamos que Saussure pertenece en adelante a la historia del pensamiento europeo. Precursor de las doctrinas que desde hace cincuenta años han transformado la teoría del lenguaje, a él debemos visiones inolvidables de la facultad más elevada y misteriosa del hombre, y al mismo tiempo, al colocar en el horizonte de la ciencia y de la filosofía la noción de “signo” como unidad bilateral, contribuyó al advenimiento del pensamiento formal en las ciencias de la sociedad y la cultura, y a la constitución de una semiología general.

Abarcando con la mirada este medio siglo transcurrido, podemos decir que Saussure consumó bien su destino. Más allá de su vida terrestre, sus ideas irradian más lejos de lo que nunca hubiera imaginado, y este destino póstumo se ha vuelto como una segunda vida, que en adelante se confunde con la nuestra.

II

La comunicación

¹³ *Ibid.*, p. 183.

CAPÍTULO IV

NATURALEZA DEL SIGNO LINGÜÍSTICO ¹

Es de F. de Saussure de quien procede la teoría del signo lingüístico actualmente afirmada o implicada en la mayoría de los trabajos de lingüística general. Y es como una verdad evidente, no explícita todavía, pero no obstante incontestada de hecho, que Saussure enseñó que la naturaleza del signo es *arbitraria*. La fórmula se impuso en seguida. Toda discusión sobre la esencia del lenguaje o sobre las modalidades del discurso comienza por enunciar el carácter arbitrario del signo lingüístico. El principio es de alcance tal, que cualquier reflexión relativa a cualquier parte de la lingüística tropieza con él por necesidad. Que sea invocado por doquier y siempre tenido por evidente son dos razones para tratar cuando menos de comprender en qué sentido Saussure lo consideró y la naturaleza de las pruebas que lo manifiesten.

Esta definición, en el *Cours de linguistique générale*,² es motivada por enunciados muy sencillos. Se llama *signo* “al total resultante de la asociación de un significante [= imagen acústica] y de un significado [= concepto]...” “Así la idea de ‘sœur’ [= hermana] no está vinculada por ninguna relación interior a la sucesión de sonidos *s-ø-r* que le sirve de significante; podría ser representada igual de bien por no importa cuál otra: lo prueban las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes: el significado ‘bœuf’ [= buey] tiene por significante *b-ø-f* a un lado de la frontera y *o-k-s* (Ochs) al otro” (p. 102). Esto debe establecer que “el nexo que une el significante al significado es arbitrario”, o más sencillamente que “el signo lingüístico es arbitrario”. Por “arbitrario” el autor entiende que “es *inmotivado*, es decir arbitrario en relación con el significado, con el cual no tiene nexo ninguno natural en la realidad” (p. 103). Este carácter debe pues explicar el hecho mismo por el que se verifica: saber que, para una noción,

las expresiones varían en el tiempo y en el espacio, y en consecuencia no tienen con aquélla ninguna relación necesaria.

No nos proponemos discutir esta conclusión en nombre de otros principios o partiendo de definiciones diferentes. Se trata de saber si es coherente y si, admitida la bipartición del signo (y la admitimos), se sigue que dicha caracterizarse el signo como arbitrario. Acabamos de ver que Saussure toma al signo lingüístico como constituido por un significante y un significado. Ahora bien —esto es lo esencial—, entiende por “significado” el *concepto*. Declara en términos propios (p. 100) que “el signo lingüístico no une una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica”. Pero asegura acto seguido que la naturaleza del signo es arbitraria porque no tiene con el significado “nexo ninguno natural en la realidad”. Es claro que el razonamiento está falseado por el recurso inconsciente y subrepticio a un tercer término, que no estaba comprendido en la definición inicial. Este tercer término es la cosa misma, la realidad. Ya puede decir Saussure que la idea de “sœur” no está ligada al significante *s-ø-r*; no por ello deja de pensar en la *realidad* de la noción. Cuando habla de la diferencia entre *b-ø-f* y *o-k-s*, se refiere a pesar suyo al hecho de que estos dos términos se aplican a la misma *realidad*. He aquí pues la *cosa*, expresamente excluida por principio de cuentas de la definición del signo, entrando por un rodeo e instalando permanentemente la contradicción. Pues si se plantea en principio —y con razón— que la lengua es *forma*, no *sustancia* (p. 163), hay que admitir —y Saussure lo ha afirmado rotundamente— que la lingüística es ciencia de las formas exclusivamente. Tanto más imperiosa es entonces la necesidad de dejar la “sustancia” *sœur* o *bœuf* fuera de la comprensión del signo. Ahora, sólo si se piensa en el animal “bœuf” en su particularidad concreta y “sustancial” se tiene fundamento para juzgar “arbitraria” la relación entre *bøf* por una parte, *oks* por la otra, y una misma realidad. Hay así contradicción entre la manera como Saussure define el signo lingüístico y la naturaleza fundamental que le atribuye.

Parecida anomalía en el razonamiento tan apretado de Saussure no me parece imputable a un relajamiento de su atención crítica. Más bien veía yo un rasgo distintivo del pensamiento histórico y relativista de fines del siglo *xxx*, un recorrido habitual en esa suerte de reflexión filosófica que es la inteligencia comparativa. Se observan en diferentes pueblos las reacciones que suscita un mismo fenómeno: la infinita diversidad de las actitudes y de los juicios lleva a

¹ *Acta linguistica*, 1 (1939), Copenhague.

² Citaremos siguiendo la primera edición, Lausana-París, 1916.

considerar que aparentemente nada es necesario. De la universal semejanza se concluye la universal contingencia. La concepción saussuriana es aún solidaria, en cierta medida, de este sistema de pensamiento. Decidir que el signo lingüístico es arbitrario porque el mismo animal se llama *bœuf* en un país, *Ochs* en otras partes, equivale a decir que la noción del duelo es arbitraria por tener como símbolo el negro en Europa, el blanco en China. Arbitraria, sí, pero sólo bajo la mirada impasible de Sirio o para quien se limite a verificar desde fuera el vínculo establecido entre una realidad objetiva y un comportamiento humano y se condene así a no ver en él más que contingencia. Cierto, en relación con una misma realidad, todas las denominaciones tienen igual valor; el que existan es, pues, prueba de que ninguna de ellas puede pretender al absoluto de la denominación en sí. Esto es verdad. Demasiado cierto —y así poco instructivo. El verdadero problema es profundo por otro lado. Consiste en dar con la estructura íntima del fenómeno del que sólo es percibida la apariencia exterior y describir su relación con el conjunto de las manifestaciones de que depende.

Así con el signo lingüístico. Uno de los componentes del signo, la imagen acústica, constituye su significante; otro, el concepto, es el significado. Entre el significante y el significado el nexo no es arbitrario; al contrario, es necesario. El concepto (“significado”) “*bœuf*” es por fuerza idéntico en mi conciencia al conjunto fónico (“significante”) *böf*. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Los dos juntos han sido impresos en mi espíritu; juntos se evocan en toda circunstancia. Hay entre ellos simbiosis tan estrecha que el concepto “*bœuf*” es como el alma de la imagen acústica *böf*. El espíritu no contiene formas vacías, conceptos innominados. El propio Saussure dice: “Psicológicamente, prescindiendo de su expresión por las palabras, nuestro pensamiento no es sino una masa amorfa e indistinta. Filósofos y lingüistas siempre han estado acordes en reconocer que, sin el auxilio de los signos, seríamos incapaces de distinguir dos ideas de manera clara y constante. Tomado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa en donde nada está necesariamente delimitado. No hay ideas preestablecidas ni nada es distinto antes de la aparición de la lengua” (p. 161). A la inversa, el espíritu no acoge más forma sonora que la que le sirve de soporte a una representación identificable para él; si no, la rechaza como desconocida o ajena. El significante y el significado, la representación mental y la imagen acústica, son pues en realidad las dos caras de una misma noción

y se componen como incorporante e incorporado. El significante es la traducción fónica de un concepto; el significado es el correlato mental del significante. Esta consustancialidad del significante y el significado asegura la unidad estructural del signo lingüístico. También aquí es al propio Saussure a quien apelamos cuando dice de la lengua: “La lengua es también comparable a una hoja de papel: el pensamiento es el anverso y el sonido el reverso; no se puede cortar el anverso sin cortar al mismo tiempo el reverso; igualmente, en la lengua no podría aislarse el sonido del pensamiento, ni el pensamiento del sonido; habría que hacer una abstracción cuyo resultado sería hacer psicología pura o fonología pura” (p. 163). Lo que Saussure dice aquí de la lengua vale ante todo para el signo lingüístico en el cual se afirman indiscutiblemente los caracteres primeros de la lengua.

* Se ve ahora y se puede deslindar la zona de lo “arbitrario”. Lo que es arbitrario es que tal signo, y no tal otro, sea aplicado a tal elemento de la realidad, y no a tal otro. En este sentido, y sólo en éste, es permisible hablar de contingencia, y será menos para dar una solución al problema que para señalarlo y dejarlo por el momento. Pues se trata, ni más ni menos, que del famoso $\chi\phi\upsilon\sigma\epsilon\iota$ o $\theta\acute{\epsilon}\sigma\epsilon\iota$?, y sólo puede decidirse por decreto. Es, en efecto, traspuesto a términos lingüísticos, el problema metafísico del acuerdo entre el espíritu y el mundo, problema que acaso el lingüista esté un día en condiciones de abordar con fruto, pero que por ahora valdrá más que deje. Sentar la relación como arbitraria es para el lingüista una manera de defenderse contra esta cuestión y también contra la solución que el sujeto parlante le aporta instintivamente. Para el sujeto parlante, hay entre la lengua y la realidad adecuación completa: el signo cubre y rige la realidad; mejor: es esta realidad (*nomen omen*, tabúes verbales, poder mágico del verbo, etc.). A decir verdad, el punto de vista del sujeto y el del lingüista son tan diferentes a este respecto que la afirmación del lingüista en cuanto a lo arbitrario de las designaciones no refuta el sentimiento contrario del sujeto hablante. Pero, sea como fuere, la naturaleza del signo lingüístico no es rozada siquiera, si se le define como lo hace Saussure, ya que lo propio de tal definición es precisamente no considerar más que la relación del significante con el significado. El dominio de lo arbitrario es relegado así fuera de la comprensión del signo lingüístico.

Es bastante vano entonces defender el principio de la “arbitra-

riedad del signo" contra la objeción que podría derivarse de las onomatopeyas y palabras expresivas (Saussure, pp. 103-104), no sólo porque su esfera de empleo sea relativamente limitada y porque la expresividad sea un efecto esencialmente transitorio, subjetivo y a menudo secundario, sino sobre todo porque, aquí también, sea la que sea la realidad pintada por la onomatopeya o la palabra expresiva, la alusión a esta realidad en la mayoría de los casos no es inmediata y sólo se admite por una convención simbólica análoga a la que acredita los signos ordinarios del sistema. Volvemos a encontrar, así, la definición y los caracteres válidos para todo signo. La arbitrariedad no existe tampoco aquí sino en relación con el fenómeno o el objeto *material* y no interviene en la constitución propia del signo.

Ahora hay que considerar brevemente algunas de las consecuencias que Saussure ha extraído del principio discutido aquí, y que tienen extensas repercusiones. Por ejemplo, muestra admirablemente que puede hablarse a la vez de la inmutabilidad y de la mutabilidad del signo: inmutabilidad porque, siendo arbitrario, no puede ser puesto en tela de juicio en nombre de una norma razonable; mutabilidad porque, siendo arbitrario, siempre es susceptible de alterarse. "Una lengua es radicalmente impotente para defenderse contra los factores que mueven, instante tras instante, la relación entre significado y significante. Es una de las consecuencias de la arbitrariedad del signo" (p. 112). El mérito de este análisis no disminuye en nada, antes aumenta, si se especifica mejor la relación a que se aplica. No es entre significante y significado donde la relación al mismo tiempo se modifica y permanece inmutable, sino entre signo y objeto; es, en otros términos, la *motivación objetiva* de la designación, sometida, como tal, a la acción de diversos factores históricos. Lo que Saussure demuestra sigue siendo cierto, pero acerca de la *significación*, no del signo. ✓

Otro problema, no menos importante, que es afectado directamente por la definición del signo, es el del *valor*, donde Saussure piensa encontrar una confirmación de sus puntos de vista: "...la elección que recurre a tal segmento acústico para tal idea es perfectamente arbitraria. Si no fuera éste el caso, la noción de valor perdería algo de su carácter, puesto que contendría un elemento impuesto desde fuera. Pero de hecho los valores permanecen enteramente relativos, y he aquí por qué el vínculo entre la idea y el sonido es radicalmente arbitrario" (p. 163). Vale la pena repasar

sucesivamente las partes de este razonamiento. La elección que recurre a tal segmento acústico para tal idea no es arbitraria en manera alguna; este segmento acústico no existiría sin la idea correspondiente y viceversa. En realidad Saussure piensa siempre, por mucho que hable de "idea", en la representación del *objeto real* y en el carácter evidentemente no necesario, inmotivado, del *nexo* que une el signo a la *cosa* significada. La prueba de esta confusión yace en la frase siguiente, en la cual subrayo el miembro característico: "Si no fuera éste el caso, la noción de valor perdería algo de su carácter, puesto que *contendría un elemento impuesto desde fuera*". Es por cierto "un elemento impuesto desde fuera", o sea la realidad *objetiva*, lo que este razonamiento toma como eje de referencia. Pero si se considera el signo en sí mismo y en tanto que portador de un valor, la arbitrariedad queda necesariamente eliminada. Ya que —la última proposición es la que encierra con mayor claridad su propia refutación— es harto cierto que los valores permanecen enteramente "relativos", pero se trata de saber cómo y en relación con qué. Planteemos ahora mismo esto: el valor es un elemento del signo; si el signo tomado en sí mismo no es arbitrario, como se cree haber demostrado, se sigue que el carácter "relativo" del valor no puede depender de la naturaleza "arbitraria" del signo. Como hay que prescindir de la conveniencia del signo a la realidad, con mayor razón no debe considerarse el valor más que como un atributo de la *forma*, no de la sustancia. Desde ese punto y hora, decir que los valores son "relativos" significa que son relativos *los unos con respecto a los otros*. Ahora bien, ¿no es ésta justamente la prueba de su *necesidad*? Ya no se trata aquí del signo aislado, sino de la lengua como sistema de signos, y nadie ha concebido y descrito la economía sistemática de la lengua con la intensidad de Saussure. Quien dice sistema dice ajuste y adecuación de las partes en una estructura que trasciende y explica sus elementos. Allí todo es tan *necesario*, que las modificaciones del conjunto y del detalle se condicionan recíprocamente. La relatividad de los valores es la mejor prueba de que dependen estrechamente uno del otro en la sincronía de un sistema siempre amenazado, siempre restaurado. Es que todos los valores son de oposición y no se definen más que por su diferencia. Opuestos, se mantienen en mutua relación de necesidad. Una oposición está, por fuerza de las cosas, subtenida de necesidad, como la necesidad da cuerpo a la oposición. Si la lengua es otra cosa que un conglomerado fortuito de nociones erráticas

y de sonidos emitidos al azar, es por cierto que hay una necesidad inmanente a su estructura como a toda estructura.

Parece, pues, que la parte de contingencia inherente a la lengua afecta a la denominación en tanto que símbolo fónico de la realidad y en su relación con ella. Pero el signo, elemento primordial del sistema lingüístico, encierra un significante y un significado cuyo nexos debe ser reconocido como *necesario*, por ser estos dos componentes consustanciales uno de otro. *El carácter absoluto del signo lingüístico* así entendido rige a su vez la *necesidad* dialéctica de los valores en constante oposición, y forma el principio estructural de la lengua. Es tal vez el mejor testimonio de la fecundidad de una doctrina el que engendre la contradicción que la promueve. Restaurando la verdadera naturaleza del signo en el condicionamiento interno del sistema, se afianza, más allá de Saussure, el rigor del pensamiento saussuriano.

CAPÍTULO V

COMUNICACIÓN ANIMAL Y LENGUAJE HUMANO ¹

Aplicada al mundo animal, la noción de lenguaje sólo tiene curso por abuso de términos. Es sabido que ha resultado imposible hasta la fecha establecer que haya animales que dispongan, así fuera en forma rudimentaria, de un modo de expresión que tenga los caracteres y las funciones del lenguaje humano. Todas las observaciones serias practicadas sobre las comunidades animales, todos los intentos realizados por medio de variadas técnicas para provocar o controlar una forma cualquiera de lenguaje asimilable al de los hombres han fracasado. No parece que los animales que emiten variadas voces manifiesten, en ocasión de tales emisiones vocales, comportamientos de los que pudiéramos inferir que se transmitiesen mensajes "hablados". Las condiciones fundamentales de una comunicación propiamente lingüística parecen faltar en los animales, así sean superiores.

De otra manera se plantea el asunto en el caso de las abejas, o cuando menos hay que considerar que pudiera plantearse. Todo hace creer —y el hecho ha sido observado desde hace mucho— que las abejas tienen modo de comunicarse entre ellas. La prodigiosa organización de sus colonias, sus actividades diferenciadas y coordinadas, su capacidad de reaccionar colectivamente ante situaciones imprevistas, hacen suponer que tienen la aptitud de intercambiar verdaderos mensajes. La atención de los observadores se ha dirigido en particular al modo como las abejas son advertidas cuando una de ellas descubre una fuente de alimento. Por ejemplo, la abeja recolectora que en su vuelo halla una disolución azucarada que sirve de cebo, la prueba en el acto. Mientras se alimenta, el experimentador la marca. Vuelve ella entonces a la colmena. Instantes después se ve llegar al lugar de marras un grupo de abejas, entre las cuales no figura la abeja marcada, si bien todas proceden de la colmena de ésta. Tiene que haber advertido a sus compañeras. Incluso es preciso que hayan recibido informes precisos, ya que sin guía lle-

¹ Diogène, I (1952).

gan al lugar, a menudo muy distante de la colmena y siempre fuera del campo visual. No hay error ni vacilación en la búsqueda: si la recolectora eligió una flor entre otras que pudieran atraerla igualmente, las abejas que la siguen irán a dicha flor y descuidarán las otras. Al parecer la abeja exploradora designó a sus compañeras el lugar de donde vino. Pero ¿por qué medio?

Este fascinante problema desafió largo tiempo a los observadores. Debemos a Karl von Frisch (profesor de zoología en la Universidad de Munich), merced a experiencias que lleva adelante desde hace unos treinta años, haber establecido los principios para una solución. Sus investigaciones han dado a conocer el proceso de la comunicación entre las abejas. Observó, en una colmena transparente, el comportamiento de la abeja que retorna después de descubrir botín. En medio de gran efervescencia, la rodean de inmediato sus compañeras, que le tienden las antenas para recibir polen del que trae, o ingerir néctar que regurgita. Seguida entonces por sus compañeras, la abeja ejecuta danzas. He aquí el momento esencial del proceso y el acto propio de la comunicación. Según los casos, la abeja se entrega a dos danzas diferentes. Una consiste en trazar círculos horizontales de derecha a izquierda, y luego de izquierda a derecha, sucesivamente. La otra, acompañada de una continua agitación del abdomen (*wagging-dance*), imita más o menos la figura de un ocho: la abeja corre adelante, describe un giro completo hacia la izquierda, vuelve a seguir de frente, da otra vuelta, a la derecha, y así sucesivamente. Después de las danzas, una o varias abejas abandonan la colmena y se dirigen en línea recta a la fuente de alimento que la primera visitó. Ahí, vuelven a la colmena, donde se entregan a nuevas danzas, lo cual provoca numerosas partidas, de suerte que luego de unas pocas idas y venidas cientos de abejas se apiñan en donde la recolectora descubriera alimento. Así, la danza en círculos y la danza en ocho aparecen como verdaderos mensajes, merced a los cuales es señalado a la colmena el descubrimiento. Faltaba averiguar la diferencia entre las dos danzas. K. von Frisch pensó que se refería a la naturaleza del botín: la danza circular anunciaría néctar, la danza en ocho, polen. Estos datos, con sus interpretaciones, expuestos en 1923, son hoy en día nociones corrientes y ya vulgarizadas.² Es comprensible que hayan suscitado vivo interés.

² Así Maurice Mathis, *Le peuple des abeilles*, p. 70: "El doctor K. von Frisch descubrió... el comportamiento de la abeja cebada, al volver a la col-

Pero, aun demostradas, no autorizaban a hablar de un verdadero lenguaje.

Estos puntos de vista han sido ahora completamente renovados por las experiencias que Karl von Frisch llevó adelante, extendiendo y rectificando sus primeras observaciones. Las dio a conocer en 1948 en publicaciones técnicas, y las resumió muy claramente en 1950, en un librito que reproducía conferencias pronunciadas en los Estados Unidos.³ Después de millares de experiencias, con una paciencia y un ingenio sencillamente admirables, logró determinar la significación de las danzas. La novedad fundamental es que no atañen, como en un principio se creyó, a la naturaleza del botín, sino a la distancia que lo separa de la colmena. La danza en círculo anuncia que el lugar del alimento cae a poca distancia, dentro de un radio de unos cien metros a partir de la colmena. Entonces las abejas salen de la colmena y se dispersan, hasta dar con él. La otra danza, que la recolectora realiza estremeciéndose y describiendo ochos (*wagging-dance*), indica que el punto está a mayor distancia, superior a cien metros, hasta a seis kilómetros. Este mensaje incluye dos indicaciones distintas, una acerca de la distancia propiamente dicha, la otra sobre la dirección. La distancia está implícita en el número de figuras trazadas en un tiempo determinado; varía siempre en razón inversa de su frecuencia. Por ejemplo, la abeja describe de nueve a diez "ochos" completos en quince segundos cuando la distancia es de cien metros, siete si son doscientos metros, cuatro y medio para un kilómetro, y solamente dos cuando son seis kilómetros. Mayor es la distancia, más lenta es la danza. Por lo que respecta a la dirección en que ha de ser buscado el botín, la señala el eje del ocho, con relación al sol; según se incline a derecha o a izquierda, este eje indica el ángulo que el lugar del descubrimiento forma con el sol. Y las abejas incluso están en condiciones de orientarse cuando el cielo está cubierto, en virtud de una sensibilidad particular a la luz polarizada. En la práctica hay ligeras variaciones de una abeja a otra o de una colmena a otra en la evaluación de la distancia, mas no en la elección de una u otra danza. Estos resultados son producto de cosa de

mena. Según la naturaleza del botín por explotar, miel o polen, la abeja cebada ejecutará sobre los panes de cera una verdadera danza de demostración, girando en redondo si se trata de una materia azucarada, describiendo ochos si se trata de polen."

³ Karl von Frisch, *Bees, their vision, chemical senses and language*, Cornell University Press, Ithaca, N. Y., 1950.

cuatro mil experiencias, que otros zoólogos, escépticos al principio, han repetido en Europa y Estados Unidos, hasta confirmarlas al fin.⁴ Hoy por hoy puede uno cerciorarse de que es por cierto la danza, en sus dos variedades, la que sirve a las abejas para informar a las compañeras de sus hallazgos y guiarlas mediante indicaciones relativas a la dirección y la distancia. Las abejas, percibiendo el olor de la recolectora o absorbiendo el néctar que entrega, averiguan de paso la naturaleza del botín. Emprenden el vuelo a su vez y dan de fijo con el sitio. En adelante, el observador está en condiciones de prever, según el tipo y el ritmo de la danza, el comportamiento de la colmena, y verificar las indicaciones que han sido transmitidas.

No es preciso subrayar la importancia de estos descubrimientos para los estudios de psicología animal. Quisiéramos insistir aquí en un aspecto menos visible del problema, que K. von Frisch, atento a describir objetivamente sus experiencias, no ha tocado. Por primera vez estamos en condiciones de especificar con alguna precisión el modo de comunicación empleado en una colonia de insectos; y por vez primera podemos representarnos el funcionamiento de un "lenguaje" animal. Acaso sea útil señalar con brevedad en qué es o no es un lenguaje, y cómo estas observaciones sobre las abejas ayudan a definir, por semejanza o por contraste, el lenguaje humano.

Las abejas se presentan como capaces de producir y comprender un verdadero mensaje, que encierra varios datos. Pueden, así, registrar relaciones de posición y de distancia; pueden conservarlas en "memoria"; pueden comunicarlas simbolizándolas por diversos comportamientos somáticos. El hecho notable es, ante todo, que manifiesten aptitud para simbolizar: hay ciertamente correspondencia "convencional" entre su comportamiento y el dato que traduce. Esta relación es percibida por las demás abejas en los términos en que les es transmitido, y se toma motor de acción. Hasta aquí, encontramos en las abejas las condiciones mismas sin las que ningún lenguaje es posible, la capacidad de formular e interpretar un "signo" que remite a cierta "realidad", la memoria de la experiencia y la aptitud para descomponerla.

El mensaje transmitido contiene tres datos, únicos identificables hasta ahora: la existencia de una fuente de alimento, su distancia, su dirección. Podrían ser ordenados estos elementos de manera un poco diferente. La danza en círculo indica sencillamente la presencia

⁴ Ver el prólogo de Donald R. Griffin al libro de K. von Frisch, p. vii.

del botín, implicando que está a escasa distancia. Se funda en el principio mecánico del "todo o nada". La otra danza formula en verdad una comunicación; esta vez es la existencia del alimento la que está implícita en los dos datos (distancia, dirección) expresamente enunciados. Se aprecian aquí varias semejanzas con el lenguaje humano. Estos procedimientos ponen en juego un simbolismo verdadero, si bien rudimentario, por el cual datos objetivos son traspuestos a gestos formalizados, que incluyen elementos variables y de "significación" constante. Por lo demás, la situación y la función son las del lenguaje, en el sentido de que el sistema es válido en el interior de una comunidad dada y de que cada miembro de ésta se halla en aptitud de emplearlo o de comprenderlo en los mismos términos.

Pero las diferencias son considerables y ayudan a adquirir conciencia de lo que caracteriza propiamente el lenguaje humano. Está, primero y esencial, el hecho de que el mensaje de las abejas consista por entero en la danza, sin intervención de un aparato "vocal", en tanto que no hay lenguaje sin voz. De donde otra diferencia, que es de orden físico. Por no ser vocal sino de gestos, la comunicación entre las abejas se efectúa necesariamente en condiciones que permiten una percepción visual, a la luz del día; no es posible en la oscuridad. El lenguaje humano desconoce semejante limitación.

Aparece también una diferencia capital en la situación en que se realiza la comunicación. El mensaje de las abejas no atrae ninguna respuesta de los alrededores, sino determinada conducta, que no es respuesta. Esto significa que las abejas no conocen el diálogo, condición del lenguaje humano. Hablamos a otros que hablan, tal es la realidad humana. Lo cual revela un nuevo contraste. Por no haber diálogo para las abejas, la comunicación se refiere tan sólo a cierto dato objetivo. No puede haber comunicación relativa a un dato "lingüístico": ya por no haber respuesta —reacción lingüística a una manifestación lingüística—, pero también porque el mensaje de una abeja no puede ser reproducido por otra que no hubiera visto por sí misma las cosas que la primera anuncia. No se ha advertido, por ejemplo, que una abeja vaya a llevar a otra colmena el mensaje que hubiera recibido en la propia, lo cual sería una manera de transmisión o de relevamiento. Se ve la diferencia respecto al lenguaje humano, donde, en el diálogo, la referencia a la experiencia objetiva y la reacción a la manifestación lingüística se trenzan libremente y sin límite. La abeja no construye mensaje a partir de otro mensaje. Cada una

de las que, alertadas por la danza de la recolectora, salen y van a comer al lugar indicado, reproduce a su retorno la misma información, no siguiendo el mensaje inicial sino ateniéndose a la realidad que acaba de verificar. Ahora, el carácter del lenguaje es procurar un sustituto de la experiencia susceptible de ser transmitido sin fin en el tiempo y el espacio, lo cual es lo propio de nuestro simbolismo y fundamento de la tradición lingüística.

Si consideramos ahora el contenido del mensaje, será fácil observar que se refiere siempre y solamente a un dato, el alimento, y que las únicas variantes que comprende son relativas a datos espaciales. Es evidente el contraste con la ilimitación de los contenidos del lenguaje humano. Por añadidura, la conducta que significa el mensaje de las abejas denota un simbolismo particular que consiste en una calca de la situación objetiva, de la sola situación que da ocasión a un mensaje, sin variación ni trasposición posible. Ahora bien, en el lenguaje humano el símbolo en general no configura los datos de la experiencia, en el sentido de no haber relación necesaria entre la referencia objetiva y la forma lingüística. Habría aquí que establecer muchas distinciones desde el punto de vista del simbolismo humano, cuya naturaleza y funcionamiento se han estudiado poco. Pero subsiste la diferencia.

Finalmente, un carácter de la comunicación entre las abejas la oponen rotundamente a las lenguas humanas. El mensaje de las abejas no se deja analizar. Sólo podemos ver en él un contenido global, por estar ligada la única diferencia a la posición espacial del objeto relatado. Mas es imposible descomponer este contenido en sus elementos formadores, en sus "morfemas", de suerte que corresponda cada uno de éstos a un elemento del enunciado. El lenguaje humano se caracteriza precisamente por esto. Cada enunciado se reduce a elementos que se dejan combinar libremente según reglas definidas, de suerte que un número de morfemas bastante reducido permite un número considerable de combinaciones, de donde nace la variedad del lenguaje humano, capacitado para decir todo. Un análisis más detenido del lenguaje muestra que estos morfemas, elementos de significación, se resuelven a su vez en fonemas, elementos de articulación despojados de significación, aún menos numerosos, cuyo ensamble selectivo y distintivo suministra las unidades significantes. Estos fonemas "vacíos" organizados en sistemas constituyen el fundamento de toda lengua. Es manifiesto que el lenguaje de las abejas

no permite aislar semejantes constituyentes; no es reducible a elementos identificables y distintivos.

El conjunto de estas observaciones hace aparecer la diferencia esencial entre los procedimientos de comunicación descubiertos en las abejas y nuestro lenguaje. Esta diferencia se resume en el término que nos parece más apropiado para definir el modo de comunicación empleado por las abejas; no es un lenguaje, es un código de señales. Resultan de ello todos los caracteres: la fijeza del contenido, la invariabilidad del mensaje, la relación con una sola situación, la naturaleza indescomponible del enunciado, su transmisión unilateral. No deja de ser significativo, con todo, que este código, única forma de "lenguaje" que se haya conseguido descubrir hasta la fecha entre los animales, pertenezca a insectos que viven en sociedad. Es también la sociedad la que es condición del lenguaje. No es el menor de los intereses de los descubrimientos de K. von Frisch, aparte de las revelaciones que nos ofrecen acerca del mundo de los insectos, el hecho de que esclarezca indirectamente las condiciones del lenguaje humano y del simbolismo que supone. Pudiera darse el caso de que el progreso de las investigaciones nos hiciera penetrar más hondo en la comprensión de los resortes y modalidades de este modo de comunicación, pero el haber establecido que existe, y cómo es, y cómo funciona, significa ya que veremos mejor dónde comienza el lenguaje y de qué modo se delimita el hombre.⁵

⁵ [1965.] Para una visión de conjunto de las investigaciones recientes sobre la comunicación animal, y acerca del lenguaje de las abejas en particular, ver un artículo de T. A. Sebeok aparecido en *Science*, 1965, pp. 1006 ss.

CATEGORÍAS DE PENSAMIENTO Y CATEGORÍAS DE LENGUA ¹

De la lengua que hablamos hacemos usos infinitamente variados, cuya sola enumeración debiera ser coextensiva de una lista de las actividades a que puede entregarse el espíritu humano. En su diversidad, estos usos tienen, sin embargo, dos caracteres en común. Uno es que la realidad de la lengua permanece por regla general inconsciente; aparte el caso del estudio propiamente lingüístico, apenas tenemos conciencia débil y fugaz de las operaciones que realizamos para hablar. El otro es que, por abstractas o particulares que sean las operaciones del pensamiento, reciben expresión en la lengua. Podemos decir todo, y decirlo como queramos. De allí procede la convicción, tan extendida e inconsciente ella misma como todo lo que concierne al lenguaje, de que pensar y hablar son dos actividades distintas por esencia, que se conjugan para la necesidad práctica de la comunicación pero que tienen cada una su dominio y sus posibilidades independientes —en el caso de la lengua se trata de los recursos ofrecidos al espíritu para lo que se denomina expresión del pensamiento. Tal es el problema que abordamos sumariamente aquí, sobre todo para poner en luz algunas ambigüedades de las que es responsable la naturaleza misma del lenguaje.

Ciertamente, el lenguaje, en tanto que es hablado, es empleado para transportar “lo que queremos decir”. Pero lo que así llamamos, “lo que queremos decir” o “lo que tenemos en mientes” o “nuestro pensamiento”, o como queramos que se designe, es un contenido de pensamiento, harto difícil de definir en sí, como no sea por caracteres de intencionalidad o como estructura psíquica, etc. Este contenido recibe forma cuando es enunciado, y sólo así. Recibe forma de la lengua y en la lengua, que es el molde de toda expresión posible; no puede dissociarse de ella ni trascenderla. Ahora bien, esta lengua está configurada en su conjunto y en tanto que totalidad. Está,

además, organizada como arreglo de “signos” distintos y distintivos, susceptibles ellos mismos de descomponerse en unidades inferiores o de agruparse en unidades complejas. Esta gran estructura, que encierra estructuras más pequeñas y de varios niveles, da su *forma* al contenido de pensamiento. Para hacerse transmisible, este contenido debe ser distribuido entre morfemas de ciertas clases, dispuestos en cierto orden, etc. En una palabra, este contenido debe pasar por la lengua y apropiarse de los marcos de ésta. De otra suerte el pensamiento se reduce, si no exactamente a nada, sí en todo caso a algo tan vago e indiferenciado que no tenemos medio alguno de aprehenderlo como “contenido” distinto de la forma que la lengua le confiere. La forma lingüística es, pues, no solamente la condición de transmisibilidad sino ante todo la condición de realización del pensamiento. No captamos el pensamiento sino ya apropiado a los marcos de la lengua. Fuera de esto, no hay más que volición oscura, impulsión que se descarga en gestos, mímica. Es decir que la cuestión de saber si el pensamiento puede prescindir de la lengua o rodearla como un obstáculo aparece despojada de sentido, a poco que se analicen con rigor los datos pertinentes.

Sin embargo, hasta aquí no se pasa de una relación de hecho. Postular estos dos términos, pensamiento y lenguaje, como solidarios y mutuamente necesarios no nos indica cómo son solidarios, por qué serían juzgados indispensables el uno para el otro. Entre un pensamiento que no puede materializarse sino en la lengua y una lengua que no tiene otra función que “significar”, se desearía establecer una relación específica, pues es evidente que los términos en cuestión no son simétricos. Hablar de continente y de contenido es simplificar. No hay que abusar de la imagen. Estrictamente hablando, el pensamiento no es una materia a la que la lengua prestaría forma, puesto que en ningún momento puede ser imitado este “continente” vacío de su “contenido”, ni el “contenido” independiente de su “continente”.

Entonces la cuestión se vuelve ésta. Sin dejar de admitir que el pensamiento no puede ser captado más que formado y actualizado en la lengua, ¿tenemos manera de reconocer al pensamiento caracteres que le sean propios y que nada deban a la expresión lingüística? Podemos describir la lengua por sí misma. Habría que esperar, lo mismo, llegar directamente al pensamiento. Si fuera posible definir éste por rasgos que le perteneciesen exclusivamente, se vería a la vez cómo se ajusta a la lengua y de qué naturaleza son sus relaciones.

¹ *Les études philosophiques*, núm. 4 (oct.-dic. 1958), P. U. F., París.

Parece útil abordar el problema por la vía de las “categorías”, que aparecen como mediadoras. No presentan igual aspecto según sean categorías de pensamiento o categorías de lengua. Esta discordancia misma pudiera iluminarnos acerca de su naturaleza respectiva. Por ejemplo, discernimos de inmediato que el pensamiento puede especificar libremente sus categorías, instaurar nuevas, en tanto que las categorías lingüísticas, atributos de un sistema que todo locutor recibe y mantiene, no son modificables al gusto de cada quien; vemos además otra diferencia: que el pensamiento puede pretender establecer categorías universales, pero que las lingüísticas son siempre categorías de una lengua particular. A primera vista, esto confirmaría la posición precelente e independiente del pensamiento con respecto a la lengua.

Con todo, no podemos continuar, a la zaga de tantos autores, planteando el problema en términos así de generales. Tenemos que entrar en la concreción de una situación histórica, escrutar las categorías de un pensamiento y de una lengua definidos. Sólo con esta condición evitaremos las tomas de posición arbitrarias y las soluciones especulativas. Ahora bien, tenemos la buena fortuna de disponer de datos que se dirían preparados para nuestro examen, elaborados y presentados de manera objetiva, integrados a un conjunto conocido: son las categorías de Aristóteles. Se nos permitirá considerar estas categorías sin preocupación de tecnicismo filosófico, sencillamente como inventario de las propiedades que un pensador griego juzgaba predicables de un objeto, y así como la lista de los conceptos *a priori* que, según él, organizan la experiencia. Es un documento de gran valor para nuestro propósito.

Recordemos ante todo el texto esencial, que da la lista más completa de estas propiedades, diez en total (*Categorías*, cap. iv):²

“Cada una de las expresiones que no entran en una combinación significa: la *sustancia*; o *cuánto*; o *cuál*; o *relativamente a qué*; o *dónde*; o *cuándo*; o *estar en postura*; o *estar en estado*; o *hacer*; o *sufrir*. ‘Sustancia’, por ejemplo, en general, ‘hombre, caballo’; ‘cuánto’, por ejemplo ‘de dos codos; de tres codos’; ‘cuál’, por ejemplo ‘blanco, instruido’; ‘relativamente a qué’, por ejemplo ‘doble; mitad; más grande’; ‘dónde’, por ejemplo ‘en el Liceo; en el mercado’; ‘cuándo’, por ejemplo ‘ayer, el año pasado’; ‘estar en postura’, por ejemplo ‘está

² Sería inútil reproducir el texto original, puesto que todos los términos griegos son citados luego. Hemos traducido este pasaje literalmente, para comunicar su tenor general antes del análisis en detalle.

acostado; está sentado’; ‘estar en estado’, por ejemplo ‘está calzado; está armado’; ‘hacer’, por ejemplo ‘corta; quema’; ‘sufrir’, por ejemplo ‘es cortado; es quemado’.”

Aristóteles plantea de este modo la totalidad de los predicados que pueden afirmarse del ser, y aspira a definir el estatuto lógico de cada uno de ellos. Pues bien, nos parece —y procuraremos mostrarlo— que estas distinciones son ante todo categorías de lengua, y que de hecho Aristóteles, razonando de manera absoluta, topa sencillamente con algunas de las categorías de la lengua en que piensa. Por poco que se preste atención al enunciado de las categorías y a los ejemplos que las ilustran, esta interpretación, no propuesta aún al parecer, se verifica sin largos comentarios. Pasamos revista sucesivamente a los diez términos.

Que οὐσία se traduzca por “sustancia” o por “esencia”, poco importa aquí. Es la categoría que da respuesta a la pregunta “¿qué?”: “hombre” o “caballo”, así, especímenes de la clase lingüística de los nombres, indicadores de objetos, trácese de conceptos o de individuos. Volveremos algo más lejos al término οὐσία para denotar este predicado.

Los dos términos siguientes, ποσόν y ποιόν, forman pareja. Se refieren al “ser-cuánto”, de donde el abstracto ποσότης, “cant-idad”, y al “ser-cuál”, de donde el abstracto ποιότης, “cual-idad”. El primero no está propiamente enderezado al “número”, que no es sino una de las variedades del ποσόν, sino más generalmente a todo lo que es susceptible de medida; la teoría distingue así las “cantidades” discretas, como el número o el lenguaje, y “cantidades” continuas, como las rectas, o el tiempo, o el espacio. La categoría del ποιόν engloba la “cual-idad” sin acepción de especies. Por lo que toca a las tres siguientes, πρὸς τι, ποῦ, ποτέ, se vinculan sin ambigüedad a la “relación”, al “lugar” y al “tiempo”.

Detengamos nuestra atención en estas seis categorías en su naturaleza y en su agrupamiento. Nos parece que estos predicados no corresponden por cierto a atributos descubiertos en las cosas, sino a una clasificación que emana de la lengua misma. La noción de οὐσία indica la clase de los sustantivos. A ποσόν y ποιόν citados juntos responden no solamente la clase de los adjetivos en general, sino especialmente dos tipos de adjetivos que el griego asocia estrechamente. Ya en los primeros textos, antes del despertar de la reflexión filosófica, el griego juntaba u oponía los dos adjetivos πόσοι y ποιοι,

con las formas correlativas ὅσος y ὅλιος así como τόσος y τοῖος.³ Eran formaciones bien arraigadas en griego, derivadas una y otra de temas pronominales y la segunda de las cuales fue productiva: además de ὅλιος, ποῖος, τοῖος, tenemos ἀλλοῖος, ὁμοῖος. Es claro así que es en el sistema de las formas de la lengua donde se fundan estos dos predicados necesarios. Si pasamos al πρὸς τι, tras de la "relación" está igualmente una propiedad fundamental de los adjetivos griegos, la de proporcionar un comparativo (así μείζων, dado por lo demás como ejemplo) que es la forma "relativa" por función. Los otros dos ejemplos, διπλάσιον, ἥμισυ, señalan la "relación" de manera diferente: es el concepto de "doble" o de "medio" el que es relativo por definición, en tanto que es la forma de μείζων la que indica la "relación". En cuanto a ποῦ, "dónde", y ποτέ, "cuándo", implican respectivamente las clases de las denominaciones espaciales y temporales, y aquí también los conceptos están modelados sobre los caracteres de estas denominaciones en griego: no solamente ποῦ y ποτέ se sostienen por la simetría de su formación reproducida en οὗ ὅτε, τοῦ τότε, sino que forman parte de una clase que comprende además otros adverbios (del tipo de ἐχθές, πέρυσιν) o de las expresiones casuales que utilizan la forma del locativo (así ἐν Λυκείῳ, ἐν ἀγορᾷ). No es, por tanto, sin razón como estas categorías se hallan enumeradas y agrupadas como lo están. Las seis primeras se refieren todas a formas *nominales*. Es en la particularidad de la morfología griega donde encuentran su unidad.

Consideradas de esta suerte, las cuatro siguientes forman asimismo un conjunto: son todas categorías *verbales*. Resultan para nosotros tanto más interesantes cuanto que la naturaleza de dos de ellas no parece haber sido correctamente reconocida.

Las dos últimas son inmediatamente claras: ποιεῖν, "hacer", con los ejemplos τέμνει, καίει, "corta, quema"; πάσχειν, "sufrir", con τέμνεται, καίεται, "es cortado", "es quemado", manifiestan las dos categorías de activo y pasivo, y esta vez los ejemplos mismos están elegidos de suerte que subrayen la oposición *lingüística*: es esta oposición morfológica de dos "voces" establecidas en numerosos verbos griegos la que se transparenta en los conceptos polares de ποιεῖν y de πάσχειν.

Pero ¿qué ocurre con las dos primeras categorías, κείσθαι y ἔχειν? Ni siquiera la traducción parece establecida: algunos entienden

ἔχειν como "tener". ¿Qué interés tendrá por ventura una categoría como la de la "postura" (κείσθαι)? ¿Es un predicado tan general como los de "activo" y "pasivo"? ¿Es nada más de igual naturaleza? ¿Y qué decir del ἔχειν con ejemplos como "está calzado; está armado"? Los intérpretes de Aristóteles parecen considerar que estas dos categorías son episódicas; el filósofo no las formula más que para agotar todas las predicciones aplicables a un hombre. "Aristóteles —dice Gomperz— se imagina un hombre en pie ante él, en el Liceo, por ejemplo, y pasa revista sucesivamente a las preguntas y las respuestas que podrían formularse a su respecto. Todos los predicados que pueden ligarse a este sujeto caen bajo uno u otro de los diez encabezados, desde la cuestión suprema —¿qué es el objeto aquí percibido?— hasta preguntas subalternas relativas a la mera apariencia exterior, como: ¿qué lleva de calzado o de armas...? La enumeración está concebida para abarcar el máximo de predicados que pueden ser asignados a una cosa o a un ser..."⁴ Tal es, por lo que se nos alcanza, la opinión general de los eruditos. De creerles, el filósofo distinguía harto mal lo importante de lo accesorio, incluso daba a estas dos nociones, juzgadas secundarias, precedencia sobre una distinción como la de activo y pasivo.

También aquí nos parece que las nociones tienen un fundamento lingüístico. Tomemos primero el κείσθαι. ¿A qué puede responder una categoría lógica del κείσθαι? La respuesta está en los ejemplos citados: ἀνάκειται, "está acostado"; κάθηται, "está sentado". Son dos especímenes de verbos *medios*. Desde el punto de vista de la lengua, se trata de una noción esencial. Contrariamente a lo que nos parecería, el medio es más importante que el pasivo, que de él deriva. En el sistema verbal del griego antiguo, tal como se mantiene aún en la época clásica, la verdadera distinción es la de activo y medio.⁵ Un pensador griego podía a justo título plantear en absoluto un predicado que se enunciaba merced a una clase específica de verbos, los que no son más que medios (los *media tantum*), y que indican, entre otras cosas, la "postura", la "actitud". Igualmente irreducible al activo y al pasivo, el medio denotaba una manera de ser tan característica como los otros dos.

No es distinto el caso con el predicado llamado ἔχειν. No debe

⁴ Citado, con otras opiniones parecidas, y aprobado por H. P. Cooke en el prefacio a su edición de las *Categorías* (Loeb Classical Library).

⁵ Sobre esta cuestión, ver un artículo del *Journal de psychologie*, 1950, pp. 121 ss.

³ No tenemos en cuenta aquí la diferencia de acentuación entre la serie relativa y la interrogativa. Es un hecho secundario.

tomarse en el sentido habitual de ἔχειν, “tener”, un “tener” de posesión material. Lo que hay de particular y, a primera vista, de desconcertante en esta categoría sale a luz en los ejemplos: ὑποδέεται, “está calzado”, ὀπλίσται, “está armado”, y Aristóteles insiste cuando retorna al asunto (en el cap. IX del Tratado); a propósito de ἔχειν vuelve a los mismos ejemplos, esta vez en infinito: τὸ ὑποδέεσθαι, τὸ ὀπλίσθαι. La clave de la interpretación está en la naturaleza de estas formas verbales: ὑποδέεται y ὀπλίσται son perfectos. Son incluso, por hablar estrictamente, perfectos medios. Pero la característica del medio ya está asumida, como acabamos de ver, por κείσθαι, cuyos dos verbos testigo, ἀνάκειται y κάθηται, señalémoslo de paso, carecen de perfecto. En el predicado ἔχειν y en las dos formas escogidas para ilustrarlo, es la categoría del perfecto la que es puesta de relieve. El sentido de ἔχειν —a la vez “tener” y, en empleo absoluto, “hallarse en cierto estado”— se armoniza del mejor modo con la diátesis del perfecto. Sin entrar en un comentario que fácilmente se alargaría, consideremos nada más que, para poner de relieve el valor del perfecto en la traducción de las formas citadas, deberemos incluir la noción de “tener” y así se volverán ὑποδέεται, “tiene el calzado en los pies”; ὀπλίσται, “tiene sobre sí las armas”. Observemos también que estas dos categorías, tal como las comprendemos, se siguen en la enumeración y parecen formar pareja, como ποιεῖν y πάσχειν que vienen en seguida. Hay, en efecto, entre el perfecto y el medio griegos, diversas relaciones a la vez formales y funcionales que, heredadas del indoeuropeo, han formado un sistema complejo; por ejemplo, una forma γέγονα, perfecto activo, va a la par con el presente medio γίγνομαι. Estas relaciones han creado más de una dificultad a los gramáticos griegos de la escuela estoica: ora definían el perfecto como un tiempo distinto, el παρακείμενος o el τέλειος; ora lo ponían con el medio en la clase llamada μεσότης, intermedia entre el activo y el pasivo. Es seguro en todo caso que el perfecto no se inserta en el sistema temporal del griego y permanece aparte, indicando, según el caso, un modo de la temporalidad o una manera de ser del sujeto. A este título, se comprende, visto el número de nociones que no se expresan en griego más que con la forma del perfecto, que Aristóteles lo haya vuelto modo específico del ser, el estado (o *habitus*) del sujeto.

Es posible ahora transcribir en términos de lengua la lista de las diez categorías. Cada una es dada por su designación y seguida de su equivalente: οὐσία (“sustancia”), sustantivo; ποσόν, ποιόν (“cuál; en

qué número”), adjetivos derivados de pronombres, del tipo del lat. *qualis* y *quantus*; πρὸς τι (“relativamente a qué”), adjetivo comparativo; ποῦ (“dónde”), ποτέ (“cuándo”), adverbios de lugar y de tiempo; κείσθαι (“estar dispuesto”), medio; ἔχειν (“estar en estado”), perfecto; ποιεῖν (“hacer”), activo; πάσχειν (“sufrir”), pasivo.

Al elaborar esta tabla de las “categorías”, Aristóteles tenía la intención de señalar todos los predicados posibles de la proposición, con la condición de que cada término fuese significativo en estado aislado, no metido en una συμπλοκή, en un sintagma, diríamos nosotros. Inconscientemente ha tomado como criterio la necesidad empírica de una *expresión* distinta para cada uno de sus predicados. Tenía, pues, que hallar, sin proponérselo, las distinciones que la lengua misma manifiesta entre las principales clases de formas, puesto que es por sus diferencias como estas formas y clases tienen significación lingüística. Pensaba definir los atributos de los objetos; no plantea más que seres lingüísticos: es la lengua la que, gracias a sus propias categorías, permite reconocerlos y especificarlos.

Tenemos así una respuesta a la pregunta planteada al empezar y que nos condujo a este análisis. Nos preguntamos de qué naturaleza eran las relaciones entre categorías de pensamiento y categorías de lengua. En lo que de válidas para el pensamiento se les reconoce a las categorías de Aristóteles, se revelan como trasposición de las categorías de lengua. Es lo que se puede decir lo que delimita y organiza lo que se puede pensar. La lengua proporciona la configuración fundamental de las propiedades reconocidas por el espíritu a las cosas. Esta tabla de los predicados nos informa así, ante todo, de la estructura de las clases de una lengua particular.

Se sigue que lo que Aristóteles nos da por cuadro de las condiciones generales y permanentes no es sino la proyección conceptual de un estado lingüístico dado. Inclusive es posible extender esta observación. Más allá de los términos aristotélicos, por encima de esta categorización, se despliega la noción de “ser” que envuelve todo. Sin ser un predicado él mismo, el “ser” es la condición de todos los predicados. Todas las variedades de “ser-tal”, del “estado”, todas las visiones posibles del “tiempo”, etc., dependen de la noción de “ser”. Ahora bien, también aquí es una propiedad lingüística muy específica la que este concepto refleja. El griego no solamente posee un verbo “ser” (lo cual no es de ningún modo una necesidad de toda lengua), sino que ha hecho de este verbo usos hartos singulares. Lo mudó en función lógica, la de cópula (el mismo Aristó-

teles observaba ya que en esta función el verbo no significa propiamente nada, que opera simplemente una *synthesis*), y por este hecho dicho verbo ha recibido una extensión más vasta que cualquier otro. Por añadidura, "ser" puede tornarse, gracias al artículo, una noción nominal, tratada como una cosa; permite variedades, por ejemplo su participio presente, sustantivado él mismo y en varias especies (τὸ ὄν; οἱ ὄντες; τὰ ὄντα); puede servir de predicado a sí mismo, como en la locución τὸ τὶ ἦν εἶναι que designa la esencia conceptual de una cosa, sin hablar de la pasmosa diversidad de los predicados particulares con los cuales se puede construir, mediando las formas casuales y las preposiciones... Nunca acabaríamos de hacer el inventario de esta riqueza de empleos, pero se trata por cierto de datos de lengua, de sintaxis, de derivación. Subrayémoslo, pues es en una situación lingüística así caracterizada donde pudo nacer y desplegarse toda la metafísica griega del "ser", las magníficas imágenes del poema de Parménides como la dialéctica del *Sofista*. La lengua evidentemente no ha orientado la definición metafísica del "ser", pues cada pensador griego tiene la suya, pero ha permitido hacer del "ser" una noción objetivable, que la reflexión filosófica podía manejar, analizar, situar como no importa qué otro concepto.

Que es cosa en este caso, ante todo, de un hecho de lengua, se advertirá mejor considerando el comportamiento de esta misma noción en una lengua diferente. Conviene escoger, para oponerla al griego, una lengua muy diversa, pues es justamente por la organización interna de estas categorías como los tipos lingüísticos difieren más. Precisemos tan sólo que lo que comparamos aquí son hechos de expresión lingüística, no desenvolvimientos conceptuales.

En la lengua ewe (hablada en Togo), que elegimos para esta confrontación, la noción de "ser", o lo que denominaríamos tal, se reparte entre varios verbos.⁶

Hay primero un verbo *nye* que, diríamos nosotros, señala la identidad del sujeto y el predicado; enuncia "ser quién; ser qué". El hecho curioso es que *nye* se comporta como verbo transitivo y rige, como complemento en acusativo, lo que es para nosotros un predicado de identidad.

Otro verbo es *le*, que expresa propiamente la "existencia": *Mawu le*, "Dios existe". Pero tiene también un empleo predicativo; *le* se

emplea con predicados de situación, de localización, "estar" en un sitio, en un estado, en un tiempo, en una cualidad, *e-le nyuie*, "está bien"; *e-le a fi*, "está aquí"; *e-le ho me*, "está en la casa". Toda determinación espacial y temporal se expresa así por *le*. Ahora, en todos estos empleos *le* no existe sino en un tiempo, el aoristo, que cumple las funciones de un tiempo narrativo pasado y también de un perfecto presente. Si la frase predicativa que incluye *le* debe ponerse en otro tiempo, como el futuro o el habitual, *le* es remplazado por el verbo transitivo *no*, "permanecer, quedar"; o sea que según el tiempo empleado hacen falta dos verbos distintos, *le* intransitivo o *no* transitivo, para verter la misma noción.

Un verbo *wo*, "hacer, realizar, producir un efecto" con ciertos nombres de materia, se comporta a la manera de nuestro "ser" seguido de un adjetivo de materia: *wo* con *ke*, "arena", da *wo ke*, "ser arenoso"; con *tsi*, "agua", "ser húmedo", *wo tsi*; con *kpe*, "piedra": *wo kpe*, "ser pedregoso". Lo que presentamos como un "ser" de naturaleza es en ewe un "hacer", a la manera de nuestro "hace viento".

Cuando el predicado es un término de función, de dignidad, el verbo es *du*, así *du fia*, "ser rey".

Por último, con ciertos predicados de cualidad física, de estado, "ser" es expresado por *di*: por ejemplo *di ku*, "ser delgado", *di fo*, "ser deudor".

O sea que se tienen prácticamente cinco verbos diferentes para corresponder aproximadamente a las funciones de nuestro verbo "ser" y "estar" en español, por supuesto. No se trata del reparto de una misma área semántica en cinco porciones, sino de una distribución que acarrea un arreglo diferente, y aun en las nociones vecinas. Por ejemplo, las nociones de "ser" y "tener" son para nosotros tan distintas como los términos que las enuncian. Pues bien, en ewe uno de los verbos citados, *le*, verbo de existencia, unido a *asi*, "en la mano", forma una locución *le asi*, literalmente "estar en la mano", que es el equivalente más usual de nuestro "tener": *ga le asi-nye* (lit. "dinero es en mi mano"), "tengo dinero".

Esta descripción del estado de cosas en ewe comprende cierto grado de artificio. Está hecha desde el punto de vista de nuestra lengua, y no, como debería, en los marcos de la lengua misma. En el interior de la morfología o de la sintaxis ewe, nada acerca estos cinco verbos entre ellos. Es en relación con nuestros propios usos lingüísticos como les descubrimos algo en común. Pero he aquí precisamente la ventaja de esta comparación "egocéntrica"; nos ilustra

⁶ Los hechos se hallarán en detalle en D. Westermann, *Grammatik der Ewe-Sprache*, § 110-111; *Wörterbuch der Ewe-Sprache*, 1, pp. 321, 384.

sobre nosotros mismos; nos muestra en esta variedad de empleos de "ser" en griego un hecho propio de las lenguas indoeuropeas, de ningún modo una situación universal ni una condición necesaria. Ni que decir tiene, los pensadores griegos a su vez han actuado sobre la lengua, enriquecido las significaciones, creado formas nuevas. Es sin duda de una reflexión filosófica sobre el "ser" de donde surgió el sustantivo abstracto derivado de *ēvai*; lo vemos crearse en el curso de la historia: primero como *ἐσεία* en el pitagorismo dorio y en Platón, después como *οὐσία*, que se ha impuesto. Todo lo que aspiramos a mostrar aquí es que la estructura lingüística del griego predisponía la noción de "ser" a una vocación filosófica. Opuestamente, la lengua ewe nos ofrece sólo una noción estrecha, empleos particularizados. No sabríamos decir qué puesto ocupa el "ser" en la metafísica ewe, pero *a priori* la noción debe de articularse de muy otra manera.

Es de la naturaleza del lenguaje prestarse a dos ilusiones en sentidos opuestos. Por ser asimilable, consistir en un número siempre limitado de elementos, la lengua da la impresión de no ser más que uno de los trujamanes posibles del pensamiento -libre éste, autárquico, individual, que emplea la lengua como su instrumento. De hecho, si se intentan alcanzar los marcos propios del pensamiento, no se atrapan más que las categorías de la lengua. La otra ilusión es inversa. El hecho de que la lengua sea un conjunto ordenado, que revele un plan, incita a buscar en el sistema formal de la lengua la calca de una "lógica" que sería inherente al espíritu, y así exterior y anterior a la lengua. De hecho, no se construyen así más que ingenuidades o tautologías.

Sin duda no es fortuito que la epistemología moderna no trate ya de constituir una tabla de las categorías. Es más fructuoso concebir el espíritu como virtualidad que como marco, como dinamismo que como estructura. Es un hecho que, sometido a las exigencias de los métodos científicos, el pensamiento adopta por doquier iguales cursos, sea cual fuere la lengua que elija para describir la experiencia. En este sentido, se torna independiente, no de la lengua sino de las estructuras lingüísticas particulares. El pensamiento chino bien puede haber inventado categorías tan específicas como el *tao*, el *yin* y el *yang*: no es menos capaz de asimilar los conceptos de la dialéctica materialista o de la mecánica cuántica sin que sea obstáculo la estructura de la lengua china. Ningún tipo de lengua puede él mismo y por sí mismo ni favorecer ni impedir la actividad del pen-

samiento. El vuelo del pensamiento está ligado mucho más estrechamente a las capacidades de los hombres, a las condiciones generales de la cultura, a la organización de la sociedad, que a la naturaleza particular de la lengua. Pero la posibilidad del pensamiento está vinculada a la facultad de lenguaje, pues la lengua es una estructura informada de significación, y pensar es manejar los signos de la lengua.

CAPÍTULO VII

OBSERVACIONES SOBRE LA FUNCIÓN DEL LENGUAJE
EN EL DESCUBRIMIENTO FREUDIANO¹

En la medida en que el psicoanálisis aspira a plantearse como ciencia, hay razón para pedirle cuentas de su método, de sus pasos, de su proyecto, y compararlos con los de las “ciencias” reconocidas. Quien desee discernir los procedimientos de razonamiento sobre los que descansa el método analítico desemboca en una verificación singular. Del trastorno registrado hasta la curación, todo ocurre como si no interviniese nada de material. Nada se practica que se preste a una verificación objetiva. No se va estableciendo, de una inducción a la siguiente, esa relación de causalidad visible que buscamos en un razonamiento científico. Cuando —a diferencia del psicoanalista— el psiquiatra intenta remitir el trastorno a una lesión, al menos su itinerario tiene el aire clásico de una búsqueda que se remonta a la “causa” para tratarla. Nada parecido en la técnica analítica. Para quien no conoce el análisis más que en las relaciones que Freud ofrece (es el caso del autor de estas páginas) y para quien considera menos la eficacia práctica, que aquí no está en tela de juicio, que la naturaleza de los fenómenos y los nexos en que son planteados, el psicoanálisis parece distinguirse de toda otra disciplina. Principalmente en esto: el analista opera sobre lo que el sujeto le *dice*. Lo considera en los discursos de éste, lo examina en su comportamiento locutorio, “fabulador”, y a través de estos discursos se configura lentamente para él otro discurso que le tocará explicitar, el del complejo sepultado en el inconsciente. De sacar a luz tal complejo depende el éxito de la cura, lo cual atestigua a su vez que

¹ *Introducción al psicoanálisis*, 1 (1968).

Las referencias a los textos de Freud se harán con las abreviaturas siguientes: G. W. con el número del volumen para los *Gesammelte Werke*, edición cronológica de los textos alemanes, publicada en Londres, Imago Publishing; S. E. para el texto inglés de la *Standard edition*, en curso de publicación por Hogarth Press; C. P. para el texto inglés de los *Collected Papers*, Hogarth Press, Londres. [La edición española citada es la de Biblioteca Nueva, Madrid, 3 tomos, 1967-1968.]

la inducción era correcta. Así del paciente al analista y del analista al paciente, el proceso entero es operado por mediación del lenguaje.

Es esta relación la que merece atención y distingue propiamente este tipo de análisis. Enseña, nos parece, que el conjunto de los síntomas de naturaleza diversa que el analista encuentra y escruta sucesivamente son el producto de una *motivación* inicial en el paciente, inconsciente al principio, a menudo traspuesta a otras motivaciones, conscientes éstas y generalmente falaces. A partir de esta motivación, que se trata de descubrir, todas las conductas del paciente se iluminan y encadenan hasta el trastorno que, a ojos del analista, es a la vez conclusión y sustituto simbólico. Discernimos aquí, pues, un rasgo esencial del método analítico: los “fenómenos” son gobernados por una *relación de motivación*, que ocupa aquí el lugar de lo que las ciencias de la naturaleza definen como una relación de causalidad. Nos parece que si los analistas admiten este punto de vista, el estatuto científico de su disciplina, en su particularidad propia, así como el carácter específico de su método, quedarán mejor establecidos.

Hay una señal neta de que la motivación carga aquí con la función de “causa”. Es sabido que el camino seguido por el analista es enteramente regresivo, y que aspira a provocar la emergencia, en el recuerdo y en el discurso del paciente, del dato fáctico a cuyo alrededor se ordenará en adelante la exégesis analítica del proceso mórbido. De suerte que el analista va en pos de un dato “histórico” escondido, desconocido, en la memoria del sujeto, consienta o no éste en “reconocerlo” e identificarse con él. Se nos podría objetar entonces que este resurgimiento de un hecho vivido, de una experiencia biográfica, equivale precisamente al descubrimiento de una “causa”. Pero se ve en el acto que el hecho biográfico no puede cargar él solo con el peso de una conexión causal. Primero, porque el analista no puede conocerlo sin ayuda del paciente, único que sabe “lo que le ocurrió”. Aunque pudiera, no sabría qué valor atribuir al hecho. Supongamos incluso que, en un universo utópico, el analista consiguiera descubrir, en testimonios objetivos, el rastro de *todos* los acontecimientos que componen la biografía del paciente: seguiría sin sacar en claro gran cosa, y no, salvo por feliz accidente, lo esencial. Pues si le es preciso que el paciente le cuente todo y aun que hable al azar y sin propósito definido, no es para encontrar un hecho empírico que no haya quedado registrado en ninguna parte sino en la memoria del paciente: es que los acontecimientos empíricos

no tienen realidad para el analista más que en y por el "discurso" que les confiere la autenticidad de la experiencia, sin importar su realidad histórica, y aun (más valiera decir: sobre todo) si el discurso elude, traspone o inventa la biografía que el sujeto se atribuye. Precisamente porque el analista desea revelar las motivaciones más que reconocer los acontecimientos. La dimensión constitutiva de esta biografía es que es verbalizada y así asumida por quien la narra como suya; su expresión es la del lenguaje; la relación del analista con el sujeto, la del diálogo.

Todo anuncia aquí el advenimiento de una técnica que hace del lenguaje su campo de acción y el instrumento privilegiado de su eficiencia. Pero surge entonces una cuestión fundamental: ¿cuál es pues este "lenguaje" que actúa tanto como expresa? ¿Es idéntico al que se emplea fuera del análisis? ¿Es solamente el mismo para las dos partes? En su brillante memoria sobre la función y el campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, el doctor Lacan dice del método analítico (p. 103): "Sus medios son los de la palabra en tanto que ésta confiere a las funciones del individuo un sentido; su dominio es el del discurso concreto en tanto que realidad transindividual del sujeto; sus operaciones son las de la historia en tanto que constituye la emergencia de la verdad en lo real." A partir de estas justas definiciones, y ante todo de la distinción introducida entre los medios y el dominio, es posible intentar delimitar las variedades del "lenguaje" que están en juego.

En primera instancia, encontramos el universo de la palabra, que es el de la subjetividad. A lo largo de los análisis freudianos enteros se percibe que el sujeto se sirve de la palabra y del discurso para "representarse" él mismo, tal como quiere verse, tal como llama al "otro" a verificarlo. Su discurso es llamado y recurso, solicitud a veces vehemente del otro a través del discurso en que se plantea desesperadamente, recurso a menudo mentiroso al otro para individualizarse ante sus propios ojos. Por el mero hecho de la alocución, el que habla de sí mismo instala al otro en sí y de esta suerte se capta a sí mismo, se confronta, se instaura tal como aspira a ser, y finalmente se historiza en esta historia incompleta o falsificada. De modo que aquí el lenguaje es utilizado como palabra, convertido en esta expresión de la subjetividad apremiante y elusiva que forma la condición del diálogo. La lengua suministra el instrumento de un discurso en donde la personalidad del sujeto se libera y se crea, alcanza al otro y se hace reconocer por él. Ahora, la lengua es es-

tructura socializada, que la palabra somete a fines individuales e intersubjetivos, añadiéndole así un perfil nuevo y estrictamente personal. La lengua es sistema común a todos; el discurso es a la vez portador de un mensaje e instrumento de acción. En este sentido, las configuraciones de la palabra son cada vez únicas, pese a realizarse en el interior y por mediación del lenguaje. O sea que hay antinomia en el sujeto entre el discurso y la lengua.

Pero para el analista la antinomia se establece en un plano muy diverso y adquiere otro sentido. Ha de atender al contenido del discurso, mas no menos, y sobre todo, a los desgarrones del discurso. Si el contenido lo informa acerca de la representación que el sujeto se da de la situación y acerca de la posición que en ella se atribuye, busca, a través de este contenido, uno nuevo, el de la motivación inconsciente que procede del complejo sepultado. Más allá del simbolismo inherente al lenguaje, percibirá un simbolismo específico que se constituirá, a despecho del sujeto, tanto a partir de lo que omite como de lo que enuncia. Y en la historia en que el sujeto se coloca, el analista provocará la emergencia de otra historia, que explicará la motivación. Tomará así el discurso como trujamán de otro "lenguaje", que tiene sus reglas, sus símbolos y su "sintaxis" propios, y que remite a las estructuras profundas del psiquismo.

Al señalar estas distinciones, que requerirían abundantes desenvolvimientos, pero que sólo el analista podría precisar y matizar, quisiéramos sobre todo aclarar ciertas confusiones que se correría el riesgo de establecer en un dominio en donde es ya difícil saber de qué se habla cuando se estudia el lenguaje "ingenuo" y en donde las preocupaciones del análisis introducen una dificultad nueva. Freud ha alumbrado decisivamente la actividad verbal tal como se revela en sus desfallecimientos, en sus aspectos de juego, en su libre divagación cuando queda suspendido el poder de censura. Toda la fuerza anárquica que refrena o sublima el lenguaje normalizado tiene su origen en el inconsciente. Freud ha observado también la afinidad profunda entre estas formas del lenguaje y la naturaleza de las asociaciones que se establecen en el sueño, otra expresión de las motivaciones inconscientes. Se vio conducido así a reflexionar sobre el funcionamiento del lenguaje en sus relaciones con las estructuras infraconscientes del psiquismo, y a preguntarse si los conflictos que definen tal psiquismo no habrían impreso su huella en las formas mismas del lenguaje.

Planteó el problema en un artículo publicado en 1910 y titulado

El doble sentido antitético de las palabras primitivas. En el punto de arranque hay una observación esencial de su *Traumdeutung* acerca de la insensibilidad a la contradicción que caracteriza a la lógica del sueño: "La conducta del sueño con respecto a la antítesis y a la contradicción es altamente singular. De la contradicción prescinde en absoluto, como si para él no existiera el 'no', y reúne en una unidad las antítesis o las representa con ella. Asimismo se toma la libertad de representar un elemento cualquiera por el deseo contrario al mismo, resultando que al enfrentarnos con un elemento capaz de contrario no podemos saber nunca al principio si se halla contenido positiva o negativamente en las ideas latentes". Pues bien, Freud creyó hallar en un estudio de K. Abel la prueba de que "la práctica indicada de la elaboración del sueño coincide con una peculiaridad de las lenguas más antiguas". Luego de reproducir algunos ejemplos, pudo concluir: "En la coincidencia entre la peculiaridad de la elaboración de los sueños, expuesta al principio del presente trabajo, y la práctica de las lenguas, más antiguas, descubierta por los filólogos, debemos ver una confirmación de nuestra tesis del carácter regresivo y arcaico de la expresión de los pensamientos en el sueño. Y a nosotros, los psiquiatras, se nos impone, como una hipótesis irrechazable, la de que comprenderíamos mejor y traduciríamos más fácilmente el lenguaje de los sueños si conociéramos mejor la evolución del lenguaje hablado."²

Existe el riesgo de que la autoridad de Freud haga que esta demostración pase por cosa establecida, o en todo caso acredite la idea de que habría aquí una sugestión de investigaciones fecundas. Se habría descubierto una analogía entre el proceso del sueño y la semántica de las lenguas "primitivas", en las que un mismo término enunciaría una cosa y también su contrario. Parecería abierto el camino a una investigación que buscara las estructuras comunes al lenguaje colectivo y al psiquismo individual. Ante semejante panorama, no está de más indicar que hay razones de hecho que quitan todo crédito a las especulaciones etimológicas de Karl Abel que sedujeron a Freud. No es cosa aquí ya de manifestaciones psicopatológicas del lenguaje, sino de los datos concretos, generales, verificables, proporcionados por lenguas históricas.

No es azar que ningún lingüista preparado, ni en la época en que

² *Psicoanálisis aplicado*, pp. 1056-7; *Collected Papers*, iv, pp. 184-191; G. W., viii, pp. 214-221.

Abel escribía (ya los había en 1884), ni luego, haya aceptado este *Gegensinn der Urworte* en su método ni en sus conclusiones. Es que si se pretende remontar el curso de la historia semántica de las palabras y restituir su prehistoria, el primer principio de método es considerar los datos de forma y de sentido sucesivamente atestiguados en cada época de la historia, hasta la fecha más antigua, y no considerar una restitución sino a partir del punto último que nuestra indagación logre alcanzar. Este principio rige otro, relativo a la técnica comparativa, que es el de someter las comparaciones entre lenguas a correspondencias regulares. K. Abel opera sin cuidarse de estas reglas y junta todo lo que se parece. De una semejanza entre una palabra alemana y otra inglesa o latina de sentido diferente o contrario, concluye una relación original por "sentidos opuestos", desdeñando todas las etapas intermedias que justificarían la divergencia, de haber parentesco efectivo, o echarían por tierra la posibilidad de dicho parentesco demostrando que tienen diferente origen. Es fácil demostrar que ninguna de las pruebas alegadas por Abel puede conservarse. Para no alargar esta discusión, nos limitaremos a los ejemplos tomados de lenguas occidentales, que pudieran confundir a lectores no lingüistas.

Abel da una serie de correspondencias entre el inglés y el alemán, que Freud recoge como muestra de los sentidos opuestos, entre una lengua y otra, y entre las cuales se apreciaría una "transformación fonética con vistas a la separación de los contrarios". Sin insistir por el momento en el grave error de razonamiento disimulado tras esta sencilla observación, conformémonos con rectificar las confrontaciones. El antiguo adverbio alemán *bass*, "bien", está emparentado con *besser*, pero no tiene nada que ver con *bös*, "malo", al igual que en antiguo inglés *bat*, "bueno, mejor", carece de relación con *badde* (hoy *bad*), "malo". El inglés *cleave*, "hender", no responde en alemán a *kleben*, "pegar", como dice Abel, sino a *klieben*, "hender" (cf. *Kluft*). El inglés *lock*, "cerrar", no se opone al alemán *Lücke*, *Loch*, sino que, por el contrario, hace juego, pues el sentido antiguo de *Loch* es "retiro, lugar cerrado y oculto". El alemán *stumm* significa propiamente "paralizado (de la lengua)", se vincula a *stammeln*, *stemmen*, y no tiene nada en común con *Stimme*, que ya significa "voz" en su forma más antigua, gótico *stibna*. Asimismo, el latín *clam*, "secretamente", se liga a *celare*, "ocultar", de ningún modo a *clamare*, etc. Otra serie de pruebas igual de erróneas extrae Abel de ciertas expresiones que se toman en sentidos opuestos en una

misma lengua. Tal sería el doble sentido del latín *sacer*, “sagrado” y “maldito”. Aquí la ambivalencia de la noción no debiera sorprendernos ya, luego de que tantos estudios sobre la fenomenología de lo sagrado han trivializado su radical dualidad: en la Edad Media, un rey y un leproso eran ambos, al pie de la letra, “intocables”, pero no se sigue que *sacer* encierre dos sentidos contradictorios; son las condiciones de la cultura las que han determinado ante el objeto “sagrado” dos actitudes opuestas. La doble significación que se atribuye al latín *altus*, como “alto” y “profundo”, se debe a la ilusión que nos hace tomar por necesarias y universales las categorías de nuestra propia lengua. Incluso en francés [o en español] hablamos de la “profundidad” del cielo o de la “profundidad” del mar. Más precisamente, la noción de *altus* se evalúa en latín en dirección de abajo arriba, es decir subiendo desde el fondo del pozo, o árbol arriba, desde el pie, sin considerar la posición del observador, en tanto que “profundo” en francés [o español] se define en direcciones opuestas a partir del observador hacia el fondo, ya sea el fondo de un pozo o el del cielo. Nada hay de “original” en estas variadas maneras de construir lingüísticamente nuestras representaciones. Ni tampoco es en “los orígenes del lenguaje” donde hay que buscar la explicación del inglés *with-out*, sino bien modestamente en los orígenes del inglés. Al contrario de lo que Abel creyó —y hay quien sigue creyendo—, *with-out* no encierra las expresiones contradictorias “con sin”; el sentido propio de *with* es aquí “contra” (cf. *with-stand*) y señala pulsión o esfuerzo en una dirección cualquiera. De ahí *with-in*, “hacia el interior”, y *with-out*, “hacia el exterior”, de donde “afuera, sin”. Para comprender que el alemán *wider* signifique “contra” y *wieder* (con una sencilla variación de grafía) signifique “de regreso”, basta con pensar en el mismo contraste aparente de *re-* en francés entre *re-pousser* y *re-venir* [o en español *re-peler* y *re-tornar*]. No hay en todo esto ningún misterio y la aplicación de reglas elementales disipa tales espejismos.

Más con esto se desvanece la posibilidad de una homología entre las vías del sueño y los procedimientos de las “lenguas primitivas”. Aquí la cuestión tiene dos aspectos. Uno concierne a la “lógica” del lenguaje. En tanto que institución colectiva y tradicional, toda lengua tiene sus anomalías, sus faltas de lógica, que traducen una disimetría inherente a la naturaleza del signo lingüístico. Pero no deja por ello la lengua de ser sistema, de obedecer a un plan específico, y de estar articulada por un conjunto de relaciones susceptibles de

cierta formalización. El trabajo lento pero incesante que se opera en el interior de una lengua no procede al azar, afecta a aquellas de las relaciones o de las oposiciones que son o no son necesarias, de suerte que se renueven o multipliquen las distinciones útiles a todos los niveles de la expresión. La organización semántica de la lengua no escapa a este carácter sistemático. Es que la lengua es instrumento para ordenar el mundo y la sociedad, se aplica a un mundo considerado “real” y refleja un mundo “real”. Pero aquí cada lengua es específica y configura el mundo a su manera propia. Las distinciones que cada lengua manifiesta deben referirse a la lógica particular que las sostiene, y no ser sometidas de buenas a primeras a una evaluación universal. A este respecto, las lenguas antiguas o arcaicas no son ni más ni menos singulares que las que hablamos nosotros; únicamente tienen la singularidad que prestamos a los objetos poco familiares. Sus categorías, orientadas de modo distinto que las nuestras, no por ello dejan de tener coherencia. De manera que es *a priori* improbable —y el examen atento lo confirma— que tales lenguas, por arcaicas que se las suponga, escapen al “principio de contradicción” afectando la misma expresión a dos nociones mutuamente exclusivas o siquiera contrarias. De hecho, seguimos esperando que salgan a luz ejemplos serios. Si se supone que exista una lengua en la que se diga lo mismo “grande” y “pequeño”, será que en tal lengua la distinción entre “grande” y “pequeño” carece literalmente de sentido y no existe la categoría de la dimensión, no que se trate de una lengua que admita una expresión contradictoria de la dimensión. La pretensión de realizar semejante búsqueda de distinción sin hallarla realizada demostraría la insensibilidad a la contradicción no en la lengua, sino en el investigador, pues es por cierto un propósito contradictorio imputar al mismo tiempo a una lengua el conocimiento de dos nociones en tanto que contrarias, y la expresión de ellas en tanto que idénticas.

Otro tanto ocurre con la lógica particular del sueño. Si caracterizamos el desenvolvimiento del sueño mediante su total libertad en las asociaciones y la imposibilidad de admitir una imposibilidad, es ante todo porque seguimos su itinerario y lo analizamos en los marcos del lenguaje, y que lo propio del lenguaje es no expresar sino lo que es posible expresar. No se trata de una tautología. Un lenguaje es ante todo una categorización, una creación de objetos y de relaciones entre estos objetos. Imaginar una etapa del lenguaje, tan “original” como se quiera, pero no obstante real e “histórico”, en

que determinado objeto fuera *denominado* como siendo él mismo y al mismo tiempo no importa cuál otro, y en que la relación *expresada* fuera la relación de contradicción permanente, la relación no relacionante, donde todo sería ello mismo y otro, es imaginar una pura quimera. En la medida en que podemos auxiliarnos con el testimonio de las lenguas "primitivas" para remontarnos a los orígenes de la experiencia lingüística, debemos enfrentarnos por el contrario a una extrema complejidad de la clasificación y multiplicidad de categorías. Todo parece apartarnos de una correlación "vvida" entre la lógica onírica y la lógica de una lengua real. Notemos también de paso que justamente en las sociedades "primitivas", lejos de que la lengua reproduzca el tren del sueño, es el sueño el que es reducido a las categorías de la lengua, en vista de que es interpretado en relación con situaciones actuales y por mediación de un juego de equivalencias que lo someten a una verdadera racionalización lingüística.³

Lo que Freud pidió en vano al lenguaje "histórico", hubiera podido pedírselo, en cierta medida, al mito o a la poesía. Ciertas formas de poesía pueden emparentarse con el sueño y sugerir el mismo modo de estructuración, introducir en las formas normales del lenguaje esa suspensión del sentido que el sueño proyecta en nuestras actividades. Pero entonces sería, paradójicamente, en el surrealismo poético —que Freud, al decir de Breton, no comprendía— donde hubiese podido hallar algo de lo que erradamente buscaba en el lenguaje organizado.

En Freud, semejantes confusiones parecen nacer de su constante recurso a los "orígenes": orígenes del arte, de la religión, de la sociedad, del lenguaje. . . . Traspone sin cesar lo que le parece "primitivo" en el hombre a un primitivismo de origen, pues es por cierto en la historia de este mundo donde proyecta lo que podría denominarse una cronología del psiquismo humano. ¿Es legítimo esto? Lo que la ontogenia permite al analista plantear como arquetípico no es tal sino con respecto a lo que lo deforma o reprime. Pero si de esta represión se hace una cosa que sea genéticamente coextensiva con la sociedad, ya no es más posible imaginar una situación de sociedad sin conflicto que un conflicto fuera de la sociedad. Róheim ha descubierto el complejo de Edipo en las sociedades más "primitivas". Si este complejo es inherente a la sociedad como tal, un Edipo libre de casar con su

³ Cf. *La interpretación de los sueños*, cap. II, p. 306, n. 1: "... los 'libros de los sueños' orientales. . . efectúan casi siempre la interpretación guiándose por la similitud o analogía de las palabras. . ." G. W., II-III, p. 103; S. E., IX, p. 99.

madre es una contradicción en los términos. Y, en tal caso, lo que hay que nuclear en el psiquismo humano es justamente el conflicto. Pero entonces la noción de "original" no tiene ya el menor sentido.

En cuanto se pone el lenguaje organizado en correspondencia con el psiquismo elemental, se introduce en el razonamiento un dato nuevo que rompe la simetría que se pensaba establecer. El propio Freud ha probado esto, a despecho suyo, en su ingenioso ensayo sobre la negación.⁴ Reduce la polaridad de la afirmación y de la negación lingüísticas al mecanismo biopsíquico de la admisión en sí o del rechazo fuera de sí, ligado a la apreciación de lo bueno y de lo malo. Pero también el animal es capaz de esta evaluación que conduce a admitir en sí o a rechazar fuera de sí. La característica de la negación lingüística es que no puede anular sino lo que es enunciado, que debe plantear explícitamente para suprimir, que un juicio de no existencia tiene necesariamente también el estatuto formal de un juicio de existencia. Así la negación es primero admisión. Muy otro es el rechazo de admisión previa que se llama represión. Freud mismo enunció harto bien lo que la negación manifiesta: "Una representación o un pensamiento reprimidos pueden, pues, abrirse paso hasta la conciencia, bajo la condición de ser negados. La negación es una forma de percatación de lo reprimido: en realidad supone ya un alzamiento de la represión, aunque no, desde luego, una aceptación de lo reprimido. . . . Conseguimos vencer también la negación e imponer una plena aceptación intelectual de lo reprimido, pero sin que ello traiga consigo la anulación del proceso represivo mismo." ¿No se ve aquí que el factor lingüístico es decisivo en este proceso complejo, y que la negación es en alguna forma constitutiva del contenido negado, y así de la emergencia de tal contenido en la conciencia y de la supresión de la represión? Entonces lo que subsiste de la represión no es ya sino una repugnancia a identificarse con este contenido, pero el sujeto no tiene ya poder sobre la existencia de éste. También aquí su discurso puede prodigar las denegaciones, mas no abolir la propiedad fundamental del lenguaje: implicar que alguna cosa corresponde a lo que es enunciado, alguna cosa y no "nada".

Llegamos aquí al problema esencial, cuya urgencia testimonian todas estas discusiones y el conjunto de los procedimientos analíticos: el del simbolismo. Todo el psicoanálisis se funda en una teoría del símbolo. Ahora, el lenguaje no es más que simbolismo. Pero las

⁴ G. W., XIV, pp. 11-15; C. P., V, pp. 181-185; B. N., II, pp. 1134-6.

diferencias entre los dos simbolismos ilustran y resumen todas las que indicamos sucesivamente. Los análisis profundos que Freud hizo del simbolismo del inconsciente iluminan también las vías diferentes por las que se realiza el simbolismo del lenguaje. Al decir del lenguaje que es simbólico, no se enuncia aún sino su propiedad más manifiesta. Hay que añadir que el lenguaje se realiza necesariamente en una lengua, y entonces aparece una diferencia, que define para el hombre el simbolismo lingüístico: es *aprendido*, es coextensivo con la adquisición que el hombre hace del mundo y de la inteligencia, con los que acaba por unificarse. Se sigue que los principales de estos símbolos y su sintaxis no se separan para él de las cosas y de la experiencia de ellas; debe apropiárselos a medida que las descubre como realidades. A quien abarca en su diversidad estos símbolos actualizados en los términos de las lenguas, bien pronto le aparece que la relación de estos símbolos con las cosas que parecen cubrir sólo se deja verificar, no justificar. Con respecto a este simbolismo que se realiza en signos infinitamente diversos, combinados en sistemas formales tan numerosos y distintos como lenguas hay, el simbolismo del inconsciente descubierto por Freud ofrece caracteres absolutamente específicos y diferentes. Hay que subrayar algunos. Ante todo, su universalidad. Parece, según los estudios realizados sobre los sueños o las neurosis, que los símbolos que los traducen constituyen un "vocabulario" común a todos los pueblos sin acepción de lengua, por el hecho, evidentemente, de que no son ni aprendidos ni reconocidos como tales por quienes los producen. Por añadidura, la relación entre estos símbolos y lo que relatan puede definirse mediante la riqueza de los significantes y la unicidad del significado, en virtud de que el contenido está reprimido y no se libera sino so capa de las imágenes. En compensación, a diferencia del signo lingüístico, estos significantes múltiples y este significado único están constantemente vinculados por una relación de "motivación". Se observará finalmente que la "sintaxis" que encadena estos símbolos inconscientes no obedece a ninguna exigencia lógica, o más bien no conoce sino una sola dimensión, la de la sucesión que, como Freud vio, significa asimismo causalidad.

Estamos pues en presencia de un "lenguaje" tan particular que resulta de la mayor importancia distinguirlo de lo que llamamos así. Es subrayando estas discordancias como mejor puede situárselo en el registro de las expresiones lingüísticas. "Esta simbólica —dice Freud— no es especial del sueño, reaparece en toda la imaginación

inconsciente, en todas las representaciones colectivas, populares en especial: en el folklore, los mitos, las leyendas, los proverbios, los dichos, los juegos de palabras ordinarios; ahí hasta es más completa que en el sueño." Queda así bien planteado el nivel del fenómeno. En el área en que se revela esta simbólica inconsciente, podría decirse que es a la vez infra y supralingüística. Infralingüística, tiene su fuente en una región más profunda que aquella en que la educación instala el mecanismo lingüístico. Utiliza signos que no se descomponen y que comprenden numerosas variantes individuales, susceptibles a su vez de acrecentarse por recurso al dominio común de la cultura o a la experiencia personal. Es supralingüística por el hecho de utilizar signos extremadamente condensados que, en el lenguaje organizado, corresponderían más bien a grandes unidades del discurso que a unidades mínimas. Y entre estos signos se establece una relación dinámica de intencionalidad que se reduce a una motivación constante (la "realización de un deseo reprimido") y que echa mano de los rodeos más singulares.

Retornamos así al "discurso". Prolongando esta comparación, tomaríamos un camino de comparaciones fecundas entre la simbólica del inconsciente y ciertos procedimientos típicos de la subjetividad manifestada en el discurso. Al nivel del lenguaje es posible precisar: se trata de los procedimientos *estilísticos* del discurso. Pues es en el estilo, antes que en la lengua, donde veríamos un término de comparación con las propiedades que Freud descubrió como señaladoras del "lenguaje" onírico. Llamamos la atención las analogías que se esbozan aquí. El inconsciente emplea una verdadera "retórica" que, como el estilo, tiene sus "figuras", y el viejo catálogo de los tropos brindaría un inventario apropiado para los dos registros de la expresión. Por una y otra parte aparecen todos los procedimientos de sustitución engendrados por el tabú: el eufemismo, la alusión, la antífrasis, la preterición, la lítote. La naturaleza del contenido hará aparecer todas las variedades de la metáfora, pues es de una conversión metafórica de la que los símbolos del inconsciente extraen su sentido y su dificultad a la vez. Emplean también lo que la vieja retórica llama metonimia (continente por contenido) y sinécdoque (parte por el todo), y si la "sintaxis" de los encadenamientos simbólicos recuerda algún procedimiento de estilo entre todos, será la elipsis. En una palabra, conforme se establezca un inventario de las imágenes simbólicas en el mito, el sueño, etc., se verá probablemente con mayor claridad en las estructuras dinámicas del estilo y en sus

componentes afectivos. Lo que hay de intencional en la motivación gobierna oscuramente la manera como el inventor de un *estilo* conforma la materia común y, a su modo, se libera de ella. Pues lo que se llama inconsciente es responsable de cómo el individuo construye su persona, de lo que afirma y de lo que rechaza o desconoce, y *esto* motiva aquello.

III

Estructuras y análisis

CAPÍTULO VIII

"ESTRUCTURA" EN LINGÜÍSTICA¹

En el curso de los últimos veinte años, el término "estructura" ha recibido en lingüística una extensión considerable, luego de adquirir valor doctrinal y en cierto modo programático. Por lo demás, no es tanto *estructura* el término que en adelante aparece como esencial, cuanto el adjetivo *estructural*, para calificar la lingüística. *Estructural* trajo en seguida *estructuralismo* y *estructuralista*. Fue creado así un conjunto de designaciones² que ahora otras disciplinas toman de la lingüística para adaptarlas a sus propios valores.³ Hoy por hoy es imposible recorrer el sumario de una revista de lingüística sin topar con alguno de estos términos, a menudo incluso en el título mismo del trabajo. Admitiremos sin reparos que no siempre es ajeno a esta difusión el afán de ser "moderno", que ciertas declaraciones "estructuralistas" cobijan trabajos de novedad o interés discutibles. El objeto de la presente nota no es denunciar el abuso sino explicar el uso. No es cosa de asignar a la lingüística "estructural" su campo y sus lindes, sino de hacer comprender a qué respondía la preocupación por la *estructura* y qué sentido tenía el término entre los lingüistas que fueron los primeros en tomarlo con una acepción precisa.⁴

El principio de la "estructura" como objeto de estudio fue enunciado, poco antes de 1930, por un grupo restringido de lingüistas

¹ *Sens et usages du terme "structure" dans les sciences humaines et sociales*, La Haya, Mouton & Co., 1962.

² No obstante, ninguno de estos términos figura todavía en el *Lexique de la terminologie linguistique* de J. Marouzeau, 3a. ed., París, 1951. Ver una reseña histórica, bastante general, en J. R. Firth, "Structural Linguistics", *Transactions of the Philological Society*, 1955, pp. 83-103.

³ En cambio, ni *estructurar* ni *estructuración* tienen curso en lingüística.

⁴ No vamos a considerar aquí más que los trabajos en *lengua francesa*; tanto más necesario, así, insistir en que esta terminología es hoy día internacional, pero que no corresponde exactamente a las mismas nociones al pasar de una lengua a otra. Ver p. 95, en este mismo artículo. No tendremos en cuenta el empleo no técnico del término "estructura" por algunos lingüistas, por ejemplo J. Vendryes, *Le Langage*, 1923, pp. 631, 408: "La structure grammaticale".

que se proponían reaccionar así contra la concepción exclusivamente histórica de la lengua, contra una lingüística que disociaba la lengua en elementos aislados y se ocupaba de seguir las transformaciones de éstos. Existe consenso en considerar que el manantial de este movimiento estuvo en la enseñanza de Ferdinand de Saussure en Ginebra, tal como fue recogida por sus discípulos y publicada con el título de *Cours de linguistique générale*.⁵ Saussure ha sido llamado, con razón, el precursor del estructuralismo moderno.⁶ Aparte la palabra, lo es sin duda. Importa señalar, para una descripción exacta de este movimiento de ideas que no hay que simplificar, que Saussure jamás empleó, en ningún sentido, la palabra "estructura". A sus ojos, la noción esencial es la de *sistema*. La novedad de su doctrina reside ahí, en esa idea, rica en implicaciones que hizo falta mucho tiempo para discernir y desarrollar: que la lengua forma un sistema. Como tal la presenta el *Cours*, en formulación que conviene recordar: "La lengua es un sistema que no conoce más que su orden propio" (p. 43 [p. 70 de la 5a. edición española, trad. de Amado Alonso, Buenos Aires, 1965]); "la lengua, sistema de signos arbitrarios" (p. 106 [138]); "La lengua es un sistema en el que todas las partes pueden y deben considerarse en su solidaridad sincrónica" (p. 124 [157]). Y sobre todo, Saussure enuncia la primacía del sistema sobre los elementos que lo componen: "cuán ilusorio es considerar un término sencillamente como la unión de cierto sonido con cierto concepto. Definirlo así sería aislarlo del sistema de que forma parte; sería creer que se puede comenzar por los términos y construir el sistema haciendo la suma, mientras que, por el contrario, hay que partir de la totalidad solidaria para obtener por análisis los elementos que encierra" (p. 157 [193-4]). Esta última frase contiene en germen todo lo que es esencial en la concepción "estructural". Pero Saussure seguía refiriéndose al *sistema*.

Tal noción era familiar a los alumnos parisienses de Saussure;⁷

⁵ Recordemos que este libro, aparecido en 1916, es una publicación póstuma. En adelante lo citaremos siguiendo la 4a. edición, París, 1949. Sobre la génesis de la redacción, ver ahora R. Godel, *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*, Ginebra, 1957.

⁶ "Precursor de la fonología de Praga y del estructuralismo" (B. Malmberg, "Saussure et la phonétique moderne", *Cahiers F. de Saussure*, xii, 1954, p. 17). Ver también A. J. Greimas, "L'actualité du saussurisme", *Le français moderne*, 1956, pp. 191 ss.

⁷ Saussure (1857-1913) enseñó en París, en la École des Hautes Études, de 1881 a 1891.

mucho antes de la elaboración del *Cours de linguistique générale*, Meillet la enunció varias veces, sin olvidar vincularla a la enseñanza de su maestro, de quien decía que “durante toda su vida, lo que trató de determinar era el sistema de las lenguas que estudiaba”.⁸ Cuando Meillet dice que “cada lengua es un sistema rigurosamente dispuesto, en el que todo se sostiene”,⁹ es para atribuir a Saussure el mérito de haberlo mostrado en el sistema del vocalismo indoeuropeo. Vuelve repetidas veces al punto: “No es jamás legítimo explicar un detalle fuera de la consideración del sistema general de la lengua en que aparece”;¹⁰ “una lengua constituye un sistema complejo de medios de expresión, sistema en el que todo se sostiene...”¹¹ Asimismo, Grammont alababa a Saussure por haber mostrado “que cada lengua forma un sistema en el que todo se sostiene, en el que los hechos y los fenómenos se gobiernan unos a otros, y no pueden ser ni aislados ni contradictorios”.¹² Al tratar de las “leyes fonéticas” proclamaba: “No hay cambio fonético aislado... El conjunto de las articulaciones de una lengua constituye en efecto un sistema en el que todo se sostiene, en el que todo está en una dependencia estrecha. Resulta de ello que si se produce una modificación en una parte del sistema, es probable que el conjunto entero del sistema resulte afectado, pues es necesario que se mantenga coherente”.¹³

Así, la noción de la lengua como sistema era admitida desde mucho tiempo atrás por quienes habían recibido la enseñanza de Saussure, primero en gramática comparada, después en lingüística general.¹⁴ Si se agregan los otros dos principios, igualmente saussureanos, de que la lengua es forma, no sustancia, y de que las unidades de la lengua no pueden definirse sino por sus relaciones, se habrán indicado los fundamentos de la doctrina que, algunos años más tarde, sacaría a luz la *estructura* de los sistemas lingüísticos.

Esta doctrina halla su primera expresión en las proposiciones redactadas en francés que tres lingüistas rusos, R. Jakobson, S. Karcevsky, N. Troubetzkoy, dirigieron en 1928 al Primer Congreso Inter-

⁸ Meillet, *Linguistique historique et linguistique générale*, II (1936), p. 222.

⁹ *Ibid.*, p. 158.

¹⁰ *Linguistique historique et linguistique générale*, I (1921), p. 11.

¹¹ *Ibid.*, p. 16.

¹² Grammont, *Traité de phonétique*, 1933, p. 153.

¹³ *Ibid.*, p. 167.

¹⁴ También invoca la doctrina saussureana el estudio de G. Guillaume, “La langue est-elle ou n'est-elle pas un système?”, *Cahiers de linguistique structurale de l'Université de Québec*, I (1952).

nacional de Lingüistas en La Haya, con vistas al estudio de los sistemas de fonemas.¹⁵ Aquellos innovadores señalaban por su cuenta a quiénes tenían por precursores suyos, Saussure por una parte, Baudoin de Courtenay por otra. Pero ya sus ideas habían adquirido forma autónoma, y desde 1929 las formulaban en lengua francesa en las tesis publicadas en Praga para el Primer Congreso de los Filólogos Eslavos.¹⁶ Aquellas tesis anónimas, que constituían un verdadero manifiesto, inauguraban la actividad del Círculo Lingüístico de Praga. Allí fue donde el término *estructura* apareció con el valor que vamos a ilustrar en varios ejemplos. Dice el título: “Problemas de método que emanan de la concepción de la lengua como sistema”, y en subtítulo: “...comparación estructural y comparación genética”. Es preconizado “un método propio para permitir descubrir las leyes de estructura de los sistemas lingüísticos y de la evolución de éstos”.¹⁷ La noción de “estructura” está ligada estrechamente a la de “relación” en el interior del sistema: “El contenido sensorial de tales elementos fonológicos es menos esencial que sus relaciones recíprocas en el seno del sistema (*principio estructural del sistema fonológico*)”.¹⁸ De donde esta regla metódica: “Hay que caracterizar el sistema fonológico... especificando obligatoriamente las relaciones existentes entre dichos fonemas, es decir trazando el esquema de estructura de la lengua considerada.”¹⁹ Estos principios son aplicables a todas las partes de la lengua, aun a las “categorías de palabras, sistema cuya extensión, precisión y estructura interior (relaciones recíprocas de sus elementos) deben ser estudiadas en cada lengua en particular”.²⁰ “No puede determinarse el lugar de una palabra en un sistema léxico sino después de haber estudiado la *estructura* de dicho sistema.”²¹ En la compilación que contiene estas tesis, otros varios artículos de lingüistas checos (Mathesius, Havránck), escritos en francés también, contienen la palabra “estructura”.²²

¹⁵ *Actes du Ier Congrès international de Linguistes*, 1928, pp. 36-39, 86.

¹⁶ *Travaux du Cercle linguistique de Prague*, I, Praga, 1929.

¹⁷ *Ibid.*, p. 8.

¹⁸ *Ibid.*, p. 10.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 10-11.

²⁰ *Ibid.*, p. 12.

²¹ *Ibid.*, p. 26.

²² Los lingüistas citados participaron extensamente en la actividad del Círculo Lingüístico de Praga, por iniciativa de V. Mathesius en particular, lo cual es causa de que a menudo se designe el movimiento como “escuela de Praga”. Para repasar su historia, la colección de los *Travaux du Cercle linguis-*

En las más explícitas de estas citas se advertirá que "estructura" se determina como "estructura de un sistema". Tal es por cierto el sentido del término, como Troubetzkoy lo toma algo más tarde en un artículo en francés sobre la fonología: ²³ "Definir un fonema es indicar su lugar en el sistema fonológico, lo cual no es posible más que si se tiene en cuenta la estructura de este sistema... La fonología, universalista por naturaleza, parte del sistema como de un todo orgánico, cuya estructura estudia." ²⁴ Se sigue que pueden y deben ser confrontados varios sistemas: "Aplicando los principios de la fonología a muchas lenguas muy diferentes, para sacar a luz sus sistemas fonológicos, y estudiando la estructura de dichos sistemas, no se tarda en advertir que ciertas combinaciones de correlaciones aparecen en las lenguas más diversas, en tanto que otras no existen en ningún lado. He aquí las leyes de la estructura de los sistemas fonológicos..." ²⁵ "Un sistema fonológico no es suma mecánica de fonemas aislados sino un todo orgánico cuyos miembros son los fonemas y cuya estructura está sometida a leyes." ²⁶ Por este lado, el desarrollo de la fonología concuerda con el de las ciencias de la naturaleza: "La fonología actual se caracteriza sobre todo por su estructuralismo y su universalismo sistemático... la época que vivimos se caracteriza por la tendencia de todas las disciplinas científicas a remplazar el atomismo por el estructuralismo y el individualismo por el universalismo (en el sentido filosófico de estos términos, entiéndase bien). Esta tendencia se puede observar en física, en química, en biología, en psicología, en ciencia económica, etc. La fonología actual no es pues algo aislado. Forma parte de un movimiento científico más amplio." ²⁷

Plantada la lengua como sistema, se trata, pues, de analizar su *estructura*. Cada sistema, formado como lo está de unidades que se condicionan mutuamente, se distingue de los otros sistemas por el

tique de Prague será una de las fuentes esenciales. Ver en particular R. Jakobson, "La scuola linguistica di Praga", *La Cultura*, xii (1933), pp. 633-641; "Die Arbeit der sogenannten 'Prager Schule'", *Bulletin du Cercle linguistique de Copenhague*, iu (1938), pp. 6-8; Prefacio a los *Principes de Phonologie* de N. S. Troubetzkoy, trad. francesa, París, 1949, pp. xxv-xxvii.

²³ N. Troubetzkoy, "La phonologie actuelle", *Psychologie du langage*, París, 1933, pp. 227-246.

²⁴ *Ibid.*, p. 233.

²⁵ *Ibid.*, p. 243.

²⁶ *Ibid.*, p. 245.

²⁷ *Ibid.*, pp. 245-6.

arreglo interno de tales unidades, arreglo que constituye su estructura.²⁸ Hay combinaciones que son frecuentes, otras más raras, otras, en fin, teóricamente posibles, que no se realizan jamás. Considerar la lengua (o cada parte de una lengua, fonética, morfología, etc.) como un sistema organizado por una estructura por revelar y describir, es adoptar el punto de vista "estructuralista".²⁹

Estas opiniones de los primeros fonólogos, que se apoyaban en descripciones precisas de sistemas fonológicos variados, ganaron en pocos años adeptos bastantes, incluso fuera del Círculo lingüístico de Praga, como para fundar en Copenhague, en 1939, una revista, *Acta Linguistica*, bajo la rúbrica de "Revista internacional de lingüística estructural". En una declaración liminar escrita en francés, el lingüista danés Viggo Bröndal justificaba la orientación de la revista por la importancia adquirida en lingüística por la "estructura". A este propósito, se refería a la definición de la palabra "estructura" en Lalande, "para designar, por oposición a una simple combinación de elementos, un todo formado por fenómenos solidarios, de tal suerte que cada uno depende de los otros y no puede ser el que es sino en y por su relación con ellos".³⁰ Subrayaba también el paralelismo entre la lingüística estructural y la psicología "gestaltista" invocando la definición de la "Gestalttheorie" dada por Claparède: ³¹ "Esta concepción consiste en considerar los fenómenos no ya como suma de elementos que ante todo es cosa de aislar, sino como conjuntos (*Zusammenhänge*) que constituyen unidades autónomas, manifiestan una solidaridad interna y poseen leyes propias. Se sigue que la manera de ser de cada elemento depende de la estructura del conjunto y de las leyes que lo rigen." ³²

²⁸ Los términos "estructura" y "sistema" son adelantados con diferente relación en el artículo de A. Mirambel, "Structure et dualisme de système en grec moderne", *Journal de Psychologie*, 1952, pp. 30 ss. Aún de otro modo por W. S. Allen, "Structure and System in the Abaza Verbal Complex", *Transactions of the Philological Society*, 1956, pp. 127-176.

²⁹ Esta actitud con respecto a la lengua la estudia, desde un punto de vista filosófico, Ernst Cassirer, "Structuralism in Modern Linguistics", *Word*, i (1945), pp. 99 ss. Acerca de la situación de la lingüística estructural en relación con las demás ciencias humanas, ver ahora A. G. Haudricourt, "Méthode scientifique et linguistique structurale", *L'Année Sociologique*, 1959, pp. 31-48.

³⁰ Lalande, *Vocabulaire de philosophie*, iii, s. v. "Structure".

³¹ *Ibid.*, iii, s. v. "Forme".

³² Bröndal, *Acta Linguistica*, i (1939), pp. 2-10. Artículo recogido en sus *Essais de Linguistique générale*, Copenhague, 1943, pp. 90 ss.

Al encargarse, después de la desaparición de V. Bröndal, de la dirección de *Acta Linguistica*, Louis Hjelmslev define de nuevo, en 1944, el dominio de la lingüística estructural: "Se entiende por *lingüística estructural* un conjunto de *investigaciones* sustentadas por una *hipótesis* según la cual es científicamente legítimo describir el lenguaje como, *esencialmente*, una *entidad autónoma de dependencias internas*, o, en una palabra, una *estructura*. . . El análisis de esta entidad permite deslindar constantemente partes que se condicionan recíprocamente y cada una de las cuales depende de ciertas otras y no sería concebible ni definible sin estas otras partes. Reduce su objeto a una red de dependencias, considerando los hechos lingüísticos en razón el uno del otro."³³

Tales fueron los comienzos de "estructura" y "estructural" como términos técnicos.

Hoy en día, el propio desenvolvimiento de los estudios lingüísticos³⁴ tiende a escindir el "estructuralismo" en interpretaciones tan diversas, que uno de quienes se dicen seguidores de dicha doctrina no vacila en escribir que "bajo el manto común y engañoso de 'estructuralismo' aparecen escuelas de inspiración y tendencias harto divergentes. . . El empleo bastante general de ciertos términos, como 'fonema' y aun 'estructura', contribuye con frecuencia a disimular diferencias profundas."³⁵ Una de estas diferencias, la más notable sin duda alguna, es la que puede apreciarse entre el empleo estadounidense del término "estructura" y las definiciones que hemos reproducido antes.³⁶

Por limitarnos al empleo que se hace generalmente de la palabra "estructura" en la lingüística europea de lengua francesa, subrayaremos algunos rasgos susceptibles de constituir una definición mínima.

³³ *Acta Linguistica*, iv, fasc. 3 (1944), p. v. Las mismas nociones son desarrolladas en inglés por L. Hjelmslev en un artículo titulado "Structural Analysis of Language", *Studia Linguistica* (1947), pp. 69 ss. Cf. también los *Proceedings of the VIIIth International Congress of Linguists*, Oslo, 1958, pp. 636 ss.

³⁴ Ver una exposición de conjunto en nuestro artículo "Tendances récentes en linguistique générale", *Journal de Psychologie*, 1954, pp. 130 ss (capítulo I del presente libro).

³⁵ A. Martinet, *Économie des changements phonétiques*, Berna, 1955, p. 11.

³⁶ Una instructiva confrontación de los puntos de vista ofrece A. Martinet, "Structural Linguistics", en *Anthropology Today*, ed. Kroeber, Chicago, 1953, pp. 574 ss. Ahora pueden hallarse varias definiciones recopiladas por Eric P. Hamp, *A Glossary of American Technical Linguistic Usage*, Utrecht-Amberes, 1957, s. v. "Structure".

El principio fundamental es que la lengua constituye un sistema, cuyas partes todas están unidas por una relación de solidaridad y de dependencia. Este sistema organiza unidades —los signos articulados— que se diferencian y se delimitan mutuamente. La doctrina estructuralista enseña el predominio del sistema sobre los elementos, aspira a deslindar la estructura del sistema a través de las relaciones de los elementos, tanto en la cadena hablada como en los paradigmas formales, y muestra el carácter orgánico de los cambios a los cuales la lengua está sometida.

Acerca de un tema que requeriría un libro entero para ser expuesto y discutido de manera adecuada a su importancia, una conferencia no puede pretender ni abarcar todas las cuestiones ni fundar un nuevo método. Sólo nos proponemos pasar revista a las teorías prevaletentes hoy por hoy, mostrar a qué principios obedecen y qué resultados pueden obtener. El problema general de la clasificación de las lenguas se descompone en cierto número de problemas particulares de naturaleza variable según el tipo de clasificación considerado. Pero estos problemas particulares tienen en común el hecho de que, formulados con rigor, cada uno hace intervenir a la vez la totalidad de la clasificación y la totalidad de la lengua por clasificar. Esto basta para apreciar la importancia de la empresa, las dificultades a ella inherentes y también la distancia que habrá entre el fin perseguido y los medios de que disponemos para alcanzarlo.

La primera clasificación de que se hayan preocupado los lingüistas es la que distribuye las lenguas en familias supuestas derivadas de un prototipo común. Es la clasificación genética. Los primeros intentos aparecen a partir del Renacimiento, cuando la imprenta permitió dar a conocer las lenguas de pueblos vecinos o lejanos. Las observaciones sobre el parecido de estas lenguas condujeron bien pronto a juntarlas en familias, menos numerosas que las lenguas actuales, y cuyas diferencias eran explicadas por referencia a mitos originales. Con el descubrimiento del sánscrito y el comienzo de la gramática comparada, el método de clasificación se racionaliza y, sin abandonar por entero la idea de la monogénesis de las lenguas, define con precisión creciente las condiciones que ha de satisfacer el establecimiento de una relación genética. Y hoy los lingüistas han extendido al conjunto de las lenguas los procedimientos verificados por el análisis de las lenguas indoeuropeas. Han agrupado la mayor

¹ Extracto de las *Conférences de l'Institut de linguistique de l'Université de Paris*, XI, 1952-1953.

parte de los idiomas en clases genéticas. La obra que describa las lenguas del mundo no puede recurrir a otro marco. Y si bien ha sido abandonada toda hipótesis glotogónica, si se juzgan mejor los límites de lo conocible y lo demostrable, no por ello se ha renunciado ni a buscar relaciones entre las lenguas de regiones mal exploradas —por ejemplo las de América del Sur—, ni a intentar agrupar en unidades más vastas familias enteras, indoeuropeo y semítico; etc. O sea que no es la ciencia de las lenguas la que ha permitido sentar las bases de una clasificación, sino al contrario, a partir de una clasificación, por ingenua y confusa que fuera, se ha elaborado progresivamente la ciencia de las lenguas. Las semejanzas apreciadas entre las lenguas antiguas o modernas de Europa fueron el dato primario que condujo a una teoría de tales parecidos.

Esta observación explica en cierta medida los conflictos que brotan en torno a este método de clasificación. Pues es en el seno de una lingüística enteramente genética e histórica donde se ha desarrollado, desde hace algunas décadas, una lingüística general. En virtud de que esta lingüística general quiere hoy quitarse de encima la perspectiva histórica y hacer prevalecer el estudio sincrónico de las lenguas, a veces se ve llevada a tomar posición contra el principio genético de la clasificación, a favor de otros métodos. Será interesante preguntarse en qué medida estas diferencias doctrinales afectan al problema que consideramos.

Sea la que fuere, una clasificación debe comenzar planteando sus criterios. Los de la clasificación genética son de naturaleza histórica. Se aspira a explicar las similitudes —y también las diferencias— que se aprecian, y otras menos aparentes, entre las lenguas de determinada área, por la demostración de su común origen. Procediendo a partir de lo dado, el lingüista emplea un método comparativo e inductivo. Si dispone de testimonios antiguos, inteligibles y bastante amplios, procura restaurar una continuidad entre los estados sucesivos de una lengua o de un conjunto de lenguas. De esta continuidad puede a menudo inferirse que lenguas hoy día distintas derivan de una lengua única. Las pruebas de este parentesco consisten en similitudes regulares, definidas por correspondencias entre formas completas, morfemas, fonemas. Las correspondencias son ordenadas a su vez en series, tanto más numerosas cuanto más próximo sea el parentesco. Para que estas correspondencias sean probatorias, tiene que poderse establecer que no se deben ni a coincidencias del azar ni a préstamos de una a otra de las lenguas consideradas o de

ambas con respecto a una fuente común, ni al efecto de convergencias. Las pruebas serán decisivas si pueden agruparse en un haz. Así la correspondencia entre lat. *est*: *sunt*, al. *ist*: *sind*, fr. *e*: *sō*, etc., supone a la vez ecuaciones fonéticas, la misma estructura morfológica, la misma alternancia, las mismas clases de formas verbales y el mismo sentido, y cada una de estas identidades pudiera subdividirse en cierto número de rasgos igualmente concordantes, cada uno de los cuales evocaría paralelos en otras formas de estas lenguas. En pocas palabras, tenemos aquí una reunión de condiciones tan específicas, que la presunción de parentesco es cosa confirmada.

Este método es bien conocido y ha sido puesto a prueba en el establecimiento de más de una familia. Está probado que puede aplicarse asimismo a lenguas sin historia, cuyo parentesco es apreciado hoy, toquen a la estructura que sea. Bloomfield ha proporcionado un hermoso ejemplo en la comparación de las cuatro principales lenguas del grupo algonquino central, fox, ojibway, cree, menomini. Sobre la base de correspondencias regulares estableció el desenvolvimiento de cinco grupos consonánticos diferentes con segundo elemento *k* en estas lenguas, y restituyó en algonquino central primitivo los prototipos *čk šk xk hk nk*. Pero había una correspondencia, limitada a la forma "es rojo", que alzaba una dificultad: era representada en fox por *meškusiwa*, ojibway *miskuzi*, cree *mihkusiw*, menomini *mehkōn*, con *šk* fox y ojibway correspondiendo anómalamente a *hk* cree y menomini. Por esta razón, postuló un grupo distinto *čk* proto-algonquino. No fue sino más tarde cuando tuvo ocasión de estudiar un dialecto cree de Manitoba en el que la forma en cuestión aparecía como *mihtkusiw* con un grupo *-htk-* distinto de *-hk-*, justificando así, tardíamente, el *-čk-* supuesto por razones teóricas.² La regularidad de las correspondencias fonéticas y la posibilidad de prever algunas evoluciones no se limitan a ningún tipo de lenguas ni a ninguna región. Así que no hay razón para imaginar que lenguas "exóticas" o "primitivas" exigieran otros criterios de comparación que las lenguas indoeuropeas o semíticas.

La demostración de un parentesco de origen supone un trabajo a menudo largo y penoso de *identificación* aplicado a todos los niveles del análisis: fonemas aislados, luego ligados, morfemas, significantes complejos, construcciones enteras. El proceso se vincula a

² Bloomfield, *Language*, I, p. 30, y IV, p. 99, y en su libro *Language*, pp. 359-360.

la consideración de la *sustancia* concreta de los elementos comparados: para justificar la confrontación de lat. *ferē-* y de sáncsc. *bhara-*, debo explicar por qué el latín tiene precisamente *f* donde el sánscrito tiene precisamente *bh*. Ninguna demostración de parentesco escapa a esta obligación y una clasificación suma gran número de estas identificaciones sustanciales para atribuir su lugar a cada lengua. También aquí las condiciones son válidas por doquier y resultan necesarias para la demostración.

Pero no podemos instituir condiciones universales en cuanto a la *forma* que adoptará una clasificación aplicada a lenguas cuyo parentesco puede ser probado. La imagen que nos hacemos de una familia genética y la posición que asignamos a las lenguas agrupadas en una familia así, reflejan en realidad —conviene adquirir conciencia de ello— el modelo de una clasificación particular, la de las lenguas indoeuropeas. Se concederá sin esfuerzo que es la más completa y, para nuestras exigencias actuales, la más satisfactoria. Los lingüistas tratan, conscientemente o no, de imitar este modelo cuanto vez intentan definir los agrupamientos de lenguas menos bien conocidas, y tanto mejor si por ello se ven incitados a mostrarse cada vez más rigurosos. Pero, por principio de cuentas, no es seguro que los criterios empleados en indoeuropeo tengan todos valor universal. Uno de los argumentos de mayor peso para establecer la unidad indoeuropea ha sido la semejanza de los numerales, que siguen reconocibles después de más de veinticinco siglos. Pero la estabilidad de estos nombres deriva por ventura de causas específicas, tales como el desenvolvimiento de la actividad económica y de los intercambios, que se aprecia en el mundo indoeuropeo desde fecha muy remota, antes que de razones "naturales" ni universales. De hecho, ocurre que los nombres de número sean objeto de préstamo, o hasta que la serie entera de los numerales sea remplazada, por razones de comodidad o de otra índole.³

Además, y sobre todo, no es seguro que el modelo construido para el indoeuropeo sea el tipo constante de la clasificación genética. Lo que hay de particular en indoeuropeo es que cada una de las lenguas participa en grado sensiblemente igual del tipo común. Aun dejando lugar a las innovaciones, la repartición de los rasgos esenciales de la estructura de conjunto es sensiblemente pa-

³ Ver, en igual sentido, las observaciones de M. Swadesh, I. J. A. L., xlix (1953), pp. 31 ss.

reja en las lenguas de igual antigüedad, según se ha confirmado en el caso del hitita, y según podría presumirse por lo poco que se sabe de lenguas como el frigio o el galo. Veamos ahora cómo se reparten los caracteres comunes a las lenguas de una familia, la bantú, bien establecida, con todo. El área bantú es dividida en zonas geográficas, y cada una comprende grupos de lenguas que comparten ciertos rasgos fonéticos y gramaticales; en estos grupos se distinguen ciertos agregados, que se subdividen en dialectos. La clasificación es enteramente provisional, fundada en una documentación muy desigual. Tomémosla como es, con algunas de las características que distinguen tales zonas:⁴

Zona noroeste: prefijos monosilábicos; flexión verbal menos desarrollada que en otras partes; prefijos nominales de forma particular;

Zona norte: Prefijos nominales disilábicos; formación locativa de tipo prefijal; gran riqueza en formaciones prefijales aumentativas;

Zona del Congo: prefijos en general monosilábicos; armonía vocálica; desarrollo de derivados verbales con composición desacombrada de sufijos; sistema tonal generalmente complicado;

Zona central: prefijos monosilábicos y disilábicos; clases nominales para aumentativo, diminutivo, locativo; gran desarrollo de derivados verbales; gran desarrollo de los ideófonos; sistema de tres tonos;

Zona oriental: fonética relativamente sencilla; sistema de tres tonos; formas verbales simplificadas; formación locativa intermedia entre prefijación y sufijación;

Zona nordeste: mismos caracteres, con morfología más simplificada, bajo la influencia del árabe;

Zona centro-este: establece la transición entre las zonas central y oriental;

Zona sureste: prefijos monosilábicos y disilábicos; locativo y diminutivos sufijados; sistema tonal complicado; fonética complicada con implosivas, fricativas laterales y a veces *clicks*;

Zona centro-sur: transición entre las zonas central y sureste, con cierto parecido con la zona centro-este: sistema de tres tonos;

⁴ Utilizo aquí algunas de las indicaciones dispersas en el excelente resumen de Clement M. Doke, *Bantu* (International African Institute, 1945). Ver, para más detalles, Malcolm Guthrie, *The Classification of the Bantu Languages*, 1948, cuyos resultados no son esencialmente distintos.

fenómenos fonéticos particulares, implosivas, africadas; prefijos nominales monosilábicos con vocal inicial latente;

Zonas oeste y centro-oeste: "buffer-type" entre las zonas oeste y central, con rasgos de la zona Congo; asimilación vocálica extrema; subdivisión de las clases nominales en animado e inanimado.

Semejante cuadro, aun reducido a algunas indicaciones muy esquemáticas, muestra que en el interior del área se pasa de una zona a otra por transiciones en que ciertos caracteres se acentúan en un sentido determinado. Pueden ordenarse dichos caracteres en series de una zona a otra: prefijos monosilábicos, luego disilábicos, con zonas en que coexisten los dos tipos; desarrollo de los ideófonos; sistema de tres tonos, luego de tonos múltiples. Cualesquiera que sean las complicaciones estructurales, de las que estos rasgos sólo ofrecen un aspecto parcial, parece que, desde las lenguas "semibantús" del Sudán hasta el zulú, cada zona se definiera en relación con la zona vecina, antes que por referencia a una estructura común.

Más característica a este respecto aparece el enlace de las grandes unidades lingüísticas en Extremo Oriente: ⁵ del chino al tibetano, del tibetano al birmano, y de ahí a las lenguas del Salween (palaung, wa, riang), al mon-khmer, hasta Oceanía, se disciernen, sin poderlas definir exactamente aún, conexiones de carácter serial; cada unidad intermedia tiene algunas relaciones con la precedente y otras con la siguiente, de suerte que, pasando de una a otra, el tipo inicial se aparta bastante y, no obstante, todas estas lenguas guardan "aire de familia". Los botánicos conocen bien estos "parentescos por encadenamiento", y es posible que tal tipo de clasificación sea el único utilizable entre las grandes unidades que son término actual de nuestras reconstrucciones.

Si así tuviera que ser, veríamos acentuarse ciertas debilidades inherentes a la clasificación genética. Para que ésta sea integral, y en vista de que es histórica por naturaleza, tiene que disponer de todos los miembros del conjunto en todas las etapas de su evolución. De hecho, sabido es que el estado de nuestros conocimientos se mofa de esta exigencia muy a menudo. De contadas lenguas disponemos de documentación algo antigua, y cuántas veces deficiente. Por si fuera poco, sucede que familias enteras han desaparecido, con excepción de un solo miembro, que se torna inclasifica-

⁵ Ver, de lo más reciente, el estudio de R. Shafer sobre el austroasiático, *B. S. L.*, XLVIII (1952), pp. 111 ss.

ble: tal pudiera ser el caso del sumerio. Incluso donde disponemos de una historia continua y de testimonios bastante abundantes, como en la familia indoeuropea, ya que tal historia continúa aún, puede imaginarse que en determinada etapa futura de la evolución ya no pueda definirse la pertenencia genética de las lenguas a su familia más que en términos de historia para cada una de ellas, y no ya en términos de relaciones entre ellas. Lo que permite nuestras clasificaciones es, por cierto, la evolución bastante lenta de las lenguas y el hecho de que no cambien idénticamente en todas sus partes. De ahí la conservación de esos residuos arcaicos que facilitan la reconstrucción de los prototipos. Con todo, aun esos vestigios pueden ser eliminados a la larga, y no quedar al nivel de las lenguas actuales ninguna señal posible de identificación. La clasificación no disfruta de sus criterios más que si dispone, al menos de algunas de estas lenguas, de estados más antiguos. Pero donde falta tal tradición el lingüista se halla en la situación que se le presentaría si tuviese que pronunciarse acerca de la posibilidad de parentesco entre el irlandés, el albanés y el bengalí, supuestos en una etapa todavía más avanzada de su evolución. Y cuando, para colmo, abarcamos con la imaginación la enorme porción de la historia lingüística de la humanidad que escapa para siempre a nuestros afanes, y de la cual no obstante es resultado la repartición actual de las lenguas, se descubren sin esfuerzo los límites de nuestras clasificaciones presentes y también de nuestra capacidad de clasificar. Todas las ciencias que proceden a partir de lo empíricamente dado para constituir una genética evolutiva están en las mismas. La sistemática de las plantas no está mejor repartida que la de las lenguas. Y si en el caso de éstas introducimos la noción de "parentesco por encadenamiento", al que recurren los botánicos, no nos ocultamos que es sobre todo un medio de mitigar nuestra impotencia en la restauración de las formas intermedias y de las conexiones articuladas que organizarían los datos actuales. Felizmente, en la práctica, esta consideración no siempre estorba la constitución de grupos lingüísticos de relaciones estrechas y no debe impedir el empeño sistemático de reunir estos grupos en unidades más vastas. Lo que deseamos subrayar ante todo es que una clasificación genética no vale, por fuerza de las cosas, más que entre dos fechas. La distancia entre éstas depende casi tanto del rigor puesto en el análisis como de las condiciones objetivas de nuestros conocimientos.

¿Puede darse a este rigor una expresión matemática? A veces

se ha intentado tomar el número de concordancias entre dos lenguas como medida de la probabilidad de su parentesco, y aplicar el cálculo de probabilidades a un tratamiento numérico de estas concordancias, para decidir el grado, y aun la existencia, de un parentesco genético. B. Collinder empleó este método a fin de averiguar si el urálico está o no emparentado con el altaico. Mas tuvo que concluir que la elección entre parentesco, por una parte, afinidad o préstamo, por otra, sigue siendo "inaccesible al cálculo".⁶ Lo mismo de engañosa ha sido la aplicación de la estadística a la determinación de las relaciones entre el hitita y las demás lenguas indoeuropeas; los autores de esta tentativa, Kroeber y Chrétien, reconocieron ellos mismos que los resultados eran extraños e inaceptables.⁷ Es claro que operando con cotejos concebidos como magnitudes matemáticas y, acto seguido, considerando que el hitita no puede ser *a priori* sino un miembro extraviado o aberrante de una familia lingüística ya establecida de una vez por todas, se cierra uno el camino de antemano. Ni el número de los cotejos que fundan un parentesco genético ni el número de las lenguas que participan en tal parentesco pueden constituir datos fijos para un cálculo. Hay pues que contar con apreciar grados variables de parentesco entre los miembros de las grandes familias lingüísticas, precisamente como se aprecia entre los miembros de las unidades dialectales pequeñas. También hay que prever que la configuración de un parentesco puede siempre ser modificada a consecuencia de algún descubrimiento. El ejemplo del hitita es, precisamente, el que mejor ilustra las condiciones teóricas del problema. Como el hitita difiere en múltiples aspectos del indoeuropeo tradicional, Sturtevant decidió que esta lengua sólo estaba emparentada lateralmente con el indoeuropeo, con el cual constituiría una familia nueva denominada "indohitita". Esto equivalía a tomar por una entidad natural el indoeuropeo de Brugmann y a relegar a una condición especial las lenguas no exactamente conformes con el modelo clásico. Por el contrario, debemos integrar el hitita al indoeuropeo, cuya definición y relaciones internas se transformarán por este aporte nuevo. Como indicaremos más lejos, la estructura lógica de las relaciones genéti-

⁶ B. Collinder, "La parenté linguistique et le calcul des probabilités", *Uppsala Universitets Arsskrift*, 1948, 13, p. 24, reproducido en *Sprachverwandtschaft und Wahrscheinlichkeit*, Uppsala, 1954, p. 182.

⁷ Kroeber y Chrétien, *Language*, xv, p. 69; cf. Reed y Spicer, *ibid.*, xxviii, pp. 348 ss.

cas no permite prever el número de los elementos de un conjunto. El solo medio de conservarle a la clasificación genética un sentido lingüístico será considerar las "familias" como abiertas y sus relaciones como siempre sujetas a revisión.

Toda clasificación genética, al mismo tiempo que plantea y gradúa el parentesco entre determinadas lenguas, determina cierto tipo que les es común. Las identificaciones materiales entre las formas y los elementos de las formas desembocan en el deslinde de una estructura formal y gramatical propia de la familia definida. De donde se sigue que una clasificación genética es también tipológica. Inclusive las semejanzas del tipo pueden ser más aparentes que las de las formas. Surge entonces una cuestión: ¿cuál es el valor del criterio tipológico en la clasificación? Más precisamente: ¿puede fundarse una clasificación genética exclusivamente en los criterios tipológicos? Es la pregunta que habrá que plantearse ante la interpretación dada por N. Troubetzkoy del problema indoeuropeo, en un artículo sugestivo y demasiado poco tenido en consideración.⁸

Troubetzkoy se pregunta: ¿en qué se reconoce que una lengua es indoeuropea? Se muestra muy escéptico frente a las "concordancias materiales" que se registrarían entre la lengua en cuestión y otras para demostrar su parentesco. No hay que exagerar —dice en sustancia— el valor de este criterio, pues no hay acuerdo ni acerca del número ni acerca de la naturaleza de las correspondencias que decidirían la pertenencia al indoeuropeo de una lengua, ni hay ninguna que fuera indispensable para probar este parentesco. Concede mucho mayor importancia a un conjunto de seis caracteres estructurales que enumera y justifica en detalle. Cada uno de estos rasgos estructurales, afirma, se encuentra también en lenguas no indoeuropeas; pero sólo las lenguas indoeuropeas presentan los seis a la vez.

Es esta parte de la demostración la que quisiéramos examinar más de cerca, a causa de su evidente importancia teórica y práctica. Hay aquí dos cuestiones que deben considerarse por separado: 1] Estos seis caracteres, ¿sólo en indoeuropeo se dan juntos? 2] ¿Bastarían, solos, para fundar la noción de indoeuropeo?

La primera cuestión es de hecho. La respuesta será afirmativa si y sólo si ninguna familia lingüística posee los seis caracteres

⁸ Troubetzkoy, "Gedanken über das Indogermanenproblem", *Acta Linguistica*, 1 (1939), pp. 81 ss.

enunciados por Troubetzkoy como propios de las lenguas indoeuropeas. Para esta verificación hemos escogido al azar el espécimen de una lengua con seguridad no indoeuropea. La lengua en cuestión es el takelma, lengua india de Oregón, de la cual disponemos de una descripción excelente y fácilmente accesible debida a Edward Sapir⁹ (1922). Vamos, pues, a enumerar dichos rasgos en los términos en que Troubetzkoy los define, indicando a propósito de cada uno la situación del takelma:

1. *No hay armonía vocálica* (Es besteht keinerlei Vokalharmonie). Tampoco en takelma se menciona para nada la armonía vocálica.

2. *El consonantismo de la inicial no es más pobre que el del interior o de la final* (Das Konsonantismus des Anlauts ist nicht ärmer als des Inlauts und des Auslauts).

En takelma, después de dar la tabla completa de las consonantes, Sapir hace constar expresamente (§ 12): "Every one of the consonants tabulated may occur initially." La sola restricción que señala a propósito de la ausencia de ^{ew} la anula él mismo cuando añade que ^{ew} no existe más que en ligadura con *k*, o sea que sólo *k^{ew}* es una fonema. El consonantismo inicial no trae, pues, aparejada ninguna deficiencia en takelma.

3. *La palabra no tiene que empezar necesariamente por la raíz* (Das Wort muss nicht unbedingt mit der Wurzel beginnen).

El takelma conoce tanto la prefijación como la infijación y la sufijación (ejemplos, Sapir, § 27, p. 55).

4. *Las formas no son constituidas solamente por afijos, sino también por alternancias vocálicas en el interior de los morfemas radicales* (Die Formbildung geschieht nicht nur durch Affixe, sondern auch durch vokalische Alternationen innerhalb der Stammorpheme).

En la descripción del takelma es consagrado un largo párrafo (pp. 59-62) al "vowel-ablaut" con valor morfológico.

5. *Aparte de las alternancias vocálicas, las alternancias consonánticas libres desempeñan también un papel morfológico* (Ausser den vokalischen spielen auch freie konsonantische Alternationen eine morphologische Rolle).

En takelma, "consonant-ablaut, a rare method of word-formation,

⁹ Sapir, "The Takelma Language of South-Western Oregon", *Hand-book of Amer. Ind. Lang.*, II.

plays a rather important part in the tense-formation (aorist and non-aorist) of many verbs" (Sapir, § 32, p. 62).

6. *El sujeto de un verbo transitivo es tratado como el sujeto de un verbo intransitivo* (Das Subjekt eines transitiven Verbums erfährt dieselbe Behandlung wie das Subjekt eines intransitiven Verbums).

El principio se verifica literalmente en takelma: *yap'a wili k'emēi*, lit. "people house they-make-it" = "la gente (*yap'a*) construye una casa"; *gidi alxali yap'a*, "thereon they-sit people" "la gente se sienta ahí", con la misma forma *yap'a* en las dos construcciones.¹⁰

Se ve así que el takelma posee juntos los seis rasgos cuya reunión constituía, a los ojos de Troubetzkoy, la marca distintiva del tipo indoeuropeo. Es probable que una indagación extendida permitiría encontrar casos análogos en otras familias. La definición adelantada por Troubetzkoy es, en todo caso, refutada por los hechos. Ciertamente para él se trataba ante todo de hallar las marcas estructurales mínimas que pudiesen distinguir el indoeuropeo de los grupos vecinos: semítico, caucásico, finougrio. Dentro de estos límites, los criterios parecen justificados. Dejan de serlo si se confronta el indoeuropeo con todos los otros tipos lingüísticos. En semejante caso serían precisas características sensiblemente más numerosas y específicas.

La segunda cuestión era si podría definirse el indoeuropeo sobre la base única de un conjunto de caracteres tipológicos. Troubetzkoy no llegó a tanto; reconoce que siguen siendo necesarias correspondencias materiales, aunque sean poco numerosas. No podemos menos que aprobarlo. De otra manera se caería en dificultades sin salida. Quiérase o no, términos como indoeuropeo, semítico, etc., denotan a la vez la filiación histórica de ciertas lenguas y su parentesco tipológico. No se puede, pues, conservar a la vez el cuadro histórico y justificarlo exclusivamente con una definición ahistórica. Las lenguas caracterizadas históricamente como indoeuropeas tienen en efecto, por añadidura, algunos rasgos estructurales en común. Pero la conjunción de dichos rasgos fuera de la historia no basta para definir una lengua como indoeuropea. Lo cual equivale a decir que una clasificación genética no se traspone a clasificación tipológica ni a la inversa.

¹⁰ Ejemplos tomados del texto takelma, en Sapir, pp. 294-5. Conviene notar que el takelma admite algunos afijos nominales, pero no tiene flexión nominal, y que practica en gran medida la incorporación de los pronombres sujeto y objeto. Pero sólo era cosa de mostrar que también aquí era aplicable el criterio sintáctico de Troubetzkoy.

No hay que confundirse acerca de la intención de la anterior crítica. Apunta a una afinación demasiado categórica de Troubetzkoy, no al fondo de su pensamiento. Queremos tan sólo que se distingan bien las dos nociones usualmente asociadas en el término de "parentesco lingüístico". El parentesco de estructura puede resultar de un origen común; puede asimismo proceder de desarrollos sufridos por varias lenguas independientemente, inclusive fuera de cualquier relación genética. Como bien dijo R. Jakobson¹¹ a propósito de las afinidades fonológicas que se perfilan a menudo entre lenguas sencillamente contiguas, "la similitud de estructura es independiente de la relación genética entre las lenguas en cuestión y puede indiferentemente vincular lenguas del mismo origen o de ascendencia diferente. La similitud de estructura no se opone, pues, sino que se superpone al 'parentesco originario' de las lenguas." El interés de los agrupamientos de afinidad está justamente en que asocian a menudo en una misma área lenguas genéticamente diferentes. Así el parentesco genético no impide la formación de agrupamientos de afinidades nuevas; pero la formación de agrupamientos de afinidades no suprime el parentesco genético. Importa no obstante advertir que la distinción entre filiación y afinidad no es posible más que en las condiciones de nuestra observación actual. Un agrupamiento de afinidad, si se estableció prehistóricamente, nos aparecerá históricamente como un indicio de parentesco genético. También aquí la noción de clasificación genética tropieza con sus límites.

Tan rotundas y marcadas aparecen las diferencias de tipo entre las lenguas del mundo, que los lingüistas han pensado desde hace mucho caracterizar las familias de lenguas mediante una definición tipológica. Semejantes clasificaciones, fundadas en la estructura morfológica, representan un esfuerzo hacia una sistemática racional. Desde Humboldt, y a menudo con su espíritu, pues es sobre todo en Alemania donde han sido edificadas teorías de este orden, se ha intentado ilustrar la diversidad de las lenguas mediante algunos tipos principales. Finck¹² fue el principal representante de esta tendencia, que cuenta aún con adeptos eminentes.¹³ Es sabido que Finck distinguía

¹¹ En su artículo sobre las afinidades fonológicas reproducido como apéndice a los *Principes de Phonologie* de Troubetzkoy, trad. de Cantineau, p. 353.

¹² F. N. Finck, *Die Haupttypen des Sprachbaus*, 3a. ed., 1936 (5a. ed., idéntica, 1965).

¹³ Las categorías de Finck son utilizadas, pero con enriquecimientos y flexibilizaciones notables, en los escritos de dos lingüistas originales, J. Löh-

ocho tipos principales, representados por sendas lenguas características y definidos así: subordinante (turco); incorporante (groenlandés); seriante, anreihend (subiya, bantú); aislante-radical, wurzelisolierend (chino); aislante-temático, stammisolierend (samoano); flexional-radical, wurzelflektierend (árabe); flexional-temático, stammflektierend (griego); flexional de grupo, gruppenflektierend (georgiano). Cada una de estas definiciones dice, en efecto, algo acerca del tipo registrado y puede situar sumariamente cada una de las lenguas en cuestión. Pero semejante cuadro no es ni completo ni sistemático ni riguroso. No figura ninguno de los tipos, tan diversos y complejos, de las lenguas amerindias ni de las lenguas sudanesas, que participarían a la vez de varias categorías; tampoco son tenidos en cuenta los procedimientos diferentes que pueden realizar una misma estructura aparente, creando por ejemplo la ilusión de un parentesco de tipo entre el chino y el inglés. Además, los mismos términos sirven para características que no tienen igual sentido: ¿cómo puede hablarse de "raíces" a la vez en caso del chino y en caso del árabe?, ¿y cómo se definirá entonces una "raíz" en esquimal? En suma, estas distinciones no parecen articularse en una teoría unitaria que legitimara y ordenara caracteres no homogéneos, tales como raíz, incorporación, sufijo, tema, serie, flexión, grupo, unos de los cuales atañen a la naturaleza de los morfemas, otros atañen a su disposición.

Las lenguas son conjuntos tan complejos que pueden clasificarse en función de gran número de criterios. Una tipología congruente y comprensiva deberá tener en cuenta varios órdenes de distinciones y jerarquizar los rasgos morfológicos que de ellos dependen. A esto aspira la clasificación más elaborada que se haya propuesto hasta ahora, la de Sapir.¹⁴ Con profunda intuición de la estructura lingüística y amplia experiencia de las lenguas más singulares que hay, las de la América india, Sapir edificó una clasificación de los tipos lingüísticos de acuerdo con un criterio triple: tipos de "conceptos expresados"; "técnica" prevaleciente; grado de "síntesis".

Considera primero la naturaleza de los "conceptos" y reconoce cuatro grupos: i, conceptos de base (objetos, acciones, cualidades, expresados por palabras independientes); ii, conceptos derivacionales, menos concretos, tales como la afijación de elementos no radicales a uno

mann y E. Lewy. Cf. sobre todo, de este último, "Der Bau der europäischen Sprachen", *Proceedings of the R. Irish Academy*, 1942.

¹⁴ Sapir, *Language*, 1921, cap. vi.

de los elementos radicales, pero sin modificar el sentido del enunciado; iii, conceptos relacionales concretos (número, género, etc.); iv, conceptos relacionales abstractos (relaciones puramente "formales" que construyen la sintaxis). Los grupos i y iv deben hallarse por doquier. Los otros dos (ii y iii) pueden estar presentes o faltar, juntos o por separado. Esto permite establecer cuatro tipos de lenguas:

A. Lenguas que poseen solamente los grupos i y iv: lenguas sin afijación ("simple pure-relational languages").

B. Lenguas que poseen los conceptos de los grupos i, ii y iv: empleando una sintaxis puramente relacional, pero también la afijación y la modificación interna de las radicales ("complex pure-relational languages").

C. Lenguas que expresan los conceptos de los grupos i y iii: relaciones sintácticas aseguradas por elementos más bien concretos, pero sin que los elementos radicales estén sometidos a afijación o a modificación interna ("simple mixed-relational languages").

D. Lenguas que expresan los conceptos i, ii y iii: relaciones sintácticas "mixtas" como en c, pero con posibilidad de modificar el sentido de los elementos radicales por afijación o modificación interna ("complex mixed-relational languages"). Aquí caen las lenguas flexivas y muchas de las lenguas "aglutinantes".

En cada una de estas cuatro clases se introduce una cuádruple división según la "técnica" empleada por la lengua: a] aislante, b] aglutinante, c] fusional, d] simbólica (alternancias vocálicas), cada una susceptible de evaluación.

En fin, se apreciará el grado de "síntesis" realizado en las unidades de la lengua empleando calificativos tales como: analítica, sintética, polisintética.

El resultado de estas operaciones aparece en el cuadro en que Sapir ordenó algunas de las lenguas del mundo con su estatuto propio. Se ve así que el chino representa el grupo A (simple pure-relational): sistema relacional abstracto, "técnica" aislante, analítico. El turco figura en el grupo B (complex pure-relational): aprovechamiento de la afijación, "técnica" aglutinante, sintético. En el grupo C no encontramos más que el bantú (por lo que toca al francés, Sapir vacila entre c y D), débilmente aglutinante y sintético. El grupo D (complex mixed-relational) comprende por una parte el latín, el griego y el sánscrito, a la vez fusionales y ligeramente aglutinantes en la derivación, pero con una pizca de simbolismo y un carácter sintético; por otra parte el árabe, el hebreo, como tipo simbólico-fusional

y sintético; por último, el chinook, fusional-aglutinativo y ligeramente polisintético.

Sapir tenía un sentido demasiado vivo de la realidad lingüística como para presentar esta clasificación con carácter definitivo. Le asigna expresamente un carácter tentativo y provisorio. Tomémosla con todas las reservas que él mismo solicitaba. Indudablemente se ha hecho un gran progreso con respecto a las antiguas divisiones, sumarias e inoperantes, en flexivo, incorporante, etc. El mérito de esta teoría es doble: 1] es más compleja que todas las precedentes, es decir más fiel a la inmensa complejidad de los organismos lingüísticos; tenemos aquí una hábil combinación de tres series de criterios escalonados; 2] entre estos criterios se instituye una jerarquía, que se conforma al orden de permanencia de los caracteres descritos. Se observa, en efecto, que éstos no se hallan por igual sometidos al cambio. Es primero el "grado de síntesis" el que es afectado por la evolución (tránsito de lo sintético a lo analítico); la "técnica" (naturaleza fusional o aglutinativa de las combinaciones morfológicas) es mucho más estable y, por último, el "tipo conceptual" exhibe una persistencia notable. Puede pues recurrirse con ventaja a este procedimiento de clasificación para evocar con alguna precisión los rasgos sobresalientes de una morfología. Pero la dificultad está en el manejo de esta clasificación, menos por su complicación que a causa de la apreciación subjetiva que acarrea en no pocos casos. El lingüista ha de decidir —¿basándose en qué?— si una lengua es más bien esto que aquello, por ejemplo si el camboyano es más "fusional" que el polinesio. El límite entre los grupos c y d permanece indeciso, el propio Sapir lo reconoce. En estas matizaciones graduadas a través de los tipos mixtos resulta peliagudo reconocer los criterios constantes que asegurarían una definición permanente. Y Sapir se ha dado clara cuenta: "Después de todo, las lenguas son estructuras históricas excesivamente complejas. Es menos importante colocar cada lengua en su correspondiente cajoncito que crear un método flexible que nos permita asignar a cada lengua su lugar, desde dos o tres puntos de vista independientes y en relación con otras lenguas."¹⁵

Si ni siquiera esta clasificación, la más comprehensiva y refinada de todas, satisface sino imperfectamente las exigencias de un método exhaustivo, ¿habrá que abandonar la esperanza de crear una que responda a ellas? ¿Habrá que resignarse a contar tantos tipos como

¹⁵ *Op. cit.*, p. 149 [p. 162 de la traducción española, 1954].

familias genéticas haya, es decir prohibirse clasificar de otra manera que en términos históricos? Tenemos cierta probabilidad de ver mejor lo que debe esperarse si discernimos en dónde están los peros de los tiempos propuestos. Si se comparan entre sí dos lenguas de origen diferente que estas teorías ponen juntas, se tiene clara sensación de que una analogía en la manera de construir las formas no pasa de ser un rasgo superficial en tanto que no sale a la luz la estructura profunda. La razón es que el análisis se orienta a las formas empíricas y a arreglos empíricos. Sapir distingue con razón la "técnica" de ciertos procedimientos morfológicos, es decir la forma material con que se presentan, del "sistema relacional". Pero si esta "técnica" es fácil de definir y de reconocer de una lengua a otra al menos en algunos casos (por ejemplo si la lengua emplea o no alternancias vocálicas significativas o si los afijos son distintos o fusionados), muy de otro modo van las cosas a propósito del "tipo relacional", mucho más difícil de definir y sobre todo de trasponer, porque la descripción es necesariamente interpretación. Todo dependerá entonces de la intuición del lingüista y de la manera como "sienta" la lengua.

El modo de evitar esta dificultad fundamental no será elegir criterios más y más detallados y menos y menos aplicables, sino al contrario, reconocer primero que la forma no es sino la posibilidad de la estructura y así elaborar una teoría general de la estructura lingüística. Claro es que se procederá a partir de la experiencia, pero para desembocar en un conjunto de definiciones constantes enderezadas, por un lado, hacia los elementos de las estructuras, por otro hacia sus relaciones. Si se llega a formular proposiciones constantes sobre la naturaleza, el número y los encadenamientos de los elementos constitutivos de una estructura lingüística, se habrá obtenido el medio de ordenar en esquemas uniformes las estructuras de las lenguas reales. La clasificación se realizará entonces en términos idénticos y muy probablemente no tendrá ningún parecido con las clasificaciones actuales.

Indiquemos dos condiciones de este trabajo, una tocante a su método de enfoque, la otra a su marco de exposición.

Habrá que recurrir, para una formulación adecuada de las definiciones, a los procedimientos de la lógica, que parecen ser los únicos apropiados para las exigencias de un método riguroso. Ciertamente es que hay varias lógicas, más o menos formalizadas, entre las cuales aun las más simplificadas parecen todavía poco utilizables por los lingüistas para sus operaciones específicas. Pero observemos que incluso la cla-

sificación genética actual, en su empirismo, ya está informada de lógica, y que lo primero por hacer es adquirir conciencia de ello, para explicitarla, mejorarla. En la simple enumeración de los estados sucesivos a través de los cuales se eleva uno de una lengua actual a su prototipo prehistórico, se puede reconocer una construcción lógica parecida a la que sustenta las clasificaciones zoológicas. He aquí, muy sumariamente, algunos de los principios lógicos que pueden deslindarse de un cuadro clásico, tal como el de las lenguas indoeuropeas escalonadas históricamente.

Sea la relación entre el provenzal y el indoeuropeo. Se descompone analíticamente en: provenzal < galorromano < romano común < itálico < indoeuropeo, para limitarnos a las grandes divisiones. Pero cada uno de estos términos, por encima de la lengua individual por clasificar, designa una *clase* de lenguas, y estas clases se disponen jerárquicamente en unidades superiores e inferiores, cada una de las cuales comprende la unidad inferior y está comprendida en la unidad superior, según una relación de encajonamiento sucesivo. La ordenación es regida por su extensión y su comprensión respectivas. Resulta entonces que el término individual, el provenzal, tiene la extensión más débil y la comprensión máxima, y contrasta en esto con el indoeuropeo, que tiene la extensión máxima y la más débil comprensión. Entre esos dos extremos cae una serie de clases cuya extensión y comprensión varían siempre en razón inversa, pues cada clase posee, a más de sus caracteres propios, todos los que ha heredado de la clase superior. Una clase intermedia tendrá más caracteres que la más extensa que la preceda, y menos que la más intensa que la siga. Resultaría interesante, dicho sea de paso, reconstruir en términos lingüísticos, sobre este modelo explícito, la filiación del provenzal al indoeuropeo, determinando qué tiene de más el provenzal sobre el galorromano común, qué tiene éste de más sobre el romano común, etcétera.

Disponiendo así las relaciones genéticas, se advierten ciertos caracteres lógicos que parecen definir su colocación. Ante todo, cada miembro individual (idioma) es parte del conjunto de las clases jerarquizadas y pertenece cada una a un nivel diferente. Por el hecho de poner el provenzal en relación con el galorromano, se le implica como romano, como latino, etc. En segundo lugar, cada una de estas clases sucesivas es al mismo tiempo incluyente e inclusa. Incluye la que la sigue y está incluida en la que la precede, entre los dos términos extremos de la clase última y de la lengua individual por clasificar: romano

incluye galorromano y está incluso en itálico. Terceramente, entre las clases definidas por un mismo grado jerárquico no existe ninguna relación tal que el conocimiento de una permita el conocimiento de otra. Verificar y caracterizar las lenguas itálicas no procura noción alguna en cuanto a la naturaleza y ni aun en cuanto a la existencia de las lenguas eslavas. Estas clases no pueden regirse, por no tener nada en común. En cuarto lugar, y en consecuencia, las clases de un conjunto de igual nivel no pueden jamás ser exactamente complementarias, puesto que ninguna de ellas informa sobre la totalidad de la que es parte. Puede siempre esperarse, pues, que se agreguen nuevas clases de lenguas a las de un nivel dado. Finalmente, al igual que cada lengua no hace actuar sino a una parte de las combinaciones que permitiría su sistema fonemático y morfemático, así cada clase —aun suponiéndola conocida íntegramente— no contiene más que una parte de las lenguas que hubieran podido ser realizadas. Las clases de lenguas, vistas así las cosas, no son nunca exhaustivas. De esto se sigue que es imposible cualquier previsión a propósito de la existencia o no existencia de una clase de tal o cual estructura. De donde la nueva consecuencia de que cada clase se caracterizará, frente a las demás del mismo nivel, por una suma de rasgos respectivamente ausentes o presentes: conjuntos complejos, tales como itálico y céltico, se definirán solamente por el hecho de que tal rasgo del uno está ausente del otro, y recíprocamente.

Estas consideraciones sumarias dan una idea de la manera como podría construirse el modelo lógico de una clasificación incluso empírica, como la de las familias lingüísticas. A decir verdad, la acomodación lógica que se entrevé no parece poder originar una formalización muy desarrollada, ni más ni menos, por lo demás, que el caso de las especies zoológicas y botánicas, que es de la misma naturaleza.

Más podría esperarse —si bien aquí la tarea sea mucho más ardua y el panorama más lejano— de una clasificación que se orientara a los elementos de la estructura lingüística en el sentido indicado más arriba. La condición inicial de semejante empresa sería abandonar el principio —no formulado y por ello tanto más abrumador sobre gran parte de la lingüística actual, hasta el punto de que parece confundirse con la evidencia— de que no hay más lingüística que la de lo dado, que el lenguaje está íntegramente en sus manifestaciones efectuadas. Si así fuera, estaría cerrado definitivamente el camino a toda investigación profunda acerca de la naturaleza y las manifestaciones del lenguaje. El dato lingüístico es un resultado, y hay que averiguar

de qué resulta. Una reflexión algo atenta sobre el modo como una lengua, toda lengua, se construye, enseña que cada lengua tiene por resolver cierto número de problemas, que se reducen todos a la cuestión central de la "significación". Las formas gramaticales traducen, con un simbolismo que es la marca distintiva del lenguaje, la respuesta dada a dichos problemas; estudiando estas formas, su selección, su agrupamiento, su organización propios, podemos inducir la naturaleza y la forma del problema intralingüístico al que responden. Todo este proceso es inconsciente, difícilmente accesible, pero esencial. Por ejemplo, hay un rasgo estructural característico de las lenguas bantúes y no pocas otras más: las "clases nominales". Es posible contentarse con describir su arreglo material, o puede buscárseles el origen. Numerosos estudios han sido dedicados a ello. Aquí sólo nos interesará una cuestión que aún no ha sido planteada, la de la función de semejante estructura. Ahora bien, puede mostrarse —y trataremos de hacerlo en otra parte— que todos los variados sistemas de "clases nominales" son funcionalmente análogos a los diversos modos de expresión del "número gramatical" en otros tipos de lenguas, y que procedimientos lingüísticos materializados en formas muy disímiles han de clasificarse juntos desde el punto de vista de su función. En cualquier caso, hay que comenzar viendo más allá de la forma material y no encerrar toda la lingüística en la descripción de las formas lingüísticas. Si los arreglos materiales que verifica y analiza la lingüística descriptiva pueden ser reducidos progresivamente a las figuras diversas de un mismo juego y explicados por referencia a cierto número de principios definidos, se habrá ganado un fundamento para una clasificación racional de los elementos, de las formas, y finalmente de los conjuntos lingüísticos. Nada prohíbe pensar, si prolongamos con cierta complacencia este modo de ver, que los lingüistas sabrán entonces encontrar en las estructuras lingüísticas leyes de transformación como las que permiten, en los esquemas operacionales de la lógica simbólica, pasar de una estructura a una estructura derivada y definir relaciones constantes. Son visiones lejanas, ni que decir tiene, y más bien temas de reflexión que recetas prácticas. Pero una cosa es segura: en vista de que una clasificación integral significa un conocimiento integral, será merced a una comprensión cada vez más honda y a una definición siempre más estricta de los signos lingüísticos como progresaremos hacia una clasificación racional. La distancia por recorrer cuenta menos que la dirección que se haya de tomar.

CAPÍTULO X

LOS NIVELES DEL ANALISIS LINGÜÍSTICO¹

Cuando se estudia con espíritu científico un objeto tal como el lenguaje, bien pronto se aprecia que todas las cuestiones se plantean a la vez a propósito de cada hecho lingüístico, y que empiezan por plantearse en relación con aquello que debe admitirse como *hecho*, es decir con los criterios que lo definen como tal. El gran cambio ocurrido en lingüística reside precisamente en esto: se ha reconocido que el lenguaje debía ser descrito como una estructura formal, pero que esta descripción exigía previamente el establecimiento de procedimientos y de criterios adecuados, y que en suma la realidad del objeto no era separable del método propio para definirlo. Se debe pues, ante la extrema complejidad del lenguaje, tender al establecimiento de una ordenación a la vez en los fenómenos estudiados, de manera de clasificarlos según un principio racional, y en los métodos de análisis, para construir una descripción coherente, arreglada de acuerdo con los mismos conceptos y los mismos criterios.

La noción de *nivel* nos parece esencial en la determinación del procedimiento de análisis. Sólo ella es adecuada para hacer justicia a la naturaleza *articulada* del lenguaje y al carácter *discreto* de sus elementos; ella sola puede permitirnos, en la complejidad de las formas, dar con la arquitectura singular de las partes del todo. El dominio en que la estudiaremos es el de la lengua como sistema orgánico de signos lingüísticos.

El procedimiento entero del análisis tiende a delimitar los *elementos* a través de las *relaciones* que los unen. Este análisis consiste en dos operaciones que se gobiernan una a otra y de las que dependen todas las demás: 1] la segmentación; 2] la sustitución.

Sea cual fuere la extensión del texto considerado, es preciso segmentarlo primero en porciones cada vez más reducidas hasta los elementos no descomponibles. Paralelamente se identifican tales

¹ *Proceedings of the 9th International Congress of Linguists*, Cambridge, Mass., 1962, Mouton & Co., 1964.

elementos por las sustituciones que admiten. Se termina, por ejemplo, segmentando la palabra francesa *raison* en [r] - [ɛ] - [z] - [õ], donde pueden operarse las sustituciones: [s] en lugar de [r] (= *saison*); [a] en lugar de [ɛ] (= *rasons*); [y] en lugar de [z] (*rayon*); [ʒ] en lugar de [õ] (*raisin*). Estas sustituciones pueden inventariarse: la clase de los sustitutos posibles de [r] en [rezõ] comprende [b], [s], [m], [t], [v]. Aplicando a cada uno de los tres otros elementos de [rezõ] el mismo procedimiento, se establece así un repertorio de todas las sustituciones admisibles, cada una de las cuales desgaja a su vez un segmento identificable en otros signos. Progresivamente, de un signo a otro, es la totalidad de los elementos la que se desgaja, y para cada uno de ellos la totalidad de las sustituciones posibles. Tal es, en pocas palabras, el método de distribución: consiste en definir cada elemento por el conjunto de los alrededores en que se presenta, y por medio de una doble relación, relación del elemento con los demás elementos simultáneamente presentes en la misma porción del enunciado (relación sintagmática); relación del elemento con los demás elementos mutuamente sustituibles (relación paradigmática).

Observemos acto seguido una diferencia entre las dos operaciones en el campo de su aplicación. Segmentación y sustitución no tienen igual amplitud. Se identifican elementos con respecto a otros segmentos con los que están en relación de sustituibilidad. Mas la sustitución puede operar también sobre elementos no segmentables. Si los elementos segmentables mínimos se identifican como *fonemas*, el análisis puede ir más allá y aislar en el interior del fonema *rasgos distintivos*. Pero estos rasgos distintivos del fonema no son ya segmentables, con todo y ser identificables y sustituibles. En [d'] se reconocen cuatro rasgos distintivos: oclusión, dentalidad, sonoridad, aspiración. Ninguno de ellos es realizable por sí mismo aparte de la articulación fonética en que se presenta. Tampoco es posible asignarles un orden sintagmático; la oclusión es inseparable de la dentalidad, y el soplo de la sonoridad. Cada uno de ellos admite, con todo, una sustitución. La oclusión puede ser remplazada por una fricción; la dentalidad por la labialidad; la aspiración por la glotalidad, etc. Se acaba así distinguiendo dos clases de elementos mínimos: los que son a la vez segmentables y sustituibles, los fonemas; y los que son solamente sustituibles, los rasgos distintivos de los fonemas. Por el hecho de no ser segmentables, los rasgos distintivos no pueden constituir clases sintagmáticas; pero por el hecho de ser sustituibles, constituyen clases paradigmáticas. De suerte que el

análisis puede reconocer y distinguir un nivel fonemático, en que las dos operaciones de segmentación y de sustitución son practicadas, y un nivel hipofonemático, el de los rasgos distintivos, no segmentables, que sólo participan de la sustitución. Aquí se detiene el análisis lingüístico. Más allá, los datos suministrados por las técnicas instrumentales recientes pertenecen a la fisiología o a la acústica, son infralingüísticos.

Alcanzamos así, por los procedimientos descritos, los dos niveles inferiores del análisis, el de las entidades segmentables mínimas, los fonemas, el nivel *fonemático*, y el de los rasgos distintivos, que proponemos llamar *merismas* (gr. *merisma*, -atos, "delimitación"), el nivel *merismático*.

Definimos empíricamente su relación de acuerdo con su posición *mutua*, como la de dos niveles alcanzados sucesivamente, produciendo la combinación de los merismas el fonema, descomponiéndose el fonema en merismas. Pero ¿cuál es la condición *lingüística* de esta relación? La encontraremos si llevamos el análisis más adelante y, en vista de que no podemos descender más, apuntando al nivel superior. Tenemos entonces que operar sobre porciones de textos más largas y averiguar cómo realizar las operaciones de segmentación y de sustitución cuando no se trata ya de obtener las más pequeñas unidades posibles, sino unidades de mayor extensión.

Supongamos que en una cadena ingl. [li:viŋθiŋz] "leaving things (as they are)" hayamos identificado en diferentes lugares las tres unidades fonemáticas [i], [θ], [ŋ]. Intentamos ver si estas unidades nos permiten delimitar una unidad superior que las contuviera. Procediendo por exhaustión lógica, consideramos las seis combinaciones posibles de estas tres unidades: [iθŋ], [iŋθ], [θiŋ], [θŋi], [ŋiθ], [ŋθi]. Vemos entonces que dos de estas combinaciones están efectivamente presentes en la cadena, pero realizadas de manera tal que tienen dos fonemas en común, y que debemos escoger una y excluir la otra: en [li:viŋθiŋz] será o bien [ŋθi], o bien [θiŋ]. La respuesta no es dudosa: se rechazará [ŋθi] y se elegirá [θiŋ] al rango de nueva unidad /θiŋ/. ¿De dónde viene la autoridad de esta decisión? De la condición lingüística del *sentido* al que debe satisfacer la delimitación de la nueva unidad de nivel superior: [θiŋ] tiene un sentido, [ŋθi] no. A lo que se agrega el criterio de distribución que obtenemos en un punto u otro del análisis en su fase presente, si cubre un número suficiente de textos amplios: [ŋ] no se admite en posición inicial y la sucesión [ŋθ] es imposible, en tanto que [ŋ] forma

parte de la clase de los fonemas finales y que [θi] y [iŋ] son admitidos por igual.

El *sentido* es en efecto la condición fundamental que debe llenar toda unidad de todo nivel para obtener estatuto lingüístico. Bien decimos de todo nivel: el fonema no tiene valor sino como discriminador de signos lingüísticos, y el rasgo distintivo, a su vez, como discriminador de los fonemas. La lengua no podría funcionar de otro modo. Todas las operaciones que deben practicarse en el seno de esta cadena suponen la misma condición. La porción [ŋθi] no es aceptable en ningún nivel; no puede ni ser remplazada por ninguna otra ni remplazar a ninguna, ni ser reconocida como forma libre, ni ser colocada en relación sintagmática complementaria con las otras porciones del enunciado; y lo que acabamos de decir de [ŋθi] vale también para una porción recortada de lo que precede, por ejemplo [i:vi] o lo que le sigue, [ŋz]. Ni segmentación ni sustitución son aquí posibles. Por el contrario, el análisis guiado por el sentido desgajará dos unidades en [θiŋz], libre la una /θiŋ/, la otra, [z], por reconocer ulteriormente como variante del signo conjunto /-s/. Antes que salirnos por la tangente con el "sentido" e imaginar procedimientos complicados —e inoperantes— para dejarlo fuera del juego reteniendo sólo sus rasgos formales, vale más reconocer francamente que es una condición indispensable del análisis lingüístico.

Sólo hay que ver cómo interviene el sentido en nuestros procedimientos y de qué nivel de análisis participa.

De estos análisis sumarios se desprende que segmentación y sustitución no pueden aplicarse a porciones cualesquiera de la cadena hablada. De hecho, nada permitiría definir la distribución de un fonema, sus latitudes combinatorias del orden sintagmático y paradigmático, y así la realidad misma de un fonema, de no referirnos siempre a una *unidad particular* del nivel superior que lo contiene. Es ésta una condición esencial, cuyo alcance indicaremos más adelante. Se ve entonces que este nivel no es algo exterior al análisis; está *en* el análisis; el nivel es un operador. Si el fonema se define, es como constituyente de una unidad más elevada, el morfema. La función discriminadora del fonema tiene por fundamento su inclusión en una unidad particular, que, por el hecho de incluir el fonema, participa de un nivel superior.

Subrayemos, pues, esto: una unidad lingüística no será admitida

como tal más que si puede identificársela *en* una unidad más elevada. La técnica del análisis distribucional no pone de manifiesto este tipo de relación entre niveles diferentes.

Del fonema se pasa así al nivel del *signo*, identificándose éste según el caso con una forma libre o con una forma conjunta (morfema). Para comodidad de nuestro análisis podemos descuidar esta diferencia, y clasificar los signos como una sola especie, que coincidirá prácticamente con la *palabra*. Permitásenos, siempre por mor de la comodidad, conservar este término vituperado —e irremplazable.

La *palabra* tiene una posición funcional intermedia que se debe a su naturaleza doble. Por una parte se descompone en unidades fonemáticas que son de nivel inferior; por otra entra, a título de unidad significante y con otras unidades significantes, en una unidad de nivel superior. Hay que precisar un poco estas dos propiedades.

Al decir que la *palabra* se descompone en unidades fonemáticas, debemos subrayar que esta descomposición se consuma aun cuando la *palabra* sea monofonemática. Por ejemplo, resulta que en francés todos los fonemas vocálicos coinciden materialmente con un signo autónomo de la lengua. Mejor dicho: algunos significantes del francés se realizan en un fonema único que es una vocal. El análisis de estos significantes no por eso será menor ocasión de descomposición: es la operación necesaria para alcanzar una unidad de nivel inferior. Así, fr. *a*, o *à*, se analiza en /a/; fr. *est* se analiza en /e/; fr. *ait*, en /ɛ/; fr. *y*, *hie*, en /i/; fr. *eau*, en /o/; fr. *eu*, en /y/; fr. *où*, en /u/; fr. *eux*, en /ø/. Lo mismo en ruso, donde hay unidades con significante monofonemático, que puede ser vocálico o consonántico: las conjunciones *a*, *i*; las preposiciones *o*, *u*, y *k*, *s*, *v*.

Las relaciones son menos fáciles de definir en la situación inversa, entre la *palabra* y la unidad de nivel superior. Pues esta unidad no es una *palabra* más larga o más compleja: participa de otro orden de nociones, es una *frase*. La *frase* se realiza en *palabras*, pero las *palabras* no son sencillamente los segmentos de ésta. Una *frase* constituye un todo, que no se reduce a la suma de sus partes; el sentido inherente a este todo se halla repartido en el conjunto de sus constituyentes. La *palabra* es un constituyente de la *frase*, de la que efectúa la significación; pero no aparece necesariamente en la *frase* con el sentido que tiene como unidad autónoma. Así que la *palabra* puede definirse como la menor unidad significante libre susceptible de efectuar una *frase*, y de ser ella misma efectuada por fonemas. En la práctica, la *palabra* es considerada sobre todo como elemento

sinagmático, constituyente de enunciados empíricos. Las relaciones paradigmáticas cuentan menos, en tanto que se trata de la palabra, en relación con la frase. Distintas son las cosas cuando se estudia la palabra como lexema, en estado aislado. Entonces se deben incluir en una unidad todas las formas flexionales, etcétera.

Siempre para precisar la naturaleza de las relaciones entre la palabra y la frase, será necesario plantear una distinción entre palabras *autónomas*, que funcionan como constituyentes de frases (la gran mayoría), y palabras *sinnomas* que no pueden entrar en frases más que unidas a otras palabras: así fr. *le* (*la...*), *ce* (*cette...*); *mon* (*ton...*), o *de*, *à*, *dans*, *chez*; pero no todas las preposiciones: cf. fr. pop. *c'est fait pour*; *je travaille avec*; *je pars sans*. Esta distinción entre "palabras autónomas" y "palabras sinnomas" no coincide con la establecida, desde Marty, entre "autosemánticas" y "sinsemánticas". Entre las "sinsemánticas" aparecen, pongamos por caso, los verbos auxiliares, que para nosotros son "autónomos", ya en tanto que son verbos, y sobre todo que entran directamente en la constitución de las frases.

Con las palabras, y luego con grupos de palabras, formamos *frases*; es la verificación empírica del nivel ulterior, alcanzado en una progresión que parece lineal. La verdad es que aquí va a presentarse una situación del todo diferente.

Para comprender mejor la naturaleza del cambio que ocurre cuando de la palabra pasamos a la frase, hay que ver cómo se articulan las unidades según sus niveles y explicitar varias consecuencias importantes de las relaciones que sostienen. La transición de un nivel al siguiente hace actuar propiedades singulares e inadvertidas. En virtud de que las entidades lingüísticas son discretas, admiten dos especies de relación: entre elementos de mismo nivel o entre elementos de niveles diferentes. Estas relaciones deben distinguirse bien. Entre los elementos de mismo nivel, las relaciones son *distribucionales*; entre elementos de nivel diferente, son *integrativas*. Sólo hace falta comentar estas últimas.

Cuando se descompone una unidad, no se obtienen unidades de nivel inferior sino segmentos formales de la unidad en cuestión. Si se reduce fr. /om/, *homme*, a [o] - [m], se siguen teniendo dos segmentos. Nada nos garantiza aún que [o] y [m] sean unidades fonemáticas. Para estar ciertos habrá que recurrir a /ot/, *hotte*, /os/, *os*, por una parte, a /om/, *heume*, /ym/, *hume*, por otra. He aquí dos operaciones complementarias de sentido opuesto. Un signo

es materialmente función de sus elementos constitutivos, pero el solo medio de definir estos elementos como constitutivos es identificarlos en el interior de una unidad determinada, donde desempeñan una función *integrativa*. Una unidad será reconocida como distintiva a un nivel dado si puede identificársela como "parte integrante" de la unidad de nivel superior, de la que se torna *integrante*. Así /s/ tiene el estatuto de un fonema porque funciona como integrante de /-al/ en *salle*, de /-o/ en *seau*, de /-ivil/ en *civil*, etc. En virtud de la misma relación traspuesta al nivel superior, /sal/ es un signo porque funciona como integrante de - à *manger*; - *de bains*. . . ; /so/ es un signo porque funciona como integrante de: - à *charbon*; un - *d'eau*; y /sivil/ es un signo porque funciona como integrante de: - *ou militaire*; *état* - ; *guerre* - . El modelo de la "relación integrante" es el de la "función proposicional" de Russell.²

¿Cuál es, en el sistema de los signos de la lengua, la extensión de esta distinción entre constituyente e integrante? Actúa entre dos límites. El límite superior lo traza la frase, que comprende constituyentes, pero que, como se mostrará más adelante, no puede integrar unidad ninguna más alta. El límite inferior es el del "merisma", que —rasgo distintivo del fonema— no comprende él mismo ningún constituyente de naturaleza lingüística. De suerte que la frase no se define sino por sus constituyentes; el merisma no se define sino como integrante. Entre los dos se desprende claramente un nivel intermedio, el de los signos, autónomos o sinnomas, palabras o morfemas, que a la vez contienen constituyentes y funcionan como integrantes. Tal es la estructura de estas relaciones.

¿Cuál es, por último, la función asignable a esta distinción entre constituyente e integrante? Es una función de importancia fundamental. Pensamos hallar aquí el principio racional que gobierna, en las unidades de los diferentes niveles, la relación de la FORMA y del SENTIDO.

Y aquí surge el problema que persigue a toda la lingüística moderna, la relación forma: sentido, que más de un lingüista quisiera

² B. Russell, *Introduction to Mathematical Philosophy*, pp. 155-6: "Una 'función proposicional', de hecho, es una expresión que contiene uno o más constituyentes indeterminados, de manera que cuando se asignan valores a dichos constituyentes, la expresión se vuelve una proposición. . . 'x es humano' es función proposicional; en tanto que x permanece indeterminada, no es ni verdadera ni falsa, pero cuando se asigna un valor a x se vuelve una proposición verdadera o falsa."

reducir a la sola noción de la forma, mas sin conseguir quitarse de encima su correlato, el sentido. ¿Qué no se habrá intentado para evitar, desconocer o expulsar el sentido? Por mucho que se haga, esta cabeza de Medusa sigue siempre enfrente, en el centro de la lengua, fascinando a quienes la contemplan.

Forma y sentido deben definirse uno por otro y deben juntos articularse en toda la extensión de la lengua. Sus relaciones nos parecen implicadas en la propia estructura de los niveles y en la de las funciones que corresponden, que designamos aquí como "constituyente" e "integrante".

Cuando reducimos una unidad a sus constituyentes, la reducimos a sus elementos *formales*. Como dijimos más arriba, el análisis de una unidad no entrega automáticamente otras unidades. Inclusive en la unidad más alta, la frase, la disociación en constituyentes no hace aparecer sino una estructura formal, como acontece cuanta vez es fraccionado un todo en sus partes. Algo análogo puede encontrarse en la escritura, que nos ayuda a formar esta representación. En relación con la unidad de la palabra escrita, las letras que la componen, tomadas una por una, no son más que segmentos materiales, que no conservan ninguna porción de la unidad. Si componemos MARTES juntando seis cubos, cada uno con una letra, el cubo R, el cubo A, etc., no serán portadores ni de la sexta parte ni de una fracción cualquiera de la *palabra* como tal. Así operando un análisis de unidades lingüísticas, aislamos constituyentes tan sólo formales.

¿Qué hace falta para que en estos constituyentes formales reconozcamos, si hay lugar para ello, unidades de un nivel definido? Hay que practicar la operación en sentido inverso y ver si estos constituyentes tienen función integrante al nivel superior. Aquí está todo: la disociación nos entrega la constitución formal; la integración nos proporciona unidades significantes. El fonema, discriminador, es el integrante, con otros fonemas, de unidades significantes que lo contienen. Estos signos a su vez se incluyen como integrantes en unidades más elevadas que están informadas de significación. Los caminos del análisis van, en direcciones opuestas, al encuentro o de la forma o del sentido en las mismas entidades lingüísticas.

Podemos formular pues las definiciones siguientes:

La *forma* de una unidad lingüística se define como su capacidad de disociarse en constituyentes de nivel inferior.

El *sentido* de una unidad lingüística se define como su capacidad de integrar una unidad de nivel superior.

Forma y sentido aparecen así como propiedades conjuntas, dadas necesaria y simultáneamente, inseparables en el funcionamiento de la lengua.³ Sus relaciones mutuas se descubren en la estructura de los niveles lingüísticos, recorridos por las operaciones descendentes y ascendentes del análisis, y gracias a la naturaleza articulada del lenguaje.

Pero la noción de sentido tiene aún otro aspecto. Acaso sea porque no han sido distinguidos por lo que el problema del sentido ha adquirido tantísima opacidad.

En la lengua organizada en signos, el sentido de una unidad es el hecho de tener un sentido, de ser significante. Lo que equivale a identificarla por su capacidad de llenar una "función proposicional". Es la condición necesaria y suficiente para que reconociéramos esta unidad como significante. En un análisis más exigente habría que enumerar las "funciones" que esta unidad está en condiciones de cumplir, y —en el límite— deberían ser citadas todas. Semejante inventario sería bastante limitado para *mesotrón* o *crisoprassa*, inmenso para *cosa* o *un*; poco importa: obedecería siempre al mismo principio de identificación por la capacidad de integración. En todos los casos estaríamos en condiciones de decir si tal segmento de la lengua "tiene un sentido" o no.

Muy otro problema sería preguntar: ¿cuál es ese sentido? Aquí "sentido" es tomado en una acepción completamente diferente.

Cuando se dice que tal o cual elemento de la lengua, corto o dilatado, tiene un sentido, se entiende por ello una propiedad que este elemento posee en tanto que significante, de constituir una unidad distintiva, opositiva, delimitada por otras unidades, e identificable para los locutores nativos, de quienes esta lengua es *la* lengua. Este "sentido" es implícito, inherente al sistema lingüístico y a sus partes. Pero al mismo tiempo el lenguaje hace referencia al mundo de los objetos, a la vez globalmente, en sus enunciados completos, bajo

³ F. de Saussure parece haber concebido también el "sentido" como un componente interno de la forma lingüística, pese a que no se exprese más que con una comparación destinada a refutar otra comparación: "Muchas veces se ha comparado esta unidad de dos caras [la asociación del significante y del significado] con la unidad de la persona humana, compuesta de cuerpo y alma. La comparación es poco satisfactoria. Más acertadamente se podría pensar en un compuesto químico, el agua, por ejemplo: es una combinación de hidrógeno y de oxígeno; tomado aparte, ninguno de estos dos elementos tiene las propiedades del agua." (*Cours*, 2ª ed., p. 145 [esp. 179].)

forma de frases, que se relacionan con situaciones concretas y específicas, y bajo forma de unidades inferiores concernientes a "objetos" generales o particulares, tomados en la experiencia o forjados por la convención lingüística. Cada enunciado y cada término de él tiene así un referendo, cuyo conocimiento es implicado por el uso nativo de la lengua. Ahora bien, decir *cuál* es el referendo, describirlo, caracterizarlo específicamente, es una tarea distinta, a menudo difícil, que no tiene nada en común con el manejo correcto de la lengua. No podemos demorarnos aquí a propósito de todas las consecuencias que acarrea esta distinción. Basta con haberla planteado para delimitar la noción del "sentido", en tanto que difiere de la "designación". Una y otro son necesarios. Volveremos a encontrarlos, distintos pero asociados, al nivel de la *frase*.

Es éste el último nivel alcanzado por nuestro análisis, el de la *frase*, del cual dijimos antes que no representaba simplemente un grado más en la extensión del segmento considerado. Con la frase es franqueado un límite, entramos en un nuevo dominio.

Lo nuevo aquí, antes que nada, es el criterio a que corresponde este tipo de enunciado. Podemos segmentar la frase, no podemos usarla para integrar. No hay función proposicional que una proposición pueda llenar. Así, una frase no puede servir de integrante para otro tipo de unidad. Esto proviene ante todo del carácter distintivo entre todos, inherente a la frase, de ser un *predicado*. Todos los demás caracteres que pueden reconocérsele están en segundo plano con respecto a éste. El número de signos que entre en una frase es indiferente: se sabe que un solo signo basta para constituir un predicado. Igualmente la presencia de un "sujeto" al lado de un predicado no es indispensable: el término predicativo de la proposición se basta a sí mismo puesto que es en realidad el determinante del "sujeto". La "sintaxis" de la proposición no es sino el código gramatical que organiza el arreglo de ésta. Las variaciones de entonación no tienen valor universal y no dejan de ser de apreciación subjetiva. Sólo el carácter predicativo de la proposición puede pues valer como criterio. Situaremos la proposición en el nivel *categoremático*.⁴

Mas ¿qué hallamos a este nivel? Hasta aquí la denominación del nivel aludía a la unidad lingüística pertinente. El nivel fonemá-

⁴ Gr. *katēgórēma* = lat. *praedicatum*.

tico es el del fonema; existen en efecto fonemas concretos, que pueden ser aislados, combinados, enumerados. Pero ¿y los *categoremas*?, ¿existen *categoremas*? El predicado es una propiedad fundamental de la frase, no es una unidad de frase. No hay varias clases de predicación. Y nada cambiaría en esta verificación si sustituyéramos "*categorema*" por "*frasema*".⁵ La frase no es una clase formal que tuviera por unidades "*frasemas*" delimitados y *oponibles entre sí*. Los tipos de frases que podrían distinguirse se reducen todos a uno solo, la proposición predicativa, y no hay frase fuera de la predicación. Hay que reconocer entonces que el nivel *categoremático* comprende solamente una forma específica de enunciado lingüístico, la proposición; ésta no constituye una clase de unidades distintas. De ahí que la proposición no pueda ingresar como parte en una totalidad de rango más elevado. Una proposición puede solamente preceder o seguir a otra, en una relación de consecución. Un grupo de proposiciones no constituye una unidad de un orden superior a la proposición. No hay nivel lingüístico más allá del nivel *categoremático*.

En virtud de no constituir la frase una clase de unidades distintas, que serían miembros virtuales de unidades superiores, como lo son los fonemas o los morfemas, se distingue profundamente de las otras entidades lingüísticas. El fundamento de tal diferencia es que la frase contiene signos, pero no es signo ella misma. Reconocido esto, se manifiesta con claridad el contraste entre los conjuntos de signos que encontramos en los niveles inferiores y las entidades del presente nivel.

Los fonemas, los morfemas, las palabras (*lexemas*) pueden ser contados; su número es finito. Las frases no.

Los fonemas, los morfemas, las palabras (*lexemas*) tienen una distribución a su nivel respectivo, un empleo al nivel superior. Las frases no tienen ni distribución ni empleo.

Quizá no acabara el inventario de los empleos de una palabra, pero lo que es el inventario de los empleos de una frase, ni siquiera podría comenzar.

La frase, creación indefinida, variedad sin límite, es la vida misma del lenguaje en acción. Concluimos que con la frase se sale del dominio de la lengua como sistema de signos y se penetra en otro uni-

⁵ Puesto que se ha construido *lexema* sobre gr. *lexis*, nada impediría formar *frasema* sobre gr. *phrasis*, "frase".

verso, el de la lengua como instrumento de comunicación, cuya expresión es el discurso.

Son por cierto dos universos diferentes, pero a que abarquen la misma realidad, y dan origen a dos lingüísticas diferentes, aunque se crucen sus caminos a cada paso. Por un lado está la lengua, conjunto de signos formales, desgajados por procedimientos rigurosos, dispuestos en clases, combinados en estructuras y en sistemas; por otro la manifestación de la lengua en la comunicación viviente.

La frase pertenece al discurso, sí. Incluso por este lado es definible: la frase es la unidad del discurso. Hallamos confirmación en las modalidades de que es susceptible la frase; por doquier se reconoce que hay proposiciones asertivas, proposiciones interrogativas, proposiciones imperativas, distinguidas por rasgos específicos de sintaxis y de gramática, sin dejar de descansar idénticamente sobre la predicación. Ahora, estas tres modalidades no hacen más que reflejar los tres comportamientos fundamentales del hombre, hablando y actuando por el discurso sobre su interlocutor: quiere transmitirle un elemento de conocimiento, u obtener de él una información, o intimarle una orden. Son las tres funciones interhumanas del discurso que se imprimen en las tres modalidades de la unidad de frase, correspondiendo cada una a una actitud del locutor.

La frase es una unidad, por ser un segmento de discurso, y no en tanto que pudiera ser distintiva por relación a otras unidades del mismo nivel, lo cual, como se ha visto, no es. Pero es una unidad completa, portadora a la vez de sentido y referencia: sentido porque está informada de significación, y referencia porque se refiere a una situación dada. Quienes se comunican tienen precisamente en común determinada referencia de situación, a falta de la cual la comunicación como tal no se opera, por ser inteligible el "sentido" pero permanecer desconocida la "referencia".

Vemos en esta doble propiedad de la frase la condición que la torna analizable para el locutor mismo, desde el aprendizaje del discurso por su parte, cuando aprende a hablar y merced al ejercicio incesante de su actividad de lenguaje en toda situación. Lo que se le vuelve más o menos sensible es la diversidad infinita de los contenidos transmitidos, que contrasta con el reducido número de elementos empleados. De ahí desgajará inconscientemente, a medida que el sistema se le torne familiar, una noción del todo empírica del signo, que pudiera definirse así, en el seno de la frase: "el signo es la unidad mínima de la frase susceptible de ser reconocida como idéntica en alrededores diferentes, o de ser remplazada por una unidad diferente en alrededores idénticos."

El locutor puede no ir más lejos; ha adquirido conciencia del signo bajo la especie de la "palabra". Ha iniciado un análisis lingüístico a partir de la frase y en el ejercicio del discurso. Cuando el lingüista intenta por su parte reconocer los niveles del análisis, hace un recorrido inverso, a partir de las unidades elementales, hasta fijar en la frase el nivel último. Es en el discurso, actualizado en frases, donde la lengua se forma y se configura. Ahí comienza el lenguaje. Podría decirse, calcando una fórmula clásica: *nihil est in lingua quod non prius fuerit in oratione*.

IV

Funciones sintácticas

CAPÍTULO XI

LA CONSTRUCCIÓN PASIVA DEL PERFECTO TRANSITIVO ¹

A partir del estudio tan citado en que H. Schuchardt proclamaba el “carácter pasivo del transitivo en las lenguas caucásicas”,² la interpretación de las construcciones transitivas por una expresión pasiva ha parecido hallar confirmación en cada vez más lenguas, de las familias más diversas.³ Incluso se ha llegado a imaginar que el pasivo debió de ser la expresión necesaria del verbo transitivo en determinada etapa del desenvolvimiento de las lenguas flexivas. Este problema vastísimo está ligado al análisis de los hechos de sintaxis y de rección que son propios, en muchas lenguas, al empleo de un caso “transitivo” (ergativo, etc.), distinto del caso sujeto, y que tiene por función realizar la construcción transitiva. Pero al mismo tiempo, en la medida misma en que la descripción lingüística intenta alcanzar un cuerpo de definiciones constantes y rigurosas, se tropieza con graves dificultades para caracterizar objetivamente la estructura de categorías tales como el pasivo y el transitivo.⁴ Hay que desear una revisión general de estas nociones tanto como los hechos de lenguas a los que han sido aplicadas.

Quisiéramos preludear aquí tal discusión examinando el problema con el aspecto que adquirió en indoeuropeo. Es generalmente admitido que al menos dos de las lenguas indoeuropeas antiguas exhiben una expresión pasiva en el verbo transitivo, y este testimonio ha sido invocado en apoyo de desenvolvimientos parecidos fuera del indoeuropeo. Intentamos poner en claro los hechos como es debido y proponemos una explicación del todo diferente.

¹ *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, t. XLVIII (1952), fasc. 1.

² H. Schuchardt, *Über den passiven Charakter des Transitivs in den kaukasischen Sprachen* (SB. Wien Akad., vol. 133, 1895).

³ Se encontrará un resumen en el artículo de Hans Schnorr v. Carolsfeld, *Transitivum und Intransitivum*, I.F., LI (1933), pp. 1-31.

⁴ Ver. por ejemplo, el estudio reciente de H. Hendriksen, *The Active and the Passive*, en *Uppsala Univers. Arsskrift*, 1948, 13, pp. 61 ss.

Fue en 1893 cuando W. Geiger afirmó, en el título de un artículo que hizo época, "la construcción pasiva del pretérito transitivo en iranio".⁵ Se apoyaba en un hecho invocado desde entonces en el mismo sentido: la expresión del antiguo persa *ima tya manā krtam*, "he aquí lo que he hecho", lit. "lo que por mí ha sido hecho", a fin de establecer a través de la historia entera del iranio, hasta las hablas modernas, que el pretérito había tenido desde el origen y conservado siempre una construcción pasiva. Es sabido que la expresión del antiguo persa determinó la forma del pretérito transitivo y del pronombre en persa medio, en el que *man kart* continúa a *manā krtam* y prepara el pretérito del persa *man kardam*, que ha vuelto a ser activo y transitivo por adjunción de desinencias personales. Hace medio siglo que se impuso esta teoría y que las descripciones de los dialectos antiguos o modernos del iranio⁶ se reficren, para el análisis de las formas del pretérito transitivo, a una construcción original o actualmente pasiva.⁷

Como el antiguo persa es el testimonio más rotundo de esta construcción, el análisis debe enfrentarse a las formas persas para considerarlas en conjunto. Sólo se tendrá en cuenta una rectificación importante: no se trata de un "pretérito" sino de un perfecto o, mejor, del giro que en antiguo persa sirve para suplir el perfecto antiguo.⁸

Pese a su falta de variedad, damos a continuación la totalidad de los ejemplos persas utilizables:

ima tya manā krtam, "he aquí lo que he hecho" (B. I, 27; IV, 1, 49);

utāmaiy vasiy astiy krtam, "aún he hecho mucho (cosas) más" (B. IV, 46);

tya manā krtam (B. IV, 49; rest. NRb 56), *tyamaiy krtam* (NRb 48; X. Pers. b 23; d 19), "lo que he hecho";

avašām avā⁹ naiy astiy krtam yaθā manā... krtam, "no han hecho tanto como yo he hecho" (B. IV, 51);

⁵ W. Geiger, "Die Passivkonstruktion des Präteritums transitiver Verba im Iranischen", en *Festgruss an Rudolf v. Roth*, 1893, pp. 1 ss.

⁶ Incluyendo nuestra *Grammaire du vieux-persa*, 2ª ed., p. 124.

⁷ Por ejemplo, G. Morgenstierne, N.T.S., XII, 1940, p. 107, n. 4, sobre la explicación del pretérito transitivo en pashto.

⁸ *Gramma, du v. p.*, 2ª ed., pp. 122 ss.

⁹ La forma y el sentido de a.p. *avā*, "tanto", son justificados en una nota del B.S.L., XLVII (1951), p. 31.

avaθāšām hamaranam krtam, "así han librado batalla" (B. II, 27, 36, 42, 47, 56, 62, 98; III 8, 19, 40, 47, 63, 69);

tya manā krtam utā tyamaiy pissa krtam, "lo que he hecho y lo que mi padre ha hecho" (X. Pers. a 19-20; c 13-14);

tya manā krtam idā utā tyamaiy apataram krtam, "lo que he hecho aquí y lo que he hecho afuera" (X. Pers. b 23);

tyataiy gaušayā [xšnūtam],¹⁰ "lo que tú has [oído] con tus orejas" (D. NRb 53).

En unos treinta ejemplos tenemos una notable constancia de empleo, debida ante todo al carácter formulario del texto. En esta enumeración, esté el sujeto representado por un nombre o por un pronombre de forma plena (*manā*) o enclítica (*-maiy*, *-taiy*, *-šām*), la forma casual sigue siendo la misma. El actor es denotado por el genitivo-dativo.

Mas entonces surge una cuestión. ¿Con qué criterio reconocemos que esta construcción es pasiva? ¿Podemos considerar que una construcción en la que el actor está en genitivo-dativo y el verbo representado por el adjetivo verbal se define por ello mismo como pasiva? Para presentar una prueba indiscutible habría que dar con esta construcción en un enunciado cuyo carácter pasivo estuviera garantizado por el empleo de una forma verbal de la clase morfológica de los pasivos. Debemos pues averiguar cómo una forma verbal provista de las marcas del pasivo se construye en antiguo persa, y en particular cómo se enuncia entonces la forma del actor.

Los textos persas contienen dos ejemplos de construcción con verbo pasivo:

tyašām hačāma aθahya, "lo que por mí les era ordenado" (B. I, 19-20; NRa 20; X. Pers. h 18);

yaθāšām hačāma aθahya, "como por mí les era ordenado" (B. I, 23-24).

He aquí una construcción pasiva garantizada por la morfología de la forma verbal. La diferencia con respecto a la construcción del perfecto aparece en el acto. Aquí, el actor no es enunciado por el genitivo-dativo sino por el ablativo con *hačā*. Así *tyašām hačāma*

¹⁰ La restitución del participio se presta a discusión y es posible considerar otras formas. En cualquier caso, hace falta un participio, y lo único que importa aquí es la construcción.

aθahya se traduce literalmente “quod-illis *a-me* jubebatur”. Tal es la sola estructura sintáctica que haya derecho de atribuir al pasivo en persa.¹¹ Esto bastaría para echar por tierra la noción tradicional de que el perfecto *tya manā krtam* sería una expresión pasiva. Esta diferencia en la forma casual del pronombre, *manā* por una parte, *hačōma* por otra, muestra que el perfecto debe interpretarse como una categoría propia, y que en todo caso difiere del pasivo.

En vista de que la particularidad del perfecto es incluir el nombre del actor en genitivo-dativo, para la inteligencia correcta de la construcción es preciso definir aquí, independientemente del problema considerado, la función normal del genitivo-dativo. El empleo para la determinación nominal (*manā pitā*, “mi padre”) no nos entretendrá. Más interesante es la función de dativo que aparece en la enclítica *-šām* de los ejemplos citados: “(lo que) *a ellos* (era ordenado)”. Pero el hecho más notable es que el genitivo-dativo, con una forma de “ser”, sirve para denotar el predicado de posesión: *utātaiy yāvā tauhmā ahatiy*, “y por todo el tiempo que tengas simiente”¹² (B. iv, 74, 78); *utātaiy tauhmā vasiy biyā*, “y puedas tener mucha simiente” (B. iv, 75); *dārayava[h]auš pušsā aniyaičiy ahantā*, lit. “a Darío eran otros hijos, Darío (no Darii) alii filii erant” (X. Pers. f 28), es decir “Darío tenía otros hijos”,¹³ *avahyā ka(n)būjijahyā brātā brdiya nāma āha*, “aquel Cambises tenía un hermano llamado Brdiya” (B. I, 29-30). Será útil recordar que, como estableció Meillet,¹⁴ las lenguas indoeuropeas por mucho tiempo no conocieron más que el giro *est mihi aliquid* para expresar la relación de posesión y que el verbo “haber” es por doquier de adquisición reciente. El antiguo persa se amolda al uso antiguo diciendo **manā pušsa astiy*, “mihi filius est”,¹⁵ para significar “tengo un hijo”.

¹¹ Es curioso que estos ejemplos, únicos que instruyan acerca de la construcción del pasivo, ni sean mencionados en Kent, *Old Persian*, § 275, en el párrafo harto indigente que se ocupa del pasivo.

¹² Sobre la traducción de *tau[h]mā*, cf. B. S. L., XLVII, p. 37.

¹³ La traducción de Kent, “other sons of Darius there were” (*Old Persian*, 150), sólo es literal en apariencia. Kent no ha dado con el verdadero sentido de la frase, por no haber visto que el genitivo-dativo tiene aquí una función de predicado. Es el nombre de Darío el que sirve de pivote: “Darío tenía otros hijos aparte de mí, pero fue a mí a quien otorgó la preeminencia.” Igual observación a propósito de la traducción de B. I, 29-30: “Of that Cambyses there was a brother.”

¹⁴ A. Meillet, “Le développement du verbe ‘avoir’”, *Antidoron*... J. Wackernagel, 1924, pp. 9-13.

¹⁵ Para comodidad de la demostración, la expresión ha sido extraída del úl-

De esta observación resulta la explicación del perfecto. Tenemos dos construcciones exactamente coincidentes, una posesiva **manā pušsa astiy*, la otra de perfecto, *manā krtam astiy*. Este paralelismo completo revela el sentido del perfecto persa, que es posesivo. Pues al igual que *manā pušsa astiy*, “mihi filius est”, equivale a “habeo filium”, también *manā krtam astiy* ha de entenderse “mihi factum est”, equivalente a “habeo factum”. Es de acuerdo con el modelo de la construcción posesiva como se conformó el perfecto, y su sentido es indubitavelmente posesivo puesto que reproduce, con otro giro, el sentido literal del tipo *habeo factum*. La semejanza de las expresiones aparece en cuanto se superponen:

**manā pušsa astiy*, “mihi filius est” = “habeo filium”;
manā krtam astiy, “mihi factum est” = “habeo factum”.

Se transforma la interpretación del perfecto persa. Es un perfecto activo de expresión posesiva, que realiza desde el iranio antiguo occidental el tipo perifrástico que se tenía por innovación tardía, limitada al iranio medio oriental (cf. luego, p. 142).

Puede considerarse cosa averiguada que la pretendida construcción “pasiva” del perfecto transitivo nació de una interpretación errónea de los testimonios persas. Por desgracia, esta definición inexacta ha viciado las descripciones y hecho que no se aprecien ni el verdadero valor ni el interés real de esta forma a través de toda la historia. El análisis de los hechos del iranio medio y moderno deberá reiniciarse con fundamento en esta verificación, que restaura la unidad del desenvolvimiento iranio y lo integra a la evolución paralela de las demás lenguas indoeuropeas.

Ahora estamos en condiciones de abordar un problema muy diferente en apariencia, cuya única relación con el anterior parece ser que atañe también al perfecto, pero en otra lengua. Se trata del perfecto transitivo en armenio clásico, que también ha sido explicado como testimonio de una construcción pasiva. Los dos problemas no solamente se parecen por haber recibido la misma solución.

Una distinción rigurosa separa en armenio el perfecto transitivo del perfecto intransitivo. Se hallará una buena descripción de los

timo ejemplo persa citado. Por lo demás, se mantuvo en persa medio: *ēn zan kēš yak pušt ast*, “esta mujer que tiene un hijo” (H. R., II, p. 91).

dos tipos en la obra de S. Lyonnet *Le parfait en arménien classique*, 1933. Los dos tienen en común ser enunciados por una construcción perifrástica. Pero difieren en la forma casual del nombre del actor. El perfecto intransitivo posee el esquema siguiente: sujeto en nominativo + participio invariable en *-eal* + "ser". Así el perfecto *es cneal em* significa literalmente "ego natus sum", en el mismo orden; o bien *žamanak haseal ē*, "el tiempo es llegado"; *Yisus ekeal ēr*, "Jesús era venido", etc. En esta sintaxis nada requiere comentario, todo es conforme a las normas de las lenguas que tienen una forma perifrástica del perfecto intransitivo.

En el perfecto transitivo, la construcción sigue así y se compone de los mismos elementos. La diferencia es que esta vez el sujeto no está ya en nominativo, sino en genitivo, con una rección transitiva del objeto en acusativo: *nora bereal ē*, "él ha llevado" (con *nora*, "de él"); *ēr nora hraman areal*, "él había recibido el decreto"; *žayn nšan arareal ēr nora*, "él había realizado aquel milagro" (*nora*, gen.; *žayn nšan*, ac.); *žinč' gorc gorceal ē k'o*, "¿qué has hecho?", lit. "¿qué acción (ac.) has tú (*k'o*, gen.) actuado?"; *oroc' teseal ēr zna*, "aquellos que lo habían visto" (lit. *oroc'*, "de aquéllos", gen.); *žpayn im ač'awk' teseal ē*, "he visto el *payn* con mis ojos" (*im*, "de mí", gen.).

La extrañeza de esta construcción del perfecto transitivo contrasta con el esquema tan regular del intransitivo. Todo se corresponde, salvo que el sujeto, cuya función "activa" debería ser subrayada en una forma transitiva, se enuncia en genitivo. Aquí no sólo hay una discordancia inexplicable con respecto al perfecto intransitivo, sino un giro insólito, del cual no parece tener equivalente ninguna otra lengua indoeuropea. La verdad es que, después de largos debates, este perfecto sigue siendo enigmático.

Hoy día ya no insistiremos en la hipótesis de una acción de las lenguas caucásicas sobre el armenio, intentada por A. Meillet al no hallar nada que comparar en el resto del indoeuropeo.¹⁶ Un especialista con autoridad, G. Deeters, ha mostrado, examinando atentamente los hechos caucásicos¹⁷ (se trata de la "construcción pasiva del verbo transitivo" acreditada por Schuchardt), más precisamente kartvelos, que no tienen nada en común con la construcción armenia ni pueden contribuir a elucidarla.¹⁸ "Esta construcción —afir-

ma— sería tan insólita en una lengua caucásica como en una lengua indoeuropea."¹⁹ Pero al mismo tiempo proponía Meillet una explicación que justificaría el empleo del genitivo sujeto merced a una interpretación nueva de la forma en *-eal*. Esta forma no sería el participio, como en el perfecto intransitivo, sino un antiguo nombre de acción en **-lo-*, de suerte que *nora bereal ē*, "él ha llevado", significaría literalmente "hay (*ē*) llevar (*bereal*) de él (*nora*)".²⁰ La dificultad se eliminaría así y la anomalía del genitivo sujeto se resolvería en un genitivo predicado.

Este punto de vista, adelantado en 1903 y que Meillet mantuvo hasta el final, ha sido adoptado por todos los que se las han visto con el problema y hasta los más recientes exegetas del verbo armenio.²¹ Con todo, aun adoptándolo, hay quien ha discernido cuando menos una de las objeciones que surgen. ¿Por qué no ha sido empleado el mismo giro en el perfecto intransitivo? Si se dice "hay llevar de mí" por "he llevado", igual de bien podría haberse dicho "hay venir de mí" por "he venido". Ahora bien, el armenio dice literalmente "soy venido". Otra dificultad, conexa, aparece en la suerte que le toca a la forma en *-eal*. Habría que admitir que *-eal* es participio en el perfecto intransitivo, pero nombre de acción en el perfecto transitivo, y solamente allí, sin que sea tampoco discernible la razón de semejante repartición. Esto remite el problema a la prehistoria de las formas en *-l* y particularmente del infinitivo, cuya relación con ese nombre de acción en *-eal* se vuelve muy oscura. Por último, tampoco es explicado así el sentido del perfecto: "hay llevar de mí" debería significar "yo llevo" o "estoy llevando" mucho mejor que "he llevado". El rodeo sintáctico que esta explicación impone deja la construcción armenia tan aislada y extraña como antes. No vemos salida de estas dificultades.

Una teoría aceptable debe resolver el problema manteniendo cada uno de los elementos de la construcción en la función normal que la sintaxis armenia le atribuya. Los términos esenciales son el genitivo del nombre o del pronombre del actor, y la forma nominal en *-eal*. Ésta es en armenio una forma de participio, ni más ni me-

¹⁶ *Op. cit.*, p. 113.

²⁰ Meillet, *Esquisse*, 1ª ed., p. 68; 2ª ed., p. 128.

²¹ Brugmann, *Grundr.*, 2ª ed., II, p. 502; Pedersen, *K. Z.*, XI, pp. 151 ss., y *Tocharisch*, 1941, p. 46; Schuchardt, *W. Z. K. M.*, XIX, pp. 208 ss.; Deeters, *Arm. und Südkaukasisch*, 1927, p. 79; Mariès, *Rev. Ét. Arm.*, X (1930), p. 176; Lyonnet, *Le parfait en arménien classique*, 1933, p. 68.

¹⁶ Meillet, *M. S. L.*, XI, p. 385, y *Esquisse*, p. 68.

¹⁷ La única exposición de conjunto sigue siendo, que sepamos, la de Ditt, *Einführung*, pp. 63 ss.

¹⁸ G. Deeters, *Armenisch und Südkaukasisch*, 1927, pp. 77 ss.

nos, participio intransitivo (*ekeal*, “venido”) o pasivo (*beréal*, “llevado”). No podemos apartarnos de tal verificación. El genitivo del sujeto-actor deberá así ser tomado como un genitivo, en una de las funciones que este caso desempeña normalmente. Aquí está el meollo de problema.

Hay que recordar que la flexión nominal armenia tiene una sola forma para el genitivo y el dativo; estos dos casos no se distinguen más que en el singular de la flexión pronominal. Ahora bien, el armenio emplea el genitivo con “*ser*” como *predicado de posesión*. Hay en los textos clásicos gran número de ejemplos, de los cuales he aquí algunos:

Lc III, 11: *oyr ic'en erku handerjk'*, “el que tiene dos vestidos, ὁ ἔχων δύο χιτῶνας”, lit. “(aquel) de quien (*oyr*) son dos vestidos”; Mt XXI, 28: *oyr yewt'anc'n elic'i na kin*, “¿quién de los siete recibirá la mujer?, τίνας τῶν ἑπτὰ ἔσται γυνή;”, lit. “¿de quién (*oyr*) de los siete será la mujer?”; Lc VI, 32: *zind'snorh ē jer*, “¿qué gratitud tenéis?, ποία ὑμῖν χάρις ἐστίν;”, lit. “¿qué gratitud de vosotros (*jer*)?”; Lc VII, 41: *erku partapank' ein urumn p'oxatui*, “un acreedor tenía dos deudores, δύο χρεοφειλέται ἦσαν δανειστῆ τιν’”, lit. “dos deudores eran de cierto (*urumn*, gen. de *omn* indef.) acreedor”; Mt XXI, 28: *ain mioj' ein erku ordik'*, “un hombre tenía dos hijos, ἄνθρωπος εἶχε δύο τέκνα”, lit. “de un hombre (*ain*) eran dos hijos”; Mc XII, 6: *apa ordi mi ēr iwr sireli*, “tenía aún un hijo querido, ἔτι ἕνα εἶχεν υἱὸν ἀγαπητόν”, lit. “aún un hijo era de sí (*iwr*) querido”; Lc XVI, 28: *en im and elbark' hing*, “pues tengo cinco hermanos, ἔχω γὰρ πέντε ἀδελφούς”, lit. “pues de mí (*im*) son cinco hermanos”; J VIII, 41: *mi ē hayr mer astuac*, “tenemos un solo padre, Dios, ἕνα πατέρα ἔχομεν τὸν Θεόν”, lit. “un padre es de nosotros (*mer*)”. Es inútil citar más textos para confirmar la función posesiva de este genitivo predicado.²²

Tomemos ahora al perfecto transitivo y, dejando al participio en *-eal* el sentido pasivo que debe tener, tomemos el genitivo sujeto en el empleo posesivo que acaba de ser ilustrado. El giro *nora ē gorceal* se traducirá por “*eius est factum*”, lo cual es sencillamente el equi-

²² Se encontrarán otros ejemplos en Meillet, M. S. L., XI, p. 411, y en el estudio de G. Cuendet sobre la traducción de gr. ἔχεν en armenio clásico, *Rev. Ét. Indo-europ.*, I (1938), pp. 390 ss.

valente armenio usual de una expresión posesiva;²³ se dice de la misma manera *nora ē handerj*, “*eius est vestimentum*”, manteniéndose igual la construcción del nombre o del participio. Superponiendo los dos giros se hace aparecer una estructura idéntica, de donde resulta el sentido propio del perfecto transitivo:

nora ē handerj, “*eius est vestimentum*” = “*habet vestimentum*”;
nora ē gorceal, “*eius est factum*” = “*habet factum*”.

De suerte que el perfecto transitivo no es, pues, imitación de un tipo extranjero ni forma anormal. Es una expresión *posesiva* construida en el armenio mismo sobre un modelo idiomático para volcar lo que era aparentemente el sentido propio del perfecto transitivo. No sólo la forma pierde su extrañeza, sino que en adelante adquiere un interés particular, tanto para la definición del perfecto en general cuanto para la historia del verbo armenio.

La originalidad sintáctica de este perfecto está en que desde el principio de la tradición tiene una rección transitiva cuya marca es la partícula *z-*; por ejemplo *oroc' teseal ēr z-na*, “los que lo habían visto, οἱ θεωροῦντες αὐτόν” (J IX, 8). En otros términos, *z-gorc gorceal ē nora*, “ha realizado la obra”, no significa “*eius facta est opera*” sino “*eius factum est operam*”. En vista de que “*eius factum est*” es el equivalente de “*habet factum*” nada tiene de sorprendente que “*eius factum est*” adopte la rección transitiva del antiguo *fecit* a que remplacea en armenio, ni que comprenda un objeto determinado. Ésta es la prueba de que el perfecto transitivo, a pesar de su forma perifrástica, funcionaba como forma simple, y que estaba bien establecido. Es verosímil, si bien es imposible demostrarlo, que el tipo “*eius factum est operam*” fuera precedido de un giro como “*eius facta est opera*”. En todo caso, en fecha histórica el perfecto transitivo tiene el comportamiento sintáctico de una forma simple transitiva con respecto a su objeto.

Hemos examinado en dos lenguas diferentes la expresión “pasiva” del perfecto transitivo. En ambos casos la pretendida construcción

²³ [Ya estaban impresas estas páginas cuando advertí que J. Lohmann, K. Z., LXIII (1936), pp. 51 ss., había arribado a la misma interpretación del perfecto armenio por un camino diferente, partiendo de hechos georgianos.]

“pasiva” se resuelve en una expresión posesiva, que aparece como marca misma del perfecto transitivo. Cada uno de los dos desenvolvimientos tiene su razón de ser en su propia historia. No hay ni relación entre ellos ni influencia de uno sobre el otro. La concordancia del iranio y el armenio es tanto más notable cuanto que han alcanzado el mismo resultado por vías diferentes y en fechas distintas.

La consecuencia inmediata de este análisis es que, en lugar de una singularidad incomprensible, como en armenio, o de una transposición sintáctica gratuita, como en antiguo persa, tropezamos en las dos lenguas con un giro bien conocido; el perfecto transitivo es enunciado con ayuda de “haber” o de un sustituto de “haber”. El antiguo persa y el armenio se sitúan así en el conjunto de las lenguas que han recurrido al auxiliar “haber” para crear o recrear un perfecto, desde el hitita hasta las lenguas occidentales modernas.²⁴

Dentro del panorama iranio, hechos conocidos desde hace mucho adquieren un valor diferente. Era una curiosidad del sogdiano, que después volvió a aparecer en corasmiano,²⁵ la expresión del perfecto con *dār-*, “haber”. Era inexplicable que dos dialectos, bastante cercanos uno de otro, del iranio medio oriental, hubiesen alcanzado la misma expresión del perfecto con “haber” que las lenguas occidentales han adquirido. El punto de partida de la innovación nos rehuía. Vemos ahora que el desenvolvimiento en cuestión no es más que una de las manifestaciones de un proceso más vasto y más antiguo, que engloba asimismo el iranio occidental, en la forma del antiguo persa. Es en antiguo persa donde comenzó la evolución del perfecto hacia una expresión posesiva y perifrástica. Es probable que el antiguo sogdiano o algún otro dialecto antiguo del iranio oriental iniciase la misma evolución, de la cual conocemos una fase más reciente en sogdiano y en corasmiano históricos (que son dialectos de la época media). El antiguo persa dice “*mihi factum est*”; el sogdiano dice “*habeo factum*”. Es toda la diferencia. Los dos giros significan la misma cosa, lo mismo que no hay más diferencia que de fecha entre

²⁴ Ha trazado un cuadro de este desarrollo J. Vendryes, *Mélanges J. van Ginneken*, 1937, pp. 85-92 (artículo reimpreso en su *Choix d'études linguistiques et celtiques*, 1952, pp. 102-109).

²⁵ La formación del perfecto en corasmiano, paralela a la del sogdiano, fue indicada por W. Henning, *Z. D. M. G.*, p. *33*. Cf. ahora también A. A. Freiman, *Xorezmiiskij Yazyk*, 1951, pp. 41 y 112. En khotanés, es el auxiliar *yan-*, “hacer”, el que constituye el perfecto transitivo. Cf. Konow, *Primer of Khotanese Saka*, 1949, p. 50.

lat. *mihi cognitum est* y *habeo cognitum*. Habrá que renovar la descripción del iranio medio occidental en lo concerniente a la sintaxis del perfecto,²⁶ mostrando cómo se ha ido transitivizando cada vez más claramente, por la determinación del objeto y luego por refeción de las desinencias personales.

Lo ocurrido en armenio ilustra la convergencia de la evolución en el dominio indoeuropeo entero, aun en la de las lenguas que parecían haberse apartado más decididamente de la norma antigua. El giro en que se veía una anomalía de consideración en la sintaxis armenia se vuelve uno de los que, por el contrario, revelan en armenio la persistencia del legado indoeuropeo. Pues si el armenio y el antiguo persa deben figurar ahora entre las lenguas que han convertido el perfecto antiguo en expresión de la acción “poseída” por el actor, y si este desenvolvimiento aparece en definitiva como uno de los rasgos esenciales del sistema verbal renovado, es porque había conexión estrecha y relación necesaria de sucesión entre la forma simple del perfecto indoeuropeo y la forma posesiva y descriptiva que la remplazó en tantas lenguas.

Lo esencial es darse cuenta de la importancia de esta expresión posesiva en el perfecto y de la variedad de las formas como puede manifestarse —o disimularse. Que esta construcción posesiva fuera interpretada tanto tiempo como “pasiva”, es prueba de las dificultades que tantas veces se experimentan al juzgar una lengua por sí misma sin trasponerla a los marcos de una estructura familiar. La combinación de una forma de “ser” con el participio pasado y la forma del sujeto en un caso indirecto caracterizan la expresión pasiva en las lenguas de la mayoría de los lingüistas; el perfecto, como se enuncia con ayuda de los mismos elementos, ha sido inmediatamente considerado como pasivo. No sólo en el análisis fonemático es donde el lingüista debe saber desprenderse de los esquemas que le son impuestos por sus propios hábitos lingüísticos.

²⁶ Los hechos esenciales se encontrarán, en el caso del persa medio, en W. Henning, *Z. I. I.*, ix (1933), pp. 242 ss.; por lo que toca al parto medio, en A. Ghilain, *Essai sur la langue parthe*, 1939, pp. 119 ss.

LA FRASE RELATIVA, PROBLEMA DE SINTAXIS GENERAL¹

Ensayamos aquí un método de comparación aplicado a cierto modelo de frase estudiado en lenguas de familias diferentes. El problema es el de la frase nominal, es decir, en general, de una frase subordinada vinculada, merced a un medio como un pronombre, a un término denominado antecedente. No se trata de comparar entre sí las expresiones formales de semejantes frases en variadas lenguas, lo cual carecería de sentido: la diferencia entre los tipos lingüísticos se manifiesta precisamente en el diferente ajuste de las partes de la frase, y en la relación distinta cada vez entre la función sintáctica y los elementos formales que la expresan. Tal comparación fracasaría, al no poderse fundar en unidades comparables entre las lenguas confrontadas.

El método es muy otro. En diversas lenguas consideradas por separado, cada una por sí misma y en su funcionamiento propio, el análisis de la frase relativa exhibe una estructura formal dispuesta por cierta función, que no siempre es visible. El problema es dar con dicha función. Esto puede lograrse observando que a menudo la frase relativa tiene, en el sistema lingüístico considerado, las mismas marcas formales que otro sintagma, de denominación muy diversa, cuyo parentesco ni se sospecharía. Guiada por esta analogía formal, la interpretación de la frase relativa se torna posible en términos de función. Es una relación *interna* la que nos proponemos ante todo sacar a luz. Pero si se consigue mostrar por añadidura que este mismo nexo existe, idéntico, en el seno de lenguas de tipos diferentes, quedará establecida la posibilidad de un modelo de comparación sintáctica entre lenguas heterogéneas.

Así, aquellas que hemos aprovechado para el presente estudio no representan en modo alguno un conjunto unitario ni son por cierto todas las lenguas que pudieran ser utilizadas. Probablemente

¹ *Bulletin de la Société de Linguistique*, LIII (1957-58), fasc. 1.

las hay tales que su testimonio hubiera sido aún más concluyente. Sencillamente hemos querido ofrecer algunos especímenes de lenguas, escogidas a propósito en tipos muy contrastados, en las que los rasgos que nos interesan resaltan por sí mismos, sin largos comentarios. Apenas en último término examinamos los hechos indoeuropeos, para librarnos de un análisis tradicional y para fundar la definición en criterios de mayor objetividad.

En EWE² (Togo), la frase relativa se presenta como una frase libre y completa, enmarcada por *si... la*. Hay que definir, en los términos de la lengua, la función que desempeñan por otra parte estos dos morfemas, *si*, que introduce la frase, y *la*, que la concluye.

El papel de *si* es claro; es un demostrativo, que en singular es *si*, en plural *si-wó* (donde *wó* es el pronombre de 3ª pl.). La forma que se ha vuelto usual, *sia*, se compone de *si* con el artículo pospuesto *-a*, de donde sg. *si-a*, pl. *si-à-wó*. Así con *ati*, "árbol": *ati si-a*, "este árbol", pl. *ati si-à-wó*, "estos árboles"; *ati-nye sia*, "árbol-mío este", pl. *ati-nye siàwó*.

La partícula pospuesta *-a* que sirve de artículo definido tiene una variante *-la*. Las dos formas *-a* y *-la* pueden emplearse indiferentemente en el singular, pero sólo *-a* es admisible en plural: *ati*, "árbol", pl. *ati-wó*; *ati-a* o *ati-la*, "el árbol", pl. *ati-à-wó*. La función de *-a* (*-la*) consiste en remitir a un término ya mencionado en el discurso, y puede posponerse a un sintagma entero compuesto del nombre por determinar y de sus dependencias: *ati nyui la*, "el hermoso árbol", *ati nyui sia*, "este hermoso árbol"; *akplɔ didi la* (lanza-larga-la), "la larga lanza", etcétera.

En segundo lugar hay que observar que *la* pospuesto a un sintagma verbal adquiere función sustantivante y confiere a la expresión el papel de una calificación o de un nombre de agente: ³ de *lɔ*, "amar", y *ame*, "hombre", seguido de *la*, se extrae un nombre de agente *ame-lɔ-lá* (hombre-amar-el), "que ama a los hombres"; *lɔ-nye-lá* (amar-yo-el), "el que me ama"; *lɔ-wo-lá* (amar-tú-el), "el que te ama"; *do-wò-lá* (trabajo-hacer-el), "obrero". Sea la locución *wu asi ako* (golpear-mano-pecho), "comprometerse"; sobre esta locu-

² Los datos sobre el ewe proceden de D. Westermann, *Grammatik der Ewe-Sprache*, 1907, § 91-92 y 176.

³ Westermann, *op. cit.*, § 149.

ción aumentada con *na*, “dar”, utilizado como morfema de dativo, y *ame*, “hombre”, se constituye con *la* el nombre de agente complejo: *asi-wu-akɔ-na-ame-la* (mano-golpear-pecho dat. hombre-el) = “el que se compromete por otro”.

Ahora bien, la frase relativa en ewe se caracteriza por el “pronombre relativo” *si*, pl. *siwó*, prefijado, y por *la* pospuesto, cuando la frase relativa precede a la principal. Está claro —y Westermann lo dice expresamente—⁴ que este “pronombre relativo” no es otro que el demostrativo *si* y que en realidad no se halla antepuesto a la frase relativa sino pospuesto al sustantivo antecedente, como en los ejemplos citados. Es así como debe por fuerza analizarse la construcción de frases como éstas:

lākle si miekpɔ etsɔ la (leopardo-este-nosotros vimos-ayer-el), “el leopardo que vimos ayer”;

lākle siwo miekpɔ etsɔ la (leopardo-estos nosotros vimos-ayer-el), “los leopardos que vimos ayer”;

lā si uēkpɔ la, menye kese wónye o (animal-este-tú viste-el, no es (menye) mono-el es no), “el animal que viste no es un mono”;

devi siwo mede suku o la (niños-estos-no iban-escuela-no-el), “los niños que no iban a la escuela”.

Si no hay antecedente sustantivo, es *si* lo que se sustantiva por prefijación del pronombre *e*; así *esi miekpɔ la* (él-este (= el)-yo vi-el), “el que yo vi”.

Se aprecia que en la organización formal de la sintaxis ewe, la “frase relativa” se obtiene por la conversión de una frase verbal en expresión nominal por medio de determinantes pronominales. El sintagma así obtenido se apone entonces a un sustantivo o a un pronombre, a manera de un adjetivo determinado.

En TUNICA (Luisiana),⁵ los nombres constituyen una clase formalmente distinta de las demás, como pronombres, verbos, etc. Un nombre, en sí indeterminado, se vuelve determinado por prefijación del

⁴ *Op. cit.*, § 93: “Das Relativpronomen *si* ist dasselbe wie das Demonstrativ *si*, und man könnte *si* deshalb ebenso gut ein Demonstrativpronomen des vorangehenden Substantiv nennen”.

⁵ Nuestro análisis se funda en la descripción de Mary R. Haas, *Tunica*, 1941 (H.A.I.L., iv). Combinamos los § 4.843 y 7.45.

artículo *tá*, *t*, *o* de un pronombre que indica posesión; hay dos series de estos pronombres prefijados, para la posesión alienable e inalienable respectivamente. El artículo y el pronombre son mutuamente exclusivos.

El hecho notable es que sólo los nombres así determinados son susceptibles de una flexión, que comprende tres casos: el caso “definitivo” (más o menos nominativo-acusativo), el caso no-definitivo (desprovisto de marcas de flexión, de género y de número), y el caso locativo. El caso “definitivo” requiere el empleo de los sufijos de género y de número; es el único caso en que el género y el número del nombre son formalmente señalados. Así, con el prefijo articular *ta*: *táčɔhaku*, “el jefe”, de *ta* + *čóha*, “jefe”, + *ku* masc. sg.; *tánakaseman*, “los guerreros”, de *ta* + *náka*, “guerrero”, + *sema*, masc. pl.; *tálahč*, “de la caña”, de *t(a)* + *ala*, “caña”, + *hč* fem. sg. Con prefijo posesivo de parentesco: *?esiku*, “mi padre”, de *?i*-pref. 1ª sg. inalien. + *ési*, “padre”, + *ku* masc. sg.; *?ɔhɔyahč*, “su hermana”, de *?u*-pref. 3ª sg. inalien. + *dhaya*, “hermana”, + *hč(i)* fem. sg. Con prefijo de posesión alienable: *?ihk?oniseman*, “mi gente”, de *?ihk*-pref. 1ª sg. + *?oni*, “persona”, + *sema* masc. pl.; *?uhk?oniseman*, “su gente”, con *?uhk*-pref. 3ª sg. masc.; *tísasíniman*, “sus perros (de ella)”, de *tí(hk)*-pref. 3ª sg. fem. + *sa*, “perro”, + *sínima* fem. plur.

Ahora bien, observamos que los mismos sufijos de género y de número pueden ser añadidos a una forma verbal flexionada para convertirla en “frase relativa”. Esta sufijación puede aparecer a la vez en el nombre antecedente y en la forma verbal, o en la forma verbal nada más.

Del primer caso, un ejemplo será: *tóniséman táherit?ε kíčun ?uk ?eraséman*, “las personas que estaban sentadas en el barco”,⁶ que se analiza: *tóniséman*, “las personas”, de *t(a)*-artículo + *?óni*, “persona”, + *-séma* masc. pl.; *táherit?ε*, “el barco”, de *ta*-artículo + *herit?ε*, “gran barco”; *kíčun*, “en el interior”, posposición; *?uk éraseman*, de *?uk ?era*, “estaban sentados” 3ª pl. + *sema* suf. nom. de masc. pl. Del segundo caso, citemos: *toni híp?ɔntaséman*, “la gente que había danzado”, donde esta vez *toni*, “la gente” (de *t(a)* + *?oni* como antes) no lleva sufijo de género y de número; tal sufijo es agregado a la forma verbal *híp?ɔntaséman* de *híp?ɔnta*, “habían

⁶ Mary R. Haas, *Tunica Texts*, 1950, Univ. of California Publications in Linguistics, vol. vi, núm. 1, p. 62d.

danzado”, + *-sema* masc. pl. La determinación de género y de número sufijada a la forma verbal transforma ésta en predicado verbal característico de una “frase relativa”.

En suma, la transferencia del sufijo que caracteriza la forma nominal definida a una forma verbal convierte ésta última en una forma verbal definida, es decir, en una “frase relativa”, en la terminología usual.

Pasando a otro tipo lingüístico amerindio, representado en verdad por un vasto grupo de lenguas, el ATHAPASKO, consideremos en lo tocante a la expresión del “relativo” primero el návaajo, luego el chipewyan.

El návaajo⁷ emplea partículas enclíticas de función “relativante” con nombres y verbos parecidamente: son sobre todo las partículas *-í* y *-i* (vocal larga de tono bajo); la primera indica una condición o actividad momentánea, la segunda, una condición o actividad duradera. Así de *?acid*, “él martillea”, se extrae *?acid-í*, “el que está martilleando”, y *?acid-i*, “el que martillea como oficio, el herrero”; de *na’lniś*, “él trabaja”, *na’lniś-í*, “el que trabaja”. De esta manera se pueden formar adjetivos sobre formas verbales: *nesk?ah*, “it is fat”: *nesk?ahi*, “a fat one”; *xasti`n c?osí*, “hombre que es delgado”; *?aszá`yázi*, “mujer que es pequeña”. Se transforman así en expresiones relativas de frases verbales: *bina?ádin*, “sus ojos (*bi-* posesivo + *na?*, “ojo”) faltan” = “está ciego”, se convierte en *bina?ádin-i*, “cuyos ojos faltan, un ciego”. Igualmente *diné ?i`yehi*, “el hombre que se casa”, de *?i* prefijo + *yeh*, “casarse”, + *-i*, enclítica relativizante.

Se encuentra también en chipewyan⁸ (Alberta, Canadá) una partícula relativizante *-i*. Por una parte forma nombres relativos: *ya-i-teí*, “él habla”: *yattey-i*, “predicador, sacerdote”; *de-l-dđer*, “esto *carraca”; *deldđer-i*, “carraca”; por otra, frases relativas: *t?ahí sas-xét* *θeti-i* (el oso-con él duerme-que), “el que dormía con el oso”; *t?ahú sas-xét nédti-i* (cuando oso-con él se acostó-que después), “después que él se acostó con el oso”.

⁷ Utilizamos Bérard Haile, *Learning Navaho*, 1-IV, St. Michaels, Arizona, 1941-1948. Los ejemplos proceden en particular de I, pp. 50, 92, 128, 164; III, p. 37; IV, p. 167.

⁸ Citado según F. K. Li, ap. Hoijer, red., *Linguistic Structures of Native America*, 1946, § 12d, p. 401 y § 45 I, pp. 419-420.

El mismo mecanismo sintáctico aparece en SUMERIO,⁹ en el que la adición del sufijo *-a* a una forma nominal sirve para determinarla, y en el que el mismo sufijo *-a* pospuesto a una frase libre la transforma en frase relativa: *lú é mu-dù-a-še*, “para el hombre que ha construido un templo” (*lú*, “hombre”, *e*, “templo”, *mu-dù-a-še* = prefijo *mu* + *dù*, “construir”, + suf. *a* + *še*, “para”); literalmente: “hombre él ha construido un templo el-para”. Así también *Gudea PATESI-Lagaś^{ki} lú E-ninnu-⁴Ningir-suka indúa*, “Gudea, PATESI de Lagaś, hombre (= el) que ha construido el Eninnu del dios Ningirsu”. La forma verbal relativa *indúa* se analiza en *in-* prefijo + *dù*, “construir”, + *a* sufijo relativo. Pero este *-a* reaparece en *Ningirsu-(k)a*, “el de Ningirsu”, donde sirve para determinar un nombre. La determinación del sintagma de dependencia y la de la frase relativa tienen pues el mismo índice formal *-a*.¹⁰

En la sintaxis del ÁRABE,¹¹ la frase relativa es descrita como una “calificación” con el mismo título que el adjetivo o que el grupo formado de una preposición y su régimen. Hay que subrayar un paralelismo que aparece en especial entre el tratamiento sintáctico del adjetivo y el de la frase relativa. El adjetivo puede ser indeterminado: *?imāmun ?ādūn*, “un imán justo”, o determinado: *al ?imāmu`l ?ādū*, “el imán justo” (el adjetivo es determinado cuando el nombre lo es).

Igualmente, la frase relativa puede presentarse como indeterminada o como determinada. Cuando el nombre subordinante es indeterminado, la relativa es de determinación cero: *ǧarabtu rajulan jā?a*, lit. “he golpeado a un hombre ha venido” = “a un hombre que ha venido”; *kamaθali`l himāri yahmilu asfāran*, “como el asno (un asno) él lleva libros = que lleva...”; *kāna lahu`bnun summīya muhammadan*, “él tenía un hijo fue llamado Mohammad = que fue llamado...”. Pero cuando el nombre subordinante es determinado, la relativa trae un pronombre, que tendrá la forma *alladī* en la frase siguiente, variante determinada de la que acabamos de citar: *ǧarabtu*

⁹ Numerosos ejemplos en R. Jestin, *Le verbe sumérien: Déterminants verbaux et infixes*, pp. 162 ss.

¹⁰ Una interpretación parecida da ahora V. Christian, *Beiträge zur sumerischen Grammatik*, 1957, Sitzber. österreich. Akad., Phil.-hist. Kl., Bd. 231, 2, p. 116.

¹¹ Socin-Brockelmann, *Arabische Grammatik*, 11ª ed., 1941, § 125, 150-1.

'*raǰula 'lladī jāʔa*, "he golpeado al hombre que vino". Este "relativo" *alladī* es propiamente un demostrativo, y así por función un determinativo. Se flexiona y acuerda: *al-bintu allatī kāna ʔabuhā wazīran*, "la joven cuyo padre era visir" (lit.: "que su padre era visir"). La determinación de frase relativa tiene por signo distintivo un demostrativo pronominal que cumple la misma función que el artículo prefijado para la determinación de adjetivo. Entre los dos tipos de determinación hay una simetría que se desprende de la comparación siguiente: 1] adjetivo indeterminado (signo cero): *ʔimāmun ʔādīlun*; "frase relativa" indeterminada (signo cero): (*darabtu*) *raǰulan jāʔa*; 2] adjetivo determinado: *al ʔimāmu 'l ʔādīlu*; "frase relativa" determinada: (*darabtu*) '*raǰula 'lladī jāʔa*. La única diferencia reside en la forma del "pronombre relativo", *alladī*, fem. *allatī*, etc., que es un reforzamiento del prefijo determinativo o artículo (*al*) mediante un deíctico *-la-* seguido de un morfema indicador del género, el número: *-dī* masc. sg., *-tī* fem. sg.; *dāni* masc. du., *-tāni* fem. du., etc.

En total, la "frase relativa" en árabe tiene el mismo estatuto sintáctico que el adjetivo calificativo, y es susceptible, como el adjetivo, de una forma indeterminada y de una forma determinada.

Es posible ahora enfrentarse al indoeuropeo. Aquí, la primera exigencia de un examen fructuoso, quizá la más difícil de satisfacer, será abandonar el marco tradicional en que estos hechos son colocados inmutablemente. La sintaxis comparada no ha conseguido aún liberarse en este punto de una visión que ni siquiera puede llamarse grecolatina, puesto que —como esperamos demostrar más adelante— no es aplicable ni al griego ni al latín.

Según la enseñanza clásica, la frase relativa, que es la única subordinada cuya existencia pueda ser referida al período predialectal, se construía en indoeuropeo sobre el modelo que conocemos por el sánscrito, el griego o el latín, o también por una lengua occidental moderna: consistía en un pronombre apuesto al antecedente nominal y que regía una frase verbal. El tipo es sánscr. *ayám . . . yo jājāna rodasi*, "ése, que engendró cielo y tierra" (RV. I, 160, 4); gr. *ἄνδρα . . . ὅς μάλᾳ πολλὰ πλάγχθη*, "el hombre que tanto erró" (α 1); lat. *Numitori, qui stirpis maximus erat* (Liv. I, 3, 10). No se discutirá, por cierto, que este tipo sea empleadísimo y que inclusive, a partir de cierto período histórico, se convirtiera en modelo de la frase relativa. Pero la cuestión es saber si semejante estado puede ser remitido tal

y cual al indoeuropeo, en cuyo caso la comparación de las lenguas entre ellas no nos enseñaría nada, por no ser el estado indoeuropeo sino la proyección retrospectiva de una situación histórica cuya génesis y función nos eludirían entonces por completo. Ahora bien, el simple inventario de los datos conocidos por las más antiguas lenguas muestra ya que los empleos del "pronombre relativo" no coinciden con los marcos de la "frase relativa", que los rebasan en grado sumo y que no pueden reducirse al modelo que nos es hoy familiar. Es una invitación a revisar nuestra definición.

Tenemos pues que pasar revista a aquellos de estos empleos que parezcan escapar a la noción de "frase relativa".¹² Por razones de comodidad, agruparemos los testimonios por citar según el tema del pronombre relativo. Es sabido que las lenguas indoeuropeas se reparten en un grupo en el que el tema pronominal es *yo-, en particular el indoiranio, el griego y el eslavo (incluiremos variantes como a. persa *hya-* así como *to- empleado en competencia con *yo- en griego homérico), y un grupo que utiliza el tema *kwo/*kwi, notablemente el hitita y el latín.

La descripción de las frases relativas gobernadas por el pronombre *yo- en indoiranio y en griego homérico no ha podido jamás acoplarse a ciertos empleos en que este pronombre está ligado a formas nominales sin verbo. Se trata de sintagmas en los que *yo- desempeña el papel de un determinante entre un nombre y un adjetivo o aun sencillamente con un nombre al que se prepone o pospone. Tales hechos son conocidos desde hace mucho. Todos los estudios acerca de la sintaxis del indio y el iranio antiguos los mencionan, pero como singularidades que no se sabe explicar muy bien, o —si no hay más remedio— como frases sin verbo, frases "nominales".

Opinamos que, por el contrario, el uso del pronombre relativo en estos sintagmas no verbales es cuando menos tan antiguo como en la frase relativa usual y —lo cual es aquí más importante— que la función del pronombre *yo- se define a la vez por la construcción no verbal y por la verbal.

La primera es aquella en la que menos se insiste. De ahí que parezca útil recordar algunos ejemplos, como simple ilustración. To-

¹² Casi ni hay que advertir que no describimos aquí las variedades indoeuropeas de la frase relativa, sino apenas la estructura del tipo indoeuropeo. A propósito nos hemos limitado a lo esencial. La acumulación de ejemplos, que están en todos los manuales, hubiera fácilmente —e inútilmente— dilatado este estudio.

maremos primero los hechos védicos.¹³ En tanto que el pronombre vincula a un nombre o a un pronombre una determinación nominal que, de otra suerte, debiera estar acorde con él, pero que, con *ya-*, permanece en nominativo, el pronombre desempeña el papel de un verdadero artículo definido. Así hay que traducirlo una y otra vez: *viśve marúto yé sahāsah*, “todos los Marut, los poderosos” (RV. vii, 34, 24); *amí ca yé maghāvāno vayám ca. . . nīṣ tatanyuh*, “éstos, los generales, y nosotros, queremos clavar” (i, 141, 13). La independencia casual del sintagma con *ya-* aparece por ejemplo en *kakṣivāntam yá auśijáh*, “Kakṣivānt (ac.), el descendiente de Uśi” (i, 18, 11); *agnim. . . dātā yō vānitā magham*, “Agni (ac.), el dador, el conquistador de presentes” (ii, 13, 3); *īndram. . . hāntā yō vṛtrām*, “Indra (ac.), el abatidor de Vṛtra” (iv, 18, 7); *sómaṃ. . . bhūvanasya yás pátih*, “Soma (ac.), el amo del mundo” (v, 51, 12); en determinaciones de varios miembros paralelos: *tvám viśveṣām varuṇāsi rājā, yé ca devā asura yé ca mártāh*, “tú eres, Varuna, rey de todos, los dioses, oh Asura, o los mortales” (ii, 27, 10); *pásūn. . . vāyavyān āraṇyān grāmyās ca yé*, “los animales volátiles, los salvajes y los domésticos” (x, 90, 8); *vi jānihy āryān yé ca dasyāvāh*, “distingue arios y los Dasyus!” (i, 51, 8); *antár jātésu utá yé jānitvāh*, “entre quienes han nacido y los que están por nacer” (iv, 18, 4), etcétera.

Este empleo de *ya-* en sintagma nominal, del cual hay decenas de ejemplos ya en el Rigveda solo,¹⁴ tiene su correlato en avéstico, donde está aún más desarrollado. El pronombre *ya-*, en el Avesta, tiene el sentido de un artículo definido con una gran variedad de determinantes nominales:¹⁵ *azəm yō ahurō mazdā*, “yo, A. M.” (Y., 19, 6); *təm daēnəm yā hātəm vahistā*, “esta religión, la mejor para los existentes” (Y., 44, 10); *viśpe mainyava daēva yaēca varənya drvantō*, “todos los daivas espirituales y los drugvants varnianos” (Yt. x, 97); *fravašibyō ya mainyavanam yazatanəm*, “a las Fravartis,

¹³ Ver Delbrück, *Vergl. Syntax*, III, pp. 304 ss.; Wackernagel-Debrunner, *Altind. Gram.*, III, pp. 554-7 (con bibliografía); de entonces acá, una reseña de los empleos en L. Renou, *Gramm. de la langue védique*, § 446 ss., que subraya con razón (§ 448) el carácter arcaico del empleo de *ya-* como artículo.

¹⁴ W. Porzig, *I.F.*, 41, pp. 216 ss., cita 51 ejemplos de los *mandalas* II-VII del R.V.

¹⁵ Los ejemplos figuran en Bartholomae, *Wb.*, col. 1221 ss.; cf. Reichelt, *Aw. Elementarb.*, § 749 ss. La descripción de los hechos avésticos fue objeto de una comunicación presentada por Hansjakob Seiler, con el título *Das Relativpronomen im jüngeren Avesta*, al XXIV Congreso Internacional de Orientalistas, Munich, 29 de agosto de 1957.

las de los dioses espirituales” (Y., 23, 2); de ahí verdaderas designaciones individualizadas tales como *miθrō yō vouru.gaoyaoitiš*, “Mithra de los vastos pastos”; *aēša druxš yā nasuš*, “la Druj Nasu”; *aēšō spā yō urupiš*, “el perro (llamado) *urupi*” (Vd., 5, 33). En todos los usos antiguos de este tipo, la autonomía casual de *ya-* en nominativo es una regla. Es por normalización secundaria por lo que es extendido el acuerdo al pronombre y a la determinación que introduce: *daēum yim apaošəm*, “el daiva Ap.” (Yt. 8, 28); *iməm daēnəm yəm āhuirim*, “esta fe, la ahúrica” (Yt. 14, 52). Igualmente en antiguo persa, es por referencia al uso antiguo como hay que apreciar la anomalía aparente de *dārayava(h)um hya manā pitā*, “Darío (ac.), mi padre”, frente al giro más usual *gaumātam tyam magum*, “Gaumāta el mago”, donde todos los términos están acordes.

Es por cierto la misma situación la que se observa en griego homérico. También aquí, el hecho que hay que subrayar es la construcción —explotada hasta el punto de suministrar giros formularios— del pronombre *ὅς, ὅστις, ὅστε* con determinaciones nominales, en sintagmas no verbales en donde tiene valor de artículo, y la independencia del sintagma con respecto al antecedente en la relación casual. El tipo está bien establecido: Πηλείδην. . . , ὅς μέγ' ἄριστος (Π 271); Τεῦκρος, ὅς ἄριστος Ἀχαιῶν (N 313); Κρόνου παῖς, ὅς τοι ἀκοίτης (O 91); τὰ ἔλδεται, ὅς κ' ἐπιδευής, “el necesitado” (E 481); ἄλλοι, ὅς τις Ἀχαιῶν (Ψ 285); ἔγημεν Ἀχαιῶν ὅς τις ἄριστος (λ 179); Ζῆνα, ὅς τις τε θεῶν ἄριστος (Ψ 43); οἶνον. . . ἄφουσον ἠδύν, ὅτις μετὰ τὸν λαρώτατος ὃν σὺ φυλάσσεις, “un vino dulce, el más delicioso después del que conservas” (β 349-50), etc. No son “frases nominales” sino sintagmas en que el pronombre, al introducir una determinación nominal, tiene función de artículo. Si se parte de esta verificación, se advierte que no hay diferencia de naturaleza entre *ὅς* ligado a una forma nominal y *ὅς* ligado a una forma verbal. El pronombre no cambia de calidad cuando introduce un verbo: *ὅς κ' ἐπιδευής* y *ὅς κε θάνησιν* (T 228) son exactamente paralelos. Si se juzga natural que, en la serie *χρὴ τὸν μὲν καταθαπτέμεν, ὅς κε θάνησιν*, el “relativo” *ὅς* esté en nominativo, hay que admitir como igualmente regular que en *ὅς κ' ἐπιδευής* el pronombre permanezca en nominativo, sin importar cuál sea el caso del antecedente. En la “frase relativa”, *ὅς* tiene una función “articular”, precisamente como en el sintagma nominal *ὅς μέγ' ἄριστος*. En védico, en (*agnim*) *yō vásuh*, “Agni (ac.), el bueno” (v, 6, 1), como en *yō no dvēsti*, “aquel que nos odia” (iii, 53, 21), el pronombre tiene igual función, como lo de-

muestra la simetría de la construcción. En avéstico, la incorporación del pronombre-artículo ocurre lo mismo en un sintagma nominal determinativo como *yō yimō xšaētō*, lit. “el Yama brillante” (Yt. 5, 25), que en una forma relativa verbal como *yā dā ašis*, “las recompensas que darás” (Y., 43, 4). Tanto en un caso como en otro, es una determinación, efectuada por *ya-* ligado ora a una forma nominal, ora a una verbal.

Ya no podría discutirse que esta doble función pertenezca desde el indoeuropeo al pronombre **yo-*. La concordancia manifiesta entre el indoiranio y el griego halla confirmación en eslavo y en báltico. Una categoría tan importante como la forma determinada del adjetivo en eslavo y en báltico antiguos no es otra cosa que la adjunción del pronombre **yo-* al adjetivo para determinar el sustantivo; dicho pronombre se fija como posposición, lo cual no es siquiera una innovación en el orden de las palabras, puesto que *ya-* se pospone a menudo en védico: *sā rātri pāritakmyā yā*, “esta noche, la decreciente” (RV, v, 30, 14). Tenemos así en el estado antiguo del eslavo y del báltico las dos funciones del pronombre **yo-*: la función determinante (nominal) en el adjetivo determinado, y la función relativa (verbal) en la forma, ampliada con la partícula *že*, del relativo a. esl. *i-že*. Las dos funciones ya aparecen disociadas en fecha histórica, y el pronombre *iže* no tardará en ser sustituido por el tema del interrogativo-indefinido, pero el testimonio del eslavo y del báltico a propósito de la sintaxis originaria del pronombre **yo-* no es por ello menos claro.¹⁶

Con el hitita, la forma diferente del pronombre, que es *kuiš*, no acarrea ningún cambio en nuestro punto de vista. La sintaxis de *kuiš*,¹⁷ de la que los textos hititas ofrecen abundantes ejemplos, nos resulta especialmente valiosa. Tenemos el empleo usual del pronombre en frases relativas, generalmente antepuestas a la principal, tales como: *kuišmat iyezi apenišuwān uttar naš^{URU}Hattuši UL huiššuzi akīpa*, “el que la hace, esta cosa, ése no sigue con vida en Hattuša, sino que muere”; IR^{MES}-IA-waza *kuēš dāš... nuwarašmu arha uppi*, lit. “qué míos servidores has tomado, ¡devuélvemelos!” Esta cons-

¹⁶ La construcción del adjetivo determinado figura como concordancia entre el iranio, el eslavo y el báltico en Meillet-Vaillant, *Slave commun*, p. 446. Se trata en realidad de un hecho indoeuropeo común, según tiende a establecer toda nuestra demostración.

¹⁷ Ver E. A. Hahn, *Language*, XXI (1946), pp. 68 ss.; xxv (1949), pp. 346 ss.; Friedrich, *Heth. Elementarb.*, § 336.

trucción es frecuente. Pero igualmente numerosos son los ejemplos¹⁸ en que el pronombre está ligado y acordado con una forma nominal sin verbo. Algunos pudieran pasar por frases nominales, sin gran verosimilitud, por lo demás: *kuit handan apat išša*, “quod iustum, hoc fac”. En la mayoría de los casos el pronombre desempeña indubitablemente el papel que hay que reconocerle ahora, el de un instrumento de determinación nominal, de un cuasi-artículo: *šallayaškan DINGIR^{MES}-aš kuiš šallis*, “(entre) los grandes dioses el grande”; *memiyaš kuiš iyawaš*, “la cosa por hacer”; *kuiš dān pēdaš DUMU nu LUGAL-uš apāš kišaru*, “el hijo de segundo rango, que ése sea rey”; *nuza namma GUD^{HI.A} UDU^{HI.A} DUMU. LU. ULU^{MES} UL armah-hanzi armauwanteš-a kuiēš nuza apiya UL haššiyanzi*, “animales y humanos no conciben más; las grávidas no paren”;¹⁹ *hantezzies(ma) kuiēš MADGALATI nu ŠA^{LG}KUR kuiēš KASKAL^{HI.A}*, “las avanzadas y los caminos del enemigo”; *nāšmaza kuiēš EN^{MES} DUMU^{MES} LU-GAL-ya*, “ésos, los señores y príncipes”; *šummaš(ma) kuiēš^{LU.MES}SAG*, “vosotros, los dignatarios”. Sería artificial e ilegítimo restaurar cada vez una cópula; las determinaciones son a menudo de un tipo que excluye el verbo “ser”. Hay que admitir, sin forzar la construcción en un marco verbal que ella no acepta, que *kuiš* se conduce a la manera de *ya-* indoiranio, y que articula sintagmas nominales enteramente análogos a los que hemos visto en indoiranio. El acuerdo funcional es aquí tanto más notable cuanto que el hitita opera con un tema pronominal distinto.

Pasamos ahora al latín, que adopta en este contexto una posición particular. Por emplear *qui* como instrumento de la relación sintáctica, el latín se agrupa con el hitita. Este agrupamiento mismo pone entonces más de relieve lo que parece ser un contraste entre ambas lenguas. Acabamos de ver que el hitita concuerda con el estado antiguo del indoeuropeo en la doble construcción sintáctica del pronombre. ¿Puede hallarse una vez más esta doble construcción en la sintaxis del lat. *qui*? La cuestión chocará al sentir de un latinista. El pronombre relativo *qui* gobernando una frase verbal es en latín cosa tan trivial que se toma por modelo de cualquier frase relativa. Por el contrario, *qui* coordinado con una forma nominal parecerá una anomalía tal que ni se la imagina como compatible con el

¹⁸ Varios de los que siguen proceden de los textos publicados por E. von Schuler, *Hethitische Dienstanweisungen*, Graz, 1957, pp. 14, 17, 41 (§ 8-9).

¹⁹ Cita del mito de Telipinu (Laroche, R. H. A., 1955, p. 19).

estatuto del relativo en latín; ninguna descripción del latín ofrece el menor ejemplo. Con todo, hay que plantear la cuestión: ¿ha conocido también el latín el pronombre como determinante nominal? La inducción estructural nos conduce a considerar teóricamente esta posibilidad, y a buscar si se verifica. No podemos juzgar respuesta el silencio de las gramáticas, en vista de que la cuestión que hemos adelantado no ha sido planteada todavía.

Después de lecturas y exámenes cuyo mismo principio parecía azaroso, hemos conseguido encontrar en textos del latín antiguo las confirmaciones deseadas. Como estos hechos, que sepamos, no han sido señalados en parte alguna, hay que presentarlos con detalle.

Festo 394, 25 nos ha conservado la fórmula mediante la cual se designaba la totalidad de los senadores, comprendiendo, a más de los *patres*, los que debían, como *conscripti*, completar su número: *qui patres qui conscripti* (cf. además Festo s.v.: *allecti* 6, 22; *conscripti* 36, 16). Tenemos en *qui patres qui conscripti* el mismo tipo de sintagma que es conocido con *ya-* en védico para especificar los términos de una enumeración, por ejemplo *yā guṅgūr yā sinīvālī yā rākā yā sárasvatī* (II, 32, 8). Otra fórmula, antigua también, consta en Varrón (*Ling. Lat.*, v, 58), quien la halló en los Libros Augurales: “hi (sc. *dei*) quos Augurum Libri scriptos habent sic ‘divi qui potes’ pro illo quod Samothracēs θεοὶ δυνάτοί”. El arcaísmo de la forma *potes* va a la par con el arcaísmo sintáctico de *qui* determinante nominal, en una locución *divi qui potes* heredada del ritual de los Cabiros (cf Varr., *ibid.*: “hi Samothracēs dii, *qui* Castor et Pollux”) y que de ninguna manera hay que corregir a “*divi potes*”, como lo hacen editores modernos.²⁰ Hallamos el tercer ejemplo en un texto literario esta vez, en Plauto: *salvete, Athenae, quae nutrices Graeciae*, “¡salve, Atenas, nodriza de Grecia!” (*Stichus*, 649). Haya aquí imitación de antiguas fórmulas, lo cual es posible, o empleo ocasional, la construcción es ciertamente auténtica; *qui* liga estrechamente la calificación al nombre invocado, de suerte que *Athenae, quae nutrices Graeciae* corresponde a *gāthi. θwā... y māśā vahištā hazaośam... yāsā*, “te imploro, a ti, aliado²¹ de Aśa Vahištā” (Y.

²⁰ Tal es por desdicha el caso de la edición Kent (Loeb Classical Library), I, p. 54, que sigue a Laetus corrigiendo “divi potes”. Parecidas “correcciones” eliminan de nuestros textos rasgos auténticos que no pueden explicarse por errores de la tradición.

²¹ Lit. “de iguales gustos que A. V.”.

28, 8). Por último, encontramos, varias veces en Plauto también, *qui* con un participio plural neutro con valor de cuasi artículo: *ut quae mandata... tradam*, “para transmitir las comisiones” (*Merc.*, 385); *tu qui quae facta infitiare*, “tú que pretendes negar los hechos” (*Amph.*, 779); *omnes scient quae facta*, “todos van a conocer los hechos” (*ibid.*, 474); *optas quae facta*, “tu deseo es cosa hecha” (*ibid.*, 575). Hasta en Virgilio topamos con la construcción nominal de *qui* avecindada con la construcción verbal: así en este pasaje de la *Eneida* (VI, 661 ss.), donde se siguen: *quinque sacerdotes casti... quique pii vates... aut qui vitam excoluere... quique fecere...*²² Estas citas, que no pretenden ser completas, incitarán por ventura a algún latinista a llevar más lejos la indagación. Bastan para mostrar, hasta el umbral de la época clásica, la supervivencia de una propiedad sintáctica, heredada de seguro, que reproduce en latín la doble capacidad de empleo que posee hit. *kuiš* por su parte y que conocen asimismo las lenguas con relativo *yo-.

Una vez consideradas en su conjunto estas concordancias entre las formas antiguas del indoeuropeo, no puede ser cosa de ver un desenvolvimiento secundario en el empleo del pronombre como determinante del nombre o de adjetivo. Antes bien, tenemos aquí, desde el origen mismo, su función propia, de la cual el empleo como “pronombre relativo” no es sino una extensión a la frase verbal. En los dos casos el papel del pronombre es el mismo, el de un determinante, ya determinante de un término nominal o de una frase completa.

Este tipo de relación se ha oscurecido a nuestros ojos, en virtud del hecho de que en la mayor parte de las lenguas indoeuropeas la determinación nominal ha recibido otros medios de expresión que la frase relativa; el pronombre relativo se ha convertido de este modo en un instrumento exclusivamente sintáctico, como lo es ya en latín clásico, por un proceso que lo ha disociado de la función de determinación nominal, confiada por lo general a un “artículo”. La situación indoeuropea ha sufrido pues, a este respecto, una transformación completa. Un rasgo esencial de la estructura sintáctica común no pasa de ser una supervivencia en algunas lenguas.

Sin embargo, precisamente donde, como secuela de las condiciones históricas, sólo conocemos la sintaxis en el estado “moderno”,

²² Ver algunas otras citas en Havers, I. F., 43 (1926), pp. 239 ss., que las define inexactamente como “emphatische Relativsätze”.

ha ocurrido parcialmente un retorno a la estructura antigua, si bien por nuevas vías. El antiguo irlandés no posee forma especial para el pronombre relativo; en general la función relativa²³ es garantizada sea por la nasalización o variaciones morfológicas (desinencias particulares), sea por el preverbo *no* o por infijaciones pronominales, etc. Hay sin embargo un caso, a saber, después de preposición, en el que aparece una forma de pronombre relativo; ahora bien, este relativo no es otro que una forma del artículo, precisamente, *-(s)an-*, sin variación de género ni de número: *ind-altóir for-an-idparar*, “el altar sobre el que se sacrifica”; *intí di-an-airchessi dia*, “is cui parcit deus”. La necesidad de dar un complemento a la preposición ha hecho, en esta condición sintáctica particular, que se recurriera al artículo para ocupar el sitio de una partícula relativa.²⁴ Naturalmente, también se pensaría en la doble función, articular y relativa, de la serie pronominal *der die das*, etc., en alemán; no obstante, pese a las apariencias, la analogía es menos inmediata, puesto que las dos funciones proceden de hecho del papel de este pronombre como demostrativo.

La sintaxis de la frase relativa en indoeuropeo común aparece así dotada de la misma estructura que en las lenguas de otras familias analizadas aquí en primer lugar. Lo que hay de comparable en sistemas lingüísticos completamente diferentes entre ellos, son funciones, así como las relaciones entre tales funciones, indicadas por marcas formales. Se ha conseguido mostrar, si bien de manera aún esquemática, que la frase relativa, vincúlese como sea al antecedente (por un pronombre, una partícula, etc.), se comporta como un “adjetivo sintáctico” determinado, al igual que el pronombre relativo desempeña el papel de un “artículo sintáctico” determinativo. En suma, las unidades complejas de la frase pueden, en virtud de su función, distribuirse en las mismas clases de formas en que se colocan las unidades simples, o palabras, en virtud de sus caracteres morfológicos.

²³ Cf. Vendryes, *Gramm. du vieil-irlandais*, pp. 331 ss., y Thurneysen, *Grammar of Old Irish*, § 492 ss.

²⁴ El testimonio del céltico sería preciosísimo si pudiera confirmarse la hipótesis de Thurneysen, *Grammar*, § 50 ss., acerca de galo 3ª pl. rel. *dugiiuntio*, que contendría en final el pronombre *yo- pospuesto. Tal posposición ha sido comparada con la del pronombre *kuis* en hitita por Dillon, *Trans. Phil. Soc.*, 1947, p. 24. Pero J. Pokorny, *Die Sprache*, I (1949), p. 242, ve las cosas de otra manera.

V

El hombre en la lengua

CAPÍTULO XIII

ESTRUCTURA DE LAS RELACIONES DE PERSONA
EN EL VERBO¹

El verbo es, con el pronombre, la única especie de palabras que está sometida a la categoría de la persona. Pero el pronombre tiene tantos otros caracteres que le pertenecen propiamente y exhibe relaciones tan diferentes, que requeriría un estudio independiente. Aunque utilizando llegado el caso los pronombres, es sólo la persona verbal la que consideraremos.

En todas las lenguas que poseen un verbo, se clasifican las formas de la conjugación según su referencia a la persona, la enumeración de las personas constituye propiamente la conjugación; y se distinguen tres, en singular, en plural, eventualmente en dual. Es notorio que esta clasificación procede de la gramática griega, donde las formas verbales flexionadas constituyen πρόσωπα, *personae*, "figuraciones" bajo las cuales se realiza la noción verbal. La serie de los πρόσωπα o *personae* suministra en cierta manera un paralelo a la de los πτώσεις o *casus* de la flexión nominal. En la nomenclatura gramatical de la India, la noción se expresa también mediante los tres *puruṣa* o "personas", denominados respectivamente *prathamapurusa*, "primera persona" (= nuestra 3ª pers.), *madhyamapurusa*, "persona intermedia" (= nuestra 2ª pers.), y *uttamapurusa*, "última persona" (= nuestra 1ª pers.); realizan la misma serie, pero en orden inverso; la diferencia está fijada por la tradición, los gramáticos griegos citaban los verbos en la 1ª persona, los de la India en la 3ª.

Tal como la elaboraron los griegos para la descripción de su lengua, esta clasificación es admitida aun hoy no sólo como verificada por todas las lenguas dotadas de un verbo, sino como natural e inscrita en el orden de las cosas. Resume, en las tres relaciones que instituye, el conjunto de las posiciones que determinan una forma verbal provista de un índice personal, y vale para el verbo de no importa cuál lengua. Así que siempre hay tres personas y no

hay más que tres. No obstante, hay que denunciar el carácter sumario y no lingüístico de una categoría así planteada. Al ordenar en un orden constante y en un plano uniforme "personas" definidas por su sucesión y referidas a esos seres que son "yo" y "tú" y "él", no se hace sino trasponer a una teoría seudolingüística diferencias de naturaleza léxica. Estas denominaciones no nos instruyen ni acerca de la necesidad de la categoría, ni sobre el contenido que implica ni a propósito de las relaciones que reúnen las diferentes personas. Hay pues que averiguar cómo se opone cada persona al conjunto de las demás, y en qué principio se funda su oposición, en vista de que no podemos llegar a ellas si no es por lo que las diferencia.

Se plantea una cuestión previa: ¿puede existir un verbo sin distinción de persona? Esto equivale a preguntarse si la categoría de la persona es de veras necesaria y congenial con el verbo o si constituye solamente una modalidad posible, realizada las más de las veces, mas no indispensable, como pasa después de todo con tantas categorías verbales. La verdad es que pueden hallarse —si bien los ejemplos escasean— lenguas en que la expresión de la persona es susceptible de faltar en el verbo. Así, en el verbo coreano, según Ramstedt, "the grammatical 'persons'... have no grammatical distinction in a language where all forms of the verb are indifferent to person and number" (G. J. Ramstedt, *A Korean Grammar*, p. 61). Es un hecho que las principales distinciones verbales del coreano son de orden "social"; las formas están diversificadas en extremo de acuerdo con el rango del sujeto y del interlocutor, y varían según se hable a un superior, a un igual o a un inferior. El hablante se borra y prodiga las expresiones impersonales; por no subrayar indiscretamente la relación de las posiciones, se conforma a menudo con formas indiferenciadas en cuanto a la persona, que sólo el sentido aguzado de las conveniencias permite entender correctamente. No obstante, no habría que hacer lo que Ramstedt, quien erige la costumbre en regla absoluta; primero, porque el coreano posee una serie completa de pronombres personales que pueden intervenir, y esto es esencial; por añadidura porque, inclusive en las frases que cita, la ambigüedad no es la que pudiera creerse.² Así *pogatta*, "I shall see; you will see;

² Me he cerciorado interrogando al señor Li-Long-Tseu, coreano culto y lingüista, a quien debo las rectificaciones que siguen. En la transcripción del coreano reproduzco su pronunciación.

¹ *Bulletin de la Société de Linguistique*, XLIII (1946), fasc. 1. núm. 126.

he will see; one can see; one is to see" (Ramstedt, p. 71), significa generalmente "yo veré"; y "tú verás" se dice *porida*. La frase *i bənyñ yo so hagəni-wa tasi-nən haži ani hagetta* (no: *hagesso*), "this time I forgive you, but I shall not forgive you again" (*ibid.*, p. 97), significa más bien, remplazando *hagetta* por *handa*: "(Advierto que) él te perdona esta vez, pero no te perdonará otra", pues el tema nominal y abstracto *hagi* no conviene en lo más mínimo a la 1ª persona. Efectivamente, hay que comprender *i san-son yl məkkəni-wa irhəm yn mollasso*, "although I eat this fish, I don't know its name" (*ibid.*, p. 96), pero sustituyendo *mollaso* por *mollatti* la frase estaría en 2ª sing.: "aunque tú comes este pescado, tú no sabes su nombre". Igualmente la frase *ibon e sardaga pyon yl edesso*, "I lived in Japan and I got this sickness" (*ibid.*, p. 98), significará: "tú has pescado esta enfermedad..." remplazando *edesso* por *odokəssə*. Todas estas restricciones de uso, y si es preciso el empleo de pronombres, contribuyen a introducir variaciones de persona en un verbo en principio indiferenciado. En las lenguas palcosiberianas, de acuerdo con R. Jakobson (*American Anthropologist*, XLIV [1942], p. 617), las formas verbales del guiliaco no distinguen en general ni persona ni número, pero los modos "neutros" oponen la primera a la no-primer persona del singular; otras lenguas del mismo grupo no distinguen tampoco más que dos personas: ora, como en yucaguir, se funden la primera y la segunda, ora, como en ket, la primera y la tercera. Pero todas estas lenguas poseen pronombres personales. En suma, no parece que se conozca una lengua dotada de un verbo en que las distinciones de persona no se marquen de una u otra manera en las formas verbales. Puede pues concluirse que la categoría de la persona pertenece por cierto a las nociones fundamentales y necesarias del verbo. Se trata de una verificación que nos basta, pero cae por su peso que la originalidad de cada sistema verbal a este respecto deberá ser estudiada por su lado.

Una teoría lingüística de la persona verbal no puede constituirse más que sobre el fundamento de las oposiciones que diferencian las personas; y se resumirá por entero en la estructura de dichas oposiciones. Para sacarla en claro podrá partirse de las definiciones que emplean los gramáticos árabes. Para ellos, la primera persona es *al-mutakallimu*, "el que habla"; la segunda *al-muḥāṭabu*, "al que se dirige uno"; pero la tercera es *al-ya'ibu*, "el que está ausente". En

estas denominaciones está implicada una noción justa de las relaciones entre las personas; justa sobre todo por revelar la disparidad entre la 3ª persona y las dos primeras. Al contrario de lo que nuestra terminología haría creer, no son homogéneas. Es lo primero que hay que sacar a luz.

En las dos primeras personas hay a la vez una persona implicada y un discurso sobre esta persona. "Yo" designa al que habla e implica a la vez un enunciado a cuenta de "yo": diciendo "yo" no puedo no hablar de mí. En la 2ª persona, "tú" es necesariamente designado por "yo" y no puede ser pensado fuera de una situación planteada a partir de "yo"; y, al mismo tiempo, "yo" enuncia algo como predicado de "tú". Pero de la 3ª persona, un predicado es enunciado, sí, sólo que fuera de "yo-tú"; de esta suerte tal forma queda exceptuada de la relación por la que "yo" y "tú" se especifican. En este punto y hora la legitimidad de esta forma como "persona" queda en tela de juicio.

Estamos aquí en el meollo del problema. La forma llamada de 3ª persona trae consigo por cierto una indicación de enunciado sobre alguien o algo, mas no referido a una "persona" específica. El elemento variable y propiamente "personal" de semejantes denominaciones falta aquí. Se trata en efecto del "ausente" de los gramáticos árabes. No presenta sino el invariante inherente a toda forma de una conjugación. La consecuencia debe ser formulada netamente: la "3ª persona" no es una "persona"; es incluso la forma verbal que tiene por función expresar la *no-persona*. A esta definición responden: la ausencia de cualquier pronombre de la 3ª persona, hecho fundamental, que basta con recordar, y la situación muy particular de la 3ª persona en el verbo de la mayoría de las lenguas, de la que ofreceremos algunos ejemplos.

En semítico, la 3ª sg. del perfecto no tiene desinencia. En turco, de manera general, la 3ª sg. tiene marca cero, frente a la 1ª sg. *-m* y la 2ª sg. *-n*; así en el presente durativo de "amar": 1. *sev-iyor-um*, 2. *sev-iyor-sun*, 3. *sev-iyor*; o en el pretérito determinado: 1. *sev-di-m*, 2. *sev-di-n*, 3. *sev-di*. En finougrio, la 3ª sg. representa el tema desnudo: ostiaco 1. *eutlem*, 2. *eutlen*, 3. *eutl*; en la conjugación subjetiva de "escribir" en húngaro: 1. *ír-ok*, 2. *ír-sz*, 3. *ír*. En georgiano, en la conjugación subjetiva (única en que intervenga exclusivamente la consideración de la persona como sujeto), las dos primeras personas, a más de sus desinencias, se caracterizan por prefijos: 1. *v-*; 2. *h-*, pero la 3ª sg. no tiene más que desinencia. En caucásico del

noroste (abjaz y cherqués, en particular) los índices personales son para las dos primeras personas de forma constante y regular, pero para la 3ª hay gran número de índices y no pocas dificultades. El dravidiano emplea para la 3ª sg. —a diferencia de las dos primeras— una forma nominal de nombre de agente. En esquimal, W. Thalbitzer señala bien el carácter no personal de la 3ª sg.: "Of a neutral character, lacking any mark of personality, is the ending of the third person singular -oq... which quite agrees with the common absolute ending of the noun... These endings for the third person indicative must be regarded as impersonal forms: *kapiwoq* 'there is a stab, one is stabbed'" (*Handb. of Amer. Ind. Lang.*, I, pp. 1032, 1057). En todas aquellas lenguas amerindias en que el verbo funciona por desinencias o por prefijos personales, esta marca suele faltar en la 3ª persona. En burušaski, la 3ª sg. de todos los verbos está sometida a los índices de las clases nominales, en tanto que las dos primeras escapan a ello (Lorimer, *The Burushaski Language*, I, p. 240, § 269)... Sin el menor esfuerzo se encontrarían hechos parecidos, en cantidad, en otras familias de lenguas. Los que acabamos de citar bastan para poner de realce que las dos primeras personas no están en el mismo plano que la tercera, que ésta siempre es tratada diferentemente y no como una verdadera "persona" verbal y que la clasificación uniforme en tres personas paralelas no conviene al verbo de estas lenguas.

En indoeuropeo, la 3ª sg. anómala del lituano testimonia en el mismo sentido. En la flexión arcaica del perfecto, si se analizan en sus elementos las desinencias 1. -a, 2. -tha, 3. -e, se obtiene: 1. -a₂e, 2. -t₂e, en oposición a 3. -e que funciona como desinencia cero. Si se considera en el plano sincrónico, fuera de cualquier referencia a la frase nominal, el futuro perifrástico sánscrito 1. *kartásmi*, 2. *kartási*, 3. *kartá*, se observa el mismo desacuerdo entre la 3ª persona y las dos primeras. Tampoco es fortuito que la flexión de "ser" en griego moderno oponga a las dos primeras, εἶμαι y εἶσαι, una 3ª persona εἶναι común al singular y al plural y que tiene estructura distinta. Inversamente, la diferencia puede manifestarse por una forma de 3ª sg., única marcada: así inglés (*he*) *loves* frente a (*I, you, we, they*) *love*. Hay que reflexionar sobre todos estos hechos concordantes para discernir la singularidad de la flexión "normal" en indoeuropeo, por ejemplo la del presente atemático *es-nú, es-sí, es-ti* de tres personas simétricas: lejos de representar un tipo constante y necesario, es, en el seno de las lenguas, una anomalía. La 3ª persona ha sido conformada a las dos primeras, por razones de simetría y porque toda

forma verbal indoeuropea tiende a poner de realce el índice de sujeto, único que puede manifestar. Tenemos aquí una regularidad de carácter extremo y excepcional.

Se sigue que, muy generalmente, la persona no es propia sino de las posiciones "yo" y "tú". La 3ª persona es, en virtud de su estructura misma, la forma no-personal de la flexión verbal.

De hecho, sirve siempre cuando la persona no es designada y notablemente en la expresión denominada impersonal. Topamos aquí con la cuestión de los impersonales, viejo problema y debate estéril en tanto se persiste en confundir "persona" y "sujeto". En *ῥεῖ, tonat, it rains*, es por cierto como no-personal como es narrado el proceso, en tanto que puro *fenómeno*, cuya producción no es referida a un agente; y las locuciones Ζεὺς ῥεῖ son, a no dudarlo, recientes y de algún modo racionalizadas al revés. La autenticidad de ῥεῖ está en que enuncia positivamente el proceso como desarrollándose fuera del "yo-tú", únicos que indican personas.

En efecto, una característica de las personas "yo" y "tú" es su *unicidad* específica: el "yo" que enuncia, el "tú" a quien "yo" se dirige son cada vez únicos. Pero "él" puede ser una infinidad de sujetos —o ninguno. Por eso el *je est un autre* —"yo es otro"— de Rimbaud proporciona la expresión típica de lo que es propiamente la "enajenación" mental, donde el yo es desposeído de su identidad constitutiva.

Otra característica es que "yo" y "tú" son inversibles: aquel que "yo" define como "tú" se piensa y puede invertirse a "yo", y "yo" se vuelve un "tú". Ninguna relación parecida es posible entre una de estas dos personas y "él", puesto que "él" en sí designa específicamente nada y nadie.

Por último, hay que adquirir cabal conciencia de esta particularidad: que la "tercera persona" es la única por la que una cosa es predicada verbalmente.

Así que no hay que representarse la "3ª persona" como una persona apta para despersonalizarse. No hay aféresis de la persona, sino exactamente la no-persona, poseedora, como marca, de la ausencia de lo que califica específicamente al "yo" y el "tú". Por no implicar persona alguna, puede adoptar no importa qué sujeto, o no tener ninguno, y este sujeto, expresado o no, no es jamás planteado como "persona". Este sujeto no hace sino agregar *en aposición* una precisión juzgada necesaria para la inteligencia del contenido, no para la determinación de la forma. Así, *volat avis* no significa "el

pájaro vuela”, sino “vuela, (scil.) el pájaro”. La forma *volat* se basta a sí misma y, aunque no personal, incluye la noción gramatical de sujeto. Igual proceden el náhuatl o el chinook, que incorporan siempre el pronombre sujeto (y también eventualmente el pronombre régimen) a la forma verbal, siendo tratados los sustantivos sujeto y régimen como aposiciones; chinook *tgigénxaute ikanáte temewálema*, “los espíritus vigilan el alma”, lit. “ellos la vigilan (*tgi*, “they it”), el alma (*ikanáte*), los espíritus (*t-mewálema*)” (cf. Boas, *Idb. of Amer. Ind. Lang.*, I, p. 647). Todo lo que está fuera de la persona estricta, es decir fuera del “yo-tú”, recibe como predicado una forma verbal de la “3ª persona” y no puede recibirlo de otra.

Esta posición tan particular de la 3ª persona explica algunos de sus empleos particulares en el dominio de la “palabra”. Puede afectársela a dos expresiones de valor opuesto. *Él* (o *ella*) puede servir de forma de alocución ante alguien que está presente cuando quiere sustraérsele a la esfera personal del “tú”. Por una parte, a manera de reverencia: es la forma de cortesía (empleada en italiano, en español, en alemán, o en las formas de “majestad”) que eleva al interlocutor por encima de la condición de persona y de la relación de hombre a hombre. Por otra parte, en testimonio de desprecio, para rebajar a quien no merece que se dirija uno “personalmente” a él. De su función de forma no-personal, la “3ª persona” extrae esta aptitud de volverse tanto una forma de respeto, que hace de un ser mucho más que una persona, como una forma de ultraje que puede aniquilarlo en tanto que persona.

Se ve ahora en qué consiste la oposición entre las dos primeras personas del verbo y la tercera. Se oponen como los miembros de una correlación, que es la *correlación de personalidad*: “yo-tú” posee la marca de persona; “él” está privado de ella. La “3ª persona” tiene por característica y por función constantes representar, al respecto de la forma misma, un invariante no-personal, y nada sino eso.

Pero si “yo” y “tú” están uno y otro caracterizados por la marca de persona, se aprecia bien que a su vez se oponen uno al otro, en el interior de la categoría que constituyen, por un rasgo cuya naturaleza lingüística debe ser definida.

La definición de la 2ª persona como aquella a la que la primera se dirige, conviene sin duda a su empleo más ordinario. Pero ordinario no quiere decir único y constante. Puede usarse la 2ª persona fuera de la alocución y hacerla entrar en una variedad de “impersonal”. Por ejemplo, *vous* funciona en francés como anafórico de *on*

(p. ej.: *on ne peut se promener sans que quelqu'un vous aborde*). En más de una lengua, *tú* sirve de sustituto al francés *on*: lat. *memoria minuitur nisi eam exerceas; crederes*, “se creería”; gr. εἶπος ἄν, “se diría”; gr. mod. λές, “se dice”, πᾶς, “se va”; en ruso, en locuciones formularias o proverbiales: *govoriš s nim — on ne slušajet*, “se le habla, no escucha”; *podumaeš čto on božen*, “se creería que está enfermo” (Mazon, *Gramm. russe*, § 157). Es preciso, y basta, representarse una *persona* distinta del “yo” para que se le afecte el índice “tú”. Así toda *persona* que uno se represente es de la forma “tú”, muy particularmente —pero no necesariamente— la *persona* interpelada. El “tú” puede pues definirse como “la *persona* no-yo”.

Hay así ocasión de verificar una oposición de “*persona-yo*” a “*persona no-yo*”. ¿Sobre qué fundamento se establece? A la pareja *yo/tú* pertenece en propiedad una correlación especial, que llamaremos, a falta de otra cosa, *correlación de subjetividad*. Lo que diferencia “yo” de “tú” es principalmente el hecho de ser, en el caso de “yo”, *interior* al enunciado y exterior a “tú”, pero exterior de una manera que no suprime la realidad humana del diálogo; pues la 2ª persona de los empleos citados en ruso, etc., es una forma que presume o suscita una “*persona*” ficticia y con ello instituye una relación vivida entre “yo” y esta cuasi-*persona*; por lo demás, “yo” es siempre *trascendente* en relación con “tú”. Cuando salgo de “yo” para establecer una relación viva con un ser, encuentro o planteo por necesidad un “tú”, que es, fuera de mí, la sola “*persona*” imaginable. Estas cualidades de interioridad y de trascendencia pertenecen en propiedad al “yo” y se invierten en “tú”. Se podrá pues definir el “tú” como la *persona no-subjetiva*, frente a la *persona subjetiva* que “yo” representa; y estas dos “*personas*” se opondrán juntas a la forma de “no-*persona*” (= él).

Parecería que todas las relaciones planteadas entre las tres formas del singular debiesen mantenerse parecidas, de ser traspuestas al plural (las formas del dual no son problema sino como dual, no como personas). Y sin embargo es bien sabido que, en los pronombres personales, el tránsito del singular al plural no implica una simple pluralización. Por añadidura, en numerosas lenguas se crea una diferenciación de la forma verbal de 1ª plur. bajo dos aspectos distintos (inclusivo y exclusivo) que denuncia una complejidad particular.

Como en el singular, el problema central es aquí el de la primera *persona*. El simple hecho de que palabras diferentes sean muy generalmente empleadas para “yo” y “nosotros” (y también para “tú” y

“vosotros”) basta para exceptuar a los pronombres de los procedimientos ordinarios de pluralización. Hay algunas excepciones, sí, pero muy raras y parciales: por ejemplo en esquimal, del sg. *uwajja*, “yo”, en el plur. *uwajut*, “nosotros”, el tema es parecido y entra en una formación de plural nominal. Pero *illi*, “tú”, e *ilisse*, “vosotros”, ya contrasta de otra manera. De todos modos, la identidad de las formas pronominales en el singular y el plural sigue siendo la excepción. En la gran mayoría de las lenguas, el plural pronominal no coincide con el plural nominal, cuando menos tal como es representado de ordinario. Es claro en efecto que la unicidad y la subjetividad inherentes a “yo” contradicen la posibilidad de una pluralización. Si no puede haber varios “yo” concebidos por el “yo” mismo que habla, es que “nosotros” es, no ya una multiplicación de objetos idénticos, sino una *yunción* entre “yo” y “no-yo”. Esta yunción forma una totalidad nueva y de un tipo particularísimo, donde los componentes no equivalen uno a otro: en “nosotros”, es siempre “yo” quien predomina puesto que no hay “nosotros” sino a partir de “yo”, y este “yo” somete el elemento “no-yo” en virtud de su cualidad trascendente. La presencia de “yo” es constitutiva del “nosotros”.

El “no-yo” implícito y necesario en “nosotros” es notoriamente susceptible de recibir, en lenguas muy diversas, dos contenidos precisos y distintos. “Nosotros” se dice de una manera cuando es “yo + vosotros”, y de otra para “yo + ellos”. Son las formas inclusiva y exclusiva, que diferencian el plural pronominal y verbal de la 1ª persona en gran parte de las lenguas amerindias, australianas, en papú, en malayopolinesio, en dravidiano, en tibetano, en manchú y tungús, en nama, etc.

Esta denominación de “inclusivo” y “exclusivo” no puede tenerse por satisfactoria; descansa de hecho en la inclusión o la exclusión del “vosotros”, mas por relación a “ellos”, las designaciones podrían invertirse exactamente. Sin embargo, será difícil hallar términos más apropiados. De mayor importancia nos parece el análisis de esta categoría “inclusivo-exclusivo” desde el punto de vista de las relaciones de persona.

Aquí el hecho esencial que hay que reconocer es que la distinción de las formas inclusiva y exclusiva se moldea en realidad sobre la relación que planteamos entre la 1ª y la 2ª sg., y entre la 1ª y la 3ª sg., respectivamente. Estas dos pluralizaciones de la 1ª sg. sirven para conjuntar en cada caso los términos opuestos de las dos corre-

laciones que hemos deslindado. El plural exclusivo (“yo + ellos”) consiste en una yunción de las dos formas que se oponen como personal y no-personal en virtud de la “correlación de persona”. Por ejemplo, en siuslaw (Oregón), la forma exclusiva en el dual (*-axún*, *-axúd*) y en el plural (*-nxan*) consiste en la de 3ª dual (*-ax*) y plural (*-nx*) aumentada con la final de 1ª sg. (*-n*) (cf. Frachtenberg, *Hdb. of Amer. Ind. Lang.*, II, p. 468). Por el contrario la forma inclusiva (“yo + vosotros”) efectúa la yunción de las personas entre las que existe la “correlación de subjetividad”. Es interesante observar que, en algonquino (fox), el pronombre independiente “nosotros” inclusivo, *ke-gunāna*, tiene el índice *ke-* de la 2ª pers. *ke-gwa*, “tú”, y *ke-guwāwa*, “vosotros”, en tanto que “nosotros” exclusivo, *ne-gunāna*, tiene el *ne-* de la 1ª pers. *ne-gwa*, “yo” (*Hdb.*, I, p. 817): es una “persona” la que predomina en cada una de las dos formas, “yo” en la exclusiva (implicando yunción con la no-persona), “tú” en la inclusiva (implicando yunción de la persona no-subjetiva con “yo” implícito). No es ésta sino una de las realizaciones, muy diversas, de esta pluralidad. Son posibles otras. Pero aquí se ve la diferenciación operarse en el principio mismo de la persona: en “nosotros” inclusivo que se opone a “él, ellos”, es “tú” quien sobresale, en tanto que, en “nosotros” exclusivo que se opone a “tú, vosotros” es “yo” el subrayado. Las dos correlaciones que organizan el sistema de las personas en el singular se manifiestan así en la doble expresión de “nosotros”.

Pero el “nosotros” indiferenciado de las otras lenguas, indoeuropeas por ejemplo, ha de ser considerado desde un punto de vista distinto. ¿En qué consiste aquí la pluralización de la persona verbal? Este “nosotros” es cosa distinta de una yunción de elementos definibles; el predominio de “yo” es aquí muy señalado, hasta el punto de que, en ciertas condiciones, este plural puede servir de singular. La razón es que “nosotros” no es un “yo” cuantificado o multiplicado, es un “yo” *dilatado* más allá de la persona estricta, a la vez acrecentado y de contornos vagos. De donde proceden, fuera del plural ordinario, dos empleos opuestos, no contradictorios. Por un lado, el “yo” se amplifica en “nosotros” dando una persona más considerable, más solemne y menos definida; es el “nosotros” de majestad. Por otro lado, el empleo de “nosotros” esfumina la afirmación demasiado rotunda de “yo” en una expresión más vasta y difusa: es el “nosotros” de autor o de orador. Puede pensarse asimismo explicar así las contaminaciones o encabalgamientos frecuentes

del singular y el plural, o del plural y el impersonal en el lenguaje popular o campesino: *nous, on va* (toscano pop. *noi si canta*), o *je sommes*, en francés del norte, hacen juego con el *nous suis* del franco-provenzal: expresiones en que se mezclan la necesidad de dar a "nosotros" una comprensión indefinida y la afirmación voluntariamente vaga de un "yo" prudentemente generalizado.

De manera general, la persona verbal en plural expresa una persona ampliada y difusa. El "nosotros" anexa al "yo" una globalidad indistinta de otras personas. En el tránsito del "tú" a "vosotros", trátese del "vosotros" colectivo o del "vos" de cortesía, se reconoce una generalización de "tú", sea metafórica, sea real, y en relación con la cual, en lenguas de cultura sobre todo occidentales, el "tú" adquiere a menudo valor de alocución estrictamente personal, y así familiar. En cuanto a la no-persona (3ª persona), la pluralización verbal, cuando no es el predicado gramaticalmente regular de un sujeto plural, cumple igual función que en las formas "personales": expresa la generalidad indecisa del *se*, del *on* francés (tipo *dicunt, they say* —dicen). Es la no-persona misma la que, extendida e ilimitada por su expresión, expresa el conjunto indefinido de los seres no-personales. En el verbo como en el pronombre personal, el plural es factor de ilimitación, no de multiplicación.

Así, las expresiones de la persona verbal están en su conjunto organizadas por dos correlaciones constantes:

1] *Correlación de personalidad*, que opone las personas *yo/tú* a la no-persona *él*;

2] *correlación de subjetividad*, interior a la precedente y que opone *yo* a *tú*.

La distinción ordinaria de singular y plural debe ser, si no reemplazada, sí cuando menos interpretada, en el orden de la persona, por una distinción entre *persona estricta* (= "singular") y *persona ampliada* (= "plural"). Únicamente la "tercera persona", por ser no-persona, admite un verdadero plural.

En el debate siempre abierto acerca de la naturaleza de los pronombres, es costumbre considerar dichas formas lingüísticas como si formarían una misma clase formal y funcional; al ejemplo, pongamos por caso, de las formas nominales o de las formas verbales. Ahora, todas las lenguas poseen pronombres, y en todas se los define como si se refirieran a las mismas categorías de expresión (pronombres personales, demostrativos, etc.). La universalidad de estas formas y de estas nociones conduce a pensar que el problema de los pronombres es a la vez un problema de lenguaje y un problema de lenguas o, mejor, que si lo es de lenguas es por serlo antes de lenguaje. Es como hecho de lenguaje como lo plantearémos aquí, para mostrar que los pronombres no constituyen una clase unitaria, sino especies diferentes según el modo de lenguaje del que sean signos. Los unos pertenecen a la sintaxis de la lengua, los otros son característicos de lo que llamaremos las "instancias de discurso", es decir, los actos discretos y cada vez únicos merced a los que la lengua se actualiza en palabra en un locutor.

Debe considerarse ante todo la situación de los pronombres personales. No basta con distinguirlos de los demás pronombres mediante una denominación que los separe. Hay que ver que la definición ordinaria de los pronombres personales como consistente en los tres términos *yo, tú, él*, precisamente suprime la noción de "persona". Ésta es propia tan sólo de *yo/tú*, y falta en *él*. Esta diferencia esencial se desprenderá del análisis de *yo*.

Entre *yo* y un nombre que se refiera a una noción léxica, no hay solamente las diferencias formales, muy variables, que impone la estructura morfológica y sintáctica de las lenguas particulares. Hay otras, derivadas del proceso mismo de la enunciación lingüística y que son de naturaleza más general y más profunda. El enunciado que contiene *yo* pertenece a ese nivel o tipo de lenguaje que Charles

¹ Extraído de *For Roman Jakobson*. Mouton & Co., La Haya, 1956.

Morris llama pragmático, que incluye, con los signos, a quienes lo usan. Puede imaginarse un texto lingüístico de gran extensión —un tratado científico, por ejemplo— en que *yo* y *tú* no apareciesen ni una vez; a la inversa, sería difícil concebir un corto texto hablado en que no fuesen empleados. Pero los demás signos de la lengua se repartirían indiferentemente entre estos dos géneros de textos. Fuera de esta condición de empleo, que es ya distintiva, extraeremos una propiedad fundamental, y por lo demás manifiesta, de *yo* y *tú* en la organización referencial de los signos lingüísticos. Cada instancia de empleo de un nombre se refiere a una noción constante y “objetiva”, apta para permanecer virtual o para actualizarse en un objeto singular, y que se mantiene siempre idéntica en la representación que despierta. Mas las instancias de empleo de *yo* no constituyen una clase de referencia, puesto que no hay “objeto” definible como *yo* al que pudieran remitir idénticamente estas instancias. Cuando *yo* tiene su referencia propia, y corresponde cada vez a un ser único, planteado como tal.

¿Cuál es, pues, la “realidad” a la que se refiere *yo* o *tú*? Tan sólo una “realidad de discurso”, que es cosa muy singular. *Yo* no puede ser definido más que en términos de “locución”, no en términos de objetos, como lo es un signo nominal. *Yo* significa “la persona que enuncia la presente instancia de discurso que contiene *yo*”. Instancia única por definición, y válida nada más en su unicidad. Si percibo dos instancias sucesivas de discurso que contengan *yo*, proferidas por la misma voz, nada me garantiza aun que una de ellas no sea un discurso narrado, una cita en la que *yo* sería imputable a otro. Así que debe subrayarse este punto: *yo* no puede ser identificado sino por la instancia de discurso que lo contenga, y sólo por ella. Sólo vale en la instancia en que es producido. Pero, paralelamente, es también en tanto que instancia de forma *yo* como debe ser tomado; la forma *yo* no tiene existencia lingüística más que en el acto de palabra que la profiere. Hay pues, en este proceso, una doble instancia conjugada: instancia de *yo* como referente, e instancia de discurso que contiene *yo*, como referido. La definición puede entonces ser precisada así: *yo* es el “individuo que enuncia la presente instancia de discurso que contiene la instancia lingüística *yo*”. Por consiguiente, introduciendo la situación de “alocución”, se obtiene una definición simétrica para *tú*, como “el individuo al que se dirige la alocución en la presente instancia de discurso que contiene la instancia lingüística *tú*”. Estas definiciones apuntan a *yo* y *tú* como

categoría del lenguaje y se refieren a su posición en el lenguaje. No se consideran las formas específicas de esta categoría en las lenguas dadas, y poco importa que estas formas deban figurar explícitamente en el discurso o puedan permanecerle implícitas.

Esta referencia constante y necesaria a la instancia de discurso constituye el rasgo que une a *yo/tú* una serie de “indicadores” participantes, por su forma y sus aptitudes combinatorias, de clases diferentes, pronombres los unos, adverbios otros, otros más locuciones adverbiales.

Tales son primeramente los demostrativos: *este*, etc., en la medida en que están organizados correlativamente a los indicadores de persona, como en lat. *hic/iste*. Hay aquí un rasgo nuevo y distintivo de esta serie: es la identificación del objeto por un indicador de ostensión concomitante a la instancia de discurso que contiene el indicador de persona: *este* será el objeto designado por ostensión simultánea a la presente instancia de discurso, la referencia implícita en la forma (por ejemplo, *hic* opuesto a *iste*) asociándolo a *yo*, *tú*. Fuera de esta clase, pero en el mismo plano y asociados a la misma referencia, hallamos los adverbios *aquí* y *ahora*. Saldrá a relucir su relación con *yo* definiéndolos: *aquí* y *ahora* delimitan la instancia espacial y temporal coextensiva y contemporánea de la presente instancia de discurso que contiene *yo*. Esta serie no se limita a *aquí* y *ahora*, sin embargo; crece merced a gran número de términos simples o complejos procedentes de la misma relación: *hoy*, *ayer*, *mañana*, *dentro de tres días*, etc. De nada sirve definir estos términos y los demostrativos en general por la deixis, como se hace, de no agregarse que la deixis es contemporánea de la instancia de discurso que porta el indicador de persona; de esta referencia extrae el demostrativo su carácter cada vez único y particular, que es la unidad de la instancia de discurso a la cual se refiere.

De modo que lo esencial es la relación entre el indicador (de persona, de tiempo, de lugar, de objeto mostrado, etc.) y la presente instancia del discurso. Pues en cuanto no se apunta ya, por la expresión misma, a esta relación del indicador a la instancia única que lo manifiesta, la lengua recurre a una serie de términos distintos que corresponden uno a uno a los primeros y que se refieren no ya a la instancia de discurso, sino a los objetos “reales”, a los tiempos y lugares “históricos”. De donde correlaciones como *yo:él* — *aquí:allá* — *ahora:entonces* — *hoy:aquel día* — *ayer:la víspera* — *mañana:al día siguiente* — *la semana próxima:la semana siguiente* — *hace tres*

días: tres días antes, etc. La lengua misma descubre la diferencia profunda entre estos dos planos.

Se ha tratado demasiado a la ligera y como cosa obvia la referencia al "sujeto parlante" implícito en todo este grupo de expresiones. Se despoja de su significación propia esta referencia si no se discierne el rasgo por el que se distingue de los demás signos lingüísticos. Es, con todo, un hecho a la vez original y fundamental el que estas formas "pronominales" no remitan a la "realidad" ni a posiciones "objetivas" en el espacio o en el tiempo, sino a la enunciación, cada vez única, que las contiene y hagan reflexivo así su propio empleo. La importancia de su función se medirá por la naturaleza del problema que sirvan para resolver y que no es otro que el de la comunicación intersubjetiva. El lenguaje ha resuelto este problema creando un conjunto de signos "vacíos", no referenciales por relación a la "realidad", siempre disponibles, y que se vuelven "llenos" no bien un locutor los asume en cada instancia de su discurso. Desprovistos de referencia material, no pueden usarse mal; por no afirmar nada, no están sometidos a la condición de verdad y escapan a toda denegación. Su papel es ofrecer el instrumento de una conversión, que puede denominarse la conversión del lenguaje en discurso. Es identificándose como persona única que pronuncia *yo* como cada uno de los locutores se pone sucesivamente como "sujeto". El empleo tiene, pues, por condición la situación de discurso, y ninguna otra. Si cada locutor, para expresar el sentimiento que tiene de su subjetividad irreductible, dispusiera de un "indicativo" distinto (en el sentido en que cada estación radioemisora posee su "indicativo" propio), habría prácticamente tantas lenguas como individuos y la comunicación se tornaría estrictamente imposible. El lenguaje ataja semejante riesgo instituyendo un signo único, pero móvil, *yo*, que puede ser asumido por cada locutor, a condición de que no remita cada vez sino a la instancia de su propio discurso. De suerte que este signo está ligado al ejercicio del lenguaje y declara al locutor como tal. Es esta propiedad la que funda el discurso individual, en el que cada locutor asume por su cuenta el lenguaje entero. El hábito nos hace fácilmente insensibles a esta diferencia profunda entre el lenguaje como sistema de signos y el lenguaje asumido como ejercicio por el individuo. Cuando el individuo se lo apropia, el lenguaje se convierte en instancias de discurso, caracterizadas por ese sistema de referencias internas cuya clave es *yo*, y que define el individuo por la construcción lingüística particular de que se sirve cuando se enuncia como locutor.

Así los indicadores *yo* y *tú* no pueden existir como signos virtuales, no existen sino en tanto que son actualizados en la instancia de discurso, donde marcan mediante cada una de sus propias instancias el proceso de apropiación por el locutor.

El carácter sistemático del lenguaje hace que la apropiación señalada por estos indicadores se propague en la instancia de discurso a todos los elementos susceptibles de "acordarse" formalmente con ellos; ante todo, por procedimientos variables según el tipo de idioma, al verbo. Debe insistirse en este punto: la "forma verbal" es solidaria de la instancia individual de discurso por ser siempre y necesariamente actualizada por el acto del discurso y estar en dependencia de este acto. No puede comprender ninguna forma virtual y "objetiva". Si el verbo es de ordinario representado por su infinitivo como encabezado de léxico en numerosas lenguas, es convención pura; el infinitivo en lengua es muy otra cosa que el infinitivo de la metalengua lexicográfica. Todas las variaciones del paradigma verbal, aspecto, tiempo, género, persona, etc., resultan de esta actualización y de esta dependencia respecto a la instancia de discurso, notablemente el "tiempo" del verbo, que es siempre relativo a la instancia en que figura la forma verbal. Un enunciado personal finito se constituye pues sobre un plano doble: pone en acción la función denominativa del lenguaje para las referencias de objeto que ésta establece como signos léxicos distintivos, y dispone tales referencias de objeto con ayuda de indicadores autorreferenciales correspondientes a cada una de las clases formales que el idioma reconoce.

Pero ¿siempre es así? Si el lenguaje en ejercicio se produce por necesidad en instancias discretas, ¿tal necesidad lo condena también a no consistir más que en instancias "personales"? Sabemos empíricamente que no. Hay enunciados de discurso que, a despecho de su naturaleza individual, escapan a la condición de persona, o sea que remiten no a ellos mismos, sino a una situación "objetiva". Es el dominio de lo que se denomina la "tercera persona".

La "tercera persona" representa de hecho el miembro no marcado de la correlación de persona. Es por ello por lo que no es una prerogativa afirmar que la no-persona es el solo modo de enunciación posible para las instancias de discurso que no deben remitir a ellas mismas, sino que predicen el proceso de no importa quién o no importa qué, aparte de la instancia misma, pudiendo siempre este no importa quién o no importa qué estar provisto de una referencia objetiva.

Así, en la clase formal de los pronombres, los llamados de "tercera persona" son enteramente diferentes de *yo* y *tú*, por su función y por su naturaleza. Como se ha visto desde hace mucho, las formas como *él*, *lo*, *esto*, no sirven sino en calidad de sustitutos abreviativos ("Pedro está enfermo; *él* tiene fiebre"); rempazan o relevan uno u otro de los elementos materiales del enunciado. Pero esta función no se anexa tan sólo a los pronombres; puede ser cumplida por elementos de otras clases; llegado el caso, en francés o español, por ciertos verbos (*cet enfant écrit maintenant mieux qu'il ne faisait l'année dernière* — "este niño escribe ahora mejor que lo hacía el año pasado"). Es una función de "representación" sintáctica que se extiende así a términos tomados a las diferentes "partes del discurso" y que responde a una necesidad de economía, remplazando un segmento del enunciado, y hasta un enunciado entero, por un sustituto más manejable. No hay así nada en común entre la función de estos sustitutos y la de los indicadores de persona.

Que la "tercera persona" es de veras una no-persona, es cosa que ciertos idiomas muestran literalmente.² Por no tomar sino un ejemplo entre muchos, he aquí como se presentan los prefijos pronominales posesivos en las dos series (aproximadamente inalienable y alienable) del yuma (California): 1ª pers. *ʔ*-, *ʔanʔ*-, 2ª pers. *m*-, *manʔ*-, 3ª pers. cero, *nʔ*-.³ La referencia de persona es una referencia cero fuera de la relación *yo/tú*. En otros idiomas (indoeuropeos en particular), la regularidad de la estructura formal y una simetría de origen secundario producen la impresión de tres personas coordinadas. Tal es especialmente el caso de las lenguas modernas de pronombre obligatorio donde *él* parece, lo mismo que *yo* y *tú*, miembro de un paradigma de tres términos; o de la flexión de presente indoeuropeo con *-mi*, *-si*, *-ti*. De hecho la simetría no pasa de ser formal. Lo que hay que considerar como distintivo de la "3ª persona" es la propiedad 1) de combinarse con no importa qué referencia de objeto; 2) de no ser jamás reflexiva de la instancia de discurso; 3) de disponer de un número a veces bastante grande de variantes pronominales o demostrativas; 4) de no ser compatible con el paradigma de los términos referenciales tales como *aquí*, *ahora*, etc.

² Ver ya en este sentido B. S. L., XLIII (1946), pp. 1 ss. (p. 161 de este libro).

³ De acuerdo con A. M. Halpern, en su artículo "Yuma", *Linguistic Structures of Native America*, Harry Hoijer y otros, reeds. (= *Viking Fund Publications in Anthropology*, 6), 1964, p. 264.

Un análisis, incluso sumario, de las formas clasificadas indistintamente como pronominales, conduce, pues, a reconocer en ellas clases de naturaleza harto diferente, y, en consecuencia, a distinguir entre la lengua como repertorio de signos y sistema de sus combinaciones, por una parte, y, por otra, la lengua como actividad manifestada en instancias de discurso que son caracterizadas como tales por índices propios.

DE LA SUBJETIVIDAD EN EL LENGUAJE ¹

Si el lenguaje es, como dicen, instrumento de comunicación, ¿a qué debe semejante propiedad? La pregunta acaso sorprenda, como todo aquello que tenga aire de poner en tela de juicio la evidencia, pero a veces es útil pedir a la evidencia que se justifique. Se ocurren entonces, sucesivamente, dos razones. La una sería que el lenguaje aparece *de hecho* así empleado, sin duda porque los hombres no han dado con medio mejor ni siquiera tan eficaz para comunicarse. Esto equivale a verificar lo que deseábamos comprender. Podría también pensarse que el lenguaje presenta disposiciones tales que lo tornan apto para servir de instrumento; se presta a transmitir lo que le confío, una orden, una pregunta, un aviso, y provoca en el interlocutor un comportamiento adecuado a cada ocasión. Desarrollando esta idea desde un punto de vista más técnico, añadiríamos que el comportamiento del lenguaje admite una descripción conductista, en términos de estímulo y respuesta, de donde se concluye el carácter mediato e instrumental del lenguaje. ¿Pero es de veras del lenguaje de lo que se habla aquí? ¿No se lo confunde con el discurso? Si aceptamos que el discurso es lenguaje puesto en acción, y necesariamente entre partes, hacemos que asome, bajo la confusión, una petición de principio, puesto que la naturaleza de este "instrumento" es explicada por su situación como "instrumento". En cuanto al papel de transmisión que desempeña el lenguaje, no hay que dejar de observar por una parte que este papel puede ser confiado a medios no lingüísticos, gestos, mímica, y por otra parte, que nos dejamos equivocar aquí, hablando de un "instrumento", por ciertos procesos de transmisión que, en las sociedades humanas, son sin excepción posteriores al lenguaje y que imitan el funcionamiento de éste. Todos los sistemas de señales, rudimentarios o complejos, están en este caso.

En realidad la comparación del lenguaje con un instrumento —y con un instrumento material ha de ser, por cierto, para que la com-

paración sea sencillamente inteligible— debe hacernos desconfiar mucho, como cualquier noción simplista acerca del lenguaje. Hablar de instrumento es oponer hombre y naturaleza. El pico, la flecha, la rueda no están en la naturaleza. Son fabricaciones. El lenguaje está en la naturaleza del hombre, que no lo ha fabricado. Siempre propendemos a esa figuración ingenua de un período original en que un hombre completo se descubriría un semejante no menos completo, y entre ambos, poco a poco, se iría elaborando el lenguaje. Esto es pura ficción. Nunca llegamos al hombre separado del lenguaje ni jamás lo vemos inventarlo. Nunca alcanzamos el hombre reducido a sí mismo, ingeniándose para concebir la existencia del otro. Es un hombre hablante el que encontramos en el mundo, un hombre hablando a otro, y el lenguaje enseña la definición misma del hombre.

Todos los caracteres del lenguaje, su naturaleza inmaterial, su funcionamiento simbólico, su ajuste articulado, el hecho de que posca un *contenido*, bastan ya para tornar sospechosa esta asimilación a un instrumento, que tiende a disociar del hombre la propiedad del lenguaje. Ni duda cabe que en la práctica cotidiana el vaivén de la palabra sugiere un intercambio, y por tanto una "cosa" que intercambiaríamos; la palabra parece así asumir una función instrumental o vehicular que estamos prontos a hipostatizar en "objeto". Pero, una vez más, tal papel toca a la palabra.

Una vez devuelta a la palabra esta función, puede preguntarse qué predisponía a aquélla a garantizar ésta. Para que la palabra garantice la "comunicación" es preciso que la habilite el lenguaje, del que ella no es sino actualización. En efecto, es en el lenguaje donde debemos buscar la condición de esta aptitud. Reside, nos parece, en una propiedad del lenguaje, poco visible bajo la evidencia que la disimula, y que todavía no podemos caracterizar si no es sumariamente.

Es en y por el lenguaje como el hombre se constituye como *sujeto*; porque el solo lenguaje funda en realidad, en su realidad que es la del ser, el concepto de "ego".

La "subjetividad" de que aquí tratamos es la capacidad del locutor de plantearse como "sujeto". Se define no por el sentimiento que cada quien experimenta de ser él mismo (sentimiento que, en la medida en que es posible considerarlo, no es sino un reflejo), sino como la unidad psíquica que trasciende la totalidad de las experiencias vividas que reúne, y que asegura la permanencia de la conciencia. Pues bien, sostenemos que esta "subjetividad", póngase en fenómeno-

¹ *Journal de Psychologie*, julio-sept., 1958, P. U. F.

logía o en psicología, como se guste, no es más que la emergencia en el ser de una propiedad fundamental del lenguaje. Es "ego" quien dice "ego". Encontramos aquí el fundamento de la "subjetividad", que se determina por el estatuto lingüístico de la "persona".

La conciencia de sí no es posible más que si se experimenta por contraste. No empleo yo sino dirigiéndome a alguien, que será en mi alocución un tú. Es esta condición de diálogo la que es constitutiva de la *persona*, pues implica en reciprocidad que me torne tú en la alocución de aquel que por su lado se designa por yo. Es aquí donde vemos un principio cuyas consecuencias deben desplegarse en todas direcciones. El lenguaje no es posible sino porque cada locutor se pone como *sujeto* y remite a sí mismo como yo en su discurso. En virtud de ello, yo plantea otra persona, la que, exterior y todo a "mí", se vuelve mi eco al que digo tú y que me dice tú. La polaridad de las personas, tal es en el lenguaje la condición fundamental, de la que el proceso de comunicación, que nos sirvió de punto de partida, no pasa de ser una consecuencia del todo pragmática. Polaridad por lo demás muy singular en sí, y que presenta un tipo de oposición cuyo equivalente no aparece en parte alguna, fuera del lenguaje. Esta polaridad no significa igualdad ni simetría: "ego" tiene siempre una posición de trascendencia con respecto a tú; no obstante, ninguno de los dos términos es concebible sin el otro; son complementarios, pero según una oposición "interior/exterior", y al mismo tiempo son reversibles. Búsquese un paralelo a esto; no se hallará. Única es la condición del hombre en el lenguaje.

Así se desploman las viejas antinomias del "yo" y del "otro", del individuo y la sociedad. Dualidad que es ilegítimo y erróneo reducir a un solo término original, sea éste el "yo", que debiera estar instalado en su propia conciencia para abrirse entonces a la del "prójimo", o bien sea, por el contrario, la sociedad, que preexistiría como totalidad al individuo y de donde éste apenas se desgajaría conforme adquiriese la conciencia de sí. Es en una realidad dialéctica, que engloba los dos términos y los define por relación mutua, donde se descubre el fundamento lingüístico de la subjetividad.

Pero ¿tiene que ser lingüístico dicho fundamento? ¿Cuáles títulos se arroga el lenguaje para fundar la subjetividad?

De hecho, el lenguaje responde a ello en todas sus partes. Está marcado tan profundamente por la expresión de la subjetividad que se pregunta uno si, construido de otra suerte, podría seguir funcionando y llamarse lenguaje. Hablamos ciertamente del lenguaje, y no

solamente de lenguas particulares. Pero los hechos de las lenguas particulares, concordantes, testimonian por el lenguaje. Nos conformaremos con citar los más aparentes.

Los propios términos de que nos servimos aquí, yo y tú, no han de tomarse como figuras sino como formas lingüísticas, que indican la "persona". Es un hecho notable —mas ¿quién se pone a notarlo, siendo tan familiar?— que entre los signos de una lengua, del tipo, época o región que sea, no falten nunca los "pronombres personales". Una lengua sin expresión de la persona no se concibe. Lo más que puede ocurrir es que, en ciertas lenguas, en ciertas circunstancias, estos "pronombres" se omitan deliberadamente; tal ocurre en la mayoría de las sociedades del Extremo Oriente, donde una convención de cortesía impone el empleo de perífrasis o de formas especiales entre determinados grupos de individuos, para remplazar las referencias personales directas. Pero estos usos no hacen sino subrayar el valor de las formas evitadas; pues es la existencia implícita de estos pronombres la que da su valor social y cultural a los sustitutos impuestos por las relaciones de clase.

Ahora bien, estos pronombres se distinguen en esto de todas las designaciones que la lengua articula: *no remiten ni a un concepto ni a un individuo*.

No hay concepto "yo" que englobe todos los yo que se enuncian en todo instante en boca de todos los locutores, en el sentido en que hay un concepto "árbol" al que se reducen todos los empleos individuales de *árbol*. El "yo" no denomina, pues, ninguna entidad léxica. ¿Podrá decirse entonces que yo se refiere a un individuo particular? De ser así, se trataría de una contradicción permanente admitida en el lenguaje, y la anarquía en la práctica: ¿cómo el mismo término podría referirse indiferentemente a no importa cuál individuo y al mismo tiempo identificarlo en su particularidad? Estamos ante una clase de palabras, los "pronombres personales", que escapan al estatuto de todos los demás signos del lenguaje. ¿A qué yo se refiere? A algo muy singular, que es exclusivamente lingüístico: yo se refiere al acto de discurso individual en que es pronunciado, y cuyo locutor designa. Es un término que no puede ser identificado más que en lo que por otro lado hemos llamado instancia de discurso, y que no tiene otra referencia que la actual. La realidad a la que remite es la realidad del discurso. Es en la instancia de discurso en que yo designa el locutor donde éste se enuncia como "sujeto". Así, es verdad, al pie de la letra, que el fundamento de la subjetividad

está en el ejercicio de la lengua. Por poco que se piense, se advertirá que no hay otro testimonio objetivo de la identidad del sujeto que el que así da él mismo sobre sí mismo.

El lenguaje está organizado de tal forma que permite a cada locutor *apropiarse* la lengua entera designándose como *yo*.

Los pronombres personales son el primer punto de apoyo para este salir a luz de la subjetividad en el lenguaje. De estos pronombres dependen a su vez otras clases de pronombres, que comparten el mismo estatuto. Son los indicadores de la *deixis*, demostrativos, adverbios, adjetivos, que organizan las relaciones espaciales y temporales en torno al "sujeto" tomado como punto de referencia: "esto, aquí, ahora", y sus numerosas correlaciones "eso, ayer, el año pasado, mañana", etc. Tienen por rasgo común definirse solamente por relación a la instancia de discurso en que son producidos, es decir bajo la dependencia del *yo* que en aquélla se enuncia.

Fácil es ver que el dominio de la subjetividad se agranda más y tiene que anexarse la expresión de la temporalidad. Cualquiera que sea el tipo de lengua, por doquier se aprecia cierta organización lingüística de la noción de tiempo. Poco importa que esta noción se marque en la flexión de un verbo o mediante palabras de otras clases (partículas; adverbios; variaciones léxicas, etc.) —es cosa de estructura formal. De una u otra manera, una lengua distingue siempre "tiempos"; sea un pasado y un futuro, separados por un presente, como en francés o en español; sea un presente-pasado opuesto a un futuro, o un presente-futuro distinguido de un pasado, como en diversas lenguas amerindias, distinciones susceptibles a su vez de variaciones de aspecto, etc. Pero siempre la línea divisoria es una referencia al "presente". Ahora, este "presente" a su vez no tiene como referencia temporal más que un dato lingüístico: la coincidencia del acontecimiento descrito con la instancia de discurso que lo describe. El asidero temporal del presente no puede menos de ser interior al discurso. El *Dictionnaire général* define el "presente" como "el tiempo del verbo que expresa el tiempo en que se está". Pero cuidémonos: no hay otro criterio ni otra expresión para indicar "el tiempo en que se *está*" que tomarlo como "el tiempo en que se *habla*". Es éste el momento eternamente "presente", pese a no referirse nunca a los mismos acontecimientos de una cronología "objetiva", por estar determinado para cada locutor por cada una de las instancias de discurso que le tocan. El tiempo lingüístico es *sui-referencial*. En último análisis la temporalidad humana con todo

su aparato lingüístico saca a relucir la subjetividad inherente al ejercicio mismo del lenguaje.

El lenguaje es pues la posibilidad de la subjetividad, por contener siempre las formas lingüísticas apropiadas a su expresión, y el discurso provoca la emergencia de la subjetividad, en virtud de que consiste en instancias discretas. El lenguaje propone en cierto modo formas "vacías" que cada locutor en ejercicio de discurso se apropia, y que refiere a su "persona", definiendo al mismo tiempo él mismo como *yo* y una pareja como *tú*. La instancia de discurso es así constitutiva de todas las coordenadas que definen el sujeto, y de las que apenas hemos designado sumariamente las más aparentes.

La instalación de la "subjetividad" en el lenguaje crea, en el lenguaje y —creemos— fuera de él también, la categoría de la persona. Tiene por lo demás efectos muy variados en la estructura misma de las lenguas, sea en el ajuste de las formas o en las relaciones de la significación. Aquí nos fijamos en lenguas particulares, por necesidad, a fin de ilustrar algunos efectos del cambio de perspectiva que la "subjetividad" puede introducir. No podríamos decir cuál es, en el universo de las lenguas reales, la extensión de las particularidades que señalamos; de momento es menos importante delimitarlas que hacerlas ver. El español ofrece algunos ejemplos cómodos.

De manera general, cuando empleo el presente de un verbo en las tres personas (según la nomenclatura tradicional), parecería que la diferencia de persona no acarree ningún cambio de sentido en la forma verbal conjugada. Entre *yo como, tú comes, él come*, hay en común y de constante que la forma verbal presenta una descripción de una acción, atribuida respectivamente, y de manera idéntica, a "yo", a "tú", a "él". Entre *yo sufro y tú sufres y él sufre* hay parecidamente en común la descripción de un mismo estado. Esto da la impresión de una evidencia, ya implicada por la ordenación formal en el paradigma de la conjugación.

Ahora bien, no pocos verbos escapan a esta permanencia del sentido en el cambio de las personas. Los que vamos a tocar denotan disposiciones u operaciones mentales. Diciendo *yo sufro* describo mi estado presente. Diciendo *yo siento (que el tiempo va a cambiar)*, describo una impresión que me afecta. Pero ¿qué pasará si, en lugar de *yo siento (que el tiempo va a cambiar)*, digo: *yo creo (que el tiempo va a cambiar)*? Es completa la simetría formal entre *yo siento* y *yo*

creo. ¿Lo es en el sentido? ¿Puedo considerar este *yo creo* como una descripción de mí mismo a igual título que *yo siento*? ¿Acaso me describo creyendo cuando digo *yo creo* (*que...*)? De seguro que no. La operación de pensamiento no es en modo alguno el objeto del enunciado; *yo creo* (*que...*) equivale a una aserción mitigada. Diciendo *yo creo* (*que...*), convierto en una enunciación subjetiva el hecho afirmado impersonalmente, a saber, *el tiempo va a cambiar*, que es la auténtica proposición.

Consideremos también los enunciados siguientes: “Usted es, *supongo yo*, el señor X... — *Presumo* que Juan habrá recibido mi carta. — Ha salido del hospital, de lo cual *concluyo* que está curado.” Estas frases contienen verbos de operación: *suponer*, *presumir*, *concluir*, otras tantas operaciones lógicas. Pero *suponer*, *presumir*, *concluir*, puestos en la 1ª persona, no se conducen como lo hacen, por ejemplo, *razonar*, *reflexionar*, que sin embargo parecen vecinos cercanos. Las formas *yo razono*, *yo reflexiono* me describen razonando, reflexionando. Muy otra cosa es *yo supongo*, *yo presumo*, *yo concluyo*. Diciendo *yo concluyo* (*que...*), no me describo ocupado concluyendo, ¿qué podría ser la actividad de “concluir”? No me represento en plan de suponer, de presumir, cuando digo *yo supongo*, *yo presumo*. Lo que indica *yo concluyo* es que, de la situación planteada, extraigo una relación de conclusión concerniente a un hecho dado. Es esta relación lógica la que es instaurada en un verbo personal. Lo mismo *yo supongo*, *yo presumo* están muy lejos de *yo pongo*, *yo resumo*. En *yo supongo*, *yo presumo* hay una actitud indicada, no una operación descrita. Incluyendo en mi discurso *yo supongo*, *yo presumo*, implico que adopto determinada actitud ante el enunciado que sigue. Se habrá advertido en efecto que todos los verbos citados van seguidos de *que* y una proposición: ésta es el verdadero enunciado, no la forma verbal personal que la gobierna. Pero esta forma personal, en compensación, es, por así decirlo, el indicador de subjetividad. Da a la aserción que sigue el contexto subjetivo —duda, presunción, inferencia— propio para caracterizar la actitud del locutor hacia el enunciado que profiere. Esta manifestación de la subjetividad no adquiere su relieve más que en la primera persona. Es difícil imaginar semejantes verbos en la segunda persona, como no sea para reanudar *verbatim* una argumentación: *tú supones que se ha ido*, lo cual no es sino una manera de repetir lo que “tú” acaba de decir: “*Supongo que se ha ido.*” Pero recórtese la expresión de la persona y no se dice más que: *él supone*

que..., y lo único que queda, desde el punto de vista del *yo* que la enuncia, es una simple verificación.

Se discernirá mejor aún la naturaleza de esta “subjetividad” considerando los efectos de sentido que produce el cambio de las personas en ciertos verbos de palabra. Son verbos que denotan por su sentido un acto individual de alcance social: *jurar*, *prometer*, *garantizar*, *certificar*, con variantes locucionales tales como *comprometerse a...*, *obligarse a conseguir...* En las condiciones sociales en que la lengua se ejerce, los actos denotados por estos verbos son considerados compelentes. Pues bien, aquí la diferencia entre la enunciación “subjetiva” y la enunciación “no subjetiva” aparece a plena luz, no bien se ha caído en la cuenta de la naturaleza de la oposición entre las “personas” del verbo. Hay que tener presente que la “3ª persona” es la forma del paradigma verbal (o pronominal) que *no* remite a una persona, por estar referida a un objeto situado fuera de la alocución. Pero no existe ni se caracteriza sino por oposición a la persona *yo* del locutor que, enunciándola, la sitúa como “no-persona”. Tal es su estatuto. La forma *él...* extrae su valor de que es necesariamente parte de un discurso enunciado por “yo”.

Pero *yo juro* es una forma de valor singular, por cargar sobre quien se enuncia *yo* la realidad del juramento. Esta enunciación es un *cumplimiento*: “*jurar*” consiste precisamente en la enunciación *yo juro*, que liga a Ego. La enunciación *yo juro* es el acto mismo que me comprometo, no la descripción del acto que cumplo. Diciendo *prometo*, *garantizo*, prometo y garantizo efectivamente. Las consecuencias (sociales, jurídicas, etc.) de mi juramento, de mi promesa, arrancan de la instancia de discurso que contiene *juro*, *prometo*. La enunciación se identifica con el acto mismo. Mas esta condición no es dada en el sentido del verbo; es la “subjetividad” del discurso la que la hace posible. Se verá la diferencia remplazando *yo juro* por *él jura*. En tanto que *yo juro* es un comprometerme, *él jura* no es más que una descripción, en el mismo plano que *él corre*, *él fuma*. Se ve aquí, en condiciones propias a estas expresiones, que el mismo verbo, según sea asumido por un “sujeto” o puesto fuera de la “persona”, adquiere valor diferente. Es una consecuencia de que la instancia de discurso que contiene el verbo plantea el acto al mismo tiempo que funda el sujeto. Así el acto es consumado por la instancia de enunciación de su “nombre” (que es “*jurar*”), a la vez que el sujeto es planteado por la instancia de enunciación de su indicador (que es “*yo*”).

Bastantes nociones en lingüística, quizá hasta en psicología, aparecerán bajo una nueva luz si se las restablece en el marco del discurso, que es la lengua en tanto que asumida por el hombre que habla, y en la condición de *intersubjetividad*, única que hace posible la comunicación lingüística.

CAPÍTULO XVI

LA FILOSOFÍA ANALÍTICA Y EL LENGUAJE¹

Las interpretaciones filosóficas del lenguaje suelen suscitar en el lingüista cierta aprensión. Como está poco enterado del movimiento de las ideas, el lingüista es llevado a pensar que los problemas propios del lenguaje, que son ante todo problemas formales, no pueden entretener al filósofo y, a la inversa, que éste se interesa sobre todo, en el lenguaje, por nociones de las que él, lingüista, no puede sacar partido. En tal actitud interviene acaso algo de timidez ante las ideas generales. Pero la aversión del lingüista hacia todo lo que califica, sumariamente, de "metafísica" procede ante todo de una conciencia cada vez más viva de la especificidad formal de los hechos lingüísticos, a la que los filósofos no son bastante sensibles.

Con tanto mayor interés, pues, estudiará el lingüista las concepciones de la filosofía llamada analítica. Los filósofos de Oxford se dedican al análisis del lenguaje ordinario, tal como es hablado, para renovar el fundamento mismo de la filosofía, liberándola de las abstracciones y de los marcos convencionales. Se ha realizado un coloquio en Royaumont, cuyo objeto fue precisamente exponer y discutir esta filosofía.² De acuerdo con uno de sus representantes, la escuela de Oxford concede a las lenguas naturales el valor de un objeto excepcional, que merece las investigaciones más detenidas, por razones que nos son expuestas claramente y que vale la pena reproducir:

... Los filósofos de Oxford abordan la filosofía, casi sin excepción, después de un estudio muy adelantado de las humanidades clásicas. Por lo tanto, se interesan espontáneamente en las palabras, la sintaxis, los idiotismos. No quisieran utilizar el análisis lingüístico con los solos fines de resolver los problemas de la filosofía, pues el examen de una lengua les interesa por sí mismo.

¹ *Les Études philosophiques*, núm. 1, enero-marzo de 1963, P. U. F.

² *La Philosophie analytique*, París, Editions de Minuit, 1962 (Cahiers de Royaumont, Philosophie, núm. 1v). Es lamentable que en la publicación no conste en ninguna parte la fecha en que fue este coloquio.

Así, estos filósofos son quizá más aptos para las distinciones lingüísticas, y se inclinan más a ellas, que la mayoría de los filósofos.

Para ellos, las lenguas naturales, que los filósofos acostumbran estigmatizar por torpes e impropias para el pensamiento, contienen en realidad una riqueza de conceptos y distinciones de lo más sutiles, y desempeñan variadas funciones a las que suelen ser ciegos los filósofos. Por lo demás, como estas lenguas se han desarrollado para responder a las necesidades de quienes se sirven de ellas, ellos estiman probable que sólo se queden con los conceptos útiles y las distinciones suficientes; que sean precisas donde sea necesario ser preciso, y vagas donde la precisión no haga falta. Todos los que saben hablar una lengua tienen sin duda una impronta implícita de estos conceptos y matices. Pero —siempre según la escuela de Oxford— los filósofos que se empeñan en describir tales conceptos y distinciones, o bien no los aprecian bien o los simplifican en extremo. En todo caso, apenas los han examinado superficialmente. Las verdaderas riquezas que ocultan las lenguas permanecen sepultadas.

Por eso la escuela de Oxford se ha entregado a estudios muy hondos, muy minuciosos del lenguaje ordinario, estudios merced a los que espera descubrir riquezas ocultas y tornar explícitas distinciones de las que no tenemos sino un conocimiento confuso, describiendo las dispares funciones de todas las clases de expresiones lingüísticas. Me es difícil describir en términos generales este método. A menudo serán estudiadas dos o tres expresiones, a primera vista sinónimas; se demostrará que no se pueden usar indiferentemente. Serán escrutados los contextos de empleo, intentando sacar a la luz el principio implícito que preside la elección.³

A los filósofos de otras tendencias toca decir si así se hace obra filosófica o no. Pero para los lingüistas, al menos para los que no dan la espalda a los problemas de la significación y consideran que el contenido de las clases de expresión les corresponde también, semejante programa está lleno de interés. Es la primera vez —teniendo en cuenta los ensayos anteriores, orientados de otra manera, de Wittgenstein— que filósofos se entregan a una indagación ahondada sobre los recursos conceptuales de una lengua natural y que

³ J. Urmson, *op. cit.*, pp. 19 s.

aportan a ello el espíritu de objetividad, la curiosidad y la paciencia requeridos, pues, nos dice el mismo autor,

todos los grandes filósofos o casi han exigido que fueran escrutadas las palabras que se emplearían y reconocido que una palabra mal interpretada puede cegar. Pero, según los actuales filósofos de Oxford, nunca se ha reconocido bastante la importancia y la complejidad del trabajo que exige tal indagación previa. Consagran artículos o libros enteros a estudios que en otro tiempo eran despachados en unas cuantas líneas.⁴

Es muy natural entonces remitirse a la exposición que presenta, en la misma compilación, el filósofo considerado como “el maestro incontestado de esta disciplina”, J.-L. Austin, con el título *Performatif: constatif*.⁵ Tenemos aquí un espécimen de este tipo de análisis, aplicado a los enunciados llamados performativos, por oposición a los que son declarativos o constativos. El enunciado performativo

tiene su función, suya, sirve para efectuar una acción. Formular semejante enunciado *es* efectuar la acción, tal vez, que *no podría* realizarse, al menos con tanta precisión, de ninguna otra manera. He aquí ejemplos:

Bautizo este barco Libertad.

Pido disculpas.

Doy a usted la bienvenida.

Le aconsejo a usted hacerlo.

...Decir “prometo”, formular, como se dice, este acto performativo, *es* el acto mismo de hacer la promesa...⁶

Pero ¿puede reconocerse de seguro un enunciado así? Austin vacila y al fin niega que se posea un criterio cierto: juzga “exagerada y en gran parte vana” la esperanza de encontrar “algún criterio, sea de gramática, sea de vocabulario, que nos permitiera resolver en cada caso la cuestión de saber si tal o cual enunciado es performativo o no”. Hay, es verdad, formas “normales”, que comprenden como en los anteriores ejemplos un verbo en primera persona del singu-

⁴ *Ibid.*, p. 21

⁵ *Ibid.*, pp. 271-281.

⁶ *Ibid.*, p. 271.

lar, en presente de indicativo, voz activa; o también enunciados en voz pasiva y segunda o tercera persona del presente de indicativo, como: “la mercancía es entregada en la tercera ventanilla”. Pero —continúa— las formas “normales” no son necesarias:

...No es en absoluto necesario que un enunciado, para ser performativo, sea expresado en una de las formas llamadas normales... Decir “cierre usted la puerta”, como se ve, es tan performativo, tan la realización de un acto, como decir “le ordeno a usted que la cierre”. Hasta la palabra “perro”, sola, puede a veces... servir de performativo explícito y formal: con esta palabrita se realiza el mismo acto que mediante el enunciado “advierto a usted que el perro lo va a atacar”, o bien mediante “se advierte a los extraños que existe por aquí un perro bravo”. Para volver performativo nuestro enunciado, y sin equívoco, podemos emplear, en vez de la fórmula explícita, una multitud de expedientes más primitivos, como la entonación, por ejemplo, y el gesto. Además y sobre todo, el contexto mismo en el que son pronunciadas las palabras puede volver bastante seguro el modo como hay que tomarlas, como descripción, por ejemplo, o bien como advertencia...⁷

Todo lo que hay de esencial en este artículo atañe a las “desdichas” del enunciado performativo, a las circunstancias que pueden afectarlo de nulidad; cuando quien lo realiza no está calificado, o carece de sinceridad, o rompe su compromiso. Considerando luego el enunciado constativo o aserción de hecho, el autor observa que esta noción no es más segura ni mejor definida que la noción opuesta, y que está sujeta, por lo demás, a “desdichas” idénticas. En suma, concluye, “necesitamos quizá una teoría más general de estos actos del discurso y, en tal teoría, con dificultad sobrevivirá nuestra antítesis Constativo-Performativo”.⁸

De este artículo, nos hemos quedado con los puntos más sobresalientes del razonamiento y, de la demostración, con los argumentos que conciernen a los hechos propiamente lingüísticos. No examinaremos, pues, las consideraciones acerca de las “desdichas” lógicas que pueden afectar y tornar inoperantes uno y otro tipo de enunciado,

⁷ *Ibid.*, p. 274.

⁸ *Ibid.*, p. 279.

ni tampoco la conclusión a que conducen al señor Austin. Tenga éste o no razón, después de haber planteado una distinción, al dedicarse incontinenti a diluirla y debilitarla hasta el punto de tornar problemática su existencia, no es por ello menos cierto que es un hecho de lengua el que sirve de fundamento al análisis en el caso presente, y nos interesa tanto más cuanto que señalamos en persona, de manera independiente, la situación lingüística particular de este tipo de enunciado. Describiendo hace algunos años las formas subjetivas de la enunciación lingüística,⁹ indicábamos sumariamente la diferencia entre *yo juro*, que es un acto, y *él jura*, que no es sino una información. Los términos “performativo” y “constativo” no habían aparecido aún,¹⁰ mas no por ello era otra la sustancia de la definición. Se ofrece así la ocasión de extender y precisar nuestros propios puntos de vista, confrontándolos con los de Austin.

Hay que delimitar ante todo el campo del examen especificando los ejemplos que se juzgan adecuados. La elección de los ejemplos es aquí de primera importancia, pues deben proponerse primero los que sean evidentes, y es de la realidad de los empleos de donde deslindaremos la naturaleza de las funciones y finalmente los criterios de la definición. No estamos nada seguros de que se puedan dar como probatorios de la noción de performativo las locuciones citadas antes: *Doy a usted la bienvenida — Pido disculpas — Le aconsejo a usted hacerlo*. O cuando menos no prueban ya nada hoy: hasta tal punto la vida social las ha trivializado. Caídas al nivel de simples fórmulas, hay que devolverlas a su sentido primero para recuperar su función performativa. Por ejemplo, cuando *presento mis excusas*, es un reconocimiento público de error, un acto que aplaca una querrela. Podrían descubrirse, en fórmulas más triviales aún, residuos de enunciados performativos: *buenos días*, cuya forma completa es *deseo a usted los buenos días*, es un performativo de intención mágica, que ha perdido su solemnidad y su virtud primitivas. Pero sería una tarea distinta buscar los performativos caídos en desuso para reanimarlos en el seno de contextos de empleo hoy abolidos.

⁹ “De la subjetivité dans le langage” (*Journal de Psychologie*, 1958, pp. 267 ss.); antes, en este libro, pp. 179 ss.

¹⁰ [N. del T.: El autor dedica aquí una nota a justificar los términos “performativo” y “constativo” en francés. Como sólo en parte es trasladable al español, preferimos omitirla. El lector ya habrá asociado “performativo” al sustantivo inglés y francés *performance*, y “constativo” al verbo “constar”.]

Antes que emprender semejantes exhumaciones, nos interesa elegir performativos en pleno ejercicio y que se presten directamente al análisis.

Puede adelantarse una definición inicial, diciendo que los enunciados performativos son enunciados en los que un verbo declarativo-yusivo en primera persona del presente es construido con un *dictum*. Así: *ordeno* (o *mando*, *decreto*, etc.) *que la población sea movilizada*, donde el *dictum* es representado por: *la población es movilizada*. Es por cierto un *dictum*, en vista de que su enunciación expresa es indispensable para que el texto tenga calidad de performativo.

Otra variedad de tales enunciados es dada por la construcción del verbo con un complemento directo y un término predicativo: *Lo proclamo electo* — *Declaramos a usted culpable* — *Nombro a X director* — *Designo a usted mi sucesor* — *Encargo a usted esta misión* (de donde el título de *encargado de misión*) — *Delego a usted como representante mío* (de donde el título de *delegado*) — *Os hacemos caballero* (donde el verbo *hacer* es sin duda un performativo de palabra), o también, sin diferencia: *relevo a X de sus funciones*; *lo dispenso*...; *lo eximo*...; *lo exonero*...; etcétera.

Esta primera delimitación permite ya excluir enunciados como: *Sé que Pedro ha llegado* — *Veo que la casa está cerrada*. En efecto: 1] *saber*, *ver* no son verbos de categoría performativa, como se indicará más lejos; 2] la proposición *Pedro ha llegado* o *la casa está cerrada* no enuncia un *dictum* sino un *factum*; 3] el enunciado entero en su empleo efectivo no cumple función performativa.

En desquite, hay que reconocer como auténticos y admitir como performativos los enunciados que lo son de manera inaparente, porque sólo implícitamente se ponen en boca de la autoridad habilitada para proferirlos. Son los que se emplean hoy en el formulario oficial: *El señor X es nombrado ministro plenipotenciario* — *La cátedra de botánica es declarada vacante*. No comprenden verbo declarativo (*Decreto que*...) y se reducen al *dictum*, pero éste es publicado en un texto oficial, con la firma del personaje de autoridad, y a veces acompañado del inciso *por la presente*. O si no, el *dictum* es referido impersonalmente y en tercera persona: *Se decide que*... — *El Presidente de la República decreta que*... El cambio consiste en una simple trasposición. El enunciado en tercera persona puede siempre ser reconvertido en una primera persona y recuperar su forma típica.

He aquí un dominio en que se producen los enunciados perfor-

mativos: el de los actos de autoridad. Abrimos otro, donde el enunciado no emana de un poder reconocido, sino que plantea un compromiso personal para quien lo enuncia. Al lado de los actos de autoridad que publican decisiones con fuerza de ley, hay también los enunciados de compromiso relativos a la persona del locutor: *juro*...; *prometo*...; *hago voto*...; *me comprometo a*...; o también: *abjuro*...; *repudio*...; *renuncio*...; *abandono*...; con una variante de reciprocidad: *convenimos*...; *entre X y Y se acuerda que*...; *las partes contratantes convienen*...

De cualquier manera, un enunciado performativo no tiene realidad más que si es autenticado como *acto*. Fuera de las circunstancias que lo hacen performativo, semejante enunciado no es ya nada. Cualquiera puede gritar en la plaza: "Decreto la movilización general". Al no poder ser *acto*, por falta de la autoridad requerida, tales palabras no son sino eso, *palabra*; se reducen a un clamor ocioso, niñería o demencia. Un enunciado performativo que no sea *acto* no existe. No tiene existencia más que como acto de autoridad. Ahora, los actos de autoridad son ante todo y siempre enunciaciones proferidas por aquellos a quienes pertenece el derecho de enunciarlas. Esta condición de validez, relativa a la persona enunciante y a la circunstancia de la enunciación, debe siempre suponerse satisfecha cuando se trata del performativo. Aquí está el criterio, no en la elección de los verbos. Un verbo cualquiera de palabra, aun el más común de todos, el verbo *decir*, es apto para formar un enunciado performativo si la fórmula *digo que*...; emitida en las condiciones apropiadas, crea una situación nueva. Tal es la regla del juego. Una reunión de carácter oficial no puede comenzar hasta que el presidente ha declarado: *se abre la sesión*. Los asistentes saben que es presidente. Esto dispensa de decir: "*Declaro que* la sesión está abierta", lo cual sería de regla. Así, en boca del mismo personaje, *la sesión está abierta* es un acto, en tanto que *la ventana está abierta* es una verificación. Es la diferencia entre un enunciado performativo y un enunciado constativo.

De esta condición resulta otra. El enunciado performativo, siendo un acto, tiene la propiedad de ser *único*. No puede ser efectuado más que en circunstancias particulares, una vez y una sola, en una fecha y un lugar definidos. No tiene valor de descripción ni de prescripción sino, una vez más, de realización. Por eso va a menudo acompañado de indicaciones de fecha, de lugar, de nombres de personas, testigos, etc. —en una palabra, es acontecimiento porque crea el

acontecimiento. Siendo acto individual e histórico, un enunciado performativo no puede ser repetido. Toda reproducción es un nuevo acto que cumple quien está calificado para ello. De otra suerte, la reproducción del enunciado performativo por otro lo transforma necesariamente en enunciado constativo.¹¹

Esto conduce a reconocer al performativo una propiedad singular, la de ser *sui-referencial*, de referirse a una realidad que él mismo constituye, por el hecho de ser efectivamente enunciado en condiciones que lo hacen acto. De ahí viene que sea a la vez manifestación lingüística, puesto que debe ser pronunciado, y hecho de realidad, en tanto que realización de acto. El acto se identifica pues con el enunciado del acto. El significado es idéntico al referente. Es lo que testimonia la cláusula "por la presente". El enunciado que se toma a sí mismo por referencia es por cierto *sui-referencial*.

¿Habrá que ampliar el marco formal que hemos asignado hasta aquí al enunciado performativo? Austin clasifica como performativos los enunciados concebidos en imperativo: "Decir 'Cierre usted la puerta' es tan performativo como decir 'le ordeno a usted que la cierre'".¹² Esto parecería caer por su peso, al ser el imperativo la forma por excelencia de la "orden". En realidad se trata de una ilusión, y que corre el riesgo de crear el peor malentendido acerca de la naturaleza misma del enunciado performativo. Hay que considerar más atentamente las modalidades del empleo lingüístico.

Un enunciado es performativo por *denominar* el acto ejecutado, por el hecho de que Ego pronuncie una fórmula que contenga el verbo en la primera persona del presente: "*Declaro* cerrada la sesión." — "*Juro* decir la verdad." Así un enunciado performativo debe nombrar la ejecución (*performance*) de palabra y su ejecutor.

Nada parecido en el imperativo. No hay que dejarse engañar por el hecho de que el imperativo produzca un resultado, que ¡*Ven!* haga en efecto acudir a aquel a quien se dirige. No es el resultado empírico el que cuenta. Un enunciado performativo no es tal en lo que pueda modificar la situación de un individuo, sino en tanto que es *por sí mismo* un acto. El enunciado *es* el acto; quien lo pronuncia cumple tal acto denominándolo. En este enunciado, la forma lingüística está sometida a un modelo preciso, el del verbo en presente

¹¹ No hablamos, naturalmente, de la multiplicación material de un enunciado performativo merced a la imprenta.

¹² La cita completa está en la p. 191.

y en primera persona. Muy distintas son las cosas con el imperativo. Nos las vemos aquí con una modalidad específica del discurso; el imperativo no es denotativo y no aspira a comunicar un contenido, sino que se caracteriza como pragmático y aspira a actuar sobre el auditor, a intimarle un comportamiento. El imperativo no es un tiempo verbal; no porta ni marca temporal ni referencia personal. Es el semantema desnudo empleado como forma yusiva con una entonación específica. Se ve entonces que un imperativo no equivale a un enunciado performativo, en razón de no ser ni enunciado ni performativo. No es enunciado, puesto que no sirve para construir una proposición con verbo personal; y no es performativo, por el hecho de que no denomina el acto de palabra por realizar. Así, ¡*ven!* es una orden, sí, pero lingüísticamente es cosa muy distinta de decir: *Ordeno que vengas*. No hay enunciado performativo que no contenga la mención del acto, a saber, *ordeno*, mientras que el imperativo podría ser remplazado por cualquier otro procedimiento que produjese el mismo resultado, un gesto, por ejemplo, y no tener ya realidad lingüística. No es pues el comportamiento esperado del interlocutor lo que es aquí el criterio, sino la forma de los enunciados respectivos. La diferencia resulta de esto: el imperativo produce un comportamiento, pero el enunciado performativo es el acto mismo que denomina y que denomina su realizador. Rechazaremos por tanto cualquier identificación de uno con otro.

Otro equivalente del enunciado performativo sería, según Austin, la advertencia dada por un letrero: "Hasta la palabra 'perro', sola, puede a veces... servir de performativo explícito y formal: con esta palabrita se realiza el mismo acto que mediante el enunciado 'advierto a usted que el perro lo va a atacar', o bien mediante 'se advierte a los extraños que existe por aquí un perro bravo'".¹³ De hecho, también aquí hay que temer los efectos de una confusión. En un letrero, "perro" es una señal lingüística, no una comunicación y aún menos un performativo. En el razonamiento del señor Austin, el término "advertencia" tiene un papel ambiguo, tomado en dos sentidos distintos. No importa qué señal "icónica" o lingüística (tablero, enseña, etc.) tiene un papel de "advertencia". El claxon de un automóvil es llamado "advertidor". Lo mismo, el letrero "perro" o "perro bravo" puede de veras ser interpretado como una "advertencia", pero no por ello deja de ser muy otra cosa que el enunciado explí-

¹³ Antes, p. 191.

cito “le advierto que...” El letrero es una simple señal: a usted le toca sacar la conclusión que quiera en cuanto a su comportamiento. Sólo la fórmula “le advierto que...” (supuesta producida por la autoridad) es performativa de advertencia. No hay que tomar la implicación extralingüística como equivalente al cumplimiento lingüístico; estas especies participan de dos categorías enteramente diferentes. En la señal, somos nosotros quienes suplimos la función de advertencia.

Así, no vemos razón para abandonar la distinción entre performativo y constativo. La creemos justificada y necesaria, a condición de que se la mantenga en las condiciones estrictas de empleo que la autorizan, sin hacer intervenir la consideración del “resultado obtenido” que es fuente de confusión. De no atenerse a criterios precisos de orden lingüístico y formal, y en particular de no velarse la distinción entre sentido y referencia, se pone en peligro el objeto mismo de la filosofía analítica, que es la especificidad del lenguaje en las circunstancias en que valen las formas lingüísticas que se eligen para estudiarlas. La delimitación exacta del fenómeno de lengua importa tanto al análisis filosófico como a la descripción lingüística, pues los problemas del contenido, en los que se interesa más particularmente el filósofo, pero que tampoco desdeña el lingüista, ganan en claridad siendo tratados en marcos formales.

CAPÍTULO XVII

LOS VERBOS DELOCUTIVOS¹

La expresión puesta como título a este artículo no tiene aún curso en lingüística. La introducimos aquí para definir una clase de verbos que es cosa precisamente de hacer reconocer en su particularidad y en su generalidad. Los ejemplos en que encontramos tales verbos proceden unos de las lenguas clásicas, otros de lenguas modernas del mundo occidental, pero no pretenden delimitar un área geográfica ni una familia genética. Antes bien, ilustran una similitud de las creaciones morfológicas que se realizan en un marco cultural poco más o menos análogo. Se verá que no se trata de hechos raros, sino por el contrario de formaciones frecuentes, cuya trivialidad de empleo pudo velar la singularidad de naturaleza.

Un verbo es llamado “denominativo” si deriva de un nombre; “deverbativo” si de un verbo. Llamaremos *delocutivos* los verbos que, según nos proponemos establecer, *derivan de locuciones*.

Sea el verbo latino *salutare*, “saludar”. La formación es límpida; *salutare* deriva de *salus-tis*; es pues, estrictamente hablando, un denominativo, en virtud de una relación que parece evidente. En realidad la relación entre *salutare* y *salus* exige otra definición; pues el *salus* que sirve de base a *salutare* no es el vocablo *salus* sino el deseo *salus!* De modo que *salutare* no significa “salutem alicui efficere”, sino “salutem alicui dicere”;² no “efectuar el saludo” sino “decir: ¡salud!” Hay pues que remitir *salutare* no a *salus* como signo nominal, sino a *salus* como locución de discurso; en otros términos, *salutare* se refiere no a la noción de *salus*, sino a la fórmula “*salus!*”, de cualquier manera que se restituya esta fórmula en el uso histórico del latín.³ Este estatuto doble de *salus* explica que se pueda decir a la vez *salutem dare* “dar la salvación” (= “salvar”⁴) y *salutem dare*

¹ *Mélanges Spitzer*, 1958, pp. 57-63.

² Plauto, *Persa*, 501; *Salutem dicit Toxilo Timarchides*.

³ Por ejemplo, *salus sit tibi o vos Salus servassit* (Pl., *Epid.*, 742), etc.

⁴ Cic., *Verr.*, II, 154.

“dar el ‘salud’” (= “saludar”⁵). Son por cierto dos formas de *salus* las que aquí se distinguen, y sólo la segunda de las expresiones *salutem dare* equivale a *salutare*. Se ve así que, a despecho de las apariencias, *salutare* no deriva de un nombre dotado del valor virtual de un signo lingüístico, sino de un sintagma en que la forma nominal está actualizada como “término por pronunciar”. Un verbo así se define pues en relación con la locución formularia de que deriva y será llamado *delocutivo*.

En cuanto se adquiere conciencia de ello, hay que revisar buen número de derivaciones verbales consideradas —superficialmente— como denominativas. En la misma familia etimológica que *salutare* topamos con el caso de *salvere*. Parecería, no teniendo en cuenta más que relaciones morfológicas, que el adjetivo *salvus* hubiera producido dos denominativos verbales: *salvare* y *salvere*. Semejante idea sería gravemente errónea. Por poca importancia que se conceda a establecer relaciones exactas, hay que reconocer dos planos distintos de derivación. El verdadero y solo denominativo de *salvus*, “salvo”, es el presente *salvare*, “poner a salvo, salvar” (que de hecho no está atestiguado más que en la latinidad cristiana; su puesto lo ocupa *servare* en la época clásica). Pero *salvere* es algo muy distinto de un verbo de estado extraído de *salvus*.

El hecho esencial que hay que ver es que *salvere* no deriva de *salvus* sino de la fórmula de salutación *salve!* (*salvete!*). Pues este verbo *salvere* no tiene en realidad más que una sola forma: el infinitivo *salvere*, que se emplea en las locuciones como *jubeo te salvere*, “te deseo buenos días”. Las formas personales son rarísimas; un ejemplo como *salvebis a meo Cicerone*, “tienes las saluciones de mi (hijo) Cicerón”,⁶ se denuncia, por la construcción misma *salvere ab*... , como un giro improvisado. Se sigue que *salvere* es de hecho la conversión de *salve!* en la forma gramatical exigida por la sintaxis de la frase indirecta. No existe pues verbo *salvere*, sino una o dos formas verbales no paradigmáticas, que trasponen la locución *salve!* en referencia de discurso referido. Desde el punto de vista funcional, *salvere* es un delocutivo, quedado por lo demás en estado embrionario.

Un verbo no derivado puede volverse delocutivo en una parte de sus formas si el sentido y la construcción lo llevan a ello. Muy característico es desde este punto de vista el verbo *valere*, que la

⁵ *Salute data redditaque* (Liv., III, 26, 9).

⁶ Cic., *Att.*, VI, 2.

fórmula *salve*, *vale* evoca bastante naturalmente aquí. Existe, claro está, un verbo *valere*, “tener vigor; ser eficaz”, que es un verbo de ejercicio pleno en toda la latinidad. Pero hay que dejar aparte un empleo específico: la fórmula epistolar *te jubeo valere*. El infinitivo *valere* no es tomado aquí con su valor normal; *te jubeo valere* no se deja clasificar con otros empleos de *jubeo* + infinitivo, tales como *te jubeo venire*. Aquí *valere* es el infinitivo convertido de *vale!*, de suerte que *te jubeo valere* equivale a *te jubeo: vale!* Así la derivación sintáctica *vale!* > *valere* da a *valere* en esta expresión una función delocutiva.

Se pensará naturalmente en la situación análoga del infinitivo griego *khaírein*. Se tiene por una parte el infinitivo en función normal: *khaírein táll' egó s' ephiemai*, “te concedo hacer tu gusto con todo el resto”;⁷ pero *khaírein* en empleo formulario en *khaírein tim légein*, “enviar sus saluciones a alguien”, representa la forma delocutiva que traspone el imperativo *khaíre*, “¡salud!”

La creación de verbos delocutivos se efectúa bajo la presión de necesidades léxicas, está ligada a la frecuencia y a la importancia de las fórmulas preñadas en ciertos tipos de cultura. El latín ofrece algunos ejemplos muy instructivos en su diversidad. Si, materialmente, *negare* deriva de *nec*, es en tanto que significa “decir *nec*”. El término básico es, una vez más, un término que forma locución entera, en el caso *nec* como portador de un juicio negativo y que constituye por sí solo una proposición. Otro delocutivo es *autumare* que es propiamente “decir *autem*”, de donde “argumentar; afirmar”. Difícil sería concebir que partículas como *nec* o *autem* hubiesen generado verbos derivados, de haber sido tomadas en su función lógica. Sólo en tanto que elementos formales de discurso se prestan *nec* o *autem* a formar verbos. En vista de que éstos tienen la connotación exclusiva de “decir...”, son delocutivos en el más estricto de los sentidos.

Es sabido que lat. *quiritare*, “pedir socorro”, se explica literalmente como “gritar: *Quirites!*” Tenemos el testimonio de Varrón: “*quiritare dicitur is qui Quiritium fidem clamans implorat*”,⁸ y por lo demás la literatura ha conservado ejemplos de la *quiritatio* en forma del llamado: *Quirites!* o *porro, Quirites!*⁹ Un verbo así no puede ser más que delocutivo, puesto que el término de base no es la desig-

⁷ Sóf., *Ajax*, 112.

⁸ Varrón, *L. L.*, v, 7.

⁹ Ver Schulze, *Kl. Schr.*, pp. 178 ss., para numerosas citas.

nación *Quirites* sino el llamado *Quirites!* De otra manera, *quiritare*, si fuera denominativo, debiera significar "hacer de alguien un quirite". Se ve la diferencia.

Encontraremos en este modo de derivación el medio de comprender mejor el sentido de un término importante del antiguo ritual romano, el verbo *parentare*, "hacer una oblación fúnebre en memoria de alguien". La relación con *parens* es evidente, pero ¿cómo interpretarla? Un *parentare* denominativo de *parens* debiera significar "*tratar como *parens*", lo cual omite lo esencial; ¿de qué vendría entonces que el verbo se restrinja a los usos fúnebres? Nadie parece haber visto siquiera la dificultad. Se resuelve merced a una inducción que apoyaremos en el texto siguiente. Al morir Rómulo —o más bien al desaparecer súbitamente—, nos dice Tito Livio, el pueblo fue primero presa de terror: *deinde, a paucis initio facto, "deum deo natum regem parentemque urbis Romanae saluere" universi Romulum jubent*, "entonces, siguiendo el ejemplo de algunos, todos a la vez profieren vivas en honor de Rómulo dios e hijo de un dios, rey padre de la ciudad de Roma".¹⁰ Quien lea atentamente este pasaje, en medio de una narración tan rica en tradiciones auténticas, puede sospechar en la formulación liviana una expresión ciertamente tomada de un ritual arcaico. Con ayuda de la expresión *parentem salvere jubent*, nos parece que debe restaurarse una fórmula solemne que consistía en el llamado: "*parens, salve!*" Tito Livio nos conservaría en sintaxis indirecta la fórmula misma de la *conclamatio*. La hipótesis se vuelve certidumbre cuando vuelve a darse con la expresión en un episodio célebre; cuando Eneas hace celebrar el aniversario de la muerte de Anquises, después de los juegos fúnebres, cumplidos todos los ritos, derrama flores sobre la tumba de su padre pronunciando: *salve, sancte parens, iterum*.¹¹ La concordancia parece decisiva. Este rito es precisamente el de una *parentatio*. Aquí reside la explicación de *parentare* que debe significar literalmente: "pronunciar la fórmula *salve, parens!*" La locución se ha reducido a su término esencial, *parens*, sobre el cual se formó *parentare*, típicamente delocutivo.¹²

¹⁰ Liv., I, 16, 3; cf. algunas líneas más lejos, *Romulus, parens hujus urbis* (I, 16, 6).

¹¹ Virg., *En.*, v, 80.

¹² La misma relación entre *parentare* y *parens* ha sido indicada por H. Wagenvoort, *Studies in Roman Literature, Culture and Religion*, Leiden, 1956, p. 290, según el resumen de M. Leumann, *Glotta*, 36 (1957), pp. 148-9. (Nota en *prtebas*.)

Todo lo que acabamos de decir acerca de la relación entre lat. *salus* y *salutare* vale también para francés *salut* y *saluer*, así como para las correspondientes parejas en otras lenguas romances. Se trata de la misma relación de locución a delocutivo, y de una relación que ha de plantearse sincrónicamente, sin cuidarse de la descendencia histórica de lat. *salutem* a fr. *salut*. Ya no es difícil hoy por hoy colocar en la misma clase fr. *merci* y (*re*)*mercier* (a. fr. *mercier*). Que *remercier* significa "decir *merci* (gracias)", lo aprenden los niños franceses desde la más tierna edad; es importante, con todo, subrayar la relación con "decir (y no: hacer) *merci* (aquí: 'gracia')". Pues *merci* en su sentido léxico de "gracia" (cf. *demandeur merci*) debiera producir un denominativo (*re*)*mercier* en el sentido de "*faire grâce, gracier* —'indultar' y afines", lo cual no ocurre nunca. Sólo *merci!* como locución convencional permite justificar (*re*)*mercier*, que se caracteriza por ello como delocutivo. Tampoco habría que creer que el empleo de *merci!* como locución debiese acarrear necesariamente la creación de un derivado verbal como *remercier*. Pudiera recurrirse a expresiones distintas. Tal es por ejemplo la situación en ruso, donde la fórmula *spasibo!*, "gracias", no ha producido verbo derivado y permanece independiente del verbo *blagodarit!*, "*remercier, agradecer*". En cambio son claramente delocutivos ingl. *to thank*, al. *danken*, con respecto al sustantivo *thank(s)*, *Dank*. Ya en gótico la locución *þank fairhaitan* (= **Dank verheissen*), traduciendo g. *khárin ékhecin* (Lc. xvii, 9), muestra que *þank* se había vuelto un término consagrado, ya desprendido de *þagkjan*, "*denken*".

Dado que el término que sirve de base es tomado en cierto modo como nombre de la noción, y no como expresión de la noción, las lenguas modernas conservan la posibilidad, ilustrada antes por lat. *negare, autumare*, de construir un delocutivo sobre una partícula, a condición de que ésta pueda emplearse como locución. Tendremos así en inglés *to hail*, "gritar: *hail!*", *to encore*, "gritar: *encore!*", en estadounidense *to okey*, y aun *to yes*;¹³ en francés *bisser*, "gritar: *bis!*". Se cita en viejo alemán un verbo *aberen*, "repetir", sacado de *aber*, como latin *autumare*, de *autem*. Trataremos igualmente como delocutivos fr. *tutoyer, vouvoyer*, en vista de que significan precisa y solamente "decir: *tu (vous)*". Es evidente que un denominativo de *tu* sería imposible: "tú" no es una cualidad que se pueda conferir; es un término de alocución, del cual *tutoyer* —"tutear"— será el delocutivo.

¹³ Mencken, *The American Language*, p. 195.

La mayor parte de los verbos citados hasta aquí se refieren a convenciones de la vida social. Las condiciones generales de la cultura son punto más o menos iguales en las diversas sociedades occidentales modernas, y puede parecer natural que encontremos las mismas expresiones en varias lenguas. Pero las similitudes apreciadas pueden resultar o de creaciones independientes o, por el contrario, de acciones de una lengua sobre otra. No sería indiferente poder precisar en cada caso la naturaleza exacta del proceso. Ahora bien, la definición aquí ofrecida de los verbos delocutivos pone a menudo en condiciones de realizar las distinciones necesarias.

Así en gótico el adjetivo *hails*, “sano, en buena salud”, tiene un empleo formulario en el término *hails*, “khaire! ¡salud!”. Pero el verbo derivado *hailjan* no significa sino “curar”; es un denominativo. No hay *hailjan*, “*saludar”. Es en una frase más reciente del germánico donde aparece un verbo nuevo, a.a.a. *heilazzen*, a. isl. *heilsa*, a.a. *halettan*, “to hail”, que es delocutivo. Fue probablemente creado siguiendo el modelo de lat. *salutare*.

Por su lado, el eslavo concuerda con el latín en la relación a. esl. *celŭ* (ruso *celyi*), “salvus”: *celovati*, “salutare” (ruso *celovat’*, “besar”). ¿Se tratará en eslavo de una creación independiente? La respuesta se desprende de la definición misma de delocutivo. Para la creación de un delocutivo *celovati*, la existencia de un adjetivo *celŭ* es una condición necesaria, sí, pero no suficiente; también hace falta que la forma básica sea susceptible de un empleo formulario. Ahora bien, tenemos por cierto en eslavo el equivalente de lat. *salvus*, pero no el de lat. *salve!* Es así sumamente verosímil que la relación *celŭ:celovati* fuera en eslavo calcada del latín, directamente o a través del germánico.

Puede plantearse la misma cuestión a propósito de una concordancia parecida entre el armenio y el iranio. Tenemos arm. *druat*, “elogio, alabanza”, y *druatem*, “saludar, alabar, aclamar”, como lat. *salus:salutare*. Pero este término viene del iranio (avést. *druvatāt* “salus”).¹⁴ Podría concluirse que el armenio ha tomado del iranio el presente derivado igual que el nombre. Pero se aprecia que, si el iranio ciertamente ha convertido el nombre *drūd*, “salud”, en fórmula de salutación —medio persa *drūd abar tō*, “salud a ti”—, no hay más que *drūdēn-* como verbo delocutivo. Se sigue que el presente *druatem* fue creado en armenio mismo por derivación autónoma.

¹⁴ Cf. Hübschmann, *Arm. Gramm.*, p. 146.

Son en definitiva los recursos y la estructura de cada sistema lingüístico los que deciden esta posibilidad de derivación verbal como todas las demás. Es instructivo observar desde este punto de vista las diferencias de comportamiento entre las lenguas a partir de una situación léxica común. Se encuentra en tres lenguas una expresión de igual sentido: al. *willkommen*, ingl. *welcome*, fr. *bienvvenu*. Es el empleo como fórmula de recepción el que ha determinado el desarrollo en cada dominio. La expresión germánica estaba tan estrechamente asociada a un rito de recepción, que se volvió, pasada a a. fr. *wilecome*, ital. *bellicone*, el nombre de la gran copa de hospitalidad. Ahora bien, el inglés ha realizado un delocutivo en el verbo *to welcome*, “to say: welcome!”. El alemán no llegó tan lejos; no hay verbo **willkommen*, sino solamente la locución *willkommen* (adj.) *heissen*, “dar la bienvenida”. En francés, la lengua tropezó con una dificultad que sólo ha vencido parcialmente. Del adjetivo *bienvvenu*, claro y otrora descomponible (*très bien venus soiés*, siglo XIII), repugnó extraer un delocutivo **bienvenir* (*quelqu’un*), que hubiera sido el equivalente exacto de *to welcome* (*someone*). Pero algo se avanzó en esta dirección creando un infinitivo *bienvenir* limitado al giro *se faire bienvenir de quelqu’un*. El punto de partida es la expresión *être bienvenu* (*de quelqu’un*) tratada como un pasivo, sobre la cual se ha establecido un causativo *se faire bienvenir*, lo mismo que *être bien vu* (*de quelqu’un*) conduce a *se faire bien voir* (*de quelqu’un*). Pero no son sino aproximaciones a un delocutivo que no ha llegado a realizarse.

Nada es más sencillito en apariencia que el sentido de lat. *benedicere*, “bendecir”, a partir de los dos morfemas que lo constituyen, *bene* y *dicere*. Este ejemplo tiene en el presente análisis un interés propio, puesto que la forma misma contiene *dicere* y nos hace sospechar la condición de un delocutivo. Mas el examen revela una historia harta más compleja y menos lineal, cuya descripción está por hacer. Nos limitaremos para nuestro propósito a indicar los puntos más sobresalientes.

1] Hubo un empleo de *bene dicere* que no se ha hecho constar. Aparece en un pasaje de Plauto: *quid si sors aliter quam voles evenerit? —Bene dice! “¿que ocurrirá si la suerte es otra de la que quieres? —¡Nada de mal agüero!”*¹⁵ Aquí Plauto, mediante esta locución *bene dice*, imita de seguro gr. *euphēmei!* Nada prueba, por

¹⁵ Pl., *Casina*, 345.

lo demás, que este *bene dice!* haya jamás conducido a un verbo *bene dicere* con el sentido de gr. *euphēmeîn*, pues en griego mismo no existe verbo *euphēmeîn*, sino tan sólo un infinitivo *euphēmeîn*, trasposición del imperativo *euphēmei* (*euphēmeite*) en un giro como *euphēmeîn kelúein*, “invitar a pronunciar palabras de buen agüero”, que es la formulación ritual de “invitar al silencio”.¹⁶

2] Diferente es el sentido de la fórmula *bene tibi dico*, “te deseo bien”.¹⁷ Aquí hay que guardarse de creer, como parece hacerse, que *bene dicere* signifique literalmente “desear bien”; *dicere* no está aquí tomado en absoluto en el sentido —que por lo demás nunca tuvo— de “desear”. Hay que entender *bene* como el término régimen de *dicere*: “bene!” *dicere alicui*, “decir: *bene!* a alguien”. Este *bene!* es interjección de deseo conocida en más de un ejemplo: *bene mihi*, *bene vobis*, “¡a mi salud!, ¡a la vuestra!” en Plauto;¹⁸ *bene nos; patriae, bene te, pater, optime Caesar*, “¡a nuestra salud! ¡a la tuya, padre de la patria!” en Ovidio,¹⁹ etc. Por el hecho mismo de que los dos componentes conserven su autonomía, *bene dicere* no llegó a tomar el lugar del auténtico delocutivo que hubiera sido un verbo derivado directamente de *bene!* Podría imaginarse un delocutivo alemán **pros(i)tieren* que daría la idea.²⁰

3] Otra acepción, tercera, aparece cuando *bene dicere* se toma en la lengua clásica por “alabar, hacer el elogio de alguien”; es otra vez un desenvolvimiento debido a una influencia literaria: *bene dicere* sirve para traducir gr. *eulogeîn*, del todo distinto de *euphēmeîn*.

4] Finalmente, cuando gr. *eulogeîn* mismo fue elegido para verter hebr. *brk*, fue *benedicere* (vuelto signo único) el que siguió siendo el equivalente latino, pero esta vez con el nuevo valor judeo-cristiano de “bendecir”, que produjo a su vez *benedictus*, *benedictio*. Es la noción moderna.

Para acabar de caracterizar este tipo de derivación verbal, parece útil prevenir contra dos confusiones posibles. En primer lugar, hay que distinguir cuidadosamente delocutivos y verbos derivados de

interjecciones: por ejemplo *claquer*, *huer*, *chuchoter* en francés, en inglés *to boo*, etc. Un delocutivo tiene siempre por radical un *significante*, que puede ser intercalado en el discurso pero sin cesar de ser *significante*, en tanto que verbos como *claquer* están contruidos sobre simples onomatopeyas. Aquí la distinción es fácil. Un poco más insidiosa sería la tentación de confundir los delocutivos con los denominados “verbos de deseo” en la gramática tradicional. Seguramente expresiones como *welcome!*, *salut!* sirven para transmitir un deseo. Pero este trasfondo psicológico es ajeno al problema. El delocutivo se define no por el contenido intencional sino por la relación formal entre una locución y un verbo que denota el enunciado de esta locución. El sentido de la locución constituyente importa poco. La diferencia resalta con claridad si se compara el “verbo de deseo” por excelencia, que es *desear*, con un delocutivo como *saludar*. La palabra *deseo* no es una fórmula de deseo; es un sustantivo como cualquier otro, y el verbo derivado *desear* es un simple denominativo, en tanto que *salud* es por cierto un sustantivo, pero también, con la forma ¡*salud!*, una fórmula de saludo; de ahí que *saludar*, que significa “decir: ¡salud!”, se llame delocutivo. También habrá que clasificar como delocutivos franceses *sacrer*, “decir: *sacré...!*”, *pester*, “decir: *peste!*”

El rasgo esencial e indicador de un delocutivo es que se halla con su base nominal en la relación “decir...”, y no en la relación “hacer...” que es propia del denominativo. No es el menos instructivo de los caracteres de esta clase el mostrarnos un signo de la lengua derivando de una locución de discurso y no de otro signo de la lengua; por este hecho mismo, los delocutivos serán sobre todo, en el momento de ser creados, verbos que denoten actividades de discurso. Su estructura tanto como las razones que los llaman a la existencia les asignan una posición particularísima entre las demás clases de derivados verbales.

¹⁶ Lo cual hemos tenido ocasión de mostrar más en detalle en un artículo aparecido hace algunos años (*Die Sprache*, I [1949], pp. 116 ss.), sobre la expresión griega *euphēmeîn*.

¹⁷ Pl., *Rud.*, 640; *Trin.*, 924, etc.

¹⁸ *Persa*, 773, cf. 709, etc.

¹⁹ *Fastos*, II, 635.

²⁰ Nota en pruebas: No he podido ver un artículo de A. Debrunner sobre lat. *salutare* publicado en la *Festschrift Max Vasmer*, Berlín, 1956, pp. 116 ss., citado en *K. Z.*, 74, 1956, p. 143, n. 2.

VI

Léxico y cultura

CAPÍTULO XVIII

CIVILIZACIÓN. CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DE LA PALABRA ¹

Toda la historia del pensamiento moderno y los principales logros de la cultura intelectual en el mundo occidental están vinculados a la creación y manipulación de algunas decenas de palabras esenciales, cuyo conjunto constituye el bien común de las lenguas de la Europa occidental. Apenas comenzamos a discernir el interés que tendría el describir con precisión la génesis de este vocabulario de la cultura moderna. Semejante descripción no podría ser más que la suma de múltiples trabajos de detalle, consagrados a cada una de estas palabras en cada una de las lenguas. Tales trabajos escasean aún y quienes los emprenden sienten en carne propia, sobre todo en el caso del francés, la penuria de los exámenes léxicos más necesarios.

En un estudio bien conocido,² Lucien Febvre esbozó brillantemente la historia de uno de los términos más importantes de nuestro léxico moderno, la palabra “civilización”, y el desenvolvimiento de las nociones tan fecundas que a él se asocian, entre fines del siglo xviii y mediados del xix. Lamentó también las dificultades que se encuentran para fechar exactamente la aparición de la palabra en francés. Precisamente por ser “civilización” una de esas palabras que inculcan una visión nueva del mundo, importa precisar tanto como se pueda las condiciones en que fue creada. Apenas a aquella fase de los primeros empleos se restringe esta contribución, que aspira sobre todo a extender el problema y a enriquecer la documentación.

Febvre no encontró ejemplo seguro de *civilisation* antes de 1766. Poco después de la publicación de su estudio, nuevas precisiones y ejemplos anteriores fueron aportados, por un lado, por Ferdinand Brunot, en una nota sucinta de su *Histoire de la langue française*,³

¹ Extracto de *Hommage à Lucien Febvre*, París, 1954.

² *Civilisation. Le mot et l'idée* (Publications du Centre International de Synthèse), París, 1930, pp. 1-55. Presentado al Centre de Synthèse en mayo de 1929.

³ *Histoire de la langue française*, t. vi, 1ª parte, 1930, p. 106. Da como

por otro lado por Joachim Moras, que consagró a la noción de civilización en Francia una monografía detallada.⁴ Pueden agregarse otros datos, derivados de nuestras lecturas propias.

Parece ahora muy probable que los más antiguos ejemplos de la palabra estén en los escritos del marqués de Mirabeau. Difícil resulta representarse hoy en día la celebridad y la influencia del autor del *Ami des hommes* no solamente en el círculo de los fisiócratas, sino en el mundo intelectual entero, y durante largas décadas hasta el primer cuarto del siglo XIX cuando menos. Para apreciar su acción, tenemos los testimonios fervientes de aquellos de sus contemporáneos que abrazaron apasionadamente su doctrina. Así Linguet quien, en su *Théorie des lois civiles* (1767), cita codo con codo “el *Ami des hommes*, el *Esprit des lois* y algunas otras obras publicadas por genios superiores”. Así también el *abbé* Baudeau, cuya *Première Introduction à la philosophie économique* (1771) va firmada “Un discípulo del *Ami des hommes*”. Mas fue también, mucho más tarde, en 1814, cuando el muy lúcido Benjamin Constant quien, en un escrito directamente vinculado al objeto de este estudio, *De l'esprit de conquête et de l'usurpation, dans leurs rapports avec la civilisation européenne*, se refiere a “dos autoridades imponentes, M. de Montesquieu y el marqués de Mirabeau”.⁵ Y no obstante, quien lea hoy a Mirabeau se pasmará de que los excesos y extravagancias del autor no perjudicasen entonces a la boga del economista y del reformador. A estos defectos tan notorios será sensible hoy día el historiador de la lengua; el galimatías, la verba vulgar, la incoherencia de las metáforas y la confusión enfática del tono parecen expresión natural de un pensamiento de seguro audaz y vehemente.

Pues bien, es en aquella de sus obras que consagró su nombre de una vez por todas donde se encuentra, por vez primera, la palabra *civilisation*. Con fecha 1756, pero en realidad 1757,⁶ aparecía, sin nombre de autor, el *Ami des hommes ou Traité de la population*,

primer ejemplo un pasaje de Turgot que L. Febvre eliminó (*op. cit.*, pp. 4-5) como debido probablemente a Dupont de Nemours.

⁴ *Ursprung und Entwicklung des Begriffs der Zivilisation in Frankreich* (1756-1830), Hamburgo, 1930 (*Hamburger Studien zu Volkstum und Kultur der Romanen*, 6).

⁵ Ed. de 1814, p. 53, n. 1.

⁶ Esto lo ha establecido G. Weulersse, *Les manuscrits économiques de François Quesnay et du marquis de Mirabeau aux Archives nationales*, París, 1910, pp. 19-20, que muestra que “la obra fue compuesta enteramente, y sin duda aun impresa en 1756, pero no apareció hasta 1757”.

que conoció de inmediato el triunfo. Hacia la mitad de la primera parte leemos: “Con harta razón los Ministros de la Religión tienen el primer rango en una sociedad bien ordenada. La Religión es sin contradicción el primero y más útil freno de la humanidad; es el primer resorte de la civilización; nos predica y recuerda sin cesar la confraternidad, dulcifica nuestro corazón, etc.”⁷ La palabra reaparece más adelante en la obra. Se encuentra en los escritos posteriores de Mirabeau. Así en su *Théorie de l'impôt* (1760): “El ejemplo de todos los Imperios que precedieron al nuestro y que recorrieron el círculo de la civilización sería en detalle una prueba de lo que acabo de adelantar” (p. 99).⁸ Un testimonio aún poco conocido de la predilección de Mirabeau por este término lo reveló el inventario de sus papeles y merece ser recordado aquí, no obstante que la fecha que se le atribuye disminuya su valor para nuestro propósito. Mirabeau dejó en borrador el comienzo de una obra que, para hacer juego con *L'Ami des hommes ou Traité de la population*, habría de titularse *L'Ami des femmes ou Traité de la civilisation*. Weulersse sitúa este esbozo “hacia 1768, sin duda”. Es lástima que no se pueda fechar más exactamente este texto singular, conservado en las Archives Nationales. Quien tenga la curiosidad de consultarlo encontrará un manuscrito⁹ con cinco páginas y media de prefacio y diez páginas, únicas redactadas, del tratado propiamente dicho. Dará el tono este detalle: después de un preámbulo en forma de invocación, el texto comienza con el título siguiente: “Tratado de la civilización. Primera parte, primera edad. Capítulo I. El tartamudeo.” Por extravagante que sea, sembrado de reflexiones y de digresiones del más estrambótico estilo, este fragmento contiene sin embargo varios empleos instructivos de la palabra que era objeto propio del discurso. Los enumeraremos todos: “Ella (= la simplicidad) sabrá guiarme por las vías de la civilización” (p. 1); “se trata de saber cuál de los dos sexos influye más sobre la civilización” (p. 2); “la extirpación

⁷ No fue difícil remontarse hasta Mirabeau, pues este pasaje es citado en la segunda edición del *Dictionnaire de Trévoux*. La referencia figura ahora en la nueva edición del Diccionario etimológico de Bloch-Wartburg, pero con fecha inexacta (1755, en lugar de 1757) y con un error en el título de la obra (*L'Ami de l'homme* en vez de *L'Ami des hommes*).

⁸ No creemos de utilidad repetir aquí los ejemplos dados por J. Moras acerca de Mirabeau, ni los del *abbé* Baudeau en las *Ephémérides du citoyen*, citados ya por L. Febvre y por Moras.

⁹ Dossier M. 780, núm. 3. El manuscrito fue señalado por G. Weulersse (*op. cit.*, p. 3). J. Moras no lo aprovechó por completo.

de estos prejuicios es lo que producen los conocimientos aportados por la civilización" (p. 4); "la gente decente guarda su decencia y su corazón para su conducta, y su civilización y su agudeza para la sociedad" (*ibid.*); "la civilización y el uso los obliga (*sic*) a depreciarse en la sociedad" (*ibid.*); y sobre todo este pasaje que es una definición: "Admiro a este respecto cuánto nuestras ideas de indagaciones falsas en todos los puntos lo son al respecto de lo que consideramos *la civilización*. Si preguntase a la mayoría en qué hacen consistir la civilización, me responderían que *la civilización es la dulcificación de las costumbres, la urbanidad, la cortesía, y los conocimientos divulgados de manera que se observen las buenas formas y ocupen el lugar de leyes de detalle*; todo esto no me presenta sino la máscara de la virtud y no su faz, y la civilización no hace nada por la sociedad si no le da el fondo y la forma de la virtud" (p. 3).¹⁰ Resulta de estos empleos que, para Mirabeau, "civilización" es un proceso de lo que hasta entonces se denominaba *police*, un acto tendiente a volver más *polícés* el hombre y la sociedad, el esfuerzo por hacer que los individuos observen espontáneamente las reglas de la conveniencia y transformar en el sentido de una mayor urbanidad los hábitos de la sociedad.

Es por cierto así como lo entienden también los autores que, a partir de 1765, utilizan a su vez el término *civilisation*, en general bajo la inspiración de Mirabeau. Los estudios antes citados ya han expuesto textos de Boulanger, de Baudeau y de Dupont de Nemours, que es inútil reproducir aquí. Agregaremos algunos ejemplos tomados de Linguet, *Théorie des lois civiles ou Principes fondamentaux de la société* (Londres, 1767): "Haremos ver en lo que sigue que esta desdicha es inevitable. Se debe a la civilización de los pueblos" (I, p. 202);¹¹ "Son éstos los dos primeros títulos del Código original de los hombres, en la época de su civilización" (II, p. 175); "Me complazco en desenmarañar en los alrededores el rastro de los primeros pasos dados por los hombres hacia la civilización" (II, p. 219); "Para... hacer de los instrumentos de la fertilidad los del lujo, sólo hacía falta un poco más de civilización, que no pudo tardar" (II, p. 259). Aquí *civilisation* designa el proceso colectivo y original que hizo salir a la humanidad de la barbarie, lo cual encamina ya hacia

¹⁰ Los pasajes en bastardilla están subrayados en el ms. original.

¹¹ Es el único pasaje citado por Brunot (*op. cit.*) con una referencia diferente (p. 190) que o bien se refiere a otra edición, o es inexacta.

la definición de "civilización" como estado de la sociedad civilizada, de la cual en adelante *menudearán* los ejemplos.

Puede preguntarse por qué *civilisation* tardó tanto en nacer, cuando que *civiliser* y *civilisé* eran desde mucho tiempo atrás de uso corriente. Es poco probable que este proceso haya sido estorbado por la existencia de *civilisation* como término de práctica judicial ("hecho de volver civil un proceso criminal"), que nunca debió de tener gran extensión. Más bien habrá que pensar en dos razones principales. Una es la escasez, en aquella época, de palabras en *-isation* y la lentitud de su multiplicación. Por mucho que diga J. Moras, no hubo a mediados del siglo XVIII más que un número reducidísimo de creaciones de este orden antes de la Revolución: en las listas de F. Gohin¹² y de A. François¹³ apenas se encuentran *fertilisation*, *thésaurisation*, *temporisation*, *organisation* (creada ésta anteriormente, pero que no cobró vida hasta entonces) y, en fin, nuestra *civilisation*. Bien poca cosa es ante los 70 términos, más o menos, en *-ité* creados durante el mismo período.¹⁴ En tan menudado contingente, incluso, la mayor parte de las palabras conservan el sentido exclusivo de "acto" (así *fertilisation*). Para pasar a la noción de "estado", a la que llega en seguida *civilisation*, sólo puede citarse *organisation*, en "la organización de los vegetales", y luego "de las organizaciones caritativas". El hábito nos ha hecho insensibles al carácter excepcional que bien pronto adquirió el empleo de *civilisation* entre los demás derivados en *-isation*. Aparte de esta productividad, canija entonces, de una clase de abstractos de aspecto técnico, debemos considerar, para explicar la aparición tardía de *civilisation*, la novedad misma de la noción y los cambios que implicaba en la concepción tradicional del hombre y de la sociedad. De la barbarie original a la condición presente del hombre en sociedad, se descubría una gradación universal, un lento proceso de educación y afinación —en una palabra, un progreso constante en el orden de lo que la *civilité*, término estático, no bastaba ya para expresar y que no había más que llamar *civilisation* para definir juntos el sentido y la continuidad. No era solamente una visión histórica de la sociedad; era también una interpretación optimista y decididamente no teológica de su evolución que se afirmaba, a veces a despecho de

¹² *Les transformations de la langue française pendant la deuxième moitié du XVIII^e siècle*, Paris, 1902, pp. 266 ss.

¹³ *Hist. de la langue* (de F. Brunot), t. VI, 2^a parte, p. 1320.

¹⁴ Gohin. *op. cit.*, p. 271.

quienes la proclamaban, y aun si algunos, ante todo Mirabeau, seguían contando la religión como el primer factor de la "civilización"

Mas, como notó Febvre,¹⁵ la palabra tiene una historia paralela y aproximadamente contemporánea en Inglaterra, donde las condiciones son curiosamente parecidas: *civilize* y *civilized* son antiguos; *civilization* como término de procedimiento está atestiguado desde comienzos del siglo XVIII, pero *civilization* en el sentido social data de mucho más tarde. Tratándose de una noción destinada a propagarse ampliamente y en una época de contactos estrechos entre los dos países, esto plantea la cuestión de la anterioridad del uno o el otro en los primeros empleos, y de posibles acciones recíprocas. Es cosa ante todo de fijar la fecha de aparición de *civilization* en inglés. El excelente *New English Dictionary* (N.E.D.) asigna al primer ejemplo la fecha de 1772, en las conversaciones de Boswell con el doctor Johnson. En tal caso, la cuestión de la prioridad del francés o del inglés, que Febvre dejó indecisa, se decidiría rotundamente a favor del francés, en el que *civilisation* había nacido quince años antes, en 1757. Tal es en efecto la conclusión de J. Moras quien, no obstante lecturas dilatadas, no pudo encontrar en inglés *civilization* antes de 1772.¹⁶ De todas maneras, la solución no puede obtenerse con tal sencillez, y nuevas precisiones tendrán interés aquí.

Hay que ver cómo se presenta la palabra en el texto dado por el N.E.D. cómo el más antiguo y leer entero el pasaje de Boswell invocado parcialmente en el artículo del diccionario: "On Monday, March 23 (1772), I found him (= Dr. Johnson) busy, preparing a fourth edition of his folio Dictionary. . . He would not admit *civilization*, but only *civility*. With great deference to him I thought *civilization*, from *to civilize*, better in the sense opposed to *barbarity* than *civility*, as it is better to have a distinct word for each sense, than one word with two senses, which *civility* is, in his way of using it." El pasaje es interesante a más de un respecto. Boswell tiene conciencia de una diferencia ya instaurada entre *civility* en el sentido de "civildad, cortesía" y *civilization*, contrario de "barbarie". Arguye, a no dudarlo, a favor de una palabra que ya estaba en uso, y no por un neologismo de su invención, puesto que es cosa de incorporarlo a un diccionario. Así, lo había leído, y probablemente Johnson

¹⁵ L. Febvre, *op. cit.*, pp. 7 ss.

¹⁶ *Op. cit.*, pp. 34 ss.

también, aunque a éste le repugnase aceptarlo. Si algo hay que concluir sobre este empleo en Boswell, es que otros autores ya lo habían admitido.

Tal inferencia es confirmada indirectamente por la rapidez misma del éxito de *civilization*. Desde 1775 el diccionario de Ast (citado por el N.E.D.) registra *civilization*, "the state of being civilized; the act of civilizing". Al año siguiente se tropieza con ejemplos como éstos (el N.E.D. no cita ninguno). En un libelo de Richard Price en ocasión de la guerra contra América: "...in that middle state of civilization, between its first rude and its last refined and corrupt state".¹⁷ Y sobre todo en la célebre obra de Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of Wealth of Nations* (1776), donde, sin búsqueda sistemática, hallamos en unas cuantas páginas estos ejemplos: "It is only by means of a standing army, therefore, that the civilization of any country can be perpetuated or even preserved for any considerable time" (II, p. 310); "as the society advances in civilization" (II, p. 312); "the invention of fire-arms, an invention which at first sight appears to be so pernicious, is certainly favorable to the permanency and to the extension of civilization" (II, p. 313). Es sabido que Adam Smith pasó, en compañía del duque de Buccleugh, cerca de un año en París, entre fines de 1765 y octubre de 1766, y frecuentó asiduamente el círculo de los fisiócratas, Quesnay, Turgot, Necker, etc. Acaso se familiarizara con la palabra "civilización" entonces, novísima aún, pero nada permite afirmarlo. La aparición con soltura de *civilization* bajo la pluma de Adam Smith en 1776, en una obra que requirió una elaboración de varios años, prueba en todo caso que no puede hacerse remontar apenas a 1772 la creación de la palabra.

La verdad es que otros la habían empleado antes de la mención hecha por Boswell. Aquí la información del N.E.D. anda coja. Nos ha sido relativamente fácil descubrir ejemplos de *civilization* algunos años antes de 1772.

Aparece, ante todo, un año antes, en 1771, en la obra de John Millar, profesor de la Universidad de Glasgow, *Observations Concerning the Distinctions of Ranks in Society*, obra que fue traducida al francés sobre la segunda edición, con el título *Observations sur les*

¹⁷ *Observations on the Nature of Civil Liberty, the Principles of Government and the Justice and Policy of the War with America*, Dublín, 1776, p. 100.

commencements de la société (Amsterdam, 1773).¹⁸ John Millar anuncia desde el prefacio su propósito de estudiar “the alterations produced . . . by the influence of civilization and regular government” (p. vn). He aquí los ejemplos reunidos a lo largo de la obra: “. . . among nations considerably advanced in civilization and refinement” (p. 4); “the gradual advancement of society in civilization, opulence and refinement” (p. 37); “being neither acquainted with arts and civilization nor reduced under subjection to any regular government” (p. 50); “the advancement of a people in civilization” (p. 63); “the same effects of civilization are at length beginning to appear” (p. 76); “the progress of a people in civilization and refinement” (p. 101); “the advancement of a people in civilization and refinement” (p. 153, título de cap. iv); “the advancement of a people in civilization and in the arts of life” (p. 178); “the progress of civilization” (p. 190); “the influence of civilization upon the temper and dispositions of the people” (p. 203).

Pero en 1771, J. Millar parece manipular *civilization* de una manera tan libre ya, que se vacila al querer pensar que fue el primero en usar la palabra. Y en efecto, le hemos encontrado un precursor que, cuatro años antes, empleaba la palabra y había puesto en realce la noción. Se trata de otro escocés, Adam Ferguson, profesor de filosofía moral en la Universidad de Edimburgo, en la obra titulada *An Essay on the History of Civil Society* (Edimburgo, 1767).¹⁹ Ya en la página 2 asienta el principio que gobierna la evolución de las sociedades humanas: “Not only the individual advances from infancy to manhood, but the species itself from rudeness to civilization.” La palabra reaparecerá múltiples veces más adelante en la exposición: “We are ourselves the supposed standards of politeness and civilization” (p. 114); “it was not removed by the highest measures of civilization” (p. 137); “our rule in measuring degrees of politeness and civilization” (p. 311); “in the progress of civilization” (p. 375); “in the extremes of civilization and rudeness” (p. 382).

¹⁸ Esta traducción fue mencionada nada más por L. Febvre, *op. cit.*, pp. 9 y 22. En la traducción francesa, siempre es *civilisation* la que vierte la palabra inglesa, a más de ser usada a veces (p. 154) incluso donde el texto inglés dice *refinement*.

¹⁹ Fue publicada una traducción francesa en 1783 (la advertencia del editor afirma que para entonces ya llevaba cerca de cinco años impresa), *Histoire de la société civile*, trad. Bergier. El traductor usa por doquier *civilisation*. Es menos útil que en el caso de la versión francesa de la obra de Millar reproducir ejemplos.

También aquí se pregunta uno si Adam Ferguson no tomaría por ventura la palabra de alguien más. Pero nuestras lecturas no han conseguido llevarnos más atrás. No parece que ninguno de los filósofos de quienes Ferguson pudiera ser tributario, en especial Hutcheson, Hume, Locke, haya empleado *civilization*. No obstante, para dar por sentada una certidumbre, así fuera negativa, sería precisa una lectura exhaustiva de estos autores copiosos, y un examen atento de las publicaciones filosóficas e históricas inglesas y escocesas entre 1750 y 1760, más o menos.²⁰ Hasta el punto a que hemos conseguido conducir la indagación, la primera mención impresa de *civilization* es de 1767, diez años después del primer ejemplo de *civilisation* en Mirabeau. Fundándonos en tales fechas, deberíamos asignar definitivamente al escritor francés la prioridad histórica. Quedaría entonces por averiguar si esta diferencia de fecha implicaría por necesidad que la palabra francesa fuera calcada al inglés, y quién fue el agente de la transferencia. No parece, por lo demás, que Ferguson pudiera inspirarse en Mirabeau; nada prueba siquiera que lo leyese. Por el contrario hay razones para pensar que el término de *civilization* pudo aparecer en sus escritos, o en su enseñanza, antes de 1767.

Hallamos una indicación en este sentido en una carta de David Hume a Adam Smith, fechada el 12 de abril de 1759, para recomendarle “our old friend Ferguson” para un puesto en la Universidad de Glasgow. Hume escribe a favor de su amigo: “Ferguson has very much polished and improved his treatise on Refinement and with some amendments it will make an admirable book, and discovers an elegant and a singular genius.”²¹ Ahora bien, una nota de Dugald-Stewart nos informa que aquel tratado *On Refinement* se publicó en 1767 con el título de *An Essay on the History of Civil Society*. Era pues, en 1759, el estado inicial de la obra que hemos mencionado antes. De haberse conservado el manuscrito de aquel primer trabajo, valdría la pena verificar si Ferguson empleaba ya en él *civilization*. En caso afirmativo, resultaría cuando menos verosímil que Ferguson inventase por su cuenta (si no es que lo hubiera encontrado en un autor anterior) el término, y que en todo caso la historia de *civiliza-*

²⁰ En todo caso, está claro ahora que Boswell, escocés y que había estudiado en Edimburgo, tenía todas las razones para estar familiarizado en 1772 con un término que los cursos de Ferguson debieron de hacer conocer.

²¹ Carta citada por Dugald-Stewart en su biografía de Adam Smith, publicada al principio de la compilación póstuma *Essays on Philosophical Subjects*, 1795, p. xlvi.

tion en inglés, al menos en sus principios, en 1759, no dependiera de una influencia francesa. Sería necesaria una investigación.

Otro indicio de igual sentido podría inferirse de una publicación mucho más tardía del propio Ferguson. En 1792 publicó, en los ocios de su retiro, un compendio de las lecciones que diera en la Universidad de Edimburgo sobre los principios de la moral y la política: *Principles of Moral and Political Science, being chiefly a Retrospect of Lectures delivered in the College of Edinburgh* (Edimburgo, 1792). Tiene varias oportunidades de usar *civilization* (I, 207, 241, 304; II, 313), pero para aquella fecha la palabra no tenía nada de insólito. Hay que atender a uno de estos ejemplos: "The success of commercial arts, divided into parts, requires a certain order to be preserved by those who practise them, and implies a certain security of the person and property, to which we give the name of civilization, although this distinction, both in the nature of the thing, and derivation of the word, belongs rather to the effects of law and political establishment on the forms of society, than to any state merely of lucrative possession or wealth" (I, p. 241). La expresión "...to which we give the name of civilization" es ambigua: ¿es el "nosotros" del uso común?, ¿o el del autor que crea una nueva expresión? Habría que intentar establecer la fecha de primera redacción de este ensayo, si es que subsisten todavía los manuscritos de Ferguson, para decidir si se refiere o no a un vocablo de su propia invención.

Terminaremos con esta sugerencia de nuevas investigaciones, que habrán de realizarse en Inglaterra, únicas que podrán elucidar el punto que seguiremos dejando en suspenso: si "civilización" fue inventada dos veces, en Francia y en Inglaterra, independientemente y hacia la misma fecha, o si fue el francés el único en introducirla en el vocabulario de la Europa moderna.



impreso en inar-co impresores
 prof. atrio de san francisco núm. 67
 cp. 04320-méxico, d.f.
 mil ejemplares y sobrantes
 25 de febrero de 1997